

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA * AÑO XVII * 1940-1941

CUADERNO 131

JUAN LUIS VIVES

Ofrenda de su Universidad

en el

IV Centenario de su muerte

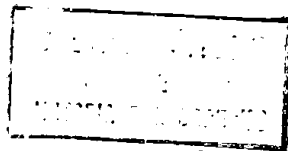


VALENCIA — 1941

IMPRESA HIJO DE F. VIVES MORA

HERNÁN CORTÉS, 8

i-1176794



10260



SA19
13974

JUAN LUIS VIVES

Rec 1783

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA * AÑO XVII * 1940-1941

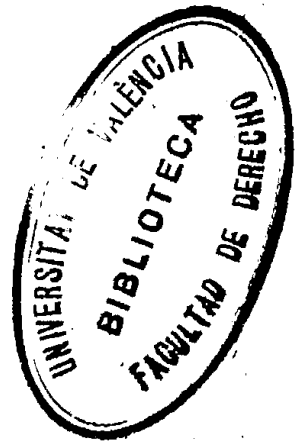
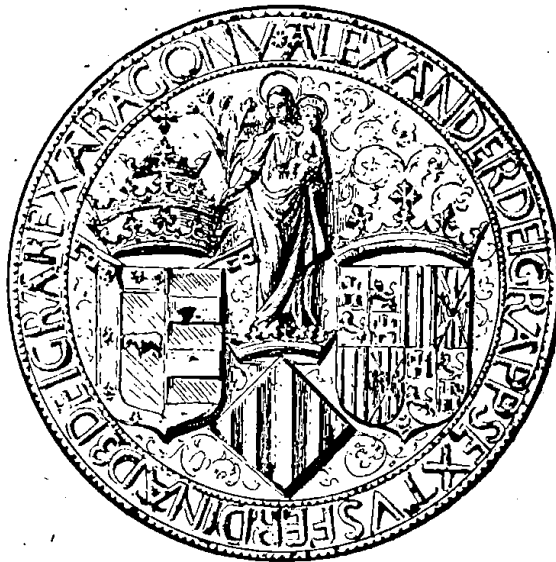
CUADERNO 131

JUAN LUIS VIVES

Ofrenda de su Universidad

en el

IV Centenario de su muerte



VALENCIA — 1941

IMPRENTA HIJO DE F. VIVES MORA

HERNÁN CORTÉS, 8

R.136247

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Ofrecimiento, por Francisco Alcayde Vilar.	vii
Aportación del P. Juan Bta. Gomis, D. F. M..	1
Conferencia del Dr. D. Juan Beneyto Pérez.	27
Conferencia del Dr. D. Angel González Palencia.	47
<i>Conferencia del Excmo. Sr. General Aranda.</i>	
a) Signo y valor del acto, por F. Alcayde Vilar.	75
b) Discurso del Sr. Sánchez Bella.	81
c) Conferencia del Excmo. Sr. General Aranda.	95
d) Clausura del acto por el Excmo. Sr. Ibáñez Martín.	123
<i>Pensamientos de Luis Vives.</i>	
a) Comentario a los comentarios, por Francisco Alcayde Vilar.	129
b) Comentarios de los alumnos.	135
<i>Aportación de D. Salvador Carreres Zacarés.</i>	
a) Portada, por D. Francisco Alcayde Vilar.	155
b) La Valencia de Juan Luis Vives.	163
El Utilitarismo de Luis Vives, por Francisco Alcayde y Vilar y Dr. de Lang.	199
Aportación del Director de la Biblioteca Universitaria	263
Aportación de la Escuela Superior de Bellas Artes.	271
Aportación de la Escuela de Cerámica de Manises.	277
Palabras del Sr. Secretario general del IV Centenario.	287
Comentario final del Dr. Rodríguez Fornos.	291
A Juan Luis Vives en su IV Centenario, por Manuel Machado.	293

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS

- | LÁMINA | NÚM. | |
|--------|------|--|
| | | 1.—Anverso medalla, por D. Enrique Giner Canet. |
| » | » | 2.—Reverso medalla, por D. Enrique Giner Canet. |
| » | » | 3.—Carta autógrafa de Luis Vives. |
| » | » | 4.—Retrato de Luis Vives, por Sanchis Yago. |
| » | » | 5.—Retrato de Luis Vives, por Segrelles. |
| » | » | 6.—El «Caballet de Sent Martí». |
| » | » | 7.—Carta autógrafa de Luis Vives. |
| » | » | 8.—Sellos conmemorativos, por D. Ernesto Furió Navarro. |
| » | » | 9.—Retrato aguafuerte, por D. Luis Enriquez de Navarra
Galiano. |
| » | » | 10.—Placa cerámica, por la Escuela de Manises. |

Ofrecimiento a Juan Luis Vives

por el Ilmo. Señor

Dr. D. Francisco Alcayde Vilar

ES el hombre tan poca cosa—cosa tan absurda y sin razón—si lo contemplamos aislado, como ninguna otra cosa del mundo. Este aislamiento a que me refero no es, claro está, el material, ya que un hombre puede verse solo y no estar por ello aislado si tiene bastante vida interior para relacionarse y unirse idealmente con algún sector de cultura natural o sobrenatural.

Cuanto mayor sea el número y más selecta la calidad de los valores y asociaciones y manifestaciones humanas de que se aisle, tanto mayor será el absurdo de su vida y sin razón su existencia. El hombre que vive al margen o sin relación con la familia, la patria, el arte, la ciencia, la filosofía, se convierte en un ser que tiene de hombre sólo la hechura exterior, pero en realidad se anula, pasa a ser: nada humano; se deshumaniza. El humanizarse, el ser hombre, consiste precisamente en participar de toda manifestación natural humana. El humanismo, por lo tanto, es la concepción filosófica que considera al hombre como hombre y a todo el mundo, a través del

hombre que deviene así la medida de todas las cosas. Así entendía el humanismo nuestro Juan Luis Vives. No pretende hacer del hombre un superhombre, sino otra cosa mucho mayor aún: un hombre. A esto conduce toda la filosofía de uno de los más grandes filósofos del mundo: Juan Luis Vives.

En este encuadrarse, enmarcarse el hombre en una asociación o sector de cultura, hay diversos grados, según la grandeza o raquitismo del hombre, su cultura o su incultura; pero en todos esos grados, desde el más modesto al más ambicioso, sobresale una condición común: adherencia del individuo a un todo, del que forma parte, naturalmente, y sin el cual el hombre queda vacío como una botella vacía y el conjunto de hombres así, como un depósito todo lo grande que queráis, de botellas vacías.

Ese todo, esa totalidad de que el hombre forma parte, es la que comunica un sentido, una razón de ser, una justificación y una utilidad a su vida. Y cuanto más amplia y vital sea esa totalidad; tanto más amplia y vital será la justificación y utilidad de su existencia. Será más propia, más adecuada a la vida del hombre, aquella totalidad que más amplia justificación pueda dar a nuestro vivir humano; aquella que dé un sentido a todos nuestros actos buenos y malos, pequeños o grandes, dolorosos o placenteros; aquella que llene todas las aspiraciones y satisfaga todas las potencias o posibilidades nuestras; aquella que convierta los absurdos en cosas razonables; que dé un sentido a nuestros dolores y nos muestre la magia para transformarlos en motivos de regocijo; que nos enseñe a contemplar todas las miserias y males que azotan nuestras vidas como medios para perfeccionarnos practicando la caridad; que nos reconforte el alma dolorida por las injustas desigualdades antinaturales y escandalosas con la dulce esperanza en otra vida mejor.

Esa totalidad, por su amplitud y por ser la que humaniza más todo aquello con que el hombre se enfrenta en la vida, es la más a me-

dida del hombre racional. Esa es nuestra religión. Hay otros sectores de cultura, otras concepciones del mundo que están hechas para superhombres o para infrahombres; dos especies degeneradas, exageradas o degradadas del hombre.

Nuestra religión es la que más y mejor humaniza la totalidad de la vida del hombre. Entrando en ella, nos humanizamos; todo se nos presenta como hecho a la medida del hombre; toda nuestra vida absurda, adquiere nueva luz, iluminada por sus resplandores de eternidad y se nos aparece como vida racional, reducida a su verdadero tamaño, a su justa medida humana, hecha para que el hombre pueda, con ella, ganar la verdadera vida.

Por esto el verdadero y auténtico humanismo consistió en penetrar en la religión. Resulta, pues, que el acto más humano que puede hacer un hombre, es unirse a lo divino; la manera más auténtica y profunda de humanizarse es divinizarse.

Esto que he tratado de mostrar con razonamientos es lo que nosotros admiramos en el misterio de la Encarnación.

La inmersión del hombre en la divinidad le convierte en miembro vivo y activo, y libre de la comunidad religiosa, única comunidad que atiende a la integridad de la vida en su conjunto y en su eternidad. Por ello el humanismo legítimo y real hemos de buscarlo en la religión.

Fuera de ella, no lo podremos tener, porque hemos dividido la vida humana en sectores de cultura aislados: arte, historia, ciencias, industrias, etc., cada uno de los cuales tiene por objeto un fin determinado que, aunque humano—y a veces inhumano ¡cuántas industrias lo son!—es un sector limitado que desintegra la integridad de la vida; pero ninguna de ellas, ni todas ellas en su conjunto tienen por objeto la vida en su conjunto y en su eternidad.

De tal manera es esto cierto, que parece que nos hemos olvidado de una verdad fundamental: que el verdadero fin de la vida, es la

vida; el verdadero fin del hombre es vivir una vida íntegramente humana. Y no creamos que el fin de la vida es hacer dinero, o arte, o ciencia, o manejar a la perfección un instrumento o una pieza de gran maquinaria. Si todas esas cosas no sirven para enriquecer la vida espiritual, para humanizar al hombre, son por completo inútiles, por muy útiles que sean los resultados prácticos que de ellos puedan obtenerse, ya que la verdadera riqueza, la única, es la vida y a ella deben subordinarse todas las demás, puesto que con ella podremos obtener la bienaventuranza eterna.

Este es el humanismo de Juan Luis Vives. Para él no hay cosa de más utilidad práctica que la Religión. Es ella, como hemos visto, la que humaniza nuestra vida. Aquí se ve por qué el humanismo de Luis Vives es un verdadero utilitarismo, que pone como la cosa más útil, la virtud. Pero un utilitarismo auténtico, absoluto, que se extiende a toda la vida y a todas sus manifestaciones, a todas las ciencias y artes. La filosofía, para él, es también necesariamente humana, investigadora de la existencia del hombre y de todas sus necesidades, sus dolores, sus desvelos, sus esperanzas, de todo lo que es humano. La filosofía es, según Vives, la más útil de todas las ciencias, ya que es la más humana, y debe servir de orientadora en todas las actividades prácticas de nuestra existencia y en las vicisitudes de nuestra vida de hombres.

Para él, todo lo que tienda a acercar al hombre a la religión es útil; todo lo que le aleje, inútil o perjudicial. Y como toda actividad y pasividad humana puede ayudar a ese acercamiento o alejamiento, estudia Luis Vives con todo detenimiento todas las manifestaciones del alma y todos los movimientos corporales, hasta las más alejadas en apariencia del estudio de la filosofía. Allí en donde hay un medio para perfeccionarse el hombre, es decir, para conducirlo o acercarlo a la religión, hay que aplicarse para estudiarlo como cosa útil, por insignificante que parezca, así como debemos despreciar o separar

de nuestro estudio todo aquello, por grandioso y aparatoso que parezca, si nos aleja de nuestro perfeccionamiento, y no nos hace participar de la divinidad.

Este utilitarismo humanista o este humanismo utilitario, es el pensamiento central de toda la filosofía de Luis Vives y su preocupación constante en todas sus obras.

A la luz de la filosofía de Luis Vives aparece en el mundo la vida como un maravilloso don del Creador que el hombre puede ir perfeccionando, espiritualizando, sublimando, hasta hacerla apta para unirse a Dios, con lo que se hará una vida humana, como hemos dicho, y conseguirá la utilidad más grande a que pueda aspirar el más ambicioso.

¿Esto es misticismo? Desde luego; porque nuestro misticismo tiene también un carácter eminentemente útil y práctico, en el mismo sentido que Luis Vives y porque, además, Luis Vives, era un místico. No se puede escribir la cantidad de oraciones originales que él nos legó, sin serlo, y de primera fila. Pero además de místico era un hombre del Renacimiento.

Todo lo que tuviese un valor humano era digno de su atención y estudio: desde las sublimes exaltaciones del alma a las regiones ideales, hasta los afeites y coloretos que las damitas de entonces usaban para engalanarse.

Es un renacentista que no quiere reducir o empequeñecer al hombre limitando todas sus aspiraciones, como lo hicieron casi todos, a imitar a las culturas griega y latina. Esto, aunque digna ocupación de un erudito, era poco para satisfacer a un espíritu tan selecto como nuestro gran filósofo.

Si el saber esas culturas no sirve más que para hacernos admirar de los que saben menos y asombrarles con nuestra inmensa erudición, entonces para nada sirve y ese renacimiento es despreciable. Será digno de estudio en cuanto adquiera un valor vital, humano, es

decir, cuando sea capaz de perfeccionarnos, de elevarnos. No quiere Luis Vives perder nunca de vista al hombre, como tal hombre, ni dejar de encuadrarlo dentro de su verdadera vida.

Y además de místico y renacentista, es hombre de ciencia. En su psicología emplea los métodos de un científico perfecto. Sólo el título: "Tratado del alma y de la vida" ya nos quiere indicar la unión de hombre místico y científico que había en él. Y que su preocupación fundamental era la vida humana y su deseo el humanizarla.

Este buscar un sentido a la vida y una explicación a la existencia, resplandece en todas sus obras y convierte a la filosofía de Vives en la filosofía más actual entre todas las de su tiempo. La psicología, que siempre había sido "El tratado del alma", la convierte en "De alma y de la vida". Esto tiene una importancia extraordinaria, puesto que representa nada menos que hacer de la vida, de la existencia humana, el objeto principal de la investigación filosófica. Pero no sólo para conocerlo, es decir: para tener una concepción del mundo y de la vida puramente contemplativa y teórica, sino para moldearla, creando valores. ¿Qué es la vida, en esencia? ¿Cómo descifrar el enigma de la existencia? ¿Qué sentido tiene la existencia humana? ¿Qué actitud debe adoptar el hombre? ¿Cómo debe actuar el hombre que vive esta existencia humana? Este es el problema que se plantea Vives en todas sus investigaciones, y no hay tema de más actualidad. Este es el tema de la filosofía existencial, tan de moda hoy en día.

Pero Vives encuentra que si se rompen las amarras que unen al hombre con la religión (hoy se dice: el pensar religioso) la vida humana carece de sentido; la existencia del hombre se convierte en una cosa absurda; y el conjunto de los actos y actividades, desde los más triviales hasta los más grandes, en una serie de incoherencias contradictorias que llevan al hombre a la desesperación.

En cambio, el enigma de la existencia sólo puede ser descifrado desde el punto de vista religioso; nuestra vida, finita, sólo tiene sen-

tido desembocando en una vida infinita; la existencia del hombre sólo se puede conocer y comprender, iluminada por los resplandores de una fe infinita.

Esta es la posición de Vives: estudiar, comprender, entender y conocer la existencia humana, para orientarla y dirigirla, según su naturaleza propia, según su esencia. Y como en seguir ese camino que él señala consiste la utilidad máxima, resulta que la filosofía de Vives es utilitarismo, derivado de la esencia misma de la existencia y del concepto de la vida humana orientada y unida a su Ser.

Esto es la filosofía de Vives desde hace cuatro siglos. Puedo afirmar que en el día de hoy, ningún filósofo ha sabido dar otra respuesta satisfactoria a ese palpitante problema eterno que constituye el motivo central de todas y cada una de las obras de Luis Vives.

Nadie ha sabido aún resolver el problema del sentido de la existencia humana en un mundo en que se suprima a Dios. En ese mundo sin Dios, la existencia queda limitada a sí misma, y en sí misma no encontramos la respuesta para resolver la pregunta sobre el sentido de nuestra vida. No es posible comprender, de ese modo, la existencia humana.

Esta es la grandeza del valenciano Juan Luis Vives que quiero destacar en este tomo de ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE SU VALENCIA, a él dedicado, en el IV Centenario de su muerte.

Como es una filosofía para la vida, tiene aplicación a toda manifestación vital y por tanto, también a la actividad intelectual y al cultivo de la ciencia. Si la referimos a cada una de las cuatro Facultades que forman nuestra Universidad, nos pondrá de relieve el punto de vista de conjunto desde el que debe contemplarse las ciencias que en ellas se cultivan, y también su utilidad y su humanidad.

Toda ciencia ha de referirse a la vida del hombre, a su perfeccionamiento, a su utilidad. La que no contribuya a ello ha de despreciar-

se. Pero la vida del hombre debe tomarse en su conjunto (terrenal y extraterrenal).

Aquello que nos es menester para la cultura del alma y sustento del cuerpo nuestro y ajeno. Sólo a ello hemos de dedicarnos. ¿Solo? Sí, porque es locura mermar tan escaso tiempo como tenemos en esta vida para lo útil y consagrarlo a lo superfluo. Aunque el fin de algunas artes sea la contemplación, no debe ésta quedar como fin propio, sino marchar ulteriormente hasta tener algún uso. Es la contemplación de la Naturaleza cosa inmensa e infinita; pero el esfuerzo del investigador será perdido si no le sirve para su bienestar propio o para admirar a Dios, su autor. Pero esa misma contemplación de Dios, cosa la más maravillosa, inmensa y excelente, debe también contraerse a algún fin: el de encendernos, arrebatarnos y unirnos con Él.

Todas las artes deben enseñarse con mayor pureza y sencillez, menos contagiosas de malicia e imposturas, para que por su eficacia vuelva el pueblo cristiano a aquella sencillez verdadera y genuina.

No olvidemos nunca, los universitarios, estas dos máximas: Ningún género de conocimiento se opone en absoluto a la religión; pues ella conduce al fin de todo conocimiento. La religión no se opone a ningún bien; pues ella es origen de todos los bienes.

Todos estos pensamientos de Vives, tienen un punto común que sirve para todas las Facultades: transformar la actividad profesional en una actividad misional. Todo facultativo, salga de su Facultad penetrado de que ha de realizar en la vida una función misional; no reduciéndose a practicar su profesión al modo materialista o positivista. Por ejemplo: la Facultad de Medicina no debe olvidar nunca que forma facultativos para enfrentarse con hombres y no con animales. Con hombres, que tienen un alma humana, capaz de participar de la vida eterna. Debe hacer médicos, pero no veterinarios de hombres, como pretendían los pedantes insoportables positivistas cuya

más sublime aspiración consistía en rebajar al hombre a la categoría de bestia y por tanto convertir a los médicos en veterinarios.

¡Y con qué alegría de seres inferiores trabajaban por conseguirlo! Alegría incomprensible para nosotros, los que seguimos a Luis Vives y pretendemos, no rebajar al hombre, sino elevarle hasta Dios y en esta noble empresa ponemos todo nuestro empeño en nuestras enseñanzas universitarias, en nuestra labor constante, reposada, silenciosa, de cada día en las clases de las facultades en esta Universidad de su Valencia.

NÁQUERA, EN LA SIERRA VALENCIANA.

A P O R T A C I O N

DEL

P. JUAN BTA. GOMIS

O. F. M.

A LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS, EN EL AÑO DEL

IV CENTENARIO DE JUAN LUIS VIVES

LUIS VIVES,

Forma de la Hispanidad

POR EL

P. JUAN, BTA. GOMIS

O. F. M.

El cetro del juicio

HA sido siempre España madre prolífica de grandes y soberanos ingenios, que son su corona de gloria. En todo lo que afecta al humano saber, han dado sus hijos lecciones al Mundo entero, con una originalidad, altura de miras e independencia de criterio que otras naciones le envidian, y con razón. Una letanía de nombres luminosos, lo acreditan; un amplio y singular catálogo de hazañas, lo comprueban. El dedo de España toca en el ápice del espíritu y de la inmortalidad.

Pues bien, entre los frutos de la España ubérrima, codiciados por su valor intrínseco, sobresale uno cuyo nombre es legión y cuya vida no está cantada como se merece, a pesar de Mayáns y de Bonilla. Falta plectro para esa cuerda. Se llama Juan Luis Vives; su patria, España; su cuna, Valencia; sus notas, el saber y la virtud.

El eco de su vida, de resonancia inmortal, nos congrega aquí, en la ciudad de sus amores cuya primera sonrisa inspiró, escuchó sus primeros vagidos y sus primeras palabras.

Él nos abrirá las puertas de la Sabiduría y nos introducirá en

ellas con el respeto y solicitud que introduce un padre a su hijo en el templo santo de Dios (1).

Por esto, adueñado del saber, su nota típica y singular es la sensatez, la cordura, la prudencia, reflejos y secuela de su amor intenso a Dios y de su benevolencia inexhausta para con el hombre.

«Es proverbial considerarle como uno de los miembros de la trilogía humanística occidental, atribuyéndole el cetro del juicio, como a Erasmo el del léxico y a Budeo el del ingenio» (2).

Con efecto, en la constelación gloriosa donde, como estrellas, brillan los hombres más conspicuos de la cultura humana, quizá ninguno aventaje a Luis Vives en madurez, excelsitud, serenidad y firmeza de juicio. La posteridad, certeramente, ha trocado su áurea pluma por «el cetro del juicio», realzando así su categoría moral e instituyéndole foco de luz inextinguible. Su vida y sus obras son otros tantos haces de lumbre juiciosa, segura y eficaz. En él resplandece, personificado, el juicio claro ecuménico y católico de la regia España Imperial, amasada toda ella con verdades y rectitudes.

Esto es, precisamente, lo que me ha decidido a tomarlo como faro legítimo de la España Nueva, porque Vives, España Una, Grande y Libre, reconcentrada y palpitante, ha de florecer, fructificar y hacer dichosos y envidiables los destinos patrios. Quizá sin Luis Vives, timonel expertísimo, naufragásemos en el fragoroso mar de la Sociedad Moderna, o quizá chocásemos y pereciésemos en algún arrecife; pero con él, puesto por Dios al inicio del primer imperio, podemos comenzar el segundo con nuevos y renovados bríos, con la experiencia histórica de los siglos, y con ansias de inmortalidad inextinguibles. Ningún piloto más experto; ningún capitán más sabio; ningún faro más orientador, luminoso y seguro. En él están reconcentradas todas las esencias generosas de la Hispanidad, que cada español debe asimilarse, entrañándose las y, sobre todo, debe adueñarse de ellas, fecundándose el Estado, la Nación y la Patria.

(1) Vives, Opera, tomo I, pág. 2. *Introductio ad Sapientiam*.

(2) Oliveros, *Humanismo frente a Comunismo*: Notas epilogales, pág. 188.

Así, segura de sí misma, conocedora de su ser, de sus capacidades, de sus destinos y de su inmortalidad, podrá, con pasos de gigante, marchar cara al sol, con el alma limpia y tensa, hacia la cumbre de las glorias humanas y de las glorias divinas.

Elogio de Luis Vives

Certeramente calificó Vives a Cicerón llamándole «Varón Divino» (1), calificación más apta para designar la índole y cualidad del propio Vives, que la de Cicerón. Vives era, en verdad, un «varón divino», hijo del Genio de las Españas y fruto granado del Hispano Imperio. Su persona, su vida y sus escritos, son como la suma y el ápice del espíritu español; son la cumbre hispana que se sumerge y baña en lo eterno y celestial.

Lo que Menéndez y Pelayo expresó en su obra ingente como los montes de la Patria y cantó Vázquez de Mella en sus discursos amplios, profundos y de resonancia imperecedera; lo que Ramiro de Maeztu sondeó y vindicó, lo que el P. Torró intuyó y expuso en su *Filosofía de la Hispanidad*, y lo que Jiménez Caballero exaltó en su *Genio de España*, se halla maravillosamente compendiado en la persona, en la vida y en los escritos de Vives. De él, como de Menéndez y Pelayo dijo, con expresión reconcentrada el poeta Ricardo León, se puede decir que «Era la Patria».

Porque, en efecto, Luis Vives era la Patria, y no una patria cualquiera, sino la Patria una, grande y libre, la España Princesa del Mundo, forjada en el pecho de Isabel la Católica, gobernada por Cisneros, ascendida a la cúspide de la Espiritualidad por San Juan de la Cruz, agraciada por Santa Teresa, famosa por sus genios, Madre de Naciones, brazo invicto de la Iglesia misionera, sabia y tan gigantesca que, con sus brazos, amorosamente ceñía el orbe terrestre. Luis Vives tiene, de todos los genios de España, una chispa vigorosa que fulgura y reverbera en sus escritos, como en el sol el rayo. Luis Vives lo es todo en España, porque España vibra en él y es él su personificación perfecta, forma de la Hispanidad.

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 506. In *Leges Ciceronis Praelectio*.

Vives, forma de la Hispanidad

Innecesario sería explicar que Luis Vives no es «forma de la Hispanidad» en el sentido filosófico, aristotélico y escolástico de la palabra, sino en otro menos interior y esencial, si bien extraordinariamente significativo y glorioso.

La palabra «forma» tiene un significado «causal» y determinante del ser de una cosa. Por la «forma» interna es el ser lo que es, expresa y representa una idea perceptible e inteligible al hombre. Constituye, la «forma», un elemento esencial del ser; es su principio actuante y orientador.

No es, no puede ser en este sentido, Luis Vives, «forma de la Hispanidad», porque la Hispanidad tiene un origen más alto, más hondo y más dilatado. Al revés, Vives la recibe y luego rebrota en él vivaz y enérgica, de arte que se convierte en su representación genuina y plena.

El Diccionario de la Real Academia, entre otras expresiones que definen y califican la palabra «forma», contiene las dos siguientes: Figura o determinación exterior de la materia. Molde en que se vacía y forma alguna cosa, como son las formas en que se vacían las estatuas de yeso y muchas obras de platería.

En estos dos sentidos, entendemos que Vives es «forma» opulenta y regia de la Hispanidad. Considerado el ser y realidad hispánicas carentes de fijación o configuración externa, como algo disperso, irregular, informe, el espíritu y la doctrina de Vives son los que le dan o pueden darle expresión, consistencia, figura y relieve, «forma». Precisamente la ciencia humanística de Vives toca, desenvuelve y completa el ser institucional de la Sociedad humana, de suerte que nada escapa a su ojo perspicaz, y sitúa al hombre dentro de la Sociedad en el lugar que le permite continuado perfeccionamiento humano.

Pero lo que dice y enseña para todo el Mundo, le viene a España, como de «molde», otra de las significaciones que atribuye la Real Academia al término «forma». El «molde» configura, determina y fija la «forma» en la materia, imprimiéndole la que tiene, la que ha cincelado en él, el artista.

Decir, pues, que Luis Vives es «forma de la Hispanidad», será entender que su espíritu, molde forjado por la Naturaleza, contiene, por su excelsitud y capacidad, el material hispánico, lo moldea y graba en él su forma, dándole fisonomía, relieve y orientación. Maravilloso «molde» la mente de Luis Vives; «molde» anchísimo, como el mar, su corazón sin límites; «molde» de infinitos senos, su alma luminosa; «molde» vivo, sabio, guiador, activo, y plasmante de la configuración y faz de la Hispanidad.

Como se dice que San Francisco es forma de su Orden, y San Ignacio de la suya, porque estas instituciones salieron moldeadas de sus pechos santos e instituidores; como toda fundación o institución histórica y persistente lleva la «forma» que, nacido en la frente del hombre genial, ha cuajado luego y se ha instituido: de igual modo, Vives concibió en su mente el ser hispánico y le dió la «forma» característica y propia que debe tener al ser actuado, instituido o convertido en ser histórico. De esta manera podemos decir que Luis Vives engendró espiritualmente a España, por vía intelectual y de amor, y dióla dichosamente a luz en el ser de su *Opera Omnia*, en el todo de sus obras que contienen los gérmenes e irradiaciones de la Hispanidad.

Caso curioso: La Hispanidad; madre, engendra a Luis Vives, en quien aparece personificada; Luis Vives, hijo, la reengendra en su alma, y le da un matiz propio, matiz genuinamente hispánico. Como si la Hispanidad fuese para Luis Vives, y Luis Vives, para la Hispanidad.

San Juan de la Cruz, sutil escrutador de la esencia del espíritu, consigna una idea que aclara nuestro punto de vista. Dice, que de algún modo, el espíritu de cada uno de los miembros que han de constituir una Orden Religiosa, se halla previamente concentrado en el alma de los fundadores, como cabeza que son de las mismas. De este modo, como el espíritu de los hijos es el mismo espíritu del padre a ellos comunicado o transferido, la institución permanece siempre idéntica a sí misma a través del espacio, del tiempo y de los lugares.

Luis Vives no crea la Hispanidad, que tiene un origen sobrehumano; como ni San Francisco, ni San Ignacio, crearon la idea que instituyen sus Ordenes respectivas; pero así como estos dos

egregios fundadores, supieron captar la idea genialmente y convertirla en institución de realidad perenne, Luis Vives intuyó el ser hispánico, posesionóse del mismo, lo recreó en su mente, le dió «forma», la suya, eminentemente hispánica, y la grabó luego en las páginas de sus libros, como sobre láminas de bronce, para magisterio perpetuo e inspiración de políticos, estadistas y verificadores de la Hispanidad. Este es el descubrimiento que brindo a la Nueva España, ansiosa de labrar un nuevo Imperio: La «forma hispánica», perenne, que forjó Luis Vives adoctrinado por el Imperio de Isabel y de Fernando, y tuvo plena madurez en el César Carlos V.

Más todavía: A los Príncipes de las Naciones, porque se presume que llevan en su seno a la Patria, son su cabeza visible y su mano orientadora, se les llama «Padres de la Patria». Las dan, en efecto, constantemente a luz con su obrar. Juan Luis Vives, con mayor razón y más soberana, merece tan glorioso renombre, el de «Padre de la Patria», pues dió a la Hispanidad «forma» nueva y definitiva, porque están en ella todos los gérmenes de las futuras posibilidades hispánicas, como en el Apocalipsis las posibilidades históricas del humano género.

Las leyes y las instituciones son la forma que refleja el ser de una nación; las Reglas Monásticas informan las fundaciones de los Santos; los principios, las normas, las instituciones sociales, políticas, económicas, religiosas, docentes y estimuladoras de la raza, por Luis Vives propugnadas o inventadas, como nacidas de la entraña nacional, debieran ser «forma» de la Hispanidad Nueva, o de la Hispanidad antigua, resuelta a dejarse superar.

Con esto dejamos en claro el sentido y extensión que damos a nuestro punto de vista capital: «Luis Vives, Forma de la Hispanidad.»

Esencia y existencia de la Hispanidad

Para Menéndez y Pelayo, la nota esencial y típica del ser de España, que la diferencia y realza entre las Naciones, sellándola con sello inconfundible, es su nativa «catolicidad». La idea, el sentir y la aspiración católica, le son consubstanciales al Pueblo español, que las abraza instintivamente porque responden a su ser y genio. Es como si España hubiese sido hecha, y quizá lo fué, para ser fecundada por el espíritu cristiano, y dar luego a luz infinitos hijos que lo verificasen colectiva e individualmente.

También, para Ganivet, el ser católico es nota característica e indestructible de español, aunque le duele algo, porque en su tiempo se hallaba en desprestigio la idea católica. Lo propio admitió y confesó el inconstante Unamuno, y Joaquín Costa proponía para la regeneración de España, una reforma general y amplia del Catolicismo decadente español.

De modo análogo, pero con brío, resolución y perspicacia fervorosa se expresan y sienten la Hispanidad, Vázquez de Mella, el filósofo orador, Ramiro de Maeztu, Nuevo Cid espiritual de España y el filósofo de la Hispanidad, Padre Antonio Torró, Franciscano.

Para Jiménez Caballero, la fórmula de la Hispanidad o del Genio de España sería: «Dios y César», síntesis de la realidad hispánica. Es una feliz condensación, en dos palabras, de las dos notas más sobresalientes y comprensivas del alma nacional e histórica de España.

Nosotros entendemos por Hispanidad, aquella «forma de vida» encarnada en la Nación Española que la constituye una y se ramifica indefinidamente, como un efluvio divino, hasta impregnar y dar pleno sentido a la humana espiritualidad. De ahí que a España le interese Todo el Mundo, y Todo el Mundo debe permanecer interesado por España, como centro creador y orientador del Espíritu.

Siendo esto así, claro está y definido el glorioso destino de España: Ser en el Mundo la creadora, la salvaguardia, la defen-

sora y sembradora del espíritu en la conciencia y en las instituciones humanas; ser hontanar y cauce del espíritu a través de los siglos.

Esta misión cuádruple, crear, salvaguardar, defender y sembrar espíritu, es la que presta a España relieve moral, la engrandece y la eterniza, porque como no tiene fin su destino, tampoco puede tenerlo la existencia de España necesaria en el Mundo de la Cultura.

Oliveros, escribe: «Hay un modo no aprendido, subconsciente, pensar en español, de participar en esa comunión intelectual y cordial en que la Hispanidad consiste y subsiste» (1).

Si hay un hecho histórico, una manifestación espiritual constante, un arte genuino, una modalidad ética, un vivir y un pensar definidos, una fe, una esperanza y un amor, una religión típicamente sentida y expresada, una filosofía y una ciencia que ha sido creada, vivida e irradiada, sin que nada ni nadie haya podido anularla o destruirla, ni el tiempo, ni las injurias de los hombres, ni los cataclismos de la Historia que acabaron con Egipto y con Grecia, la Hispanidad existe y existirá, como idea viva y encarnada en un ser que se denomina España.

La historia de esta clara Nación, con todas sus ramificaciones vigorosas, nos garantiza su existencia: Lepanto, las Naciones Hispano-americanas, El Escorial, Cervantes, el Concilio de Trento, Santa Teresa, Murillo, Lope de Vega, San Francisco Javier y San Francisco Solano, Suárez, Lulio, Vitoria y otros mil, son prueba irrefutable. La vitalidad hispánica ha sido tan plena y resonante que ha tenido notas y creaciones de originalidad sin par. Entre otras, los Autos Sacramentales, «han quedado como monumento perenne y único en su género, en la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos» (2).

Eso en cuanto a lo pasado; en cuanto a lo presente, cuando se creía en el agotamiento hispánico, en su agonía y muerte, el León de España se ha despertado, y con sólo sacudir sus

(1) Oliveros, *Humanismo frente a Comunismo*. Notas Epilógicas: *El fuero de trabajo*, pág. 182.

(2) Pfandl, *Introducción al Estudio del Siglo de Oro*, cap. VII, pág. 156.

recias melenas y desperezar sus miembros renovados, ha vencido a sus enemigos, los ha puesto en fuga vergonzosa y, con admiración del Mundo, que ya le creía incapaz, el Pueblo hispano ha vuelto a empuñar con fuerte mano e invencible, el cetro del espíritu. Los ojos y la esperanza del Mundo están puestos nuevamente en España. España es, hoy día, la Nación de mayor vitalidad interna.

Las formas vivistas, formas hispánicas

Pues bien, de este ser hispano, que se desenvuelve históricamente, de esta corriente vital que le riega y anima, de esa genialidad luminosa y prolífica, de esa actitud expansiva y de esa nativa grandeza, es «forma y molde» la ciencia vivista, ya en lo que atañe a la Nación Española, como ser colectivo, ya en lo referente a los españoles que integran, como miembros, el cuerpo patrio.

En efecto, los problemas políticos, económicos y sociales considerados en toda su amplitud y complejidad, los de paz y de guerra; los principios institucionales, orientadores en la vida de la Nación; las instituciones mismas que componen el ser de la Sociedad; la renovación incesante o progresiva de las ciencias; la formación del varón, de la mujer, del marido, del maestro, del artesano, del campesino, del magistrado, del niño, del Príncipe o del Gobernante, las incógnitas de la felicidad del hombre en la vida presente y en la futura, en fin los problemas todos que originan y plantean las relaciones humanas, particulares, familiares, colectivas, estatales, nacionales e internacionales, de Religión y Cultura, hallan, en las obras de Luis Vives, sabia, juiciosa y cumplida solución.

Radicado en la ciencia de Dios y en la ciencia del hombre, estudiando con ahinco, capacidad y constancia emocionante, las soluciones de Luis Vives no son circunstanciales o de presente, sino que dicen lo que deben ser las cosas y cómo deben ser, y no siendo posible que lleguen a plenitud real, porque la capacidad de lo histórico es inferior a la magnitud ideológica, resulta que el

ideal científico de Luis Vives, ideal perfecto, tendrá siempre actualidad constante, en mal hora preterida por estadistas ineptos, desconocedores del alma nacional. La verdad le guía, la prudencia le sugiere el acierto, con el amor humaniza y concuerda las aspiraciones de los hombres, anudando sus relaciones constantes. Los principios y las normas que Luis Vives halla y ofrece, son universales, derivan de la esencia de las cosas, son genuinamente católicas, hispánicas.

Elogio español del hombre

Los humanistas y sabios españoles miran con ojos tan benévolutos la fábrica y ser del hombre, que no aciertan a decirnos cuanto quisieran en su alabanza, pues toda expresión o término les parece corto. Fernán Pérez de Oliva, le llama «Cosa Universal, que de todas participa» (1); Luis Vives, con los griegos, «mundo pequeño» (2); el Maestro León, osadamente «mundo perfecto» (3); Fray Juan de los Angeles, «cumplida imagen de Dios» (4); y el extático San Juan de la Cruz, con originalidad inesperada, dice que un pensamiento del hombre vale más que todo el mundo. Si al propio tiempo recordamos el magnífico pedestal que levantó el «vigorosísimo entendimiento» de Raymundo Sabunde (5) sobre el que la imagen del hombre resplandece, tendremos sumados los elogios soberanos que del hombre ha hecho el saber hispano.

Doble destino

El problema humanístico que Luis Vives se plantea y resuelve con la máxima seriedad, porque orienta a los demás, es el problema del ser y destino del hombre. Con amor y ciencia, la mayor

(1) Diálogo de la Dignidad del Hombre.

(2) Opera, T. V, pág. 158. *Vigilia in somnum Scipionis*.

(3) Los Nombres de Cristo, Lib. I, cap. II.

(4) Conquista, Diálogo IX, Par. 3.

(5) En su *Liber Creaturarum, seu liber de Homine*.—Cfr. Menéndez y Pelayo. *La ciencia Española*; Tom. II, VI. *La Patria de Raimunde Sabunde*.

que se tenía en su tiempo, estudia el caso, para concluir que tiene el hombre un doble destino concatenado.

El primer destino es *humano*, es decir, social (1). Todo lo que hay en el hombre, desde su nacimiento hasta su sepulcro, es un vocero de esta verdad. Su origen es un acto social, es decir, dual por esencia. Su invalidez cuando nace, su ignorancia, el habla, la sonrisa, el rostro, sus flaquezas corporales, y sobre todo, su amor expansivo y benevolente, son otras tantas razones eficaces que demuestran su condición social, su gran aptitud para vivir en sociedad, como diría el propio Luis Vives (2).

Tiene, por tanto, el hombre, un fin humano: vivir, crecer, conservarse, multiplicar su especie y perfeccionarse en el seno de la Sociedad, en su Patria.

Pero luego, compenetrado de la esencia e intimidad del hombre, descubre la nobleza y quilates de su mental; halla que el hombre es algo más de lo que nos enseñó Aristóteles al decirnos que era «animal político», y más de lo que nos dijo Boecio al calificarlo de «animal racional». Para Luis Vives, el Hombre es «animal santo» (3), como que lleva indeleblemente fija la imagen de Dios, sello de su origen divino.

Esto, la verdad, implica necesariamente una ilación con la Divinidad, una referencia a lo Santo, a la santidad originaria o fontal de la que participa, esto es, implica la relación, el consorcio, la amistad, el trato con el ser supremo, esencial e infinitamente comunicativo.

Y así como la parte alude al todo y sólo en el todo y por el todo se explica, de semejante manera, el hombre, «animal santo», resulta un absurdo si no se refiere a Dios, a su todo de donde trae su origen, pues su ser es todo él participado, incompleto, y desasosegadamente vive mientras no reposa y de algún modo se articula en su todo, en su Dios.

Tanto es así, que esta relación del hombre con su principio original no está sujeta al humano arbitrio, sino que es innata al

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 160. *Vigilia in Somnum Scipionis*.

(2) Opera, T. V, pág. 195 y siguientes. *De Concordia et Discordia*, Lib. I.

(3) Ibid.

hombre, asociado a Dios desde su primer latido y sintiendo siempre el vivo acicate que le estimula para que le busque y halle, como al único capaz de asegurarle, pacificarle y hacerle perpetuamente feliz.

El pensamiento de Vives se concentra en esta expresión: El hombre por ser «santo», es socio de Dios (1).

Ahora bien, añade: «Es así que la unión con Dios no puede ser tal en esta vida que nos haga felices; luego, por consiguiente ha de haber otra vida en la que, la unión sea beatificante» (2). «Uno es el fin que todos anhelamos, a saber, la felicidad sempiterna» (3).

Expresamente insiste Vives en este doble destino del Hombre, en su destino social y en su destino celestial, siendo el primer peldaño para subir al segundo. No es un ser que nace en la Tierra y en la Tierra perece, sino que brota en la Tierra con destino trascendente. Esta doble idea influye poderosamente en la filosofía vivista del Hombre, la orienta y le da vigor y unidad.

El olvido de estos principios veraces, que deben guiar la vida humana y regir en la humana Sociedad, nos ha traído males indecibles, cuyas huellas no sabemos cuándo se borrarán.

A doble destino, doble felicidad

El coronamiento de este destino doble, es una doble felicidad, en la vida presente y en la vida futura. La primera es por esencia, relativa; la segunda, plena y absoluta. La primera consiste en la «paz» interior o espiritual y exterior o cívica. En la «paz», como el maestro León enseña (4), se cifran y suman cuantos bienes el hombre bueno puede disfrutar en la Tierra.

Por esto mismo descubre Vives que pacificar es un intento de

(1) Ibid.

(2) Vives, Opera, T. VIII, pág. 49. *De Veritate Fidei Christianae*, L. I, cap. VI.

(3) Vives, Opera, T. V, pág. 447. *De Vita sub Turca*.

(4) *De los Nombres de Cristo*, L. II, cap. III. *Principe de paz*.

cambiar la faz del Mundo, haciéndola de hosca y dura, alegre; es renovar la Tierra devolviéndole su primitivo esplendor, serenidad y gozo; para lo cual se debe cohibir la osadía de los malos (1).

En consecuencia, persuade al mantenimiento de la concordia y a la desaparición de toda discordia o disensión, como bien supremo de la Sociedad el primero, y como mal supremo, el segundo. «Ante todo, escribe, la paz, forma aptísima, tanto para la gobernación del reino, como para robustecerlo» (2). «En la guerra, como en una tempestad, todo se confunde. El tiempo de paz es el único que conserva los bienes del Pueblo, porque cuanto hace buenos a los hombres, predomina en la paz y periclita en la guerra, como las Letras, la Religión, la Justicia, el reposo, los trabajos honestos en la Ciudad, el comercio y la ocupación útil en todos; por el contrario, en la guerra, ningún miembro social desempeña derechamente su oficio, como en un cuerpo enfermizo» (3).

«Es anejo a la guerra el juego, la diversión, el allanamiento de los hogares, el despojo de los templos, el rapto de las vírgenes, el incendio de las ciudades robustas y de los castillos. Gran locura. Pero hay más: La destrucción de lo que no se puede retener» (4).

Se comprende, según esto, que la guerra haya tenido en Vives su mayor y capital enemigo, como la paz su defensor genial. La paz es nativa al hombre, la guerra contra naturaleza (5).

Si se examinan, continúa, y se consideran las zozobras, los gastos, las escisiones, los sufrimientos, la pérdida de ciudadanos y los males sin cuento que a las guerras acompañan y siguen, como la sombra al cuerpo, se apreciará bien que, en no siendo posible otra solución más decorosa, debe preferirse una paz injusta a una guerra próspera (6).

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 461. *De Comunione Rerum*. Dedicatoria.

(2) Vives, Opera, T. V, pág. 184. *Epistola ad Henricum VIII*.

(3) Vives, Opera, T. V, pág. 180. *Epistola ad Henricum VIII*.

(4) Vives, *Ibid*, pág. 181.

(5) Vives, Opera, T. V, pág. 235. *De Concordia et Discordia*, L. II.

(6) Vives, Opera, T. V, pág. 185. *Epistola ad Henricum VIII*.

Si una parte ofrece la paz y otra la rechaza, todos deben conjurarse contra ésta.

Este es, pues, el destino temporal del hombre desde el punto de vista político o social: vivir pacíficamente, a lo que se siguen, como secuela necesaria, todas las prosperidades.

Pero en el fracaso constante de la paz en que vive el hombre y la Sociedad se desenvuelve, se percibe el otro destino humano, el supraterráneo; pues no logran ser los hombres felices, sino desgraciados y miserables, hasta el punto de que, si no existiera una vida futura y dichosa para el hombre, sería éste el único ser frustrado en la Naturaleza, ya que no alcanzaría plenamente su fin. Pero esa vida, añade, existe (1).

Para asegurar esta posición, de trascendencia suma, discurre sería y largamente sobre el problema de la felicidad última y suprema del hombre, como hito orientador de la vida.

«Llamo fin, dice, aquella pretensión a que todo se ordena, pero que no es ella ordenada a ninguna otra cosa ulterior» (2).

El fin del hombre, propio y singular, se ha de colegir no de aquello que tiene de común con los otros seres, sino de aquella cualidad, propiedad o elemento que le distingue y sella. Si el fin del hombre o su destino se prefija en el cuerpo, en su deleite y placer, como han hecho algunos, es obvio que la felicidad humana y la de los animales será una misma, pues no se sabe que los seres sensibles tengan otra (3).

El enigma de la felicidad

«¿Qué cosa hubiera sido creada por Dios más vana y más inútil que el hombre, si nada hubiera después de esta vida?» (4).

Es claro que el fin del hombre no está en la Tierra, sino fuera de ella. «Esta es la realidad; que en esta vida no hay ningún fin

(1) Vives, Opera, T. VIII, pág. 44. *De Veritate Fidei Christianae*, cap. V.

(2) Vives, Opera, T. VIII, pág. 32. *De Veritate Fidei Christianae*.

(3) Vives, Opera, *Ibid.*

(4) Vives, Opera, *Ibid.*, pág. 37.

digno del hombre; por tanto, si no lo tiene en la otra, resulta un ser frustrado; pero, no fué creado para la otra, en donde hay reposo, complemento y bienaventuranza (1).

El apetito se inclina, por su nativo impulso, hacia lo que aprehende como bueno para sí. Cuanto aprecia una cosa como mejor, con más vehemencia la perseguirá y se afanará por su posesión. Por tanto, especialmente perseguirá, como a su bien supremo, aquello que le mueve a obrar, absorbe todas sus fuerzas y le orienta hacia sí. Presupuesto que esa inclinación sea sabia, acertará y será su bien máximo, apetecido sobre todo, a cuya prosecución ordena todo lo demás (2).

«El apetito de la mente se llama *voluntad*, de quien la mente misma cuida y es guía. En la voluntad, pues, como facultad íntima y suprema, radica el fin, de suerte que el fin de la voluntad es el fin del hombre. Pero el bien de la voluntad y su bienaventuranza es el bien supremo. El cese de todo acto no puede ser para el hombre lo mejor, pues de otro modo el insensato y el que duerme, viviría más feliz que quien permaneciese en vigilia y obrando» (3).

El hombre, elevado sobre las cosas creadas, trasciende los cielos y el universo mundo, hasta el autor de todo, Dios. Luego Dios es el bien óptimo y más aventajado que puede captar la mente y ofrendarlo a la voluntad, pues a él tienden todos los conocimientos adquiridos.

Conocemos las cosas presentes y, por éstas, venimos en conocimiento de las ausentes; conocemos las cosas complejas y compuestas, y por ellas, las simples; conocemos las corporales, y por ellas, las incorpóreas; por las mortales, a las inmortales; por las creadas, al Creador. «Lo sumo del conocimiento se cifra en un ser simple, incorpóreo, inmortal, creador, sin precedente, que todo lo llena, cuando los demás dejan vacíos inmensos. Pues precisamente esto es lo que beatifica, lo que llena, sacia, quieta; este es el bien óptimo y supremo que la mente puede amar. Y

(1) Vives, Opera, Ibid, pág. 44.

(2) Vives, Opera, Ibid, pág. 45, cap. VI.

(3) Vives, Opera, T. VIII, págs. 47-48. *De Veritate Fidei Christianae*.

como por otros conocimientos nos subimos al conocimiento de Dios, y allí reposamos, de semejante manera, por el amor a las otras cosas, ascendemos al amor de Dios, sobre el cual ningún otro existe» (1).

«Es así que la unión con Dios no puede ser tal en esta vida que nos haga bienaventurados; ha de haber, por consiguiente, otra vida en la cual sea beatífica la unión» (2). Como no le satisface lo terreno, acude a lo celestial.

Para encontrar la felicidad y bienaventuranza es preciso ponerla en cosa que produzca el mayor gozo sin ninguna molestia ni perturbación. Además, es necesario que sea «perpetua» y que no pueda ser arrebatada, pues si el miedo interviene, desaparece la felicidad y la descompone. Por otra parte, ha de estar en manos de todos, o mejor dicho, al alcance de cuantos la deseen o apetezcan.

De modo, que las condiciones requeridas para que seamos felices, son: «gozo máximo» sin molestia ninguna; «perennidad», «seguridad» y «accesibilidad». Ahora bien, como jamás se verifican estas condiciones, resulta que no hay cosa creada que menos alcance su fin en la Tierra como el hombre. Y no puede ser de otra manera, dado que el fin perfectivo del hombre no es de este Mundo (3).

Si la vida no tiene un fin trascendente, degenerará en una vida sensible, como se observa en los pueblos de bajo nivel espiritual y cultural.

Desde el punto de vista teleológico, el fin supremo temporal de la Naturaleza es el hombre. Pero la Naturaleza no puede ser madrastra, sino madre de los hombres, amorosa, providente y sabia. Su pretensión, pues, ha de ser la felicidad del hombre, hijo suyo, y de ningún modo, porque sería absurdo, su infelicidad o malestar.

¿Qué será la felicidad del hombre sobre la Tierra? No puede consistir en otra cosa que en el cumplimiento de los fines que le

(1) Vives, Opera, T. VIII, pág. 47. *De Veritate Fidei Christianae*, cap. VI.

(2) Vives, Opera, *Ibid.*

(3) Vives, Opera, *Ibid*, pág. 37, cap. V.

son connaturales, sirviéndose de la misma Naturaleza, como medio. La Naturaleza, por tanto, está a disposición del hombre, y es el hombre, su dueño, o como dirían los antiguos, su rey.

Pero, ¿es posible su verificación? Jamás, porque es un reinar prácticamente de nombre, puesto que le son rebeldes las cosas, se le sublevan, le subyugan y acaban con él; porque hay una desproporción insalvable entre las ansias y deseos humanos, y la finitud circunscrita de las cosas que no llenan los senos sin fondo del corazón y de la mente.

Luego lo que interesa al hombre es ahondar en el conocimiento de la Naturaleza para aprovecharse de ella, propenderse fines y obrarlos, esencia de la cultura, y disponerse para saltar de este Mundo al que garantiza la plenitud de todo bien con el cumplimiento constante de todos los fines, de todas las aspiraciones y de todos los deseos.

La Sociedad, por perfecta que llegue a ser, no puede dar lo que no tiene: una felicidad indefectible al hombre, puede, sí, y debe prepararle los caminos que, con seguridad, a ella conducen, y separarle de las vías de perdición.

En conclusión, nos dice Vives: «Uno es el fin que todos anhelamos: la felicidad eterna; pero una es la vía que a ella conduce: la piedad verdadera» (1).

El hombre necio, ignora lo futuro

De aquí la necesidad grande de que conozca el hombre su condición propia, la índole de la Naturaleza y las exigencias y límites de la felicidad que puede ser alcanzada en la vida presente y en la vida futura.

«El hombre malo, rudo y menospreciador de los bienes celestiales, que revuelve en su ánimo como idea única la de esta vida, hállase predispuesto y pronto a remover, para cambiarlo, cuanto atañe al Príncipe y al estado de cosas. Porque la mente del varón malo, es inquieta y jamás se aviene con lo presente,

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 447. *De Vita sub Turca*.

esforzándose por removerlo todo, de suerte que las fantasías que se forja, las fomenta en el lecho, se desasosiega en busca de un nuevo lugar, como si el mal fuese propio del sitio y no del ánimo enfermizo. Mas, cuando la virtud le posea, pronto se sentirá contento y alegre, porque estimará la condición y estado de cosas en el que puede él mismo vivir, y trabajará para que sea conservado; sabiendo, por otra parte, que el cambio de cosas, las revoluciones, las matanzas, los robos y los desastres, llevan consigo crímenes inhumanos e infandos, se llenará de horror apasionadamente a vista de tamañas crueldades» (1). «El necio, el impío que no alza su mente a lo futuro, es sojuzgado por los bienes presentes que ciertamente ve y se renuevan, juzgando que los otros son a estos semejantes, sin que se hallen en mejor sitio» (2).

Ethos, no fatum

Gran verdad: «El porvenir de la Historia depende del «ethos», no del «fatum». Por haberla invertido los marxistas con todos sus secuaces, se ha llegado al estado caótico, anárquico y de confusión que lamentamos hoy día. El mundo físico anda por sí mismo, fatalmente; pero el mundo moral, ético e histórico, anda a impulsos del humano querer y de la obstinación humana. El hombre crea la historia, es él mismo la historia, que desenvuelve con sus actos. Tanto es así que, como es el hombre en cada época, tal es la historia de la misma, y si cambia la modalidad humana, influida por hechos o acontecimientos extraordinarios, cambia de faz y de significado la Historia.

Así se explica que cuando Luis Vives trata de anular a los ciudadanos formando con ellos un solo haz, recurre no a un elemento material o físico, que sólo cuerpos puede unir, sino a un principio ético: «Ningún vínculo nacional, dice, existe mayor ni más firme, que la bondad.» «La unión máxima se da entre los buenos, ni de otra manera escucha el varón bueno al gobernante

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 179. *Epistola ad Henricum VIII.*

(2) Vives, Opera, Ibid.

bueno, que a sí mismo» (1). Claro está que, cuando el ciudadano escucha en la voz del gobernante la propia voz, el orden y la paz, engendradora de todo bien, han de reinar forzosamente, y vivirán todos vida gozosa.

No la fuerza, sino la verdad reinará. Ésta fortifica las naciones, aquélla las enflaquece. «Las opiniones y sentencias tenidas por verdaderas, que, por afecto y costumbre, se han arraigado, persisten vivas y eficaces más y más, cuando se les opone algo externo que las cohiba. Entonces, como el fuego ligeramente hisopeado levanta mayores llamas, no temen el poder; libres y señores de sí, obedecen sólo a tiempos, y como el error les entró su color de verdad, sólo empleando el mismo medio le abandonarán. Ciertamente, las amenazas y el terror ostentoso pueden oprimir los cuerpos, pero no las almas, a donde las fuerzas humanas no penetren; en cambio, excitados los ánimos y afectos, denominados perturbaciones, cómo enfermedad grave y peligrosa, se recrudecen con la cura, y provocan mayores alborotos y revuelos, salvo que sean tratados con arte delicado. Son, por su propia índole, impertinentes, intratables, violentos, inmoderados, atroces, crueles, desprecian y maltratan la mano auxiliadora, sobre todo si ofreces el remedio por ti mismo. Inadvertidamente y sin ostentación, te interesarás por su salud.» Así adoctrinaba nuestro Vives, al César Carlos V (2).

«Impóngase, pues, el Príncipe por la verdad y el arte, porque sólo la verdad es poderosa contra el error, máxime si es inveterado o defendido con apasionamiento.»

«El Príncipe, en la Nación, es como el alma en el cuerpo, y algo así como el vestigio del Creador entre las creaturas» (3). Obre, pues, el Príncipe como tal, vivifique, oriente y conduzca a su Pueblo. «Preocúpese de vivir pública y privadamente como quisiera él que viviesen sus súbditos, entendiendo que vive como sobre un escenario, no habiendo ningún dicho ni hecho suyo que permanezca oculto» (4).

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 176. *Epistola ad Henricum VIII.*

(2) Vives, Opera, T. V, pág. 190. *Epistola ad Carolum Coesarem.*

(3) Vives, Opera, T. V, pág. 175. *Epistola ad Henricum VIII.*

(4) Vives, Opera, Ibid.

Con el mayor empeño deben esforzarse los gobernantes «en ser buenos y, siéndolo, hacer buenos a todos los suyos» (1); pues, no hay mayor arte para amansar a los hombres, ni nudo que con mayor firmeza enlace al gobernante con el súbdito. La bondad y la virtud funden sin confundirlos, a superiores e inferiores.

Cuando la virtud impera en un Pueblo y la austeridad preside la vida de los ciudadanos, la dicha y el bienestar están a la puerta.

A este fin, «lo primero que debe hacerse es retraer a la gente del encantamiento del dinero, desterrar el lujo, incitar a la sobriedad, encender el amor mutuo, no negociar con los vicios, sino que la virtud sea el único lucro. Luego, apártense a los hombres de aquellas ocasiones que los inducen a grandes infamias y a los crímenes más graves. Tu reino, con un pueblo así, sería felicísimo, puesto que en él no serían un gobernante agobiado, sino un espectador dichoso e incitador del bien. Se regirán ellos por sí mismos, teniendo tú que amonestar, más bien que castigar» (2).

«Felicísimo», en efecto, será el Pueblo español, si aprovecha la coyuntura presente y providencial, para seguir los cauces abiertos por Luis Vives en el campo de la ciencia política, que conducen las aguas sociales al mar de la felicidad; «felicísimo», si se deja moldear en el troquel ideológico de su hijo preclaro.

Modelo de Ciudad o Nación

He aquí, según Luis Vives, el espejo clarísimo en el que toda Ciudad debe constantemente mirarse, para medir el estado de su perfección, añadiendo, quitando, perfilando y hermoseándose de conformidad con el modelo soberano. «En ella moran, haciendo caso omiso de los hombres, la justicia, la prudencia, la templanza, la fortaleza, la salud, el amor, la paz, la concordia, el éxito, la fe, el consuelo para los buenos con el reposo por ellos anhelado; el terror contra los hombres malos y criminales, las sanciones, las cárceles, las humillaciones, los castigos, los destierros y la muerte

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 178. *Epistola ad Henricum VIII.*

(2) Vives, Opera, *Ibid*, pág. 180.

están en su punto; la inocencia, segura entre los malvados; cohibida y reprimida, la audacia de los mismos; asegurada la Ciudad, y la vida de los hombres, pacífica y dichosa, allí está. De igual modo vive en ella la Religión, la santidad, el decoro, la distinción para los buenos y la gloria; la honestidad y el recato viven sin recelo; la orfandad de los niños y el abandono de las viudas, remediados; socorrida la pobreza de los hombres pobres. En ella florecen las artes, las ciencias; en ella residen las tres Gracias y el coro de las nueve Musas; en ella las virtudes, como no aspiren sino al galardón de sí mismas, tienen su premio cierto prevenido» (1).

Toda esta riqueza y bienestar se goza siempre que las Leyes tengan vigor, se cumplan; pero, si se olvidan, se menosprecian o debilitan, como en los Estados Modernos sucede, desaparecen como por encanto, no persisten ni un momento, y sobreviene, como consecuencia, la desesperación, el desorden, el atropello, el crimen, la destrucción, la ruina de la Patria y de sus miembros los hombres, como lo hemos visto en la España liberal que, preterida la Ley dió rienda suelta a las pasiones populares que han degenerado en pasiones criminales.

Una tal Ciudad, necesariamente crearía ciudadanos óptimos, informados de espíritu santo, activo y generoso. Desde el punto de vista cívico, aquél será el mejor y digno de mayor alabanza, que posponga todos sus intereses y bienes privados, a los intereses y bienes de la Patria, prefiriendo morir por la salud y prosperidad de la misma, antes que obrar en daño o detrimento suyo (2).

Pero, sobre el ser cívico, compenetrándole, sublimándole y orientándole siempre hacia lo alto, está el ser cristiano, que es una participación de la naturaleza divina.

«Cristianos, esto es; hombres de naturaleza pura e incorrupta. Pues ¿qué otra cosa es el cristiano, sino un hombre vuelto a su primer origen o restituído a su natural condición, despojado de ella por el diablo cuando le cautivó después de victoria in-

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 486. *Aedes Legum.*

(2) Vives, Opera, T. V, pág. 160. *Vigilia in Somnum Scipionis.*

justa?» (1) Porque no está el hombre ahora como salió de las manos de Dios, pacífico, sino belicoso y discorde.

Una Ciudad, pues, o Nación instituida según la forma vivista, donde la justicia sea el vínculo (2), toda virtud tenga su asiento y florezca, antepongan los ciudadanos el bien de la Patria al bien propio, el bien público al bien privado y, por añadidura, sean al propio tiempo hombres renacidos con el ser de Gracia, bien se puede llamar Nación dichosa, tal como Luis Vives la desea y quiere que sea España.

Nuestra división, profetizada

Nuestra Patria cayó de su cumbre cuando se olvidó de sí misma, perdió la noción de su ser y vivió sin tino, perdido el norte. Ignoraba ya de dónde venía y a dónde iba, como los niños o como los hombres insensatos. Astro errante, corría, con veloz carrera, a su perdición definitiva. España, la Nación armónica, se había convertido en la nación anárquica; la nación de la paz, en la nación de la guerra; la nación del derecho, en la nación desordenada; la nación de la literatura y del arte, en la nación de la plebeyez y de la grosería. La nación de Dios, en la nación de Satanás. Había tantas cabezas como españoles, y todas ellas sin seso y desequilibradas, entre las que dominaban, se entiende, y al revés de lo que Luis Vives pretendía, todo vicio e iniquidad tenían en ella su guarida.

Vió bien, Luis Vives, que pararíamos ahí, por lo que, con espíritu profético, dice: «Las facciones se han introducido hasta en los pueblecillos y en las villas, por ellas se persiguen unos a otros sin razón, sin discernimiento, sin juicio. Si se les obliga a exponer las causas o motivos, no aducen ninguno» (3).

La división, agresiva, maliciosa, ruina de la Patria, abrió las puertas al Marxismo soviético, que nos invadió, como en otro

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 201. *De Concordia et Discordia*, L. I.

(2) Vives, Opera, T. V, págs. 270 y 311. *De Concordia et Discordia*, L. III.

(3) Vives, Opera, T. V, pág. 223. *De Concordia et Discordia*.

tiempo los bárbaros y los árabes, y trató de imponerse extrangulándonos.

Como adivinó con intuición genial el método guerrero de los Rojos. Y ¡con qué frases más duras lo reprueba!

La guerra degenera en crimen social cuando, a los males horribles que lleva en sí, se añade, por malicia y ferocidad, la destrucción innecesaria por el fuego. «Se ha inventado, dice, una forma nueva de guerra, el incendio de todas las cosas.» «¿Qué gente bárbara guerreó de tal modo que la victoria no pudiese aprovecharle ni aprovechar al enemigo?» (1) Evidente alusión a los comunistas, por Luis Vives conocidos y flagelados en su libro *De Communione Rerum*. En esto, como en todo, los comunistas modernos no han degenerado de los antiguos, sino que los han sobrepujado en malicia, en medios de destrucción y en modos de manifestar su iniquidad y odio a todo lo humano y a todo lo divino. Se relamían la boca diciendo: —Si ganan los fascistas, sólo encontrarán escombros—. Y, en cuanto les fué posible, cumplieron su consigna, como lo demuestra la zona nacional aherrajada por los marxistas.

El Futuro, preocupación actual

«Nos encontramos ante un movimiento de cultura que camina sin guía» (2). Esta es la situación zozobante y trágica de las Naciones modernas, que viven con agonías de muerte, en lucha desesperada entre el ser y el no ser: son barcos que naufragan.

España es un naufrago que ha llegado al puerto, roto, herido, maltrecho, con la cabeza ensangrentada; pero con espíritu renovado y robustecido por la tribulación. El mar era de fuego, pereció la escoria y, queda brillante, el oro de su alma. Sabe lo que es sufrir, sabe de llanto y de lágrimas, sabe de guerra, y quiere saber de paz, de amor y de concordia.

Para asentarse bien y asegurar su porvenir imperial, España

(1) Vives, Opera. T. V, pág. 169. *De Europae Statu ac Tumultibus*.

(2) Dempf, *Filosofía de la Cultura*.

tiene su trono, aquél que le dió su primera grandeza, el trono doble de Fernando e Isabel; y tiene su doctrina, la de sus sabios, cuya representación genuina es Luis Vives, amante del hombre, amante de la Patria y amante de Dios.

Informándose España del espíritu de Isabel y de Fernando, y siguiendo las enseñanzas de Luis Vives, se salvará a sí misma y será nuevo instrumento de salvación, volviendo a ser lo que fué en otros tiempos, la luz del mundo.

España, espíritu purificado, será el guía seguro que, para salvarse, buscan las Naciones. El Oriente y el Occidente son dos gigantes de dimensiones Fantásticas que, espada en alto, están dispuestos al combate. ¿Quién será el vencido? ¿Quién será el vencedor? He aquí la grave interrogación. Los antiguos advirtieron la oposición nativa entre ambos colosos (1).

Le preocupa a España el porvenir de Europa, que es el porvenir del mundo cristiano. Las doctrinas de Luis Vives pueden ser el arca espiritual de salvación, por ser la quintaesencia de la Hispanidad, su «forma»; por ser el meollo de las revelaciones hechas por Dios al hombre para su salvación. Luis Vives, abanderado invisible de la Hispanidad.

Fórmula de la Hispanidad

El Escorial es un hecho y una fórmula: Como hecho es una regia y singularísima fundación, única en el Mundo de la Cultura; como fórmula, es España, la expresión auténtica de su esencia, de su anchura, de su profundidad y de su alteza.

El triple destino de España que se deriva de sus tres carismas, anejos a su espíritu y consustanciales con él, está patente allí, y es cada una de sus piedras una voz que lo proclama. Templo, Monasterio, Palacio, Religión, santidad y sabiduría. Imperio. Trilogía de ideales que tuvieron realidad en otro tiempo, y que la tendrán de nuevo. Ignacio de Loyola, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Felipe II. Tres espíritus y un solo espíritu, el de Dios y el

(1) Vives, Opera, T. V, pág. 221. *De Concordia et Discordia*, L. I.

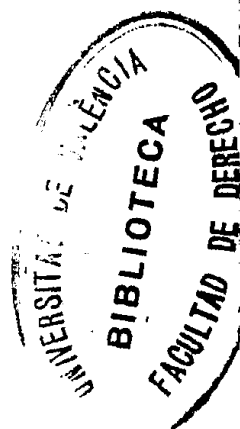
de España, fundidos en uno. Templo, Monasterio, Palacio, un solo Escorial, trilogía y unidad de España, los tres apoyándose, completándose y realizándose con trabazón indestructible. La Religión inculca a España ardor de infinitas aspiraciones; el Monasterio verifica, con esplendor, su santidad de vida, la Ciencia y el Arte; el Palacio se convierte en espada del Imperio, salvaguardia de la Religión y del Monasterio, ejecutor de los destinos hispanos. Palacio, poderío; Monasterio, perfección; Templo, índice del brazo de España, de la España antigua y de la Nueva España, que siempre enhiesto, rozando con las nubes, nos señala el indescribible «más allá», que todo español lleva, como aspiración innata, en el más profundo centro de su espíritu.

Luis Vives. Testamento y el Movimiento Nacional testamentario

No muere la Hispanidad, enraizada en lo eterno; pero languidecía anémica y sin lustre. Sacudida por el fragor de las batallas y ante un enemigo superior, tirano y sin humanidad, irguióse con nuevos y sorprendentes bríos, abrió el sepulcro del Cid, invistióse de su espíritu y fortaleza que inculcó rápidamente en los pechos hispanos, y batalló las batallas de Dios, triunfando de sus enemigos mortales y humillando para siempre sus cervices altivas.

Esto es el Movimiento Nacional: Resurrección, vida ubérrima, milicia sacra, espíritu radiante, imperio de difusión de lo hispano.

Pero este Movimiento, grávido de empresas y de magníficos presentimientos, para que tenga eficacia virificadora, para que se instituya y obre con plenitud y seguridad, para que no se desvanezca y pierda como flor agostada, es necesario que corra por un cauce apropiado, limpio, recto, ancho y que directamente vierta sus raudales en el mar inmenso de la Cultura y de las grandezas de todo género que decoran y ennoblecen la cabeza veneranda de la Hispanidad. Es preciso que sea «informado», para que no se desenvuelva y desarrolle «informemente»; necesita que un poderoso aliento vital le sostenga y oriente; ha de ser, por fuerza,



moldeado, para que tenga cohesión, fisonomía, carácter típico. Y eso es, precisamente, el saber, la ciencia, el arte y la virtud de Luis Vives: cauce, forma y molde que han de orientar, informar y moldear la Nueva España, resurrección de la pretérita con ánimos de superarla.

Pensador eximio y cordial, sus obras son una verdadera mina, riquísima en vetas de saber hispano. Ellas son como un poderoso espejo esturio que recoge y abraza en su seno los rayos de luz todos, para lanzarlos luego más claros y encendidos. Son una sùmula magistral de la humana sabiduría: en ellas todo está quintaesenciado. En la historia del saber hispánico, tiene dos precedentes gloriosos, San Isidoro, Doctor de las Españas y del Beato Raimundo Lulio, Doctor Iluminado; posteriormente, el Doctor Eximio, P. Francisco Suárez, de imperecedera memoria. El P. Vitoria y Luis Vives son las dos Columnas de Hércules de la Hispanidad.

Luego, se impone que Luis Vives sea considerado como el prototipo del verdadero español, con todas sus virtudes y sin ninguno de sus vicios. Es, ante todo, el hombre sabiamente juicioso, el filósofo de raza, que nos trazó con su pluma dorada el camino cierto y seguro que debe seguir España para cumplir su misión en la Tierra. Es Vives una España en miniatura, y España es un Luis Vives agigantado.

Como las enseñanzas de Vives son la quintaesencia de España, la expresión viva, clara y redondeada de su genio, el destino de la España Nueva debe ser instituir y ejecutar el testamento ideológico de Luis Vives que devolvería a España el Principado del Mundo que tuvo en otros siglos, «el cetro de Oro y el blasón divino» que ostentaron en tiempos dichosos sus manos soberanas.

El Movimiento Nacional resuelve, con viril denuedo, vertebrar de nuevo el ser de España según el racial e insuperable diseño de Luis Vives trazado en vistas al futuro *más allá* del Imperio Hispánico.

Grandiosa empresa de infinitas irradiaciones, que jura el Pueblo Español llevar, por su Dios y por su honor, a término feliz, para decoro y glorificación propia y para el triunfo dichoso del género humano sobre la Tierra.

CONFERENCIA

DEL

DR. D. JUAN BENEYTO PÉREZ

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

EN EL AÑO DEL

IV CENTENARIO DE JUAN LUIS VIVES

Juan Luis Vives y el problema de Europa

POR

JUAN BENEYTO PEREZ

Catedrático de la Universidad de Salamanca

1. El hombre inserto en el ambiente.—2. La sinceridad y la actitud.—3. Nuevo sentido y locura de Europa.—4. La reacción de Vives en la zona polémica.—5. Enrique VIII, Adriano VI y Carlos V. El César español en el pensamiento vivista.—6. Una leyenda antiespañola: Vives horrorizado de España. Una realidad en contraste: la nostalgia de España en Vives.—7. Una conclusión: la tarea de España en la obra de Vives.—8. La crisis del 500 y el problema de Europa.

I

NICOLÁS de Cusa vino a exponer el concepto que queremos subrayar como enunciado vistiéndolo de maravilla con sus palabras: El hombre—decía el autor de «De concordantia catholica»—por ser libre crea, pero es libre y crea inserto en el instante temporal bajo la presión de la circunstancia.

Verdad que no ha pasado desapercibida al contemplar la figura de Juan Luis Vives, bien que no siempre se ha considerado al enfocar su estudio reconociendo cuál era esa propia circunstancia. Se ha hablado de los Descubrimientos, de la Pimienta y del Egocentrismo, sin que nos hayamos percatado de adquirir

conceptualmente una visión inmediata de los elementos en que Vives actúa, recibéndolos al par que también reaccionando y superando la participación de los hechos en su persona mediante la incrustación de su poderosa mentalidad en los problemas de su época, no sólo para discutirlos, sino para darles una ruta abierta en campo de batalla, una salida de luz y de fe.

No es otro el problema de la visión de figuras pretéritas actualizadas. Frecuentemente juega en esta visión más que la reflexión, la sensibilidad. Y he aquí el primer enemigo frente al cual ha de ponerse en guardia el intelectual de nuestra hora que quiera percibir todo el complejo psicológico y político de una gran personalidad en el marco de los siglos. Se trata de ver en nuestro caso no sólo el encadenamiento interior de la obra de Vives—un sentido, sino la reacción ante el mundo—su tendencia.

Este estudio hay que hacerlo sobre los textos. No podemos dedicarnos al bonito deporte de mezclar palabras iguales sin ver que realmente reflejen iguales ideas. Ante todo importa que el examen de los hechos históricos se haga con criterio histórico derivando así de su ser su propio concepto. Lo que a menudo se olvida cuando se juega con el doble error de tratar con dos tesis. Las palabras han nacido para ser ángeles guardianes de las ideas y no podemos caer sin pecado en la industrialización de tan buenos custodios.

No trataremos, pues, de ver en Vives al precursor, sino que contemplaremos solamente al intelectual completo, como hombre que carga sobre sí una misión, que toma un quehacer para su vida (1). El quehacer de Vives es el que conviene a un intelectual de su tiempo, a un humanista lleno de realismo.

En el siglo XVI los intelectuales escriben para adoctrinar. El libro impreso se va haciendo cátedra. Con una gran ventaja sobre la cátedra: la de que su ámbito no está limitado a una categoría y mucho menos a una categoría tan estrecha como la de los estudiantes que buscan solamente un *mínimum* del saber que se encuadra en un plan. Escribir es ya en el 500 una actitud misio-

(1) JOSÉ ORTEGA GASSET, *El libro de las misiones*. Buenos Aires, 1940, página 15.

nera extendida sobre núcleos no sólo más amplios, sino más pluriformes que aquéllos sobre los que la cátedra actúa. El libro tiene por primera vez vigor de cosa socialmente precisa. Y va a unos y a otros, a quienes pueden formar una opinión y a quienes se encarga la tarea de decidir. Los estudiosos y los gobernantes, las aristocracias de la ciencia y de la política, ven llegar los libros, unos portados por la curiosidad del tema o la aureola o el genio del autor, otros porque el autor ha ido a buscarles enviándoles copia con el permanente acuse de recibo que es la dedicatoria textual. Esta afirmación no es un producto de otras investigaciones ni el resultado de una meditación histórica: es una afirmación que el propio Vives hace: Al dedicar a Carlos V su «De concordia et discordia», la epístola termina utilizando el simbolismo de las columnas de Hércules y del propio Atlante (1) y Vives indica que estos libros no son escritos por adulación, sino para explicar las cosas y para llevarlas así explicadas a quienes como el César pueden resolver. Por eso le dedica el libro: porque de él depende en la mayor parte la paz (2). Lo que en este campo hacen los libros de Vives no es menguado a buen seguro: si al César Emperador de Occidente le dedica su fundamental tratado sobre los problemas políticos de la Paz, a Alfonso Manrique, Arzobispo de Sevilla le enderezó su «De pacificatione». Y hasta los diálogos latinos tienen un consignatario egregio: Felipe II Príncipe de España.

Este ambiente se puede convertir en aguafuerte si se medita que el 500 es una época de acción según revelan incluso los monumentos funerarios, en los que el muerto está en pie, es decir, en una actividad no desmentida y en vivo contraste con el sepulcro medieval tendido (3). Epoca de acción y de discusión. Y he ahí precisamente la gran razón de su valor crucial que es ésta de ser una época discutidora en la cual se dilucidan cosas de mayor en-

(1) VIVES, *De concordia et discordia*. Todas las referencias a la edición mayansiana. Valencia, 1782. *Opera*, V, 193-403.

(2) «Tibi hec visum est dicare, in cuius manu et voluntate maxima est sita pars concordia ac quietis hominum.» *Opera*, V, 192.

(3) DÍAZ PLAJA, *El espíritu del barroco*. Barcelona, 1940, pág. 13.

tividad que las que eran esencia de las discusiones medievales: ya no se trata de que sea mejor el agua o el vino, el amor del clérigo o el del caballero; se intenta ver el sentido de la propia existencia. De donde arranca la raíz fundamental para perfilar la actitud de cualquier intelectual del Renacimiento: hay que plantearse el problema de la versión que acepte sobre la inserción de su destino en el de su propia Patria, sobre todo cuando, como sucede en el caso español, el destino de la Patria está ligado a una teoría teológica.

II

Para juzgar de esa inserción, conviene atender a dos preguntas: 1.^a ¿Cómo escribe el intelectual? 2.^a ¿Cómo se relaciona con el destino de su Patria? Es decir, hay que ver la sinceridad de la expresión y la actitud política adoptada.

Que los libros de Vives valen para juzgarle, nos lo dice la veracidad que aparece en todos sus escritos y que el propio autor declara. Así en la carta que envía desde Amberes el 6 de Septiembre de 1535 a su paisano el Duque de Gandía, puede leerse el siguiente pasaje: «soy muy ajeno y enemigo de cumplimientos de palabras, ni pienso que ay cosa más dañosa en la vida, porque encubre las voluntades a no se poder distinguir al amigo del no tal, la qual confusión trae graves inconvenientes por el error del juyzio» (1).

Y sobre la sinceridad, la postura. Vives se relaciona con su circunstancia en forma que no es dable desvalorar.

Ante el intelectual del 500, como ante el de nuestros días, la relación con la Patria puede ser de inserción o de enagenamiento. Se puede ser Arquímedes, que no se enteraba del asalto del Ejército romano a Siracusa, abstraído en su investigación. Y es claro que cuando se es Arquímedes, ajeno a la Patria, nada pierde Roma con no calificarlo de enemigo. Frente a los que pueden ser Arquímedes como ejemplo, no encuentro otro ejemplo

(1) Cf. BONILLA, *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*. Apéndice.

como
intele
Y
mente
tro. S
najes
famos
de las
nota
los jó

bién
que l
seis
los 2
desd
los 2
Vive
razón
sólo
reye
que

No.
intele
do l
la s
pue
sigle
prof
No
Eur
que
en
mas

(1)

como el de Juan Luis. Y con esto está ya dicho todo. Vives es el intelectual que se ensambla en el destino de su Patria.

Y se ensambla como corresponde al siglo en que vive: activamente. Por su postura de intelectual y por su influencia de maestro. Subrayemos la noticia de que los más culminantes personajes de la Europa del siglo XVI fueron sus discípulos, desde el famoso Guillermo Decroy, Obispo de Cambrai y en 1517 Primado de las Españas, hasta la misma Duquesa de Nasau. Si se toma nota de que el siglo XVI es una época de predominio político de los jóvenes, esta influencia podrá ser reiteradamente descollada.

En efecto, César Borja es Cardenal a los 19 años; 19 también tiene Carlos, cuando ciñe la corona del Imperio. Y no se crea que los demás aspirantes le doblaban: el francés, Francisco, tenía seis más solamente y Enrique de Inglaterra acababa de cumplir los 28. Y uno y otro eran Reyes desde tierna edad: el de España desde los 16, el de Inglaterra desde los 18, el de Francia desde los 21. Y solamente 18 tenía Guillermo Decroy, el discípulo de Vives, cuando fué investido con el Obispado de Cambrai. Con razón podía lanzar Lutero en Wormes, bien que enfrentándose no sólo con nuestro César como él pretendía, sino contra todos los reyes de su tiempo la bíblica frase: «¡Desgraciados los pueblos que son regidos por niños!» (1).

¿Significa esto que Europa se lance a un torbellino impetuoso? No. Y creo que, precisamente, por causa del magisterio de su intelectualidad portentosa. De Carlos V decía Pedro Mártir cuando le vió subir al trono de España: «Tiene 16 años, pero posee la seriedad de un anciano». Con este texto a la vista, bien puede hablarse de la seriedad con que se produce la juventud del siglo XVI. Y esos caracteres pueden servirnos para plantear el problema de la reacción juvenil de las generaciones renacentistas. No se olvide que esta juventud es la que se encuentra con una Europa que bien puede llamarse llena de locura. La cronología que señale los horrores de aquel siglo, necesita colocar sus cifras en columna de cuatro en fondo. La Europa del 500 se mueve demasiado, quizá para hacernos ver que dentro lleva el mejor espíritu

(1) Cf. SANDOVAL, *Crónica del Emperador*. Lib. X, cap. 6.

de contradicción. No es preciso hurgar en la filosofía; la sola política exterioriza el intenso dolor y lo exterioriza en forma militar que es la manera más decisiva de hacerlo.

III

Vives se encontró siempre, como dice González Oliveros (1), «en los aledaños de la zona polémica cuando no dentro de ella». Por eso Vives tiene que reaccionar y reacciona. Conviene notar cómo.

Una gran parte de las obras de Vives se refieren a la zona polémica en que hubo de encontrarse. Se ocupa de la condición de los cristianos bajo los turcos, del problema planteado por Enrique VIII, de la prisión de Francisco de Francia, de la situación de Europa, ya en general, ya en relación con la invasión turca, problema fundamental éste, porque la unidad de Europa exige el predominio de un centro. Siempre se trata de reunir a las naciones para unificarlas bajo la dirección de quien ha demostrado mayor capacidad. Así, cuando se produce la discusión imperial con la deposición de Federico II, Alfonso X es apoyado por los pisanos y los marseleses, precisamente en torno a la idea de una Cruzada contra Africa, y con Carlos V, la unidad nos la sustenta en primer término la idea de Cruzada contra los Turcos.

Sobre todos estos temas, los libros de Vives tienen una intensísima relación con su tiempo. Pero es más, aun las obras de carácter teórico se refieren en buena parte a las cuestiones que el mundo del 500 tenía planteadas: léase sino lo que dice en los tratados sobre el socorro de los pobres, la comunión de las cosas o la concordia y la discordia del género humano. Hasta la repercusión jurídica se puede advertir en la preelección a Cicerón y en su opúsculo sobre la reforma de la justicia. Tan es así, que queriendo expresar este enlace con el ambiente, podemos servir-

(1) W. GONZÁLEZ OLIVEROS, *Humanismo frente a Comunismo*. Valladolid, 1937, pág. 15.

nos de una de sus obras teóricas, el tratado «De concordia et discordia», para hacer calar la eficacia del encuadramiento vivista. En el tratado «De concordia et discordia», Vives empieza sorprendiéndose de la increíble fecundidad con que renacen y se continúan las guerras «de las que toda Europa recibe la desgracia». La descripción que hace es conmovedora: «Vemos—dice—arruinados y despoblados los campos, derruidos los edificios, unas ciudades asoladas, otras saqueadas y desiertas, los alimentos escasos, altísimos los precios, el estudio de las letras estéril e inútil, pervertidas las costumbres, corrompidos los juicios» (1). Ante este panorama exterior urge Vives el remedio. Y éste no es otro que la concordia: «Nada hay que en este tiempo sea tan necesario para mantener el mundo, ni que más enteramente importe que la concordia» (2). Para Vives la concordia tiene una virtud universal y arranca de la propia naturaleza; de tal manera, viene a decir, que si viviésemos bajo las leyes de la Naturaleza, no nos dominaría la discordia que es su enemiga (3). Sienta con esto una tesis que iba a tener el máximo desarrollo con el bucolismo y el romanticismo. Cervantes no tardaría en solidarizarse llamando a la naturaleza «mayordomo que Dios puso en nosotros» y señalando que naturalmente se obra, desea y afana por la consecución de la paz.

De ahí que la discordia vaya configurándose como antinatural o por lo menos como deformación de la naturaleza. La discordia es para Vives un monstruo: «Monstruum, infestans humanam gentem» (4). Tras describir el cuadro de la discordia y presentarnos su realidad (5), estudia sus causas: La soberbia, el odio, el amor propio; son los vicios los que hacen perder la paz. «¿Por qué se fué abajo el imperio de las naciones sino por los vicios?» Por eso precisamente las razones curativas han de ser más bien de orden espiritual. Si la discordia sólo fuera exterior podría resolverse por

(1) VIVES, *De Concordia. Opera*, V, 187.

(2) VIVES, loc. cit.

(3) Idem. *Opera*, V, 201.

(4) *De concordia. Opera*, V, 194.

(5) *De concordia*, Libro I. *Opera*, 201-228.

meras medidas coercitivas, pero así no, porque «las amenazas y la demostración del terror pueden cohibir a los cuerpos, pero no a las almas, donde no penetran los soldados» (1). Para su curación hace, pues, falta una intervención espiritual. Según Vives el instrumento habría de ser el próximo Concilio de la Iglesia.

IV

Preocupaba a Vives mucho la Guerra. Sus epístolas a los Pontífices y a los Monarcas tienen este sentido. Le preocupaba, sobre todo, el desarrollo político territorial llevado a cabo por un hombre. Según Vives había que confiar poco en el éxito de las batallas. Estas son para él frecuentemente la consecuencia de una ciega ambición o de un desaconsejado atrevimiento («Ambitio caeca vel audatia inconsulta»). Por eso quiere el acuerdo entre las Potencias; quiere, en primer término—como luego quiso un pacto entre Carlos V y Francisco I—un acuerdo entre Carlos V y Enrique VIII. Este acuerdo sería una garantía de paz ante los franceses, y propone de este modo que España e Inglaterra ejerzan un protectorado sobre Francia.

Con razón nota Bonilla (2) que en tal asunto peca Vives de excesiva candidez o de sobrado desconocimiento de las relaciones internacionales. Pero esto ya es aplicación de criterios valorativos, que sobrepasan y harían tendencioso el problema de Europa que hoy nos planteamos. Vives reacciona de tal manera en absoluto acuerdo con sus tesis, ya que para él el fin del gobierno es que los gobernantes se hagan virtuosos y que los súbditos lo consigan ser. Vives reacciona frente a todas las concupiscencias y singularmente frente a la muchedumbre de los aduladores que son el gran daño de todos los gobiernos, «gravissima peste potentium». Vives está tan persuadido del valor de la educación civil, que es

(1) Loc. cit.

(2) BONILLA, Op., cit. pág. 181.

este aspecto el que le hace considerar encantadora a la ciudad de Brujas (1).

Confió mucho Vives, tras quedar desilusionado de Enrique VIII, en Adriano VI. Su obrita «De Europae statu ac tumultibus» es una carta escrita al Sumo Pontífice el 12 de Octubre de 1522. Adriano había sido preceptor de Carlos V y Vives tuvo anterior ocasión de comprender lo que podría esperarse de este gran sacerdote. Ya antes de ser elevado al Solio Pontificio había hablado de él con todo elogio en su «Ovatio Virginis Mariae». Pero el nuevo Papa muere en Septiembre de 1523 sin que el tiempo le deje espacio para dar a la concordia europea el alto servicio de su colaboración.

Disgustado con Enrique de Inglaterra y fallecido el gran Pontífice Adriano, se perfila Carlos V como la figura culmínea que más preocupa a Vives. Buena prueba es la epístola que precede al tratado «De concordia et discordia», dirigida al César Augusto y Rey de las Españas y firmada en Brujas la del César— «Brugis tuis» —el 1.º de Julio de 1529. Pero no sólo la epístola, sino el texto dejan ver lo que Vives se prometía de la obra de Carlos V. Apenas acaba de presentar el cuadro de la discordia del Mundo exclama: «Cualquiera que sea aquel tan afortunado parto de la Naturaleza por el cual Dios se aplaque en las cosas humanas y devuelva la paz a sus gentes, todos los mortales le deberán un cúmulo de bienes» (2). Bien que nadie como Carlos V para el momento y para la tarea: tiene—dice Vives—un reino poderoso y está aureolado con la sagrada y augusta dignidad imperial; su fortuna ha sido comprobada en las victorias; su ejército no sólo ha destruído poderosas huestes y conquistado numerosas ciudades, sino que ha sometido a dos distinguidos Príncipes del Orbe cristiano, al Rey de Francia, Francisco, y al Pontífice de Roma, Clemente. Por eso Vives se dirige así a Carlos V, «el que siempre se apresuró a la paz» (3).

(1) *De concordia*, Libro II, «Populo mansuetissime, ac civilissime educato.» *Opera*, V, 231.

(2) *De concordia*, pr., *Opera*, V, 187.

(3) «Tibi vero, qui at pacem festinares, quaecunque aperta concordiae via ilico arrisit.» *Opera*, V, 188.

Es este apresuramiento carlino hacia la paz lo que pone de manifiesto el paralelo vigoroso entre el César y el Humanista. El modo de sentir y el modo de actuar de Carlos V son los que Vives desea. Bien vale que subrayemos dentro del ambiente esta actitud:

Un embajador veneciano dice de Carlos V: «No tiene ansia por adquirir tierras; tiene ansia de paz y de tranquilidad». Y el Cardenal Granvela expone en otra ocasión: «Hay cierta gente mal dispuesta, cuyo tema constante es el de que el César está empeñado en el absolutismo y en la subyugación de Alemania, pero ahora todo el mundo puede darse cuenta de que no aspira al predominio y que no tomará para sí ni un solo pedazo siquiera de Alemania, limitándose a terminar sus desórdenes» (1).

Carlos no agrede nunca. El agresor es siempre el Rey francés que en todo momento enciende la discordia. Mientras Carlos es el deseo de paz dentro del orden cristiano, Francisco es el apetito del poder en cualquier orden. Bien claro está el episodio de Du Bellay y la amenaza del cisma. Hasta el mismo Pontífice, institucionalmente el más ardiente partidario de la paz, no quiere que el Protector de la Iglesia sea demasiado poderoso y termina enfrentándose con Carlos V y uniéndose a la Francia que poco antes se había unido con el Turco. Bien expresivo es el texto de aquella carta que desde Venecia enviaba al Emperador D. Lope de Soria el 22 de Agosto de 1535. De ella se deduce que la toma de Túnez y de la Goleta, al propio tiempo que alegraban al pueblo cristiano, llenaban de recelo a los Reyes y al Pontífice mismo. Otra buena prueba del modo de ser de Carlos, deja verse en el impresionante discurso que pronuncia el lunes de Pascua de 1536 ante el Papa Paulo I, los Cardenales y los Embajadores. Allí es Carlos el Caudillo de la paz cristiana que reta para que se demuestre que en algún caso tomó la iniciativa contra reyes de la cristiandad y pide en la forma más emocionada y de más eterno sentido la conciliación de Europa frente al Asia, la unidad de los cristianos contra los infieles (2). Y es interesante notar, para

(1) W. LEWIS, *Carlos de Europa*. Buenos Aires, 1939, pág. 99.

(2) Véase el texto en P. MIGUELEZ, *Famoso discurso en castellano de Carlos V en Roma*, «Ciudad de Dios», XCIV, 183-187.

subrayar el enlace de este discurso con las tesis de Vives, que con estar encendida la guerra luterana, no se habla en él de la Reforma. Sirvanos esto para insistir que Carlos V, como Luis Vives, querían la concordia de los Príncipes cristianos y la unidad del concepto de Europa. Por eso precisamente la gran preocupación de Carlos V es la misma gran preocupación de Luis Vives: el Concilio. En su tratado «De concordia», Vives espera la solución de la crisis de Europa en el Concilio general de cuya reunión sabe que es Carlos partidario decidido (1). Vives concreta toda la espectación en el Concilio y dice que sin él no podemos salvarnos.

Carlos V es el más insistente de los que solicitan la convocatoria pontificia. En 1530, apenas publicado el tratado «De concordia», no se retira Carlos V tras ser coronado, sin pedir al Papa la reunión del Concilio. Y sigue pidiéndola, a pesar de que el Papa se muestra reacio, de manera que salta en toda su correspondencia con los Embajadores y los Cardenales.

No consigue Vives ver reunido el Concilio—en Trento el 13 de Diciembre de 1545—pero bien puede decirse que en gran parte ha de deberse a él, ésta, ya un poco tardía, asamblea plenaria de la Cristiandad, sobre la que se habían cifrado todas las esperanzas de que no se escindiese el mundo europeo.

V

También en torno a Vives y para afirmar el supuesto contraste de Europa y España, hay su parte de leyenda antiespañola. Es la que recoge, por ejemplo, y recientemente Germán Arciniegas, declarando que «Luis Vives siente en sus carnes que la inteligencia no puede encender lámparas tranquilas en suelo español» (2).

(1) «De quo congregando audio te vehementer esse sollitum, et sine quo diutius salvi esse non possumus.» *Opera*, V, 191.

(2) GERMÁN ARCINIEGAS, *Europa o el paraíso de los locos*, «Nosotros». Buenos Aires, Mayo-Junio, 1939.

Y en apoyo de semejante tesis, cita el siguiente párrafo: «De establecerse en su patria—dice su biógrafo—hubiera prestado menos servicios a las letras, y hubiera corrido la misma suerte que Juan de Vergara, Bernardino Tovar, Pedro de Lerma, Luis de la Cadena, Alonso de Virués, y tantos otros renacientes, sus contemporáneos, víctimas de la implacable saña inquisitorial».

Y resulta que «su biógrafo» es Bonilla y que el texto corresponde al libro «Luis Vives y la filosofía del Renacimiento» (1). Es verdaderamente lamentable que nosotros mismos, por pluma de investigadores en ciertos aspectos apasionados, lleváramos a fuera una argumentación inconcebible.

Primero, porque no sería achaque peculiar de España, cuando el propio Bonilla recoge el dato de que la Universidad de Flandes, donde Vives se encontraba a gusto, prohibía en 1519 a Guillermo Nesemo, dar un curso libre sobre la Geografía de Pomponio Mela, recelando que el permiso sirviese para contribuir al progreso del partido erasmista.

Segundo, porque Vives es religioso aunque no puede considerársele clerical. Su actitud se aclara cuando se lee aquella carta a Erasmo en que le dice: «En España ha sido traducido tu Enquiridion, con gran contentamiento del vulgo, que solía estar bajo el poder de los frailes...» (2). Y cuando se ve, que, contemporáneamente, proclama que es católico, precisamente frente al luteranismo: tal en la carta a Juan de Vergara sobre la confesión de Ausburgo, donde cita los casos en que los luteranos convienen «con nosotros» (nobiscum) y tacha de absurda la doctrina protestante.

Vives se encuentra en un momento en el cual urgía la reforma eclesiástica. Bien lo testimonia en sus libros. Para terminar de situarla, véanse estos dos pasajes de «De concordia»:

Las guerras religiosas son producidas—dice—por quienes «habiendo perdido el nombre y hasta la sombra de cristianos, testifican, inquietan, acusan y pronuncian sobre el cristianismo de

(1) BONILLA, op. cit. pág. 153, en relación con el ofrecimiento de la cátedra de Lebrija.

(2) Carta del 18 de Marzo de 1527, publicada por BONILLA,

los demás, condenándoles a la pérdida de la vida, de la fortuna o de la fama. Y ¿cómo juzgarán con acierto de cosas que nunca, ni aún en sueños vieron?»

«Los sacerdotes de Cristo han degenerado mucho de su primitiva ejemplaridad de vida, y por su culpa el pueblo ha decaído también de la sana y verdadera piedad.»

Textos que no deben ser considerados con mentalidad de Contrarreforma ni de Vaticanismo, sino al lado de los documentos de la época, cuando eran grandes los «murmura contra plebanos» y cuando el Deán de la iglesia de Minden, en aquella Westfalia próxima, reseñaba con tranquilidad el caso de los sacerdotes que absolvían por dinero, y apostillaba con humor: lo que no está mal si bien se ve, porque el penitente se ahorra el esfuerzo de confesarse y el confesor no necesita mover la mano para absolverle... (1).

Tercero, porque la vida en el extranjero no significa desdén por España. Cuantos entonces, con espíritu de servicio, estaban fuera de la Península, vibran con ella y sienten que su tarea es universal. Así en el caso, también del 500, de Antonio Agustín, que, como Vives, pasó su vida en otros países, en Inglaterra y en Italia. Al ser nombrado obispo de Lérida, escribe a Jerónimo de Zurita que esa designación le llena de júbilo porque significa la vuelta a la patria, a la familia y a los amigos. Pero ¿a qué buscar datos de ambiente, cuando los tenemos personales? ¿Cómo se expresa Vives de Valencia y de España? ¡Cuánto le halaga pensar que va a ir! Y sus mismos textos, y sus relaciones con los Jurados, etcétera. Valencia le recomienda sus asuntos cerca de Carlos V y le agradece las cartas que de él recibía, cartas— dicen los Jurados— tan útiles para la cosa pública (2). Y Vives recuerda a Valencia en sus «Diálogos»: su casa, las calles, los caballeros, las mujeres. En «De anima et vita», «De officii mariti» y «De institutione foeminae christianae» han continuado estas referencias. La carta al arzobispo Everardo de la Marca es un verdadero «laudes». Pién-

(1) *Mindener Dombuch*, publicado por la Sociedad Histórica Provincial de Westfalia. Munster, 1932.

(2) BONILLA, op. cit., apéndice XX, pág. 733.

sese que hasta en la dedicación de los libros, el nombre del abogado fiscal de Valencia, Micer Martín Ponce, figura al frente del «Aedes legum». Y recuerda a España hasta el punto de que se propuso escribir su historia, «De originibus Hispaniae» (1). ¿Puede pensarse que desdeña a su patria quien como él estima que no conviene que los jóvenes se eduquen fuera de su país natal, a fin de que no olviden las costumbres nacionales? (2). En fin Vives recuerda a España continuamente en sus escritos: las ferias de Medina, el hambre sufrida por Andalucía en 1522, etc. (3). Nótese que con ser mucho el cariño por Brujas, éste de España le supera incomparablemente, pues a Vives le gusta España por ser su patria, y Brujas por cualidades ajenas al sentido patriótico o nacional: en Brujas ve la educación civil o la artesanía sedera o el cuidado en atender a los necesitados (4).

VI

Finalmente y como complemento de esta tesis situando a Vives ante el problema de Europa, hay que ver de qué modo aparecía en Vives la tarea española si es que, como sostenemos, no le era ajena.

Existe un fácil abuso al valorar sobre nuestro siglo XVI la dominación del Mundo Nuevo. Se llega a pensar que la tarea de España estaba en Indias. Esta afirmación no puede considerarse histórica; es sencillamente el resultado de nuestro destierro de la política europea. Pero ténganse en cuenta dos cosas, y ante todo que en el siglo XVI, no impresiona tanto a los españoles América como Europa. Recuérdese el dato que trae Zurita y que demuestra que cinco años después del Descubrimiento se considera de mucha mayor importancia Melilla que las Indias, hasta el punto de

(1) VIVES, *De civitate Dei*, VIII, 9.

(2) ELOY BULLÓN, *Luis Vives reformador de la enseñanza*, «Revista contemporánea», CXX, 1900, 257-266.

(3) *De concordia*, Libro I.

(4) *De subventione poporum*, prólogo.

que se destina a aquélla la Armada del Duque de Medina Sidonia dispuesta a partir para el Nuevo Mundo (1).

España desempeña en el viejo mundo y por aquellos días un papel de primer orden. Hay Cardenales españoles en la silla pontificia; soldados españoles en Nápoles y en Roma; corridas de toros en Italia. Carlos V es emperador de Europa. Las verdaderas dimensiones de la conquista y el volumen exacto del Continente descubierto sólo aparecieron con posterioridad. Si es desde luego raro que Vives no escribiese «de indiis», parece comprensible visto el mundo desde Brujas, y considerado que la Bula de Pablo III sobre la esclavitud es de 1537 y las Leyes Nuevas se promulgan ya fallecido Vives a fines de 1542.

Pero, además, es evidente que Vives servía a España discutiendo el problema de Europa, que en Europa iba a ser donde finalmente se decidiría el Destino español. Y ésta es la segunda cosa que hay que subrayar: las Indias se defendían con nuestra posición en Europa. Nuestro Nuevo Mundo queda desahuciado cuando se nos desahucia de Europa. Por otro lado, Vives sirve efectivamente a España:

1.º En el asunto del divorcio de Enrique VIII, manteniendo la idea y la jurisdicción del Pontífice, no sólo en lo dogmático, sino en aquello en lo cual lo dogmático significa elemento de jerarquización.

2.º En la cuestión de la guerra turca. Viendo que nuestra actitud era la de enfrentarnos con Oriente, pobladores de Dacia y cruzados de la Cristiandad. Téngase en cuenta que este problema es uno de los que más vivamente tenían que herir a la comodidad renacentista. Solimán II el Magnífico, llega a los muros de Viena cuando Vives acaba de escribir su «De concordia». Pocos años después Argel y Túnez, ocupados por Fernando el Católico, son sitiados y conquistados por el famoso Khayat-ed-Din, Barbarroja, almirante de la flota turca. En estos dos sucesos, Carlos V interviene decisivamente. Mézclase con ello la situación de los cautivos (2).

(1) ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, Lib. III, cap. 16.

(2) Cfr. VIVES *De conditione vitae christianorum sub Turca*.

3.º En el tema del comunismo, Vives al escribir «contra germanos inferiores» no sólo alecciona a los habitantes de la Baja Alemania, sino que defiende un principio esencial a nuestra tradición. En efecto, la reacción de Vives ante la revuelta que, el 1535, instaura en Munster de Westfalia, a Juan de Leiden, no es puramente pragmática sino doctrinal, pues considera no sólo que no es el comunismo prácticamente irrealizable, sino también que no hay razones en favor suyo (1).

4.º Asimismo, en el problema del socorro de los pobres, Vives no puede olvidar que España se encontraba invadida por un tipo nuevo, el mendigo, que sustituía como «pie polvoroso» al trabajador parado.

5.º No ha de perderse de vista, por otra parte, que en la primera mitad del siglo XVI, que es cuando Vives escribe sus obras, se producen también las de nuestros místicos. Y si hay una doctrina exaltada, allí es la misma que en Vives aparece: la de la personalidad. Recordemos que entre nosotros la exaltación de la personalidad es tan alta que se llega al punto de afirmar la posibilidad de que la criatura se niegue a aceptar la gracia ofrecida por Dios (2). Y en fin de cuentas, Vives sirve, en absoluto acuerdo con España, a la fe de Cristo.

Terminemos esta reseña de lo español en lo europeo, recordando las palabras de Carlos V en la Dieta de Wormes, en el mes de Febrero de 1521: «Un solo fraile, fiándose de su solo juicio, se ha opuesto a la fe que los cristianos profesan hace más de mil años... Estoy resuelto a defender esta causa sagrada con mis dominios, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma.»

Y Vives, totalmente de acuerdo con esta actitud, escribe como máximo esfuerzo de su vida «De veritate fidei christiana».

(1) GONZÁLEZ OLIVEROS, op. cit.

(2) SÁINZ RODRÍGUEZ, *Introducción a la Historia del misticismo español*. Madrid, 1927.

VII

Nos encontramos de nuevo en este año del IV Centenario ante una gran cuestión para nosotros, y es la cuestión de Europa.

Exactamente dice Alfonso García Valdecasas: «Europa se ha angostado y perdido indeciblemente. Todavía hace medio siglo un político genial y realista se pudo preguntar: *who is Europe?*, y significaba con ello que políticamente Europa no era una realidad. Hoy la pregunta tomaría un tono angustioso y este otro sentido: o Europa logra su coordinación política, o perderá su posición mundial» (1).

Ya para siempre recobrado por la voluntad de España, puede hablarse de que el gran Humanista era ante todo un espléndido tipo de intelectual español reaccionando ante el mundo. Vives procede como más exactamente corresponde a quien tiene por objeto de su carnal presencia dar ejemplo de su propio ímpetu. Su inteligencia se agita de tal modo que nada queda al margen de su trabajo. Todos los problemas de su tiempo dejan en sus libros la huella de su vigoroso pensar con la sugestión alegre de la reforma posible o la dolorida marca de no advertir solución esperanzable. En la obra de Vives están sus preocupaciones por lo político: la condición de los cristianos bajo el poder turco; la prisión de Francisco de Francia por el César español; la paz entre los dos Reyes de Occidente. Allí quedan los testimonios de su labor ante las cuestiones de tipo social: el problema del socorro de los pobres, en una época en que los holgazanes se hicieron mendigos; la paz del género humano; la rebelión anabaptista. Y sobre todo queda, emocionadamente testimoniada, la insatisfacción de una Europa inexistente ya, insatisfacción sentida entonces al caer el concepto de la etnarquía cristiana. Uno de los diálogos de Vives

(1) A. GARCÍA VALDECASAS, *Política exterior*, prólogo al libro de AREILZA y CASTIELLA, *Reivindicaciones de España* (en «Revista de Estudios Políticos». Enero 1941, pág. 14).

habla de las discusiones de Europa; un tratado entero de su situación y sus tumultos; y, en fin, en Vives aparece, penetrante de savia popular, el más atinado examen que se puede hacer de la discordia que destrozaba a los países donde la civilización tomó su asiento. La pintura es sentidísima, y el perfil penetra en nosotros con tal vehemencia, que nos hace transportar a nuestros días dónde y cuándo, como el Turco de entonces, el Soviet divide al Mundo en dos y Europa no lo quiere reconocer para servir intereses bastardos y revivir aquellas responsabilidades de Enrique de Inglaterra, tan bellamente señaladas en el *parasceve* vivista.

Toda la tragedia de Europa, roto el eje de su principio espiritual, palpita en Vives. Aquella Europa ganada por la batalla inteligente de Toledo con la conversión de los visigodos, y afirmada en Muret (1213) con la derrota de los albigenses, se iba a perder en 1526 con la práctica del territorialismo religioso tras aquella decisión de la Dieta de Espira que establece que hasta la convocatoria del Concilio, cada Estado interpretase particularmente la aplicación del edicto de Wormes. No tarda en plantearse la moda de las dulces palabras y las suaves maneras: la inicia no sólo la conducta caballeresca de Carlos, sino el alegato de Melachton ante la Dieta de Ausburgo. Se acercaba la hora de discutir, y callaba la voz que con Juan Eck en nombre de los católicos replicaba: «No tenemos nuevas proposiciones»...

Desde entonces ninguna potencia, ningún imperio ha podido sostenerse dentro de Europa más de cincuenta años. Los europeos de la Edad Moderna no han sabido adjudicarse el papel de que se encargaron en la Antigüedad los romanos. ¿Por qué? Porque se ha roto el concepto elemental de la comunidad europea (1), esa comunidad en la concepción de la vida que choca con los conceptos instrumentales que ha producido la substitución de la Cultura por la Técnica. Con gran razón podía Vives hacer tema central de toda su empresa esto de «lo europeo». Para testimo-

(1) PAUL VALERY, *Notas sobre la grandeza y la decadencia de Europa*, «Revista de Occidente», V, 1927.—M. PRAWDIN, *La idea Europa*, Revista citada, XIII, 1935.

niarnos su razón no sólo está el hecho de nuestros días sino el vigoroso alegato del gran Embajador Saavedra que representando a España en Munster hablaría también de las «locuras de Europa»...

* * *

Dos lecciones hay, pues, en este ejemplo de Vives:

- 1.^a La del sentido de la política exterior.
- 2.^a La de la reacción ante la Patria.

En la primera, viene a refrendarse nuestra posición de que en la política exterior está no sólo la presencia, sino la esencia de las Naciones.

En la segunda, se explica nuestra verdad de que el intelectual importa a la Patria en cuanto se inserta en su Destino.

Meditémoslas y observémoslas—con rigor monástico—todos los intelectuales, para que no se frustre por tercera vez la arquitectura espiritual de Europa.

CONFERENCIA

DEL

DR. D. ANGEL GONZALEZ PALENCIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

EN EL AÑO DEL

IV CENTENARIO DE 'JUAN LUIS VIVES'

La llama de la Hispanidad

POR EL EXCMO. SEÑOR

DR. D. ANGEL GONZALEZ PALENCIA

Catedrático de la Universidad de Madrid

Nacimiento

RECORDANDO las palabras del Génesis, podemos decir, que Dios hizo un luminar grande para que alumbrara la tierra. Esta luz se encendió en el sitio donde se acababa el mundo conocido de los antiguos, en el lugar donde el mar Tenebroso rodeaba con sus tinieblas las últimas costas, más allá de las cuales nadie se había atrevido a navegar. Surgió esta luz después del choque, durante siglos, de las armas en incansable batallar; y tras un contacto de varias civilizaciones entremezcladas a través de los años en aquel estrecho territorio en cuyo límite plantó Hércules sus columnas. Tartesios e íberos, fenicios y griegos, romanos y godos, árabes y judíos, habían ido chocando el pedernal de sus distintas concepciones de la vida y habían dejado la chispa de sus artes y de sus costumbres en los diversos territorios de aquel país, que guarda la cueva de Altamira, «capilla sixtina del arte cuaternario», la fenicia Cádiz, la griega Ampurias, la romana Segovia, la musulmana Córdoba que puede envanecerse de las cartas de un Séneca; que salvó la ciencia antigua en las *Etimologías* de San Isidoro; que trajo a Córdoba la ciencia y la poesía y la música de Oriente por medio de los musulmanes; que en Toledo transformó esta ciencia en latina y Occidental, para alumbrar a toda Europa, así como en

Sevilla adoptó la música, y en toda *al-Andalus* difundió la poesía que había de inspirar a los trovadores.

Y cuando los capiteles romanos habían servido ya para rematar las columnas de las mezquitas; cuando las bóvedas moras habían dado la idea del arte ojival; cuando las iglesias cristianas se hacían por artistas musulmanes que ponían torres mudéjares, donde las campanas sustituían a los almuédanos, y cuando los palacios de los Reyes Cristianos se llamaban «Alcázares», igual que las fortalezas de los reyes moros; cuando el camino de Santiago había servido para traer las auras artísticas y literarias de Europa reflejadas bien esplendorosamente en el pórtico de la gloria y en ciertos cantares de gesta; cuando el arte gótico se había diluido en decoraciones ampulosas y se había mezclado con la fantástica ornamentación mudéjar; cuando ya se sabía en Castilla y en Aragón de Dante y de Petrarca, de Boccaccio y de Valla, y se había traducido a Virgilio y se había estudiado a Platón, la hija «de el muy prepotente Don Juan el Segundo», la preclara D.^a Isabel de Castilla, casándose con «el mejor mozo de España», el sagacísimo Don Fernando de Aragón, dió unidad política a aquel territorio por tantas civilizaciones y por tan diversos elementos étnicos y culturales trabajado; y el 2 de Enero de 1492, cuando el gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, levantaba en la torre de la Vela de la Alhambra su guión con la cruz, había surgido al pie de la imponente Sierra Nevada, y teniendo como fondo los incomparables arabescos de la Alhambra nazarí, una luz grande que había de iluminar al mundo: LA HISPANIDAD.

Esplendor

Hispanidad es luz; hispanidad es fe. Por aquellos mismos días de Granada habían aceptado los Reyes Católicos los proyectos de Cristóbal Colón; y en el 12 de Octubre del mismo año de 1492 las carabelas del audaz navegante, con marineros españoles, como Juan de la Cosa y los hermanos Yáñez Pinzón, llegaban a las primeras tierras de un mundo que se abría a la cultura. Con

rapidez increíble se fué ampliando el mapa del mundo recién descubierto: Las Antillas, la costa de Venezuela, las tierras de la Florida, del Yucatán, de Panamá, y luego el Mar Pacífico, de cuyas aguas tomó posesión, en nombre de España; Vasco Núñez de Balboa, en 1513. Y Hernán Cortés conquista Méjico en forma que parece milagrosa; Pizarro y Almagro se apoderan de Chile; Pedro de Mendoza funda Buenos Aires y domina el Valle del Plata; Orellana descubre el río Marañón; Jiménez de Quesada se interna en Bogotá y explora el río Magdalena. Se llega a California y a los territorios entre esta región y de la desembocadura del Misisipi, y al Colorado, con su Gran Cañón. Magallanes cruza el Estrecho de su nombre, atraviesa el Pacífico, pasa por Filipinas y «La Victoria», mandada por Sebastián Elcano, conduce a Sevilla a los primeros hombres que han dado la vuelta al Mundo.

España llevó a las Indias su propia luz. En las instrucciones de la Reina Católica a Colón para su segundo viaje, le mandaba que procurase «la conversión de los indios a la fe», y que los tratase «bien y amorosamente». Política que fué ya siempre la de España para con los indios; los consideró como hermanos, se esforzó por convertirlos a la fe católica, trató de elevar el nivel de su cultura y de mejorar su vida; y no desdeñó en unir su sangre con la indígena mediante matrimonios mixtos, caso único en la historia de las colonizaciones modernas.

Política de la cual quedan rastros incontrovertibles. En primer término, los millones de indios diseminados en las actuales repúblicas hispanoamericanas, que desmienten las aseveraciones de la leyenda negra. ¿Dónde están los indios de los territorios colonizados por otros pueblos distintos del español? En algunos parques nacionales, para mostrarlos a los viajeros, igual que se podrían mostrar ejemplares raros de una especie zoológica. Después los monumentos, que adquirieron valor estético independiente y dieron lugar al bello apartado del Arte Colonial. Mas en el hondo del espíritu, las iglesias, los conventos, las misiones, las reducciones de indios, las imprentas, las universidades, los colegios, las escuelas que se ponían al lado de cada parroquia y que enseñaban a los indios las letras españolas y los oficios manuales; pero con una peculiar nota característica: que los

españoles colonizadores aprendieron el habla de los indígenas para catequizarlos y enseñarlos; y, sin exigir que los colonizados aprendieran el castellano, en español se expresaron los indios y en la lengua de D.^a Isabel la Católica están escritos los millones de documentos que guardan la historia del Nuevo Mundo. Y, por último, como una multiplicación fabulosa de aquella lucecita encendida en Indias por los exploradores españoles, en el siglo XIX se han desgajado hasta veinte naciones, con vida próspera e independiente, que cada cual lleva enhiesta con honor la antorcha de la cultura, y que todos recuerdan al foco inicial con el uso de la lengua que hablaban Cortés y Pizarro, las Casas y Acosta, y que no tardaron en manejar literariamente Garcilaso el Inca, Pedro de Oña, Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz.

* * *

El foco español no dirigió los rayos de su luz sólo hacia Occidente, también iluminó hacia Oriente. Antes de los Reyes Católicos, en los lejanos siglos medievales, los españoles habían hecho por el Mediterráneo excursiones sorprendentes. Y un tiempo, allá en los principios del siglo IX, unas 15.000 familias expulsadas de Córdoba por Alhaquem I, a consecuencia de la revolución del Arrabal del Sur, se apoderaron de Alejandría y fundaron un reino independiente en Creta, bajo el mando de un español que llevaba el nombre árabe de Omar el Bellutí. Y más tarde, los aragoneses, que fueron en cruzada para auxiliar al emperador bizantino, vacilante ya en su trono por las acometidas de los turcos, tuvieron como premio de sus audacias militares el Ducado de Atenas y de Neopatria, títulos que ornaron la corona de la España Imperial. Y Alfonso V el Magnánimo dominaba en Nápoles y en Sicilia y agrupaba a su alrededor la brillante pléyade de poetas que formaban el «Cancionero de Stuñiga», incorporaba al acervo de la cultura española obras de Séneca, de Aristóteles y de Jenofonte, llevaba a Italia la luz de los conocimientos de un Valenti, un Colomer o un Carbonell, el brillo de la poesía de un Juan de Dueñas, de un Pedro Torrellas o de un Juan de Valla-

dolid. Y en Roma, en el solio pontificio mismo, los papas de la familia Borja eran muestra tan clara de la expansión hispánica como ejemplo vivo del amor al arte.

Al mencionar a los Papas de la familia Borja, y en este Paraninfo de la Universidad valenciana, es de rigurosa obligación dedicar un emocionado recuerdo al egregio fundador de este Centro de Cultura, al discutidísimo Rodrigo de Borja, que gobernó la Iglesia Católica con el nombre de Alejandro VI. Después de haber sido Cardenal durante más de treinta años, fué elevado por votación unánime al solio pontificio, justamente en el año 1492, radiante para la Hispanidad. No es de este momento seguir paso a paso la biografía de Alejandro VI; pero sí nos conviene recordar que el ilustre Papa Borja, se ocupó en ordenar la jerarquía católica en el reino de Granada recién conquistado y nombró Arzobispo a D. Hernando de Talavera, y propulsó cuantas medidas podían ser eficaces para la cristianización de este reino; que dió la famosa bula de 1498 para resolver este mismo problema en las Indias Occidentales; que trató de iniciar la reforma de la Iglesia, y si en Italia, Alemania y otros países nó lo consiguió, en España descubrió la férrea voluntad de Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, al que nombró arzobispo de Toledo en 1493, ayudándole después en todas sus grandes obras, desde la corrección de los conventos, hasta la creación de la Universidad de Alcalá.

Bastarían estos hechos, para que los españoles recordáramos con respeto el nombre del Papa Borja; pero, hablando ante universitarios, no podemos dejar de recordar sus escritos jurídicos y canónicos, su protección a los estudiantes pobres, la creación y dotación de la Universidad Romana instalada en el palacio llamado de la Sapienza, «institución completa en su género—como dice un historiador—dotada de cátedras ordinarias y extraordinarias de Literatura y Artes liberales, donde se dieron lecciones sobre todos los ramos de la más adelantada educación»; la creación de la Universidad de Aberdeen, en Escocia; el establecimiento de la Universidad de Francfort, en Alemania; y principalmente para nosotros, la erección de esta misma Universidad Valenciana en el año 1500.

Fué discutido, fué calumniado el famoso Papa Borja, a pesar

de su generoso mecenazgo a las ciencias y a las letras, acaso porque no satisfizo la ambición de algunos escritores paganizantes de su tiempo. Creció la leyenda, y su figura ha llegado a desdibujarse hasta el punto de pintarlo como un monstruo los enemigos de España. Pero la verdad se impone al fin, y hoy se publican ya libros para vindicar la memoria de Alejandro VI: en este empeño gastó gran parte de su vida el ilustre canónigo valenciano D. José Sanchis Sivera, y a sus trabajos tuve el gusto y la satisfacción patriótica de ayudar en el archivo de los Duques de Gandía, entonces bajo mi dirección; y a este mismo intento vienen a servir obras como la de Monseñor de Roo, «Material for a History of Pope Aléxander VI, his relatives, his time», publicado en 1924, y como la recientísima de Orestes Ferrara, 1940, que puntualiza la verdadera personalidad de César y Lucrecia Borja, *sobrinos* del Papa, huérfanos de niños, recogidos por él, cuando su madre, Rosa Vanozza de Catanei, se casó en segundas nupcias. ¡Estudiantes de la Universidad valenciana! ¡Gloria al Papa Borja, fundador de esta Universidad!

No es de extrañar que los Reyes Católicos se dispusieran a defender en Italia con las armas la Hispanidad, amenazada por las pretensiones del rey de Francia. Y las victorias gloriosas del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba fijaron en Garellano, Seminara y Ceriñola, la rueda de la Fortuna de cara a España para unos siglos. Desde entonces se hicieron corrientes en Italia las costumbres españolas de galanterías, juegos, toros, cañas, justas poéticas, y su espíritu religioso y caballeresco; y más aún, la lengua castellana, usada por el Aretino y que era preciso conocer, porque «todo el mundo se había vuelto español», en frase de un escritor coetáneo; hasta el extremo de que la propia Señoría de Venecia usaba el castellano para hablar con el Embajador de España, mientras que con los demás embajadores empleaba intérprete; hasta el punto de que hubo imprenta en Venecia dedicada especialmente a publicar libros españoles para que los italianos pudieran fácilmente leer «La Celestina», el «Amadis», o la «Cárcel de Amor», a la vez que editaba traducciones castellanas del «Orlando» de Ariosto y de otros libros italianos o clásicos.

Pero había en las costas lejanas del Mediterráneo, el «Mare Nostrum», un peligroso enemigo de la luz hispánica, que era fe cristiana y católica. Se había hecho fuerte en Estambul, y el pirata turco tendía rápidamente a convertir el Mediterráneo en lago de placer para el Gran Señor. El Norte de Africa y Chipre, Grecia, Creta, Rodas, Malta, fueron cayendo en las garras otomanas; y los ejércitos del Sultán llegaron a amenazar a Viena, puerta de la Europa Central; y las naves de los corsarios argelinos robaban en los puertos cristianos hermosas doncellas que servían de adorno en los harenes turcos. El César Carlos V detuvo la marcha triunfal de Solimán ante las puertas de Viena, y salvó a Europa de la invasión otomana; los ejércitos españoles fueron arrancando de las garras turcas las principales posiciones de Orán, y sobre todo Túnez (1535), en expedición digna de la epopeya; la diplomacia española trabajó con fervor para lograr una alianza de Europa, cuya civilización corría peligro, sin conseguirlo por los egoísmos de Francia, hasta que una vez cuajó la Santa Liga y entonces las galeras españolas, venecianas, del Papa, de la Orden de Malta, a las órdenes de Don Juan de Austria, hundieron en Lepanto para siempre

«el soberbio tirano, confiado
en el gran aparato de sus naves», y

rompieron «las fuerzas y la dura frente» del «feroz guerrero, y

sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y descendieron
cual piedra, en el profundo»,

y la ira de Dios «los tragó, como arista seca el fuego». La bandera que izaba la Capitana turca está en la Catedral de Toledo, como exvoto por aquella batalla, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y los presentes, ni esperan ver los venideros», como la calificó justamente un soldado español, en ella herido, que se llamaba Miguel de Cervantes..... La luz del sol de España había obscurecido a la media luna sarracena.

* * *

Las negruras de una recia tormenta se cernían por el Norte de Europa, cuando apenas se había ceñido a sus sienas la Corona Imperial, el joven Rey de España Don Carlos, nieto de Doña Isabel. Los anhelos de una reforma en las costumbres relajadas de la Iglesia Católica se conjugaron con pasiones humanas, nacidas de luchas políticas y despechos por pérdida de poder, y amenazaron romper en pedazos la solidaridad espiritual de Europa. Carlos V y sus hombres de Estado, después del fracaso de la reunión de Worms, en la que surgió la «protesta», entendieron que era necesario un Concilio general que diera el remedio para soldar los pedazos de aquella rota solidaridad espiritual. Y tenaces siguieron en su intento, año tras año, frente a todas las dificultades y arterías, hasta lograr la convocatoria del Concilio de Trento. Más de 23 años hubieron de pasar hasta que los Padres formularon los cánones del famoso Concilio, que tanto influjo tuvieron en la pacificación de los espíritus y de tal manera repercutieron en la vida espiritual del mundo.

En el faro de Trento, los rayos más luminosos fueron encendidos por los españoles, como D. Francisco de Toledo, D. Antonio Agustín, Alfonso de Castro, Martín Pérez de Ayala, Pedro de Soto, Diego Lainez, Alfonso Salmerón y toda la brillante pléyade de teólogos, consultores, obispos y abades, que llevaron a término feliz la afirmación dogmática de las creencias católicas frente al protestantismo y la verdadera y auténtica reforma sentida por la Iglesia.

La acendrada fe de los españoles de la época imperial, cuando «el gran negocio» individual y colectivo era lograr la salvación del alma, libró a España de la herejía y la llevó a combatir a los herejes con el sinónimo de «rebeldes» a la autoridad del César, con quien el país había tenido

«un monarca, un Imperio y una espada».

Aquellos hombres creyeron firmemente, y en su arraigada fe hallaron la mejor defensa contra la herejía. Un pueblo de tan densa educación religiosa que permite la creación de un drama teológico tan profundo como, «El Condenado por desconfiado» de Tirso de

Molina; un pueblo que aplaude en la plaza pública los Autos Sacramentales llenos de simbolismo religioso; un pueblo cuyas universidades y sus graduados juraban defender el dogma de la Inmaculada Concepción y que celebraba con certámenes poéticos las canonizaciones de sus santos; que trabajaba debajo de la advocación del patrono de su gremio; que levantaba en las ciudades y en los pueblos y en las aldeas iglesias, altares e imágenes, joyas del arte cristiano, tenía en su misma fe la garantía principal contra el error.

Por eso puede decirse que no hubo realmente herejes en España. Los luteranos pueden reducirse a unas docenas, sin más figuras de relieve que Agustín de Cazalla y Constantino Ponce de la Fuente; los expatriados son todavía menos y de poca importancia teológica, si se exceptúa a Juan de Valdés, más notable como literato que como heresiarca. Los alumbrados o iluminados quedan oscurecidos en las capas sociales inferiores desde el primer tercio del siglo XVI. Para hallar algún judaizante de mérito, hay que traspasar la primera mitad del XVII. En cambio, la mística, ápice de la vida religiosa, alcanzó alturas inaccesibles para la masa y produjo una literatura única en el mundo. España pudo decir como la Esposa de los angélicos cantos de San Juan de la Cruz:

«Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado;
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.»

* * *

Mas no se crea que este espíritu religioso alejó a los españoles del cultivo de las ciencias. La Casa de contratación de Indias, la Academia de Matemáticas, creada por Felipe II, bajo la dirección de Herrera, los Jardines Botánicos de Aranjuez y de Sevilla, las expediciones científicas del Dr. Francisco Hernández a Méjico, las obras de Oviedo y de Acosta, donde hallaba Humbolt los fundamentos de la Física del globo, son buena mues-

tra del pensamiento español. Nebrija fué el primer europeo que midió un grado del meridiano terrestre; Molina de la Fuente había publicado las rectificaciones a las teorías de Aristóteles un año antes de Ticho-Brahe; España adoptó y defendió el sistema de Copérnico y lo enseñó en Salamanca, cuando otros países lo rechazaban o lo miraban con desdén; los hermanos Rogete iniciaron la construcción de telescopios. El valenciano Jerónimo Muñoz estudia la «estrella peregrina» y da a conocer un nuevo cometa (1573) anticipándose a Ticho-Brahe; Pedro Chacón tomó parte activa en la reforma del calendario llamado gregoriano. Fernando Colón, Alonso de Santa Cruz y Jerónimo Cortés explicaron la teoría del magnetismo terrestre; el maestro Fernán Pérez de Oliva, la del teléfono por medio de imanes; Ciruelo, la teoría magnética de la refracción astral; Martín Cortés, la del polo magnético en 1551, cuarenta años antes que los italianos a quienes generalmente se atribuyen. Arias Montano advirtió antes que los Académicos de Florencia la presión atmosférica. En Cosmografía y Náutica es sabido que todo el mundo, hasta bien entrado el siglo XVII, utilizaba las cartas y los artes de navegar publicados por los españoles, como Martín de Enciso, Pedro de Medina y Martín Cortés. 60.000 ducados en premio y 2.000 de renta ofrecieron los Reyes de España al sabio que descubriese el modo de hallar el punto fijo en el mar, o la manera de medir la longitud en el mar. Españoles, como Torre Ladrillero y Sarmiento, dieron la idea de los primeros mapas submarinos, con el estudio de las profundidades oceánicas. Juan Ponce fué el primero que comprobó en las costas de la Florida la existencia de las corrientes atlánticas, y Morales las explicó (1515) por el movimiento de rotación terrestre (explicación actual de la ciencia).

Aprovechando las corrientes que supuso entre el Atlántico y el Pacífico, hizo Urdaneta la travesía de Filipinas a Acapulco en 125 días. Alonso Barba, en su «Arte de los Metales», inició la teoría de la evolución de la materia; el médico Francisco Vallés consideró el fuego como unidad dinámica; Miguel Servet descubrió la circulación de la sangre; el botánico Simón Tovar fué el precursor de los experimentos químicos; Gregorio López ensayaba la anestesia quirúrgica por medio de la mandrágora.

Una «ciencia Española» iluminó al mundo. Así como una filosofía de Vives, de Fox Morcillo, de Suárez, de Vázquez. Así como un derecho nuevo de gentes, creado por Vitoria, Soto, Castro, Suárez, Covarrubias. Así como una teología, ilustrada por Melchor Cano y Luis de Molina y Fray Luis de León, principalmente. Así como una Sociología iniciada por las Casas, Acosta, Martínez de la Mata, precursor de Adam Smith y Luis Valle de la Cerda.

Se ha dicho alguna vez, y todavía se repite hoy con cierta inconsciencia, que en España no hubo *Renacimiento*. Si quiere entenderse con esto que la forma cultural así denominada fué distinta en España que en Italia o que en Alemania, acaso haya alguna manera de explicación; pero pensar que España estuvo ausente de la renovación de los estudios traída por el retorno al clasicismo es pensar un dislate. La prueba está al alcance de todo el que quiera leer; la mejor demostración de la parte que España tomó en el Renacimiento la dan los libros que se publicaron. Desde 1474, fecha en que aparece el primer libro impreso en Valencia, va aumentando el interés por la tipografía. Todas las ciudades de España parece que rivalizan en el empeño de difusión del saber: lo mismo los que tradicionalmente eran ya centros de cultura, como Barcelona, Sevilla, Salamanca y Zaragoza, que otras poblaciones de menos tradición, como Zamora, Lérida o Murcia.

Las obras de los principales escritores de nuestra Edad Media alternaban con las de los clásicos latinos, con las de los Humanistas italianos. Al lado mismo de los Reyes se cultivaban las letras, y maestros extranjeros ayudaban a los nacionales, como Antonio de Nebrija, que se jactaba de haber abierto la primera tienda de latín. Fué tal la afición literaria de los españoles, que hasta los finales del reinado de Carlos V se produjo tal floración de escritos y de libros que pudo Alfonso García Matamoros escribir su famoso *Pro adserenda hispanorum eruditione*, calificada de «himno triunfal del Renacimiento» por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Por centenares se cuentan los nombres en las bibliografías; por millares existen libros de este período en las Bibliotecas de

España y del mundo entero. Ahí, en los plúteos de estas bibliotecas está la prueba más fehaciente del Renacimiento español.

Y un «arte español» dejó sembrado el país de monumentos que muestran el alto sentido religioso del pueblo que fué capaz de crear ese mundo de maravilla: desde las ingentes iglesias, como las Catedrales de Málaga, Granada o Valladolid, hasta los más minúsculos objetos decorativos en oro, seda o madera; desde las soberbias universidades de Salamanca o de Alcalá, hasta los palacios de los nobles, como la Casa de las Conchas en Salamanca, o la de Cobos en Ubeda; desde el Alcázar de Toledo, varias veces glorioso, hasta el soberbiamente sereno Monasterio de El Escorial. Resume este monumento los ideales del espíritu español: anhelo de fe, deseo de permanencia, serenidad. Los españoles han conquistado un mundo y han peleado en otro por defender la religión católica, que con El Escorial tendrá un monumento digno de la grandeza de su fe. Nada mejor que aquella mole de piedra, sin adornos, con sus escuetas líneas geométricas, para dar idea de permanencia, de eternidad; como eterna será la memoria de los Reyes, para quienes va a servir de mausoleo; como imperecedero será el recuerdo de las letras y de la ciencia y de la historia hispánicas, para las cuales va a ser biblioteca; como perennemente durará el ejemplo de las artes, que allí se van a albergar en un museo vivo.

En las estribaciones de la alta Sierra del Guadarrama, ante las amplias llanadas de bosques en cuya lejanía se divisa la corte de Madrid, era San Lorenzo para Don Felipe, y lo es todavía para todos los españoles que sepan sentir, un remanso espiritual en el continuo ajeteo de la conquista y del Imperio. Y era también una continua llamada a la idea de la muerte, que iguala con el mismo pie los palacios de los reyes y las chozas de los pobres: allí, en unos palmos de tierra, cabría el túmulo del rey más grande de la España Imperial.

Unicos son en el mundo religioso los magníficos retablos de los altares mayores en que Forment, Berruguete, Siloe, tejieron las maravillas de la Seo de Zaragoza, de Santiago de Valladolid y de Granada, respectivamente. Unicos son los «pasos» de las procesiones españolas, con sus imágenes llenas de movimiento y

de vida, donde el Jesús del Gran Poder o el Nazareno de Pasión, tienen la serenidad de un Dios en el atormentado cuerpo de un hombre, y las Vírgenes, como la del Valle o la Macarena, muestran la dulce suavidad de la Santísima Madre de Dios en la extremada belleza de una mujer, que llora la pérdida de su hijo o que se aflige por la angustia de la Soledad. Unica fué la pintura española, religiosa y realista a la vez, por ejemplo, en el portentoso «Entierro del Conde de Orgaz», del Greco, en los cuadros de Ribera, de Zurbarán y de Valdés Leal, en las obras de Velázquez, que reproduce en «Los borrachos», los inmortales tipos de la Picaresca, canta en «Las hilanderas» un himno al trabajo, recoge en las «Meninas» el aire y la luz de la corte, inmortaliza en «Las lanzas» el poderío militar de España y deja en el «Cristo Crucificado» la más alta expresión de la muerte en el que da la vida.

* * *

«El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada,
por vuestra sabia mano gobernada.»

También hubo una música española. Desde los lejanos días medievales, en que la música de Persia y de Bizancio había llegado a *al-Andalus* en laúdes moros y con canciones que habían de volar por el mundo trovadoresco, no había cesado de perfeccionarse la música ficta. Don Alfonso el Sabio la había adoptado para versos de sus Cántigas en loor de Santa María. Y en labios de los labradores y de los menestrales se fueron divulgando por todo el país los cantos que hicieron las delicias de los que elevaron la Giralda y construyeron la Alhambra.

Y aquella música voló lejos y halagó los oídos de todos los pueblos de Europa, en cuyos cantos tradicionales se hallan vestigios de los cantares en *zéjeles*. Con nuestros conquistadores pasó el Atlántico la música alegre de España, y ha informado durante siglos la concepción musical de los pueblos hispanos, que hoy

muestran algunos ejemplos que parecen ser originales. Hasta las canciones que los críticos modernos quieren que sean autóctonas de los indios aborígenes, tienen el sello inconfundible de lo español: los dulces y sencillos cantos que Estados Unidos ha puesto de moda importándolos de las Islas Hawai, son acompañados de un instrumento tan típicamente español como el guitarra o requinto...

Todo lleva el sello divino del arte en la época imperial. Con la plata y el oro construyeron los orfebres maravillas como las custodias de la Catedral de Toledo y de Sevilla, y relicarios y arquetas y portapaces; con el hierro forjaron magníficas verjas, joyas de catedrales como Granada, Burgos o Cuenca, y rejas, tras de las cuales las españolas oían requiebros de amor; con la seda bordaron en riquísimos terciopelos mágicos adornos con hilos de oro y plata, en multitud de ornamentos religiosos; con el barro fabricaron los platos de reflejos metálicos y las piezas de Manises y de Talavera; y trabajaron el vidrio y las alfombras y los encajes.

El influjo del arte español ha llegado a todo el mundo, y el saqueo de nuestro Tesoro Artístico, objetivo primordial de la Revolución, desde los tiempos napoleónicos en adelante, ha servido para llevar hasta los más remotos países el testimonio de nuestra gloria, las muestras potentes de la Hispanidad. A nuestra Patria podrían aplicarse aquellas estrofas que el gran Núñez de Arce, decía de Grecia, poniéndolas en boca de Lord Byron:

«¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
comarca infortunada! Aunque tus días
cortase de improviso el terremoto
y te tragara el mar, no morirías;
bastarán una estrofa, el dorso roto
de una estatua, un frontón, cenizas frías
de tu pasado, para no olvidarte,
¡oh cuna de los dioses y del arte!»

* * *

El medio de difusión de la Hispanidad fué la lengua que, como decía con razón Nebrija a la Reina Católica, «siempre la lengua fué compañera del Imperio y de tal manera lo siguió que

juntamente crecieron y florecieron y después junta fué la caída de entrambos». Y aquella lengua que había empezado sus balbuceos literarios en el venerable «Cantar de Mío Cid»; que había dominado sobre los demás dialectos peninsulares, gracias al interés de San Fernando; que había recogido la historia y la ciencia medieval en las obras del Rey Sabio; que se había hecho literaria en la ingenua prosa de Don Juan Manuel y en las retozonas estrofas del Arcipreste; que ya en el siglo XV permitió a Santillana y a Jorge Manrique escribir composiciones de fama imperecedera; y que había de anunciar el Renacimiento con la magnífica antorcha de «La Celestina», iba a servir a los exploradores de las Indias y a los misioneros que los acompañaban para predicar la fe católica a millones de seres, hermanos nuestros, sumidos en la infidelidad; y a los gloriosos capitanes de los Reyes Católicos, para dar las órdenes que trocaran la faz de Europa.

El máximo defensor del prestigio de la lengua española fué el César Carlos I, que la hizo lengua de las Cancillerías del mundo. Él, empezó una vez su discurso ante el Senado de Génova, con estas palabras, que hoy podemos repetir con orgullo: «Aunque pudiera hablaros en latín, toscano, francés y tudesco, he querido preferir la lengua castellana, porque me entiendan todos». Él, delante del Papa Paulo III en Roma, cuando desafió al Rey de Francia a singular combate en 1536, replicó al Obispo de Macon, que se atrevió a interrumpirle con el pretexto de no entender el español: «Señor Obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble, que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana».

Y, en efecto, toda la gente cristiana conocía el español. En Flandes las célebres imprentas, como la de Plantino, publicaban sin cesar gramáticas y diccionarios y otros textos en nuestra lengua; en Alemania «se holgaban de hablar castellano», por complacer al Emperador, «que se preciaba de Español natural»; en Francia la mayoría de sus naturales sabían hablar o entendían esta lengua, a creer al Señor de Brantôme, y los cortesanos de Luis XIII estaban tan influídos por la cultura española, que hasta cuando los catalanes descontentos fueron a contar sus cuitas al rey de Fran-

cia y a Richelieu, tuvieron que emplear en su diálogo la lengua de Cervantes; en Inglaterra gozaron tal popularidad las obras de algún autor español, como Antonio de Guevara, que llegaron a inspirar un nuevo movimiento literario, el «Eufuismo».

Por los años de 1585 podía escribir con orgullo el Padre Malon de Chaide: «no hay lenguaje ni le ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo y en ser blando, suave, regalado y tierno, y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni rodeos galanos, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello... Espero en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España, y en su buena industria, que con el favor de Dios, habremos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección, sin que tenga envidia a alguna de las del mundo, y tan extendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo; de donde se seguiría que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto, se la quitamos, como lo habemos hecho en lo de las armas».

Del uno al otro polo llegó la gloria de nuestra remota literatura. Todo el mundo culto leyó y sigue leyendo a Cervantes, a Calderón, a Quevedo; todo el mundo culto se ha deleitado con los Romances españoles; los más grandes dramaturgos de la Humanidad han tenido sus fuentes de inspiración en las «Comedias famosas» de nuestros ingenios, como Lope y Guillén de Castro, Ruiz de Alarcón, Rojas, Zorrilla; los más delicados poetas líricos en el mundo han reconocido la prioridad al cordobés Don Luis de Góngora y Argote. En pueblos de nuestra raza y en otros de raza distinta de la hispánica, se habla hoy y se escribe y se estudia la lengua de Santa Teresa y del Quijote. Por todo el mundo hay diseminados más de ochenta millones de hombres que con su habla están difundiendo continuamente el destello de aquella lucecita que encendieron los Reyes Católicos, cuando el 2 de Enero de 1492 daban la unidad política a España y levantaban en alto la antorcha de LA HISPANIDAD.

El espíritu español se extendió por el mundo. Los ejércitos y

los barcos españoles llevaron a Europa y al mundo entero la presencia material de España. Los pensadores, los científicos, los literatos, difundieron por todo el mundo el espíritu de España. Los españoles enseñaron en las escuelas europeas más famosas. Como ya resumió Menéndez y Pelayo, «en París leyeron filosofía, teología, matemáticas, Alvaro Tomás, Gaspar Lax, los hermanos Coronel, Pedro de Lerma, Juan de Celaya, Juan Dolz del Castellar, Jerónimo Pardo, Pedro Ciruelo, Juan Martínez Siliceo, Mariana, Juan Maldonado y otros innumerables. En Burdeos fué rector Juan Gélida. En Tolosa enseñó leyes Antonio Gouvea, y medicina, Luis de Lucena y el escéptico Francisco Sánchez. En Dilingen e Ingolstadt Pedro de Soto, Martín de Olave, Alfonso de Pisa, Gregorio de Valencia. En Polonia, Pedro Ruiz de Moros y Alfonso Salmerón. En Lituania, Manuel de Vega. En Bohemia, Rodrigo de Arriaga. En Oxford, Vives y Pedro de Soto. En Cambridge, Francisco de Encinas. En Lovaina, Vives, el jurisconsulto Antonio Pérez y muchos jesuitas. En Padua, Juan Montes de Oca. En Roma, Francisco de Toledo, Mariana, Benito Pereiro y otros innumerables. Basta decir que hasta el siglo pasado el catedrático de filosofía en el Colegio Romano, fué siempre español».

Señalemos especialmente a Luis Vives, el ilustre valenciano, que también nace en el radiante año 1492, y que hasta su muerte en 1540 no deja de enseñar en Brujas y en Lovaina, es en Inglaterra maestro de las Princesas, crea en diversos libros, como el *De Disciplinis*, el *De anima et vita*, etc., un sistema propio, el *criticismo vivista*, que influyó decididamente en los estudios hispánicos. Vives influyó en la filosofía de Bacon: en la creación del *cartesianismo*: la duda como principio de método fué adoptada por Vives, Fox Morcillo, Sánchez, Gómez Pereira y Vallés; el famoso entimema de Descartes *Cogito, ergo sum*, está ya en San Agustín, Ochino y Gómez Pereira. La *escuela escocesa*, en lo referente al análisis psicológico tiene precedentes en el *De anima et vita*, y en el argumento basado en el testimonio de conciencia. Pero «así como el hemisferio de Colón lleva hoy el nombre de Américo Vespucio, así han bautizado con los pomposos nombres de *baconismo*, *cartesianismo* y *escuela escocesa*, diversos girones del manto de Vives» (Menéndez y Pelayo).

Una gran cantidad de libros españoles de teología, filosofía, jurisprudencia, política, historia y ciencias, pudieron ser leídos en sus ediciones originales por todo el mundo culto, puesto que estaban escritos en latín, la lengua universal de aquellos siglos. Otros muchos fueron traducidos a las distintas lenguas europeas. Los libros de teología y de moral, por ejemplo, los de Suárez, Escobar y Sánchez, fueron muy leídos en Alemania; Osorio de Fonseca, en Inglaterra; Santa Teresa, Fray Luis de Granada y Diego de Estella, en traducciones inglesas y alemanas.

Grocio demuestra en su libro conocer y haber leído a Vitoria, Juan de Cartagena, Juan López, Francisco Arias, Ayala, Covarrubias y Vázquez. Las obras de los políticos gozaron de gran predicamento en Alemania. La teoría acerca del tiranicidio del Padre Mariana impresionó a París, con motivo de la muerte de Enrique IV; las obras de los penalistas se leyeron y comentaron en los medios extranjeros.

Los libros de los geógrafos, cosmógrafos y científicos eran leídos por Newton, Ticho-Brahe, Clusio; los libros de Navegación fueron traducidos y manejados por los ingleses; las obras de Céspedes, Monardes, Hortega, Medina, Barba, Laguna, Huarte (por citar sólo algunos de los más significados) fueron reeditadas o traducidas en Francia e Italia, en Alemania e Inglaterra. Las colecciones de viajes, como las de Hakluyt, utilizaban abundantes textos españoles de Acosta, Vázquez Coronado, Ulloa, etc. Otro tanto ocurrió con muchos libros de historia, como los *Comentarios de la guerra de Alemania*, por Luis de Zúñiga y Avila, o las obras de historia americana de Gómara, Zárate, Las Casas, o la *Historia de China*, de Fray Juan González de Mendoza; se publicaron compilaciones históricas, como la de Beale, *Rerum hispanicarum scriptores*.

El penalista protestante Benito Carpzors, del siglo XVII, utiliza como base las *Disquisiciones mágicas* del Padre Martín del Río, Italia acepta las nuevas ideas sobre enseñanza a los sordomudos de Fray Pedro Ponce de León, Juan Pablo Bonet y sus continuadores. Galileo aplica a la astronomía los progresos de los Rogete en la fabricación de telescopios. Se aceptan los sistemas cartográficos españoles y algunos aparatos de cosmo-

grafía, así como los procedimientos metalúrgicos de Arfe y Barba. Se aprovechan por Clusio y otros naturalistas extranjeros las observaciones botánicas y médicas de los españoles. Se utiliza por los ingleses el caudal de noticias que la literatura geográfica del Nuevo Mundo ponía en las manos de los inteligentes.

Amortiguamiento

Aquellas potentes llamaradas de los siglos áureos fueron perdiendo fulgor. Ataques exteriores de otros pueblos émulos del nuestro se combinaron con la natural laxitud que el esfuerzo de poblar y civilizar un continente había de producir en el vigoroso cuerpo nacional, y con el desorden de la administración, confiada en manos a las veces poco firmes y austeras. El testamento del infeliz Carlos II, dejando el trono al Delfín de Francia, trunció el curso de la Historia de España.

Aires de guerra azotaron las llamas de la Hispanidad. Se afrancesó nuestra cultura, se olvidó nuestro pasado, se creyó mejor lo extranjero que lo propio, y hasta se atrevió el enciclopedista Masson a formular aquella tan necia como insultante pregunta: «¿Qué se debe a España?» Desde dos siglos, cuatro o diez «¿qué ha hecho por Europa?», respondida cumplidamente por Denina y por Forner. Pero una parte de los españoles se convenció de que era mejor imitar a Francia que resucitar nuestro pasado glorioso. Y si España se salvó de los apetitos napoleónicos, se debió, no ciertamente a los sabios extranjerizados, ni a los seudofilósofos, ni a los nobles ilustrados a la francesa, sino al impulso del pueblo, alejado de las sociedades secretas y de los contactos franceses, al pueblo sano que volvía los ojos a la tradición y en Zaragoza se apiñaba alrededor del Pilar, y en los caminos y veredas de nuestro montuoso país se oponía en guerrillas y hasta individualmente al invasor, pensando que era dulce morir por la patria y preferible a vivir bajo la indignidad de una dominación extranjera.

El partido españolista ganó la guerra pero perdió la paz. Y en el campo se trató de ventilar la cuestión con las armas en la mano. Guerra civil, que se aplazó por el abrazo de Vergara, pero

que siguió latente o manifiesta durante más de un siglo. Y entonces los tradicionalistas, cada día más arrinconados por la adaptación en España de instituciones netamente francesas, como la universidad, el sistema parlamentario y la monarquía constitucional, se encerraron en su torre de marfil de los recuerdos, guardaron en el arca de cedro de la historia, la flor marchita y desvaída de la pasada tradición, cuidaron de que la lámpara de la civilización hispánica no dejara de lucir, aunque tuviera que estar a veces escondida en las catacumbas. Obraban como si conocieran las palabras que había de pronunciar Menéndez y Pelayo andando los días:

«Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperamos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo, menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya, sin extinguir la parte más noble de su vida, y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil.» (Homenaje a Balmes, 1910).

Mientras tanto, a todo lo largo del siglo XIX, la revolución no dejó de azotar con sus ventarrones huracanados sobre la civilización hispánica, sin lograr ahogarla. Y se persiguió a los frailes y se les asesinó y se les exclaustró. Se aventaron los libros viejos de los conventos y de las casas nobles, dilapidando una riqueza que habían de recoger cuidadosamente otras naciones; se incendiaron o se invadieron iglesias, conventos y palacios: se destruyeron o robaron obras de arte; se arrasaron hasta los sepulcros (como los de Poblet) donde dormían el sueño eterno nuestros reyes y nuestros héroes, pensando borrar todo lo que pudiera ser recuerdo de que la grandeza antigua estaba cobijada bajo el signo de la cruz. Se auguró por potencias poderosas de la tierra el «finis Hispaniae», cuando en Santiago de Cuba caían gloriosamente los pobres barcos del Almirante Cervera. Los mismos españoles del 98, diciéndose representantes de la inteligencia de su país, aconsejaron cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid. ¡Empeño inútil! En el arca de cedro de la tradición se guardaba

la descolorida flor, cuyo perfume daba alientos y fuerzas; en la oscura catacumba seguía iluminando la lucecita, continuación sin fallo de la brillante lámpara de los tiempos áureos.

Arreció en nuestros días más y más el huracán; casi llegó a poderse considerar como apagada la llama y desaparecido el cofre que guardaba la flor olorosa del recuerdo. La terrible convulsión que la vieja y noble España sufrió, la ha puesto en trance de desaparecer, «tragada como arista seca por el fuego» encendido fuera de España, por gentes enemigas de lo que España representó. Y en el terrible movimiento sísmico todas las cosas han quedado trastrocadas y fuera de su antiguo lugar. El arca de cedro se ha roto en pedazos, y ha dejado esparcirse por España, el suave perfume de la historia, concentrado años y siglos, y ha extendido por los surcos de la tierra tanto tiempo sin cultivar la semilla de aquella flor seca. Y regada la tierra con la sangre generosa de la juventud, ha nacido de la vieja simiente la planta nueva y vigorosa de la Falange Española Tradicionalista (Tradicón defendida por la juventud; España «unidad de destino en lo universal»), y ha florecido con esplendorosas muestras de heroísmo en miles y miles de claveles rojos, de lirios azules, de blancas margaritas, que embellecen de nuevo el suelo patrio.

El vendaval revolucionario no ha logrado apagar la tenue llama, apenas perceptible al exterior; sino que, como dice nuestro cantar popular, «es aire—que apaga el fuego chico—y aviva el grande». Y las llamas de los incendios que ha provocado en los sitios que pudo poner su garra, han destruído, ciertamente, otra vez nuestros altares, nuestros templos, nuestros palacios, nuestros archivos, y han turbado de nuevo el sueño de nuestros santos y de nuestros héroes; pero han pasado y se han extinguido entre escombros, ruinas y desolación, sin lograr, naturalmente, construir nada; los incendiarios han tenido que huir a tierras extrañas, cargados algunos con nuestras riquezas robadas, otros con el hambre y la miseria, todos con la maldición de la patria por ellos vilipendiada, y la de los buenos hijos que no han vacilado en ofrecer su hacienda y su vida para que la Madre se salve. Y en cambio, la llama tenue, oculta en la misteriosa catacumba, ha podido salir de nuevo al aire libre de la calle y del campo, y,

alimentada con el aceite de la fe en los destinos patrios y cuidada con mimo por todas las almas buenas, bajo el mando de un glorioso y providencial Caudillo, brilla cada día con más fulgor y vuelve a servir de faro, que a la vez alumbra las tumbas de nuestros hermanos, muertos a millares como mártires de la fe y de la patria, y guía a la joven España que de la trágica convulsión ha nacido por los caminos de su propia gloria, de su especial civilización, de su original HISPANIDAD.

Revivificación

¿Cómo mantendremos viva esta luz que renace? ¿Cómo evitaremos que otra vez pueda ponerse en trance de extinción, azotada por vientos de fuera? Con la fe en nosotros mismos, con la seguridad en nuestra misión providencial. A vosotros, queridos jóvenes universitarios, os ha de tocar el principal papel en este empeño para forjar el destino patrio. A vosotros, y a nosotros los maestros, nos cabrá el honor y nos acuciará la responsabilidad de conocer y dar a conocer a nuestra Patria.

Lo primero que tenemos que hacer juntos, en apretado haz de trabajo y de abnegación, es rescatar nuestra propia Historia, desfigurada de propósito por extraños y por propios. Si fijáis vuestra atención en los libros que suelen andar en manos de todo el mundo, aureolados con la nota de imparcialidad, no tardaréis en advertir un empeño casi morboso en buscar y hallar por todas partes *decadencia*. Cuando llegan al trono los Reyes Católicos, España estaba a punto de extinguirse como nación; cuando inicia su reinado Carlos V, ya principian a ver estos historiadores agoreros (por no calificarlos más duramente) el germen de la decadencia; y no digamos nada de los días del gran D. Felipe II el Prudente, juzgados casi con el mismo criterio de nuestros enemigos exteriores. Acaso sea esto efecto de la natural tendencia de la humanidad a ver con delectación el aspecto desagradable de las cosas de los hombres, como de los pueblos; lo cierto es que casi todos estos historiadores se han dejado seducir por la ideología tendenciosa de los inspiradores de la Leyenda negra.

Por tanto, nosotros debemos *nacionalizar* la historia de España. Frente a los infundios de los émulos de España, que se vienen esforzando en derramar por el mundo toda clase de interpretaciones ligeras acerca de nuestras instituciones, de nuestras costumbres, de nuestra manera especial de concebir la vida, hemos de procurar nosotros argumentar con textos. Y así se irá demostrando la gloria de la colonización de Indias, denigrada por gentes que tienen el tejado de vidrio de sus colonizaciones posteriores, bien alejadas, por cierto, en el espíritu de aquellas intenciones con que los españoles fueron a las Indias. Con la instrucción dada por el Rey a Hernán Cortés el 26 de Junio de 1523, para la conversión de los indios y su organización, por ejemplo, podremos presentar una muestra de la sabia política de nuestra actuación. Y si ahondamos en los Archivos de Indias y de Simancas seguiremos hallando pruebas que corroboran esta idea fundamental del fin apostólico y catequístico de nuestra acción en Indias.

Leyendo con paciencia los cientos y miles de procesos del abominado Tribunal del Santo Oficio, nos daremos cuenta de que la visión truculenta de las cárceles inquisitoriales, descritas por los románticos, sirvió a los liberales del siglo XIX para ennegrecer las sombras de la pintura de esta institución, cuya historia imparcial no se ha empezado a hacer hasta hace una veintena de años por Schaefer (frente a la parcialísima de Llorente, casi única conocida). El que haya visto, como yo, cientos y cientos de procesos inquisitoriales de los siglos XV al XIX, puede afirmar que la mano del Santo Oficio era blanda con los reos, de ordinario, porque tampoco los delitos eran graves. En la selva inmensa de tanto papel de oficio sólo suele hallarse un par de procesos de cada mil que revistan importancia dogmática; los demás no pasan de ser chismorrerías de vecindad, alguna hechicera que hace conjuros, algún mago de guardarropía que anda en busca de la piedra filosofal, algún curandero que dice tener trato con el diablo; y claro es que las sentencias y los castigos son aparentes. Si se exceptúa media docena de autos de fe, en todos los demás de la Inquisición no hay más aparato y ceremonia.

Hay que buscar y publicar más documentos cada día, para que ellos iluminen nuestra historia. Por millones se pueden contar los

que aguardan la mano del investigador que los haga salir a la luz desde la oscuridad de los plúteos donde yacen desde siglos. Por miles se pueden contar los españoles ilustres, que no tienen escrita una biografía, ni buena ni mala, ni grande ni pequeña, y que en su tiempo llevaron las riendas del poder, gobernaron al ejército o la marina, dirigieron el pensamiento español desde las cátedras universitarias, o ayudaron a la difusión de la cultura desde sus modestas escuelas de gramática. ¿Qué se sabe hoy de D. Francisco de los Cobos, que fué nada ménos que el Secretario de Estado de Carlos V, y el que dirigió la política española en las prolongadas ausencias del Emperador? ¿Quién tiene idea de la verdadera personalidad de otros secretarios, como Gonzalo Pérez, Mateo Vázquez, el propio Antonio Pérez, si se exceptúa la parte escandalosa de su vida? ¿Qué se sabe de los que rigieron la Economía y la Hacienda en el siglo XVI? ¿De los rectores y profesores de nuestras Universidades? ¿De muchos grandes escritores? ¿De tantos y tantos diplomáticos, como mantenían en el mundo entero viva la llama de la Hispanidad? ¿De tantos hombres de ciencia, como trabajaron en el progreso humano? ¿De las instituciones en las que se desarrolló el Imperio?

Y aquí podría hacerse un plan de trabajos posibles, suficiente para llenar la vida de muchos estudiosos durante varias generaciones. No quiero cansaros con esta lista; sólo la he insinuado para que veáis, alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, el campo inagotable que tenéis para trabajar. Haréis con esta labor un gran beneficio a la Patria y vosotros tendréis un premio inmediato.

Pero yo, que ya soy viejo y no puedo acaso infundiros un entusiasmo del que estáis ya poseídos, quiero daros un consejo: mirad siempre los documentos que hayáis de manejar con un criterio español. Estad convencidos de que en España los españoles podemos hacer los libros, las monografías, los estudios tan bien como los puedan hacer otros países; no trabajéis tocados del escepticismo respecto de vosotros mismos, que ha sido, en fin de cuentas, la idea directora de toda una generación en la que me ha tocado vivir. En España podemos hacer, y hacemos de vez en cuando, obras tan buenas o mejores como las de otros países, y

no es preciso enumerarlas. Lo que no solemos tener es constancia en la labor. Ejemplos vivos andan por ahí de lo que es capaz de hacer un español cuando se pone a estudiar: todos los conocéis. Sin otros medios que el entusiasmo de unas pocas personas, se ha creado una escuela de arabistas, de la que fué maestro excelso vuestro paisano D. Julián Ribera (a cuya memoria me permitiréis que dedique un conmovido recuerdo de gratitud); y esta Escuela es hoy luz de Europa en su especialidad.

Viendo el entusiasmo y el interés con que la juventud universitaria ha vuelto a las aulas, después de haber sabido pelear como Don Quijote contra tantos malandrines y follones como hollaban y deshonoraban el suelo hispánico, podemos los que ya somos viejos soñar en glorias futuras. De entre los bancos de las aulas nuestras saldrán los que emulen y renueven las glorias de un Luis Vives en Filosofía; entre vosotros se encuentran las docenas de humanistas, que son precisos para dar a conocer al mundo el tesoro de nuestro Renacimiento, guardado avaramente en libros escritos en latín, que vosotros leeréis e interpretaréis; entre vosotros están los que han de seguir las huellas de los jurisconsultos antiguos; los que renovarán las glorias de la medicina; los que volverán a demostrar que los españoles no son rebeldes para las Ciencias, aunque así lo digan ciertos tópicos contra los cuales se levantara noblemente airado D. Marcelino Menéndez y Pelayo; entre vosotros están y esto sí que es seguro, los artistas que otra vez harán brillar la luz de la belleza hecha monumentos, cuadros, esculturas, música.

Estáis aprendiendo la técnica para manejar las delicadas piezas de que está formada la lámpara de la Hispanidad. Trabajadlas con cariño, con entusiasmo. De vuestras manos ha de salir otra vez la antorcha fulgurante que, sin palabras huecas, pero con actos recios, siga diciendo al mundo: «¡Esta es España! ¡Esta es la luz de nuestra HISPANIDAD!»

CONFERENCIA

DEL

EXCMO. SR. GENERAL ARANDA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

EN EL AÑO DEL

IV CENTENARIO DE JUAN LUIS VIVES

Cursillo de Exaltación de valores Hispánicos

Solemne Sesión de Clausura

1.º—Signo y valor de este acto por el

Ilmo. Sr. Dr. Don FRANCISCO ALCAYDE VILAR

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras

2.º—Discurso de Don ALFREDO SANCHEZ BELLA

Profesor de la Universidad de Valencia y Vicesecretario del C. S. de I. C.

3.º—Conferencia del Excmo. Sr. GENERAL ARANDA

4.º—Clausura por el Excmo. Sr. Dr. Don JOSÉ IBAÑEZ MARTIN

Ministro de Educación Nacional

Signo y valor de este acto

EL acto que se reproduce en este folleto representa un valor, o mejor dicho, el reconocimiento, la devoción y la pleitesía que presta a los eternos valores espirituales y a la cultura española uno de los auténticos y completos generales de nuestro tiempo. Esto es lo que ha hecho el glorioso general Aranda al venir a nuestra Facultad de Filosofía y Letras a explicarnos su lección magistral, clausurando con ello el cursillo de «Exaltación de valores hispánicos». Para la Universidad española es un acontecimiento histórico el hecho de que uno de los militares que más ha contribuido con su valor y su ciencia a salvar a España de la barbarie, venga a exaltar los valores hispánicos. Este honrar lo nacional, y afirmarlo, es el verdadero camino para el engrandecimiento de la Patria. Rehacer lo nuestro, lo español; recrearlo, estudiarlo y amarlo es la obra más patriótica que se puede realizar. Y esto es lo que se empeñaron en negar durante muchos años las generaciones de «sabios» que nos han precedido. Yo he estudiado la carrera de Filosofía en la Universidad de Madrid. Era una Facultad llena de «sabios» que ignoraban la existencia de Balmes, Luis Vives y Suárez. Por lo menos nunca los oí nombrar ni

una sola vez, y si algún alumno citaba a uno de nuestros auténticos filósofos españoles, los «sabios oficiales» le anonadaban con una mirada desdeñosa que burlescamente dignaban dirigir a ese «desgraciado» alumno, que se había perdido para siempre en la insignificancia por haber tenido la osadía de nombrar a Balmes, Luis Vives y Suárez en la Universidad de Madrid ante «sabios» catedráticos españoles. Quiero transcribir un detalle que sintetiza, mejor que todas las palabras, el desprecio que se sentía por todo lo nuestro.

En una clase de Filosofía de Madrid. El catedrático ruega a un alumno que diga qué filósofos conoce. El alumno contesta: «He leído a Balmes.» El catedrático, extrañadísimo, como si oyese un nombre totalmente desconocido, vuelve a preguntar asombrado: «¿Ha dicho usted Balmes? Pero ¿hay algún filósofo que se llame Balmes? No lo conozco; nunca lo he oído nombrar.»

Esta escena, auténticamente histórica, la presencié yo, que era alumno.

No es posible que se llegue a un desprecio mayor por todo lo nacional, y por ser tan pequeña y tan ruin esa escena la transcribo para que contraste con la grandiosidad y excelencia del acto que este folleto reproduce.

El curso de «Exaltación de valores hispánicos» tiene la significación de volver al buen camino, del que nos desviaron aquellos «sabios», pero que estaba entonces también representado por mi maestro, el auténtico sabio y auténtico español D. Adolfo Bonilla y San Martín. A él, que por haber fallecido en nada puede favorecerme, le dedico en esta ocasión solemne este tributo de admiración. Él también habría estado ahora con nosotros, ennobleciendo los actos con su noble presencia y enseñándonos a todos a amar y exaltar todos los auténticos valores españoles. Él hubiera estado gozando entre nosotros al contemplar este curso como el desarrollo, como la realización del ideal por cuya defensa él sólo tuvo que pelear durante años contra tanto «sabio» en aquella Facultad de Filosofía. ¡Él que tanto conocía y amaba a Balmes, a Suárez y a Luis Vives! A Luis Vives, sobre todo, pues le supo honrar escribiendo

el portentoso trabajo «Luis Vives y el Renacimiento» que es la obra más completa, erudita y compendiosa de su vida y su filosofía de cuantas se han escrito en España y extranjero, en aquella época en que era una distinción espiritual y una nota de buen tono el desconocerle. A Luis Vives, en cuyo honor precisamente se ha celebrado este magnífico curso y el no menos universitario de Teología dogmática; los dos arcos triunfales con que nuestra Universidad ha preparado con decoro, gracias al auxilio de nuestro Ministro, la venida a Valencia, a los cuatrocientos años de su muerte, de su hijo más preclaro y más original filósofo. Él hubiera servido de aliento a estos jóvenes que han llenado con tanta brillantez este curso y se habría sonreído, con su bondadosa sonrisa aprobadora, oyendo el discurso que aquí se reproduce de este joven brillante, lleno de cualidades extraordinarias y que se llama Alfredo Sánchez Bella. Él habría aplaudido fervorosamente las palabras precisas, firmes, rectas y los juicios perfectamente delineados, hondamente sentidos y henchidos de deseos nobles y elevados de nuestro Ministro, el profesor Dr. José M. Ibáñez Martín.

No quiero que nadie vea en estas líneas sólo un deseo personal de exaltar a mi maestro. Ya he dicho que no vive y nada puedo esperar de él. Pero como yo creo que Bonilla San Martín representaba a M. Menéndez Pelayo, y este sabio auténtico representó, a su vez, y sigue representando, no un pensamiento limitado y particular de un sabio, sino nada menos que el espíritu español, todo cuanto he dicho de Bonilla San Martín está dicho del pensamiento español, de la Patria hecha carne, primero en Menéndez Pelayo y luego en Bonilla. Es la Patria misma, la esencia inmortal y perenne, la que nos contempla complacida y la que nos alienta y nos sonríe con mirada dulce y estimulante. Y teniendo tan alta protección y tan dulce compañera, nos ha sido posible organizar, en colaboración entusiasta y entrañable con el S. E. U., este curso de «Exaltación de valores hispánicos» en nuestra Facultad de Filosofía con el calor emotivo, la fecundidad y la sana alegría con que nos ha salido, para bien de España y sobre todo para la exaltación de la verda-

dera fuente de toda sabiduría: para gloria de Dios. ¡Para gloria de Dios, hay que decir y repetir! Y sobre todo, hacer; hacer labor universitaria que sea digna de la gloria de Dios. Sinceramente, con toda verdad, de corazón y con plena conciencia de que es Dios la fuente de donde toda sabiduría procede y el fin a que toda nuestra vida— como la de todos los seres—tiene que dirigirse si quiere lograr su perfección y con ello su felicidad.

Y esto, que se ha exaltado en el presente curso aquí resumido, tanto como en el curso de Teología dogmática, es lo que tenemos que repetir machaconamente, con toda la dulzura de buenos cristianos, con todo el rigor matemático de científicos y con toda la fuerza persuasiva de filósofos, un día y otro día en las aulas universitarias. Para corregir los errores de los tiempos pasados, en que en nuestra Universidad se despreciaba sistemáticamente a la Religión o se silenciaba como cosa despreciable y mezquina la idea de Dios. Nosotros tenemos que proclamar que Dios es la idea más grande y preclara, cuyo estudio nos eleva y engrandece, y la Religión es el sector de cultura que más puede satisfacer todas las aspiraciones y anhelos de los hombres, porque nos da una concepción total del mundo en relación con nuestro sentimiento, inteligencia y voluntad, para la vida de hoy y para la eterna.

Por último, al glorioso general Aranda, nuestra gratitud como universitarios y, sobre todo, como filósofos. El hecho de venir tan ilustre militar a la Facultad de Filosofía tiene para nosotros una significación de inapreciable valor. Significa que nosotros podemos dedicarnos a exaltar los valores hispánicos y los valores religiosos con desenvoltura y desembarazo, sabiendo que no seremos por ello molestados, ni perseguidos, ni desdeñados como en mi época de estudiante, en que se pensó por algunos estudiantes católicos huir de esta Universidad oficial y montar otra católica, nuestra, frente a ésta que «de hecho» no podía serlo. Yo me opuse a ello por pensar que nuestra Universidad, la auténtica, la católica, no podía ser otra más que ésta, la oficial del Estado. Hoy los acontecimientos han venido a confirmar mi tesis, y ya podemos trabajar con entusiasmo, con la

seguridad de que el prestigio, el talento y la fuerza de la espada del general Aranda estará siempre al servicio de los más altos valores humanos y de los sectores más elevados de la Cultura para que la Universidad oficial sea la única, la nuestra, la católica, como es el deseo de nuestro Caudillo, de Franco, forjador y sostén de la nueva España.

FRANCISCO ALCAIDE VILAR.

Decano de la Facultad.

Náquera, Septiembre de 1940.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

D. ALFREDO SANCHEZ BELLA

Profesor de la Universidad y Vicesecretario del Consejo
Superior de Investigaciones Científicas

EXCMOS. SEÑORES:

SEÑORAS, SEÑORES,

CAMARADAS DEL S. E. U.

DESPUES de las brillantes conferencias del ciclo que todos escucharais, yo no vengo a traer más que un hervor de juventud que me salta en las venas; un hervor de juventud y la muestra de una indecible alegría, porque dos figuras máximas de la España actual, orladas por un noble cuadro de austeros profesores, han querido honrarnos presidiendo esta solemne clausura de cursillo.

Por eso hoy en la Universidad valentina es día de echar al viento las campanas y de adornarse con las mejores y más brillantes galas; porque, por primera vez, creo, en la historia nuestra, un ministro de Educación Nacional y un general invicto, vencedor en los campos de Asturias, Aragón y Levante, liberador de Valencia, acuden juntos a esta palestra universitaria para desde ella rendir a España testimonio de su eficacia y justipreciar su nombradía.

Y acuden aquí, en el año de Luis Vives y del Cid, del aniversario de la muerte de nuestro mejor filósofo y de la aparición de

nuestro poema más ardiente, a clausurar un cursillo de «Exaltación de los valores Hispánicos».

¡Histórico acto en histórica fecha!

Significado del acto

La Facultad de Letras de Valencia, en cuyo nombre hablo, y el S. E. U., han querido que la clausura de este cursillo, en el que se había cifrado lo mejor de nuestros afanes, fuera presidida por la más alta representación de la cultura y un general que encarnara la disciplina castrense, como símbolo viviente de lo que queremos sea esta nuestra vieja y renovada Universidad, que, arrumbando tópicos y abriéndose de una vez como capullo de esperanza a la realidad de un orden nuevo, en lugar de ser, como fuera antaño, una mera expedidora de títulos y permanecer vacía y desmedulada, sin nervio y sin fibra, queremos trate ahora no sólo de educar al hombre ni de formar profesionales e investigadores, sino que aspira a lograr una profunda formación humana, iluminando y dignificando el mundo interior del hombre, del hombre más que del profesional, porque España precisa de minorías universitarias más abundantes en recursos interiores que en lugares comunes, adscritos a las determinaciones perecederas de una época. Queremos hombres logrados hasta la entraña del ser, hombres en plenitud, con una conciencia más abundante en contenidos afectivos y éticos que en concretos contenidos intelectuales.

La investigación en España

Este criterio es el que ha guiado al creador de un organismo de nueva contextura, que está dispuesto a que la función investigadora se extienda a todos los ramos de la ciencia por todas las comarcas y las tierras de España.

Y este organismo, del cual, señores profesores, esta mañana el señor Ministro os hablara, aunque, por modestia, sin citarlo, no es otro que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, creación magnífica del Sr. Ministro de Educación Nacional que nos preside. Además de pretender crear nuestra falange de inves-

tigadores, preparando la atmósfera para una reanudación de todos nuestros altos estudios, atmósfera que además de ser digna de nuestra tradición responda cumplidamente a la necesidad del momento, aspira también a crear los elementos necesarios para la reconstrucción material y espiritual de España.

Estando ya en marcha ese organismo, y brindando el Estado medios abundantes al que se siente con vocación para el trabajo investigador, es preciso que, ahora más que nunca, nuestros hombres de ciencia se dediquen a estudiar las necesidades de nuestros campos, la raíz y la fibra de nuestro problema nacional, el árbol y el agua, la fuente y el camino, la tierra y el ganado, la industria local, las fuerzas étnicas y nuestra capacidad de adaptación a la necesidad extraña, haciendo que nuestra ciencia no sea un puro artificio que no corresponda a nada vivo, sino que, al contrario, todo sea cumplido y atendido.

Esta labor investigadora no puede desarrollarse más que por contados estudiosos, los que sienten la especialísima vocación para ello; los más de vosotros seréis profesionales en vuestra carrera, desde la cual habréis de realizar también una gran misión: ir creando y preparando las mejores capacidades de nuestros muchachos para que marchen a los diversos estamentos de la sociedad a cumplir la misión que les corresponde: perfeccionar la organización de un Estado que ahora nace y elevar y dignificar cada día más el objetivo de sus diarios afanes.

El talento investigador

Otros, igualmente, deberéis dedicaros a descubrir el carácter peculiar, sintético y sistemático de algunas disciplinas culturales que, al desembocar en vastas perspectivas y rebasar con ellas los recintos pedagógicos, nos harán ver en las instituciones universitarias un órgano de salvación para la ciencia misma.

Esta necesidad de crear vigorosas síntesis y sistematizaciones del saber obedece a la necesidad de fomentar, poco a poco, un género de talento científico que hasta ahora se ha producido por azar y que es cada día más necesario: el talento integrador. En rigor, esto significa una especialización; pero aquí el hombre que

se especializa lo hace precisamente en la construcción de una totalidad. El movimiento que lleva a la investigación a disociarse indefinidamente en problemas particulares, a pulverizarse, en fin, exige una regulación compensatoria mediante un movimiento de dirección inversa que lo traiga y retenga en un riguroso sistema de ciencia centrípeta. Los hombres dotados de este genuino talento andan más cerca de ser buenos profesores que los sumergidos en la habitual investigación, porque uno de los males traídos con la confusión de Ciencia y Universidad ha sido entregar las cátedras, según la manía del tiempo, a los investigadores, los cuales son casi siempre pésimos profesores, que sienten la enseñanza como un robo de horas hechas a su labor de laboratorio o archivo. Pues bien: a estos talentos integradores corresponde la responsabilidad de la enseñanza de la Historia.

La Historia como motor vivo

Las juventudes de hoy nos hacemos responsables de nuestra Historia y queremos que la Universidad sea el centro de elaboración de una cultura hispánica.

Hispanizar la Universidad será impedir que sea posible en lo futuro «encarcelar la ciencia española, para irrisión de los extraños, en algún sistema anticuado y mandado recoger en Europa hace treinta años». Porque entendemos que está el mundo en momentos de máximo historicismo; porque queremos que lo pasado no sea para nosotros más que pedestal de combate para marchar al encuentro del porvenir, que en lugar de ser un punto muerto de nuestra existencia sea un fermento de vida, es por lo que nos decidimos a organizar este cursillo de revalorización de lo hispánico. No significa esto, sin embargo, que comencemos a sentir la nostalgia de las fechas, de lo que fué o de lo que no puede volver. Nosotros miramos con ojos abiertos el futuro, y lo que debemos conquistar nos interesa más, mucho más, que lo ya conquistado, porque la vida y la gloria de las naciones está en ese espíritu de futuro, en ese proyectarse más allá de lo actual, en esa incapacidad de cansancio, siempre en pos de un ideal. Los conservadores, los comodones, los pusilánimes, los hombres de

los tiempos idos, no pueden entendernos, y debemos echarlos despiadadamente de nuestras filas y hasta de nuestro lado, porque quien no está dispuesto a morir por su fe no es digno de profesarla. Los estudiantes, sin embargo, de todas las Facultades tienen la obligación ineludible de conocer, de cultivar la Historia, esa Historia de España tan desconocida hoy y tan necesaria para nuestras empresas futuras; esa Historia de nuestra patria, bastardeada, falseada, torcida por los hombres de varias centurias atrás, singularmente de las últimas, que está pidiendo a gritos gentes capaces de descubrir sus ignorados secretos, haciendo hablar a la esfinge, a esa esfinge de España que, apabullada por las continuas críticas y persistentes ataques, apenas si ha podido ofrecer al mundo una muestra de su extraordinaria personalidad, a pesar de contar entre sus hijos a buenos eruditos, demasiado conocedores de su Historia para poder creer lo que la envidia de sus enemigos propalaba. Hoy ha fracasado el humanismo pagano y el naturalismo de los últimos tiempos. La cultura del mundo no puede fundarse en la espontaneidad biológica del hombre, sino en la deliberación, el orden y el esfuerzo. La salvación no está en hacer lo que se quiera, sino lo que se deba.

La Historia está llamada a transformar nuestros panoramas espirituales, a reunir nuestro espíritu; que, aunque disuelto todavía subsiste, y no podemos consentir sean extranjeros únicamente los que la cultiven con esmero. Por muy beneméritos que sean los trabajos de un Pfandl, Lewis, Lummis, Bell, Kirpatrick, Hillaire Belloc, Loth o de un Legendre o Bertrand; por muchas síntesis acertadas que del lado de allá de los Pirineos construyan hombres ilustres, dignos de toda loa y reconocimiento, como Haebler, Havelock Ellis, Forster, Mackintosh, Edmund Schram, Marius André..., para no citar más que a unos cuantos pensadores señeros, no podemos abdicar de nuestra indeclinable obligación de ser nosotros los que, ahondando en nuestra Historia, acercándonos a las raíces hontanares de nuestro pensamiento, desentrañemos la significación del pasado. A pesar de los extensos libros que sobre Historia de nuestra patria se escribieron durante el siglo XIX y en lo que va del actual, todavía no se ha hecho más que acarrear materiales, exhumar documentos en paciente labor erudita y, como

dice Momsen, «sacarlos del olvido manuscrito para hacerlos caer en el olvido impreso». No han faltado documentos, sino el historiador, la imaginación, el vuelo filosófico, el valor de pensar por cuenta propia. Para todo ello fué Menéndez y Pelayo nuestro libertador; pero aún espera continuadores de su empuje.

Todavía no se ha escrito el libro que nos cuente el proceso de nuestra extranjerización, ni de la invasión de la Enciclopedia, ni el del influjo de las ideas de la Revolución francesa, o la sombra de Napoleón en España, donde encontraríamos la clave de muchos problemas cuyas últimas derivaciones alcanzan a la vida contemporánea, ni se ha sabido por autores españoles, a pesar de los miles de libros que sobre el tema se han escrito, cómo se produjo la separación de los países americanos, que ha parecido, desde el punto de vista español, un fenómeno tan inexplicable como los geológicos; y a pesar de la literatura extensísima sobre nuestra decadencia, tampoco ha aparecido el libro donde pueda estudiarse con minuciosidad toda esta producción, fijando bien la procedencia de las diversas teorías, obra preciosísima y hasta indispensable para el esclarecimiento del problema mismo. Aun hoy es mal conocida la titánica lucha que España hubo de sostener contra Europa, y al estudiar nuestro divorcio con los demás países se ha achacado a causas materiales y barreras aduaneras, en lugar de destacar el profundo desacuerdo de ideas entre los nacientes racionalistas y aquellos españoles del siglo XVI que se creyeron pueblo elegido de Dios para hacer triunfar la religión católica sobre la tierra.

El estudio de la Historia

Todavía nuestros tratadistas de Historia continúan con los viejos métodos del pasado siglo, amontonando hechos y acarreado materiales en paciente labor de «ratón de archivo», sin que aparezca el hombre de visión que en amplias síntesis abarque con una mirada de genio la totalidad de nuestra Historia y acierte a interpretarla volcando su personalidad al hacer la selección, que ha de partir siempre de un criterio selectivo previamente adquirido.

Han de cesar los tiempos de beatífica tranquilidad y cómodo

quietismo; la ciencia histórica ha de dejar de correr mansamente por el prefijado cauce de la santa rutina, precisamente ahora, que estamos en un momento en que las ciencias naturales van desvalorizándose por momentos al perder el sentido matemático y cuantitativo, de la exactitud. La penosa labor de análisis del siglo XIX hemos de completarla ahora con una amplia operación de síntesis, con una intuición estética de nuestra Historia, haciendo un esfuerzo para intentar la conceptualización del mundo a través de valores hispánicos. Creo que nuestra raza tiene especial capacidad para la elaboración de esta Filosofía de la Historia que necesitamos, y únicamente habremos echado las raíces de un Estado nuevo cuando nuestros alumnos de las escuelas e institutos conozcan el sentido de la reforma de Cisneros, el origen y las consecuencias de la inquisición, las características de nuestro Imperio y de nuestra Colonización, las tesis defendidas por los españoles en el Trento, la idea supranacional de Europa, por la cual lucharon Carlos y Felipe, la posición española frente a las grandes potencias europeas en la Edad Moderna, la raíz de nuestra decadencia, las causas de nuestra desmembración. Y en el momento actual, a pesar de los numerosos y reiterados cantos líricos al amanecer, nadie se ha preocupado hondamente en buscar la manera de cortar de raíz el proceso de nuestro extranjerismo, huir del plagio y ahondar en nuestra cultura, que ha de devolvernos nuestra íntegra personalidad.

He aquí la gran misión del historiador actual: empalmar la técnica europea de la Historia con nuestra tradición; cultivar esmeradamente la belleza de exposición, junto con las ciencias auxiliares, de que tan antiguos antecedentes tenemos en España con «El Norte Crítico», de Segura; continuar los trabajos de Feijóo, Mayáns y Siscar, Cerdá y Rico, P. Flórez, Forner y, sobre todo, Menéndez y Pelayo, que nos legó aquellas palabras de resonancia eterna: «Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo no puede renunciar a la suya, sin caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil.»

Este conocimiento de nuestra Historia ha de darse a los estudiantes de todas las Facultades, a los universitarios sin distinción. La Universidad, a más de crear profesionales, investigadores

y talentos integradores, ha de suscitar y mantener minorías capaces de regir la vida de la nación con extremo decoro, porque más que buenos profesionales y más que buenos investigadores, con ser todos ellos tan necesarios, precisa asegurarse la capacidad en otro género de profesión: la de mandar.

Política y Universidad

No quiere decir esto recomendamos a los estudiantes que actúen en la vida pública de España a toda hora y en todo momento. Actuar, sí, hay que actuar, pero en serio, en forma; de otro modo, sin organización, sin previa preparación, vendrán las consecuencias conocidas: que al estar la gran masa nacional y el estudiante sin «forma», éstos ya no serán grupo fuerte y orgánico, sino una pequeña masa, y como tal se cumplirán las leyes inexorables de la mecánica, que son en este punto idénticas a lo material: la masa mayor aplastará a la menor. Para actuar sobre una masa hay que ser masa viva, hay que ser grupo «en forma»; sólo así podrá asegurarse para esta misma masa esa capacidad de mando que queremos, ejerciendo el «saber de dominio» de que nos hablara Scheler, que transformará al mundo para el logro de nuestros propósitos humanos. Porque si los filósofos se entretienen en interpretarlo, el caso no está en interpretarlo sino en cambiarlo, y la juventud española de hoy siente esa noble y grande ambición, empezando por esta España nuestra, a la que hay que librar de todos los posos de cobarde adocenamiento, de falta de fe, de cobardía congénita y abulia perezosa.

Disciplina y rebeldía

Para lograrlo precisamos de disciplina, disciplina mucho más honda que la de la Universidad de la Edad Media, del Renacimiento o la ilustración, porque todo lo que en esas épocas fué fuerza teológica, desbordamiento de la mentalidad o segura placidez, ha de sustituirlo nuestro tiempo con una difícil tensión creadora, cuyas raíces están en lo más íntimo del hombre, y ello requiere una dura, una tremenda disciplina, ética e intelectual,

específica y estrictamente universitaria, una disciplina que no se le puede pedir prestada a instituciones que se mueven en órbitas remotas, de la milicia o de la política. Disciplina de la conducta, disciplina de la fidelidad espiritual debida a la patria, disciplina de los números o de los principios. De todo ello poseemos los españoles espléndido precedente con nuestra Universidad tradicional del tiempo de los Austrias. Jamás la política de todos los días tuvo menor entrada que entonces en una institución culta; y jamás una institución ha brindado al Estado más firmes aspiraciones para una política secular y eterna. Como en aquel tiempo, en el momento actual no puede darse el tipo del estudiante como espectador; acabóse aquello de «la ciencia por la ciencia» y «el arte por el arte», ya que el arte y la ciencia, y la vida, y todo, ha de ser puesto al servicio del Estado. No pueden contemplarse los hechos del mundo como hombre aparte, sino que hay que llevar esa angustia actual prendida en la propia carne, y la misión del intelectual ha de ser lanzar ideas explosivas, que ya recogerán nuestros capitanes con la punta de la espada. Hay que sembrar la verdad escuetamente, sin reminiscencias liberales, sin ensayos dispersos de cada disciplina, sino en pirámides de ideas bien claras y bien encadenadas.

Como ya os dijo López Ibor, en la Universidad no pueden figurar las Facultades yuxtapuestas, como en un mosaico. Deben cesar los compartimentos, no en organización, sí en espíritu. Cada uno no debe estudiar una verdad distinta, sino la misma verdad desde un punto de vista distinto. El Estado no perderá así en agudeza; ganará, en cambio, en jerarquía y disciplina. Disciplinados, si se nos entrega como fruto la aventura ilusionada, el gesto gallardo; o la locura bella; si no, jamás, ya que el puesto exacto de la juventud se consigue cuando hay ecuación justa entre su deber de disciplina formadora y su ansia íntima de aventuras hacia lo infinito. Rebeldía contra los posos de cobarde adocenamiento que depositó, sobre la mente y el corazón, un siglo de vida escindida y falsa. Somos rebeldes porque queremos crear, y la verdadera rebelión es la creación, la rebelión contra la nada, el antinihilismo.

Las armas y las letras

Pero esta rebeldía contra lo viejo y lo caduco queremos vaya llena de la disciplina propia del hombre de armas, ya que ahora sabemos que los países subsisten mientras resplandecen las virtudes bélicas y el orden pervive en tanto el medio civil vive a imagen y semejanza del Ejército. Cuando dejan de ser ejemplo las virtudes de campamento, cuando el temple sufre mella o el vejamen empaña el resplandor de los aceros, entonces se hunden y desmoronan los países. Es verdad que la suerte de las batallas depende de multitud de azares y circunstancias, ya que en la mochila del triunfo va al revés y, como Montes dijera, a la espalda de las tropas invictas de Pavía iba la rota de Rocroy; pero esto no hubiera sido decisivo, porque tras el fracaso puede venir la victoria, si la bravura y la disciplina castrense se conservan intactas. Lo decisivo es no perder la fe, y nosotros no podemos perderla teniendo siempre el ejemplo de nuestros millares de muertos y el sacrificio de los combatientes en las trincheras. Sólo con este sentido de lo heroico podemos crear una cultura; y es preciso que sepamos conservar la misma fortaleza de entonces para defender en el mundo este depósito de bienes que llamamos tradición. Las culturas no permanecen más que cuando las mantienen los hombres que tienen el temple de exponer la vida por aquello que vale más que la vida misma.

He aquí la razón de la intimidad de las armas con las letras, que ya Cervantes viera con pasmosa claridad como característica de nuestro pueblo y que hoy también este acto que celebramos, queremos simbolizar. «Libro e moschetto, fascista perfetto.» Con el fusil y el libro se asoma Mussolini al palacio de Venecia. Fusil y libro fué también el lema fascista de Cisneros. «Estudio y Acción» es hoy lema del S. E. U. De Alcalás y Salamanca salió aquella primavera española de la Contrarreforma y el Contraislam, que salvó a la Cristiandad y a Occidente. Garcilaso cae en Niza envuelto en las banderas del César. Iñigo de Loyola va, con cicatrices en el cuerpo, de Cómpluto a París para fundar en el día de la Ascensión una milicia. Universitarios con amor al universo y a

su país impidieron que Europa fuese epitafio de la Media Luna, de esa Media Luna que cuando otra vez amenazó a Europa, nosotros conseguimos expulsar de nuestro territorio, gracias a la energía, fortaleza y sacrificio de los mejores.

Milicia. La pasión... fría

Odio, pues, a la comodidad, y fe ciega en la milicia. Cuerpos vigorosos y músculos tensos, y para ello, deporte, que estimule las cualidades dinámicas del individuo y ponga en juego las virtudes temperamentales que luego se van a necesitar. Porque tras este inevitable período de preparación, va a llegar el momento de la acción, para la cual hay que estar prestos y para la que ya por adelantado pedimos pasión. Todo lo importante que se ha hecho en la Historia lo ha hecho, sin duda, la pasión, pero la pasión... fría, que es la única capaz de hacer grandes cosas, y sobre todo, perdurables; la otra, la arrebatada y llameante, la que sólo es frenesí, hervor y calentura, tiene fácil retorno y no sirve para nada, porque todo lo dió en el camino de ida. Es, sin embargo, decisiva en la acción esa llama o fuego creador, esa incandescencia tan sobrada de calorías que no entibia lo más mínimo al alojar dentro de sí las dos cosas más gélidas que hay en el mundo: la firme voluntad y la clara reflexión.

No hagamos de la Universidad una cosa flácida, blanducha y triste. Hay que ser seriamente alegres, porque también la alegría es una cosa muy seria.

La falta de programas

Esas son, camaradas, las principales pautas de la juventud de hoy y las tareas que precisa emprender hasta el momento en que haya que dar otra vez el empuje adelante, como en los mejores tiempos de nuestra Historia, para pasar de una vez a la primera línea de la política activa. ¿Con qué programa?, preguntáis. No son programas los que precisa España, sino hombres y decisión para aplicar los programas. Todos los problemas de la vida española, todos, os digo, han sido ya resueltos en el papel; pero ha

faltado la voluntad de traducirlos en hechos, y nosotros representamos hoy esta firme y decidida voluntad. Ahora nos toca obedecer, porque sólo teniendo el orgullo humilde, pero sagrado, de obedecer, se conquista el derecho de mandar. En tanto, disciplina, concordia, intransigencia política y moral con el enemigo.

El peligro de las nostalgias Vivir en el mañana

No es momento de nostalgias y quejumbres, ni hay que volver a aquello de que «cualquier tiempo pasado fué mejor». Nosotros, aparte de que no creemos en eso, no queremos parecernos a las gentes de los viejos partidos, que tenían los ojos fijos en el calendario, porque en cada día encontraban pretexto para la conmemoración y la añoranza y acababan por adoptar una actitud que lo mismo podía significar nostalgia del tiempo ido que dolor de muelas. No es esa nuestra escuela ni nuestro estilo; nosotros vivimos siempre en el mañana y, si recordamos el ayer, es solamente por un simple cuidado de documentación cronológica. La Historia se encargará de hacer la Historia.

Después de la conquista de las tierras de España hay que conquistar las almas de los españoles. Hacernos acreedores por valía, por entusiasmo, por fe, a la suprema categoría social. Es cobarde y antijuvenil quien ante la primera contrariedad de la postguerra se abate y amilana. La vida es perpetua lucha, milicia, como dijera José Antonio... Y el que venció en los campos de batalla no puede consumirse en el tedio ciudadano y la vida gris y sin relieve.

La generación de los actores silenciosos

Yo sueño con la generación de los actores silenciosos que, desfrondando el estilo y aboliendo todo lo que sea decoración, superficialidad y colgajo, acabando con los residuos de formulismos y charlatanerías, llevando a la vida todo cuanto sería error confinar en la espera política, sepa crear, con una labor obstinada y tenaz de selección, una minoría de hombres en la que cada cual

tendrá una misión definida; y habrá la categoría de los guerreros, que estarán dispuestos a morir en todo momento; la categoría de los inventores, escudriñando, sin descanso, en el campo de lo misterioso; las categorías de los jueces, de los capitanes de la industria, de los grandes exploradores, de los grandes gobernantes, pues de la labor de esta selección metódica nacerán las grandes categorías, creadoras a su vez del Imperio.

Y voy a terminar.

Gracias, señor Ministro; gracias, general Aranda, por vuestra asistencia y vuestro calor. Para lograr esta realidad del mañana caminaremos, a vuestras órdenes y a las supremas del Caudillo, sin prisa y sin pausa, como las estrellas, hasta llegar a ser, no los embalsamadores de un pasado, sino los anticipadores, los heraldos, de un seguro porvenir.

CONFERENCIA

PRONUNCIADA POR EL

EXCMO. SEÑOR GENERAL ARANDA

El día 15 de Junio de 1940,
en el Paraninfo de la Universidad de Valencia

EXCMO. SEÑOR:

ESPAÑOLES TODOS.

El por qué de la conferencia



S extrañará mucho mi presencia en la Universidad, pero más me extraña a mí, que no tuve el honor de a su tiempo, poder venir como lo hacéis la generalidad. Vengo, como soldado, a hablaros del pasado, a referir algunas cosas que he visto y a expresar otras que yo quisiera ver realizadas para bien de España. Hablo, ante todo, por disciplina, porque el Señor Ministro de Educación así me lo ha ordenado. Durante la guerra, mi pasión por los libros, especialmente de Historia y Geografía, y la circunstancia de haber perdido mi pobre biblioteca en Madrid, me hizo procurar la adquisición honesta de ellos, tarea en la que me prestó gran ayuda el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios. Uno de los libros por el que yo me interesaba era el Códice del *Poema del Cid*; esto llegó a conocimiento de las autoridades universitarias, y ha sido la causa determinante del tema.

«La ruta del Cid» no puede interpretarse en el sentido puramente material porque las cosas han variado mucho desde el

siglo XI, además de que esa ruta material no ha existido, aunque en la actualidad haya muchos nombres de pueblos que así parezcan indicárnoslo: Villafranca del Cid, Lucena del Cid... Las lagunas de la comparación serían tales, que no permitirían luego emitir juicios. Pero lo que sí ha existido y existen hoy en el orden espiritual, son los mismos problemas y las mismas soluciones que en la época del Cid. El Cid, más que hombre material, es un símbolo; como tal, fué desconocido en su patria y fué preciso que del extranjero vinieran a contárselo a Castilla, para que cuarenta o cincuenta años después se empezase en sus fronteras a cantar al Cid, cuya personalidad vino a considerarse como un mito; tanto, que llegó a negarse su existencia. Y fué preciso que saliera el juglar desconocido de Medinaceli y que surgiera el *Poema del Cid*, obra maravillosa fundamental de aquella época, para que ese mito se popularizase, y yo hoy haya venido a martirizaros con esta Conferencia.

No voy a insistir en vulgarizaciones de orden material ni histórico, que conocéis mejor que yo. Lo que trataré de someter a vuestra consideración es, que, con el tiempo, los problemas psicológicos y espirituales que plantea la conducta del Cid no han variado fundamentalmente. Incluso en la misma cultura, arte y algunas ciencias no puede considerarse que los problemas del siglo XX no son los del XI. La cultura no es un edificio que sistemáticamente vaya creciendo, ni mucho menos un edificio terminado que incluso ya tiene su techo. La cultura es un continuo adelantar y retroceder, lleno de crecimientos y desapariciones, en que a veces, para volver a encontrarse, es preciso retroceder al punto de partida; tal ocurrirá ahora en España, donde tenemos que recurrir a grandezas pretéritas para sentar las bases del Imperio.

La España del Cid

SITUACIÓN POLÍTICA.—De una manera brevísima os daré una idea de lo que era el mundo y España en la época del Cid, porque si no, en el parangón con la situación actual, habría cosas incomprensibles. En el siglo XI, el mundo estaba constituido por una serie de estados agrupados en dos polos religiosos; el musulmán

y el cristiano. Dentro de este último existían los de raza y cultura germánica, los de origen visigótico y los de procedencia latina. Dentro de España existían dos grandes agrupaciones también: musulmana y cristiana. En la cristiana existían, en la zona Noroeste, unos estados de fuerza expansiva y tendencia a la unidad, y otros en Levante más bien estacionados y fáciles al fraccionamiento. Desde luego el gran aglutinante del lado cristiano era la fe. En España la situación desde el punto de vista político, en las mocedades del Cid, era el siguiente: Los estados nacientes eran numerosos; unos reinos ya bastante formados como Castilla, León y Galicia, de dimensiones muy distintas a las actuales; con menos importancia, los de Navarra y Aragón, y un condado muy dividido, el de Barcelona. El grupo musulmán que en sus comienzos había poseído el brillo y unidad del Califato, estaba en plena decadencia, hasta el extremo de que en la mocedad del Cid, el Sur de España se hallaba fraccionado en los reinos de taifas, multitud de pequeños estados de tipos muy diferentes: moros berberiscos, moros antiguos andaluces, eslavos y también en los que predominaban árabes puros; de estos últimos vinieron muy pocos; los que llegaron en masa fueron los berberiscos o marroquíes con altos mandos árabes, bereberes recién musulmanizados, los mismos que habéis visto durante la guerra pasada, sólo que ahora traían cuadros de mando españoles.

En esta situación política, el Noroeste cristiano terminó fundiéndose en un solo reino, el de León y Castilla, de gran cohesión y en el que ya apuntaban el principio de la unidad nacional y la idea de Imperio, que no sólo tuvo, sino que ha conservado, porque en esta guerra pasada los principios nacionales también renacieron en esa zona. El sector Levante-Sur llevaba en sí el principio de división, y los reinos se hacían y deshacían sin aumentar de tamaño ni poder. Las ideas de Estado, Nación y Patria eran tan totalmente distintas de nuestra concepción actual que bien podemos decir que no existían. Había un rey que reinaba casi nominalmente; una agrupación de nobles y una masa de vasallos. Cada rey tenía una serie de nobles alrededor, los cuales no siempre le obedecían, y cada noble tenía sus vasallos, de quienes en realidad era más soberano que el propio rey. En su organización sub-

sistía la tradición germánica, característica que aún en las mismas palabras podemos apreciar. La unidad, generalmente impuesta por la fuerza, era producto de importación, pues la característica del español era y es el amor a la independencia y la extremada energía en defender su personalidad. Son de origen extranjero los conceptos fundamentales de aquella época: *señor*, que viene del latín *senior* e indica el más viejo; *vasallo*, del germano *vassa* y significa lo sujeto; *rico*, que se deriva del teutón *rik* y cuya primera significación es valiente, de ahí Teodorico, Alarico..., y que luego degeneró para indicar únicamente riqueza: ricohombre. ricahembra... El concepto de la nobleza era muy distinto del de hoy; entonces únicamente se consideraba como tal la de las armas, pero todos sus títulos eran producto de importación. *Barón* viene de *varón*, en el sentido viril; por ello al principio no era título y únicamente servía para diferenciar y distinguir al hombre capaz de combatir, del que no podía; luego se le ha dado otra significación aunque en valenciano siga siendo el título más apreciado y haya conservado este sentido.

El Estado en esta época

Del Estado se tenía un doble concepto: tal y cómo lo veían los nobles y tal cómo lo concebía la Iglesia. Según el primero de ellos, los nobles tenían un contrato tácito con el rey que se podía romper a voluntad de cualquiera de las partes. Cuando el rey despide al Cid, lo que hace en realidad es hacerle cesar en su servicio sin despojarle de nada ni oponerse a que le sigan sus vasallos. No existen ni la propiedad nacional ni el deber de ciudadanía. En cambio, la Iglesia no comprende la existencia de un rey si no para el mejor gobierno de los súbditos y siempre que sea ungido por la gracia de Dios. La mayoría de las veces el Rey busca preferentemente el apoyo de los nobles y únicamente surge el verdadero concepto del Estado cuando aquél, ante la soberbia de éstos, se apoya en la Iglesia para buscar la ayuda del pueblo.

Carácter de la Reconquista

CONVIVENCIA.—Hasta los triunfos de Almanzor, la Reconquista, marco y fondo de la epopeya Cidiana, se desarrolló de manera más bien simple y continua; de un lado, los cristianos, y de otro, los musulmanes en guerra total y continua. Las victoriosas campañas no significaban la posesión del terreno ocupado, pues la falta de gentes para poblar las tierras conquistadas hacía a los Jefes retirarse con todo el botín y prisioneros posibles para debilitar al enemigo. Así se explica que el Cid haya conquistado tres y cuatro veces las mismas plazas sin haber sido nunca derrotado. Este estado de cosas duró hasta tanto que la población fué creciendo; con ello los reinos se fueron organizando, y entonces fué posible pensar en algo más duradero; en ir trasladando las fronteras al Duero, Tajo, etc. De manera que, en general, los reyes cristianos, esencialmente los de Castilla y León, que, como he dicho, eran los que mayor fuerza expansiva poseían, lo que hacían era desunir, agrietar el edificio, ya poco consistente, del grupo de reinos musulmanes, imponiéndoles tributos o parias con cuyo producto iban formando y equipando a sus huestes. Hubo, pues, un período largo de convivencia forzada con los estados del grupo musulmán. Porque, como sabéis, en la invasión sarracena murieron pocos cristianos, tal vez ni la milésima parte de los que había, y como también los invasores eran pocos, el resultado fué que, al acampar éstos sobre el país, se produjo una mezcla de elemento musulmán con el cristiano que absorbió a los invasores, no obstante su frecuente renovación; de manera que la Reconquista no impidió para nada la mezcla y convivencia de todas las razas, y así existían, por ejemplo, en la época del Cid, los apellidos Benigómez y García Morabítin. Esta convivencia ayudó mucho a la Reconquista.

La obra del Cid

SUS ÉPOCAS.—En este momento entra en escena el Cid, cuando la mayor parte de los reinos musulmanes son tributarios de los cristianos y existe una convivencia y relación íntima entre

unos y otros. La vida del Cid puede, para más claridad de comprensión, dividirse en tres épocas: la época de formación, la que se puede llamar de revelación del Cid y la final. En el caso del Cid, como en el de casi todos los grandes hombres, el genio no se muestra de improviso. No puede negarse la existencia de los grandes genios y los niños prodigio: ha habido un Alejandro, un Napoleón, ha habido quien a los veinte años ha asombrado al mundo entero. Pero lo corriente es que tales genios tengan una formación lenta, compleja y adecuada a la función que van a desempeñar; y en este caso concreto, la época de formación del Cid, dura veinte años. El Cid comenzó a actuar cuando tenía veintitrés años, y se estuvo formando hasta los cuarenta y tres, adquiriendo así un complejo de experiencia, educación y conocimiento de las gentes. Comienza su actuación con su nombramiento de alférez de Castilla, bajo el rey Sancho.

División de España en pequeños reinos

La España fundamental formaba tres reinos separados: Galicia, León y Castilla. El reino de León, que siempre llevó en sí el principio visigótico de la unidad frente al principio merovingio y carolingio de la división, tras la muerte de Fernando I, el único que hasta entonces reunió de una manera estable los tres reinos en uno (aun cuando Sancho de Navarra lo hizo también pasajeramente), quedó dividido entre los tres hijos varones. Hay que explicar un poco el porqué de estas divisiones que parecen tan caprichosas. Ayer el eminente Rector de la Universidad nos daba una idea de por qué en los estados de aquella época no se podía centralizar el mando como ocurre ahora. Era entonces difícilísimo sujetar y gobernar terrenos bajo una sola persona. Las divisiones tenían que ocurrir porque el Estado no existía y no se contaba con los medios de comunicación que actualmente poseemos. Era necesario fiarse del grupo de nobles que seguían a los reyes, y en aquellas condiciones había que conceder ciertas autonomías, localizar los mandos y mantener así la posible cantidad de disciplina y unidad. Por eso cuando surgía un talento organizador o un genio

militar, en el acto se producía la unión; pero a su muerte sobrevinía de nuevo la división.

De los tres reinos correspondió: a Sancho, Castilla; a Alfonso, León; y a García, Galicia; los dos primeros se pusieron de acuerdo para ocupar Galicia y luego repartírsela. Ahora bien; cada uno de estos reinos tenía como tributarios otros reinos musulmanes, y así el de Castilla, tenía el de Zaragoza; el de León, Toledo; y el de Galicia, Sevilla y Badajoz. En aquella época se tenía del honor, del deber y de la familia un concepto rarísimo. Y así se da el caso de que dos hermanos, a quienes el rey, su padre, les pide por Dios y Santa María que no se peleen, se ponen de acuerdo primero para despojar al tercero y luego entre sí sobre la forma en que han de reñir batalla; se citan, eligen campo, y en el día D, y a la hora H, el que vence carga con todo. Naturalmente que el vencido no se conformaba casi nunca, y así ocurrió en este caso. Hubo que reñir dos batallas; en la primera, la de Llantada, a pesar de salir vencido el rey de León, no desistió de su empeño, y entabló la segunda, la de Volpejera, de la que resultó la unión de León, Castilla y Galicia bajo el rey de Castilla, constituyendo el gran bloque cristiano.

Caída en desgracia del Cid

Muere más tarde el rey Sancho de Castilla, del que el Cid, Rodrigo Díaz de Vivar, había sido valido militar más bien que político, y Alfonso, que se había refugiado en el reino tributario de Toledo, vuelve a ponerse al frente de su reino, y como consecuencia de esto, durante cinco años, estuvo Rodrigo de Vivar anulado. Se ha dicho que lo destituyó inmediatamente; pero, en realidad, lo mantuvo durante siete años, si bien, temiéndolo, evitó tuviera personalidad; lo relegó a segundo término, y al final, empujado por los envidiosos y con pretexto de unos incidentes en Toledo y Sevilla, se desprendió de él, expulsándole de sus tierras y rompiendo el pacto de vasallaje que con él tenía. Y este hombre, el prototipo del honor, de la lealtad y del valor al servicio de su rey, que había sido la piedra angular de la reunión de los tres reinos, es decir, de la unidad de la España cristiana, fué expulsa-

do, con la orden de que no se le diera ni de comer, ni de beber en todo el camino, hasta que hubiera salido de las tierras de León y Castilla. Sale de Castilla con su mesnada, con ciento quince lanzas, a las que se fueron agregando otras gentes, llegando hasta trescientas; y vadeando el Duero, marcha a otras tierras, donde se ve obligado a ganarse el pan con mil sacrificios.

Correrías del Cid

Fué primero a Barcelona a ofrecerse al Conde Berenguer, que no lo supo apreciar. En vista de ello, siguió a Zaragoza y pidió trabajo, concediéndole un puesto de jefe de mercenarios para defender aquel reino y evitar el pago de parias. Al servicio del rey de Zaragoza estuvo cinco años, de los treinta y ocho, a los cuarenta y tres, que es el final de su formación. Durante este tiempo el signo fundamental de su carácter es la lealtad; expulsado por su rey, que le niega hasta el alimento, no quiere jamás combatir contra él ni contra sus aliados o vasallos; siempre se considera ligado, sujeto, vasallo, y jamás perjudica los intereses de Castilla. Combate contra todos los demás, y, entre otros triunfos, coge prisionero al Conde de Barcelona, a quien generosamente concede la libertad. Cuando al final de estos cinco años Alfonso VI redobla su actividad en todas las fronteras, llega un momento en que el leal vasallo encuentra a su rey o árabes sometidos a él en todas partes y no hay ni un pedazo de tierra en que el buen soldado pueda vivir. Tal fué la ceguera de su rey. Y no toda la culpa hay que atribuirla a Alfonso, sino a los mezcleros o mextureros, a los intrigantes, a esa corteza que se forma alrededor de las personas que mandan para aislarlos y no sufrir la competencia de los que valen. Son éstos los que impiden la reconciliación del Cid con su rey; pues aun cuando en el desastre de Rueda, es el Cid quien aminora la derrota y salva la vida de Alfonso, de tal manera le presentan los mezcleros las cosas al rey, que se niega a agradecersele. Y este hombre tan grande, este símbolo de la lealtad, llega a no hallar tierras, ni de moros, ni de cristianos, donde poderse ganar su pan.

Revelación del Cid

Termina la formación del Cid y surge su personalidad; como siempre, en la historia de España los grandes hombres no hallan posibilidad de actuar y mostrarse en todo su valor más que en los momentos de peligro. Hasta 1086 los reyes cristianos, especialmente los de Castilla y León, habían presionado como quisieron a los musulmanes, hasta tal extremo que, viéndose éstos perdidos, recurrieron a pedir auxilio a los musulmanes predominantes en Africa, a los llamados almoravides (nombre que significa hombre consagrado a Dios), agrupación político-religiosa nacida en la antesala del Sahara y que había conseguido dominar la totalidad de Marruecos, bien entendido que entonces éste comprendía Argelia y Túnez. Su caudillo o jefe, Yúsuf ben Taxfin o Texufin, se negó durante mucho tiempo a prestar la ayuda pedida; pero tal seguridad de éxito le dieron, tan fácil se lo presentaron, que llegó un momento en que se decidió a venir. En esa hora fué cuando los cortesanos, mezcleros y demás ruindad se alarmaron y escondieron, y el rey, al ver el peligro y la soledad en que se halla y la invasión que se le venía encima, se acuerda del Cid, le llama y vuelve a su gracia.

Situación de Valencia

En esa época el reino de Valencia era una dependencia de Castilla, pues Alfonso VI al ocupar Toledo, lo cedió al destronado Cadir. La población se sublevó al principio, por lo que Alfonso mandó tropas al mando de Alvarez Fañez para reponer a Cadir; era, pues, un protectorado de Castilla. Pero vienen los almoravides, Alfonso se ve precisado a llamar a Alvarez Fañez, con cuantas fuerzas dispone, da la batalla de Zalaca y la pierde con una mortandad enorme. Alfonso se retira a Castilla y encarga al Cid de cubrir su reino, defendiendo Valencia, que ha quedado entregada a sus recursos. Veis cómo la historia se repite. En España ha hecho siempre falta una gran conmoción para que los que tienen conciencia de su deber y su responsabilidad, aparezcan, ocupen sus puestos y manifiesten de lo que son capaces.

Campañas del Cid en Valencia y su semejanza con las de nuestra Cruzada

La obra fundamental del Cid en Valencia comprende dos grandes campañas: una, ofensiva, y otra, defensiva; cada una de las cuales es un modelo de táctica y estrategia y en las que el Cid, como militar, se anticipa en cuatro o cinco siglos a su época. Su primer venida a Valencia, por Morella, tiene como motivo el restablecer el poder del rey tributario musulmán, comprometido por revueltas interiores. No llegó a haber combate. Bastó saber que venía para que volvieran todos a la obediencia. La verdadera campaña ofensiva corresponde al segundo período de la invasión almoravide y la realizó en sus líneas fundamentales, exactamente como ocho siglos después la ha realizado un ejército moderno. Apenas restablecido el orden en Valencia y retirado el Cid, el Conde de Barcelona y el rey de Zaragoza ponen sitio a la plaza. El Cid vuelve de Castilla, y como el rey de Zaragoza era enemigo, no pudo seguir el camino normal de Morella empleado en el viaje anterior, y viene por bajo de Calatayud a Daroca y Calamocha, donde coloca su primera base en el Poyo, lugar a cuyo pie hubo en 1938 dos campos de aviación. Baja luego a Cella y para asegurar su flanco ocupa Albarracín, entonces musulmán, y llamado luego Santa María de Oriente, como se hizo en 1937. Luego somete Morella y funda Olocau, que significa «águila»; asegurados los flancos, viene sobre Teruel, baja por Viver y Segorbe y llega hasta Murviedro (Sagunto), con lo que las huestes del de Barcelona y del de Aragón, para no verse cortadas, levantan el sitio de Valencia y se retiran por Requena; parece esto último un absurdo, pero hay que recordar que las zonas fronterizas entre moros y cristianos estaban completamente despobladas a causa de las continuas razzias de unos y otros; había, por tanto, zonas enormes de terreno por donde podían circular grupos de doscientos o trescientos guerreros con la mayor impunidad, de manera que todas las precauciones actuales de las líneas de abastecimiento y retirada carecían, generalmente, de importancia entonces. El Cid ocupó luego Requena y Alpuente,

para cubrir la costa, y tuvo el gran acierto de comprender que sin Teruel no podría sostenerse en Valencia y que para mantenerse en Teruel necesitaba ocupar Albarracín y cerrar el valle del Turia en Villed. Esta campaña, desde el punto de vista actual, es perfecta, pues encierra la idea de maniobra, y prevé toda reacción fundamental del enemigo.

Una vez que ocupó la ciudad de Valencia, se adelantó hasta los confines de la huerta y organizó defensivamente el frente Sur, yendo a parar hasta donde hoy se iría si tuviésemos que defenderla: hasta la Sierra de Benicadell (Albaida), donde estableció un sistema defensivo completo, cosa desconocida en aquella época. Como detalle para comprender la guerra en aquella época, deben mencionarse la existencia en uso de casi todas las calzadas romanas, varias de las cuales pasan alrededor de Valencia. Hay multitud de datos que nos lo confirman. Cuart, nombre de dos pueblos cercanos a Valencia y Sagunto, indica estar colocado en la cuarta milla de una calzada y hace referencia el primero a la Vía Aurelia que recorría toda la costa; Albal o Albalat, nombre muy frecuente, significa «camino pavimentado». Tanto las vías romanas, como el sistema de riegos, no fueron inventados por los romanos ni los árabes, respectivamente. Los árabes venían de terrenos donde escaseaba el agua, de manera que difícilmente debían saber regar y sólo tuvieron talento administrativo para incrementarlos. Lo mismo respecto a los romanos, quienes no construyeron todas las calzadas que llevaban su nombre; pues algunas estaban ya hechas en tiempos de los fenicios, pero ellos las mejoraron y les dieron su verdadero carácter militar. Los godos las conservaron muy bien, y los árabes las abandonaron, como han hecho con los caminos en todas las regiones que dominaron. Los accesos a Valencia son: el camino que a partir de Tortosa sigue la Vía Aurelia hacia Valencia y Elche; la Vía Augusta, que iba a Zaragoza, habiendo quien la hace partir de Nules y otros de Vinaroz, pero desde luego va por Morella a Zaragoza; otra Vía era la que iba de Sagunto a Teruel, no existiendo ninguna que enlazara Valencia con Madrid. El gran peligro para Valencia desde los tiempos del Cid, han sido Cataluña y Francia, y por eso el Cid principió ocupando Burriana y llegó

algunas veces a ocupar Tortosa. Con la ocupación de Olocau y el Castillo de Ares, cortan el camino de Aragón por Morella. Teruel y Albarracín vigilan el camino a Castilla; Requena y Alpuente cubren el de Cuenca; Benicadell, entre el mar y Játiva, cubre el del Sur. El sistema defensivo del Cid fué y sigue siendo un modelo.

El Cid cae de nuevo en desgracia

SUS CONQUISTAS.—Para no cansaros, os diré solamente que, a consecuencia de incidentes en que no tuvo culpa, volvió a disgustarse con el rey. El rey Alfonso, al socorrer Aledo, le ordenó que le esperara en Villena; pero como el Cid tenía más talento militar que su rey, comprendió que en Villena no podía subsistir y pasó a Onteniente, cruzándose ambas fuerzas sin hallarse. Fué entonces cuando los *mezcleros* le indispusieron de nuevo con su rey, el cual le quitó el «juro de heredad», es decir, el consentimiento de que pudiera apropiarse de todo cuanto pudiera ocupar en el reino de Valencia, salvo el tributo de vasallaje. De modo que, después de haber detenido la invasión almoravide, después de haber fortificado la región, se encuentra más pobre, más abandonado y, lo que es más honroso para él, más leal y más vasallo que nunca. Y aquí empieza su segunda fase. Otra vez los almoravides se dirigen contra los reinos cristianos, profundizan en ellos, y este buen Cid, que estaba absolutamente solo, que no tiene tierra para cobijarse, hacienda, ni ejército, que no tiene absolutamente nada, organiza todavía una campaña superior a la primera. Este gran caudillo, privado de auxilio de Castilla, se desplaza más al sur y organiza su base en Elche; alza la señera para que acudan todos los hombres de buena voluntad y desarrolla una campaña maravillosa; somete desde Játiva a Orihuela, crea un ejército, forma una hacienda, somete todo el país y crea de este modo una zona de seguridad de vanguardia de Valencia. Una vez conseguido esto, fortifica de nuevo la zona defensiva de Benicadell, regresa a Valencia, impone la paz a todos, y aquel hombre que había salido sin nada más que su caballo, su escudero y su espada, se hace prácticamente rey de Denia, de Valencia

y de Lérida. Y su primer acto, ante un rey que tan injustamente le había tratado, es coger lo mejor de su botín y mandárselo a Alfonso VI, por si éste se dignaba admitirlo.

No tenía el Cid tal vez el concepto exacto de Patria, que se reducía a lo que él llamaba su «dulce Castilla». Pero sí la intuición de una solidaridad de ideales, superior a las semejanzas de raza, lengua y origen, y, sobre todo, un concepto tan rígido y exacto del honor, que la ruta del Cid, la característica de su vida, significa siempre la ruta de la lealtad, el camino áspero y glorioso del valor y la hidalguía.

Batalla del pinar de Tébar y de la Pobleta

En esta segunda parte de su vida dió contra su peor enemigo, el Conde de Barcelona; la batalla del pinar de Tébar, entre Monroyo y la Pobleta, batalla curiosa por la coincidencia, pues el Cuerpo de Ejército de Galicia, siglos después, ha ido a combatir al mismo sitio. El pinar de Tébar está situado en una zona de bosques, en el camino de Alcañiz a Morella, por el que avanzaban el Conde de Barcelona, el rey de Zaragoza y el de Lérida. El Cid les sale al camino para proteger Morella, se coloca en actitud defensiva y se fortifica dentro de un bosque, donde los caballos y las lanzas enemigas no podían ser eficaces; hace creer que huye para atraer a los enemigos a una emboscada y, aun cuando resultó herido, derrota en absoluto a sus enemigos, cogiendo prisionero al Conde de Barcelona. En ese terreno exactamente se dió en 1938 la batalla de la Pobleta, donde el general Rojo y el general Masquelet crearon grandes fortificaciones. El mismo punto, defendido por dos brigadas rojas, se atacó y tomó en el día, con la rendición total de los que allí había, por la 4.^a División Navarra que formaba parte del Cuerpo de Ejército de Galicia.

Organización política de Valencia

Más tarde, en el reino de Valencia, organiza un sistema de gobierno que no es sino un protectorado, sistema al que se recurre para dominar un país con escasas fuerzas, administrándolo

por medio de los mismos indígenas. El Cid domina el reino de Valencia con sólo trescientas o cuatrocientas lanzas cristianas; coloca al frente un jalifa (que quiere decir segundo o vice), reparte sus fuerzas en las regiones, utiliza la autoridad religiosa y política de los musulmanes para el mejor gobierno del país, y lo hace de un modo tan verdaderamente extraordinario que hoy causa asombro, sobre todo a los que hemos tenido que actuar en los modernos protectorados. Porque, ¿cómo poder organizar esto sin tener detrás un Estado, una hacienda ni una nación? Pues bien: a este hombre que fué el sostén de la unidad y después de la independencia; que fué quien paró el peligro de los almoravides en Levante; que luchó contra la traición, contra la intriga y la felonía, y las venció siempre gracias a su talento, a su espíritu de sacrificio y a ese don que Dios concede a los escogidos, no le podía faltar otro rompimiento con su rey. Efectivamente, Alfonso VI, aprovechando un momento en que el Cid había subido a Morella, con ayuda de varios reyes moros y las marinas de Pisa y Génova, ataca Valencia. Tal enojo dió al Cid, que hizo en su furor lo que jamás había consentido: invadir las tierras de su rey; pero no las que pertenecían a la Corona, sino las de uno de sus favoritos, García Ordóñez, es decir, la zona de Logroño, Calahorra, Tudela, y tal miedo infundió a su rey y a sus cortesanos, que en el acto fué llamado para hacer las paces y que volviera a tomar posesión de Valencia, pues ellos se retiraban. Así terminó el período de revelación del Cid.

Ultimas batallas del Cid

Todavía ordenó dos batallas: una defensiva y otra ofensiva contra los almoravides, ambas en las cercanías de Valencia. La defensiva no llegó al final por la forma tan amenazadora en que el Cid se supo colocar. Consistió en fortificar, cosa rarísima para la época, la acequia que va de Mislata a Patraix; fortificó y barreó los accesos en profundidad, y el enemigo, conocedor de sus preparativos, no se atrevió a acercarse. Y he aquí que en este momento interviene lo milagroso, hoy leyenda; Dios no quiso permitir que le aplastaran, y le ayudó mediante una tormenta que

inundó la zona de Játiva y Alcira, y obligó a retirarse al grueso de los musulmanes. La batalla ofensiva fué la conocida del Cuarte, contra los almoravides que sitiaron la ciudad. A los diez días el Cid salió de Valencia, los atacó por sorpresa en proporción de uno a cinco y los venció con la ayuda divina. Aquí acabaron las hazañas del Cid como caudillo militar. Organizó Valencia y la sostuvo hasta 1099, fecha en que murió. Doña Jimena sostuvo aún la plaza tres años, abandonándola en 1102, y hubieron de pasar más de cien años para que Jaime el Conquistador recuperara Valencia.

La obra política y militar del Cid

Desde el punto de vista político y militar, fué tan grande el Cid que a los profesionales nos causa admiración cuando vamos pisando su terreno, al no comprender cómo pudo hacer lo que hizo; algo así como ocurre con varios episodios de la conquista de América. De aquí surge la máxima veneración por este hombre que de tal manera supo sentir los ideales de Unidad e Imperio; que supo inspirar a los suyos fe y a los enemigos terror, pánico y manejar de manera maravillosa el ejército como instrumento político-militar; en fin, el hombre nunca superado en honor y lealtad. El Cid fué, ante todo, un Maestro del Valor. El significado de su propio nombre así lo indica; Cid, quiere decir «señor», y Campeador, «batallador». Este nombre más bien se ha usado posteriormente, y es un poco de leyenda. Primero, es el combatiente valeroso, y luego, el organizador. El Cid era un gran jurista, muy culto para su época: conocía muy bien las leyes, y actuó como procurador en muchas ocasiones; sin ser un profesional de las letras, resultaba culto para su ambiente. Era buen cristiano, de los de «a Dios, lo que es de Dios; y al César, lo que es del César». Nunca dejó de oír su misa diaria, y si se opuso a los deseos intervencionistas del papa Alejandro VI, alzándose como campeón de la independencia de España; su oposición no era religiosa, sino política. Comprendía muy bien la organización que convenía a cada país, y de haberse desarrollado en otro ambiente, hubiera sido un gran gobernante. Fué el caballero por excelencia;

en una ocasión, estando huído y con muy pocas lanzas, da a luz la mujer de uno de sus arrieros, y cuando todos le dicen: «¿Qué hacemos con ella?», él pregunta: «¿Qué tiempo guardan cama las damas de Castilla en trance parecido?», y obtenida la contestación, responde: «Pues hasta entonces no levantaré mi tienda.» Como militar, fué una verdadera revelación. Como político, malo desde el punto de vista cortesano, y magnífico desde el de organizador.

SEGUNDA PARTE

SITUACIÓN EN 1936.—Una vez pasada esta revista cinematográfica a la actuación del Cid, vamos a examinar brevemente la situación del mundo en 1936. Todos conocéis cuál era el estado del mundo y de España cuando nos vimos obligados a iniciar el Movimiento. El mundo estaba repartido esencialmente en dos grupos de naciones: uno, en las cuales se banqueteara a diario, y otro, en el que no se comía. El primer grupo de naciones había llegado por todos los medios, incluso los más reprobables, a apoderarse de todo lo que es fundamental en la vida humana y no quería ceder la más mínima parte. Y como muestra de esto, ved la siguiente comparación: Con lo que considera necesario para vivir un norteamericano medio, pueden vivir dos ingleses, cinco alemanes y siete italianos o españoles. Y por el contrario, en el segundo grupo de naciones (y yo lo he podido comprobar prácticamente), por falta de terrenos y materias primas, lo que se hace no es comer, sino matar el hambre. Se podía prever la guerra.

Y si en el orden económico era esto, en el orden de las ideas la lucha era del materialismo contra el idealismo, pues se iba camino de perder los ideales y triunfar el materialismo más absurdo. En estas condiciones tocó a España ser el campo de batalla, porque nosotros no hemos luchado sólo contra los rojos de España, sino contra todos los del mundo. En los primeros momentos no se tenía una idea clara de lo que se deseaba; lo que sí se sabía bien era de lo que no se quería. El Movimiento tuvo dos aspectos: uno, ciudadano, que en la calle estaba repre-

sentado por José Antonio y en la tribuna por Calvo Sotelo, y otro militar, representado primero por la U. M. E., formada por oficiales jóvenes que no podían reprimir sus ansias, y en las alturas por un grupo de jefes y generales. Y aunque la situación era difícil y difusa, en el ánimo de todos estaba el convencimiento de que aquello no se podía tolerar más. Yo recuerdo una conversación mantenida a las puertas del Ministerio de la Guerra, entre el general Fanjul, el general Franco y yo, en que Franco dijo: «No hay más solución que declarar el estado de guerra cada uno en su sitio, apoderarse de su región y luego veremos cómo nos unimos para salvar a España.»

Así, cada uno se sublevó donde pudo y como pudo, generalmente teniendo todo el espíritu a nuestro favor y todas las fuerzas materiales en contra. Se forma un grupo en el Norte y otro en el Sur, que efectúan su unión en Extremadura; surge el Caudillo; seguimos sin nada, hasta el extremo de que hay batalla en la que únicamente contamos con cuatro cajas de municiones como toda reserva. De esta primera parte de la epopeya militar lo más grandioso fué la marcha de Andalucía a Madrid, y, para mí, una de las muestras más grandes del acierto militar de nuestro Caudillo fué la renuncia a la toma de Madrid, donde se llegó sin fuerzas ni medios de ataque; hubo entonces quien ofreció al Caudillo para que entrara en Madrid, crear una calle recta de cien metros de ancho por medio de bombardeos en picado. Y tuvo el valor de negarse, arrostrando la posible crítica, porque no quería destrozar Madrid, que comprendió no era ya objetivo militar y que no podía exponerse al fracaso. Termina la campaña del Norte y empieza la de Levante, que expondré brevemente para que veáis cómo se repite la Historia.

Campaña de Levante

BATALLA DE TERUEL.—La campaña de Levante tuvo sus orígenes en la batalla de Teruel, ciudad que los rojos quisieron tomar para causar un golpe de efecto. Nuestras fuerzas se hallaban al principio en la proporción de uno a diez, y además nos ocurrió como cuando la Armada Invencible: que no nos habían

mandado a luchar contra los elementos. El Caudillo, con su intuición, comprende que Teruel no es objetivo militar, pero que lo mismo da dar la batalla allí que en otra parte, pues si consigue destruir la masa de choque contraria, quedará dueño de la iniciativa para mucho tiempo. Franco da sus instrucciones, y comienza la lucha. La primera etapa consistió en romper una línea fortificada, la de Celadas-Teruel, que por el Sur tenía como foso el barranco del Turia, y por el Norte, el del Alfambra. Los intentos heroicos del Cuerpo de Ejército del Turia para romper frontalmente las defensas de Teruel habían demostrado que no era humanamente realizable en las condiciones que se planteaba, pues si lo hubiera sido, se hubiera logrado, ya que eran españoles los soldados que lo intentaron. No quedaba, pues, otro recurso que maniobrar un flanco enemigo, y se decidió fuera el derecho por medio del izquierdo propio, constituido por el Cuerpo de Ejército de Galicia, atravesando el Alfambra mientras el centro (1.^a División, general Valiño) y la derecha (Turia, general Varela) presionaban su frente respectivo. Previamente se resolvió con la maniobra del Alfambra (Cuerpo de Ejército Marroquí, general Yagüe; División de Caballería, general Monasterio; 1.^a División, general Valiño y Cuerpo de Ejército de Galicia) el problema de asegurar la línea de comunicaciones de Teruel a Zaragoza por Cella y Monreal, varias veces amenazada en Singra y Santa Eulalia. La maniobra de envolvimiento fué arriesgadísima; pero entonces, como ahora, lo que resuelve es la decisión, sobre todo fundamentada, como estaba, en un instrumento magnífico. El movimiento se hizo con cuatro Divisiones, cerca de sesenta mil hombres, formadas en cuadro. Pasó el río la primera, y se estableció de flanco; la segunda prolonga el frente; la tercera sigue el movimiento de abanico; la cuarta, la 83 División, la gallega por excelencia, y con un marroquí al frente de la vanguardia, el coronel Mizzian, ocupa el Horno de la Cal, el Mansueto y entra en Teruel, después de dar la vuelta completa a la ciudad. Fué un despliegue tan atrevido que los extranjeros lo han encontrado inconcebible. (¡Viva el Ejército español! Grandes aplausos.)

Ruptura del frente de Aragón y llegada al mar

Hasta aquí veníamos siguiendo la primera campaña ofensiva del Cid, ocupando Albarracín y Teruel. Teníamos entonces dos caminos a nuestra disposición para el avance a Valencia, los mismos que tuvo el Cid, porque la Geografía impone sus condiciones, de las que no nos podemos librar. O bajar de Teruel a Sagunto o dar la vuelta por Alcoriza y Morella a Vinaroz. Nuestro Generalísimo decidió entonces, con sumo acierto, la explotación del éxito para atropellar materialmente al enemigo, desmoralizado, antes de que pudiera reconstituir sus reservas; se hizo lo que se llamó la rotura del frente sur de Aragón, llegando a la altura de Alcoriza, y luego se realizó la rotura del frente Norte de Aragón mediante el paso maravilloso del río Ebro, que realizó el general Yagüe con el aplauso de nacionales y extranjeros. Y entonces se llevó a cabo el gran atrevimiento de cortar el mar, concepción genial del Caudillo realizada a pesar de todo por el Cuerpo de Ejército de Galicia, que llegó a tener ciento cincuenta kilómetros de flanco exterior expuesto a los ataques del enemigo, el cual, cuando quiso reaccionar y salir de su asombro, había perdido ya la guerra. Se llegó a Mas de las Matas como primera etapa, Morella en la segunda, y Vinaroz y Benicarló en la tercera. Por cierto que, como detalle, os diré que la fecha de entrada se fijó con una semana de anticipación para el día de Viernes Santo, 15 de abril; al llegar al lugar donde se bifurca la carretera a Benicarló y a Vinaroz, el Cuartel General del Cuerpo de Ejército de Galicia se equivocó de camino, tal vez por ir demasiado contentos, y entró en Benicarló, entre las filas de una brigada de rojos. Menos mal que los rojos iban tan abatidos que no se dieron cuenta; siguió al pueblo, dió la vuelta por la plaza de la Iglesia y salió a toda velocidad hacia Vinaroz sin contratiempo. Esto demuestra cómo Dios protege al que quiere salvar. Así se realizó la segunda parte de la campaña, exactamente como la había realizado el Cid, incluso en el aspecto político, separando Levante y Sur de Cataluña y Francia, para después batir a Cataluña, el Cid en el pinar de Tébar y el Caudillo en Cataluña. Uno y otro lucha-

ron, no sólo contra el enemigo natural inmediato, sino con todos los afines, y en ambas épocas el Cid y el Caudillo fueron los campeones de la independencia y la unidad de España. Una vez en Vinaroz, se llega a la tercera parte de la campaña de Levante. Volvimos, pues, después de dejar el frente establecido, a subir hacia Morella, y es que todo el que ha maniobrado algo, es amigo de la montaña; desde Olocau subimos a Iglesuela y Villafranca del Cid, y de allí a Lucena del Cid; no cabe duda que guiados por el mismo espíritu divino, por la misma protección que Dios concedía al Cid.

Fin de la campaña de Aragón

La campaña terminó con la ocupación de Castellón, que fué una pequeña broma gastada al Ejército rojo. Existía entonces un pobre señor, excomandante del Ejército, llamado «Polito Menéndez», un perfecto desgraciado en el terreno técnico, que mandaba el 22.º Cuerpo de Ejército rojo. Este señor no vió más que el ataque frontal y lanzó todas sus reservas en fuertes contraataques sobre Alcalá de Chivert y Cuevas de Vinromá, ataques que produjeron muchos héroes y mártires, de los que es justo destacar al padre Comesana. No era el cura trabucaire ni llevaba pistola; era un santo, un héroe, que estaba siempre donde había un socorro espiritual que dar, donde había un herido, donde estaba un moribundo, donde había alguien a quien auxiliar. Para ello se jugaba la vida diariamente, sin hacer ostentación alguna. Allí recibió un balazo en la cabeza, y por ello se le concedió la medalla militar. Se contuvo al enemigo, con la menor cantidad posible de fuerzas, en el frente de Cáliz a Vinromá y Alcalá de Chivert, y se concentraron dos divisiones en Morella, que por Ares y Villafranca del Cid siguieron velozmente, primero a Benasal y Villar de Canes, luego a Adzaneta y La Varona, y finalmente a Villafamés y Borriol, cortando la retirada al enemigo, que se dejó veinte mil prisioneros y cuarenta cañones. La ocupación de Villarreal hizo caer Castellón; el no creer que haríamos tal cosa tenía su fundamento. Había que pasar cuarenta kilómetros, con mil camiones, por una montaña pelada, sin una mala carretera;

pero la crearon nuestros soldados en cuarenta y ocho horas y en medio de una lluvia torrencial.

Avance sobre Valencia

Realizada la ocupación de Castellón, vino lo que se llamó avance sobre Segorbe y Sagunto. Y aquí ocurrió lo que más os ha hecho sufrir, lo que más angustia os ha causado. El estar preguntándoos, con la natural ansiedad, qué es lo que hacíamos en la sierra de Espadán. Pero si nosotros estuvimos allí ocho meses, hasta que se ocupó Cataluña, el Cid tardó tres años, y Don Jaime el Conquistador, seis. De modo que, en realidad, fuimos bastante de prisa. Yo veía diariamente Valencia, y creedme que los corazones de todos los soldados estaban pendientes de vosotros, de vuestros sufrimientos; entre otras razones, porque también algunos teníamos en Valencia nuestras madres y nuestras hermanas. (Grandes aplausos). El final de la campaña carece de interés en esta ocasión. Un avance general llevó a la zona de Nules, Villavieja, sierra de Espadán, Mora de Rubielos, con el saliente del vértice de Punta Salada, y el derrumbamiento del ejército rojo permitió realizar sin sangre la ocupación de Valencia.

Habéis visto cómo el terreno manda, y cómo, a pesar del empleo de los medios motorizados, no hicimos más que seguir las huellas de las campañas del Cid. En milicia se inventan pocas cosas en táctica y aún menos en estrategia. El terreno y las comunicaciones mandan; todo consiste en que el director de la campaña conozca y comprenda el terreno. El Cid, a este respecto, fué un verdadero maestro. Un factor que en esta campaña ha revelado su importancia extraordinaria, y que en las del Cid influyó poco, es el factor marítimo. Si no hubiéramos tenido Mallorca y el dominio moral del mar, no hubiéramos podido venir a Valencia. Una escuadra situada en Mallorca manda en absoluto la costa del Cabo Creus al de San Antonio. Con una flota improvisada y unas tripulaciones noveles, pero que han sabido morir como españoles, se logró desde Baleares el dominio absoluto del litoral levantino. Buena prueba era que de Valencia a Barcelona los rojos

sólo se atrevían a ir de noche y en submarino, es decir, a oscuras y còbaramente.

TERCERA PARTE

ANALOGÍA ENTRE EL CID Y EL CAUDILLO.—Si se comparan las personas, vemos que la formación ha sido casi análoga. Nuestro Caudillo se ha formado en un período largo, ha tenido su revelación casi a la misma edad que el Cid y ha sido un hombre, no ignorado (nadie que haya estado en Marruecos ha desconocido al comandante y al coronel Franco), pero sí postergado a temporadas por temor a su valer. Fué precisa una conmoción enorme, un peligro extraordinario, para que surgiera el Caudillo, capaz de conducir a España y llevar a término tan alta misión. Ante todo, y como el Cid, es el soldado con valor, sin jactancia, pero sin límites. Así, el rey Sancho le dice al Cid en la batalla de Llantada: «Yo valgo por mil lanzas y tú por cien». Y el Cid contesta terca-mente: «Yo lucho contra uno, y luego contra otro, y así mientras Dios me asista y queden enemigos». En esta batalla los partidarios del rey de León cogieron prisionero al rey de Castilla y viceversa, y al ver el Cid que un grupo huye con su rey preso, ciego de ira y vergüenza, arremete contra ellos, aunque en la batalla rompió su lanza. Los del grupo, catorce o quince lanzas, burlándose del Cid y porque no lo consideran posible, clavan una lanza en tierra y le incitan a que les persiga. El Cid la coge, los ataca, mata o desarmá a dos o tres, da armas al rey, y entre ambos logran hacer huir al grupo. Este es el tipo verdadero de valiente, que no hay que confundir con el jactancioso. El Cid nunca se creyó superhombre, ni en las mayores victorias. El Caudillo, asimismo, sólo se estima mandatario de Dios y cumplidor, por tanto, de una misión sagrada.

No quiero prolongar el paralelo personal, porque podría atribuirse a otros móviles, y opino, con Gracián, que «quien mucho alaba, o se burla de él o de los demás». Pero como todos conocéis la historia del Cid y al Caudillo, no se necesita insistir mucho para afirmar que ambos se han adelantado mucho a su época y

que tienen idéntica formación y características espirituales. Dios guardé al Caudillo y lo conserve para llenar en la Historia la misión que España tiene necesariamente que cumplir. Una condición quiero hacer notar, y es que ambos Caudillos han comprendido que si bien la fuerza es mucho, y aun a veces totalmente indispensable para la vida de las naciones, no lo es todo. La verdadera fuerza reside en la conciencia de la nación y en su acción conjunta y disciplinada. Hay que conquistar la actuación voluntaria del pueblo. Todo Imperio que se fundamente únicamente en la fuerza, caerá; pues la fuerza es como el rayo o el trueno, que siendo terriblemente fuertes, llevan en sí el germen de su propia destrucción. Es preciso que la fuerza se apoye en un ideario espiritual lo más nacional posible, que penetre hasta el último hombre, hasta la última cabaña; y cuando todos lo practiquen con fe y voluntariamente, será cuando la fuerza llegue a su máximo rendimiento.

La tarea de hoy

El concepto que el Cid tenía del poder sed escubre en el discurso que pronuncia el día que entra en Valencia por primera vez. Dice: «Yo soy un hombre que nunca tuve un reino, ni nadie de mi familia, y ved cuál es el poder de Dios, el día que yo vine para sitiar la plaza no tenía más que cuatro panes; a Dios debo la merced de haber ganado Valencia, y si bien encaminara yo mis pasos, Dios me la conservará, y si no bien seguro estoy de que Él me la quitará. De Dios viene todo y a Dios vuelve; los hombres no somos más que sus mandatarios.»

¿Qué hay que deducir de todo esto? Que en el orden militar, en el político y en el religioso, el Cid, más que una persona, debe considerarse como un símbolo de su época, y en muchas cosas, muy anticipado a ella. El Cid es un hombre que concibe la unidad y pelea por ella; es un enamorado de la grandeza de España y de la defensa de la Fe y sueña con ocupar Marruecos; tiene la intuición de lo que debe ser el Imperio. Nos ha marcado claramente el camino a recorrer; antes que nada, la unidad de España, no formularia, sino verdadera y espiritual, unidad que ha de funda-

mentarse en la existencia de una conciencia y una responsabilidad colectivas. Hay que tener muy arraigado el orgullo de ser español y asumir la responsabilidad que implica el serlo en estos momentos. Hay que hacer la guerra a los mezcleros, a los ambiciosos, a los versátiles, a todos los que son perjudiciales para la unidad de España, acabando enérgicamente con los bandos y las rencillas. Después hay que buscar la grandeza, que en el orden espiritual tiene que basarse en el aumento de la dignidad personal. El alma es sólo de Dios, y es necesario que cada hombre se sienta digno de su vida, de su misión, y de la sangre de los caídos; en el orden material, la prosperidad y grandeza de España tienen que basarse en el trabajo, en la disciplina y en la práctica voluntaria de los ideales. La obra de España podrá ser dirigida por un grupo selecto, pero tiene que ser la obra de todos. Hay que sentar la base de que para el porvenir de España importa tanto un buen labrador como un gobernante o un general. En España no debe haber más que buenos españoles, conscientes de su deber de ciudadanía. El fin primordial, el que resume todos los anhelos de grandeza de España, es el de realizar la valorización de sus enormes posibilidades espirituales y geográficas. No debe olvidarse que España ha sido la única nación que ha sabido, en el tiempo y en el espacio crear imperios sin recurrir a malas artes ni piraterías, solamente con su fe cristiana y el valor e hidalguía de sus hijos.

El Imperio

El Imperio es un ansia de universalidad que si necesita como vehículo la fuerza ha de poseer fundamentalmente un contenido espiritual de primer orden, y ni el uno ni la otra podemos ni debemos esperarlos, sino de nosotros mismos. Es preciso que volvamos a los tiempos de la Corona de Aragón, en que el almirante de la Marina aragonesa afirmaba que en el Mediterráneo, hasta los peces se asomaban para saludar las armas de España. (Grandes aplausos). Nuestra fuerza y nuestro porvenir está en el Oeste, en el Atlántico, en América. Lo que ocurre es que el Mediterráneo es nuestra casa, nuestro hogar, es el *Mare Nostrum*, nuestro por excelencia. (Aplausos). Y nosotros queremos afincar-

nos en él sólidamente, ocupar sus dos orillas con la firmeza necesaria; y entonces, una vez que tengamos la nación organizada, lanzarnos hacia América, donde hay ciento veinte millones de españoles que—como dijo el Caudillo no hace mucho—alaban a Dios en la misma lengua que nosotros. (Grandes aplausos).

Trabajo y disciplina

Ahora bien; hacer planes es una cosa sencillísima; casi todos los hacemos al levantarnos y los dejamos incumplidos. Pero ahora hay que cumplir esta tarea de España, hay que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad. En definitiva, lo primero que hay que hacer es trabajar y no esperar lo todo del clásico milagro español, el de San Isidro, en que el labriego se echa a dormir y viene un angelito a guiar los bueyes. El trabajo es indispensable que se extienda y exija a todas las capas sociales, extirpando en la nación a todo el que no llene su función social, puesto que entonces se convierte en un parásito o un enemigo. (Grandes aplausos). Luego, precisa mucha disciplina. Los españoles somos eminentemente individualistas, y eso, que es un don de Dios para ciertas cosas, porque nos hace capaces de actuar aislados y resolver los problemas, en cambio es fatal para el trabajo en común, que si no es ordenado, fracasa. Es indispensable que los conceptos del deber, del honor, del sacrificio y de la disciplina, es decir, lo que constituye la moral militar, se hagan extensivos a todos los aspectos y rincones de la nación, sin excepción alguna. Y para concretar lo dicho sobre el verdadero concepto de la disciplina—que no es la exterior del taconazo y los saludos, ni mucho menos el servilismo, sino la disciplina interior, la voluntad de acatamiento—os voy a leer unas palabras que constituyen su más exacta definición; dicen así:

«En estos tiempos en que la caballerosidad y la hidalguía sufren constantes acosos, hemos procurado afincar nuestra fe de caballeros, manteniendo entre nosotros una elevada espiritualidad. Nuestro credo nos exige ser los paladines de la lealtad y de la disciplina; ¡disciplina!, nunca bien definida y comprendida; ¡disciplina!, que no encierra mérito alguno cuando la condición

del mando nos es grata y llevadera; ¡disciplina!, que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse, o cuando la arbitrariedad o el error están unidos a la decisión del mando...»

¿Sabéis quién fué el que redactó esto y le costó, naturalmente, el destino? (Una voz: ¡Franco!) (Grandes y prolongados aplausos).

Pasado, presente y porvenir

Es indispensable, pues, llevar la moral cristiana y militar —repito— a todos los ámbitos de la nación. Es indispensable hacer real, efectiva y eficaz la práctica obstinada del trabajo, la disciplina y el espíritu de sacrificio. Hay que crear la legión de héroes anónimos, esa falange de estudiantes, soldados y trabajadores que alternativamente manejen el arado, el fusil o el libro: que sepan batirse por su patria en la guerra y en el trabajo cotidiano, y que, elevándose sobre los materialismos, se nutran de ideales y se constituyan en maestros de las generaciones venideras. El mundo, y España por tanto, están constituidos por tres eslabones de una sola cadena: el pasado, que son nuestros muertos; el presente, que somos los hombres del día, y el porvenir, que son estos muchachos, esta generación espléndida de cuya educación depende la suerte de la nación. Es indispensable que no se tema a la muerte. La vida no es más que un tránsito, y no merece la pena de vivirla con vilipendio. Todos debemos defender esa moral en paz, y hacerla buena en guerra. Y sobre todo, es preciso no perder jamás la fe en Dios, en los destinos de España y en su Caudillo, porque «la muy Católica España», la privilegiada de Dios, la que ha dado más mártires y más héroes al mundo, tiene una misión que cumplir, y la cumplirá. Cultivando la fe en nosotros mismos seremos capaces de todo. Yo sé que el día en que sea preciso, el día que nuestro Caudillo lo mande, Levante entero cogerá las armas (atronadores aplausos que impiden oír las últimas palabras) sentirá hervir su sangre ardiente, empuñará las armas y me seguirá hasta la muerte, ofreciendo gustosos su

hacienda y su vida para ofrendar nuevas glorias a España. Yo estoy cierto de que, sea cual sea la misión que la Providencia y nuestro Caudillo nos asignen, se sabrá cumplir, como se ha logrado en España todo, desde que la fe y la virilidad son los atributos de sus hombres y la virtud, el de sus mujeres.

¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Arriba España!

Clausura el acto el Excmo. Señor

IBAÑEZ MARTIN

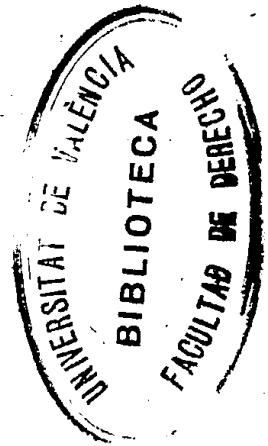
Ministro de Educación Nacional

Seguidamente el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional pronunció unas breves y vibrantes palabras en elogio del discurso pronunciado por el General Aranda, que tantas y tan profundas cosas había sabido decir y felicitó a la Facultad de Filosofía y Letras por el espléndido resultado alcanzado en la celebración de este Cursillo, que ha logrado adquirir en el panorama de nuestra Patria el relieve magno a que era merecedor.

Hizo un paralelismo entre la figura del Cid y la de nuestro Caudillo Franco, señalando sus virtudes militares, valentía, audacia, sagacidad e ingenio y sus virtudes políticas, serenidad, templanza y conocimiento del bien común, que tiene puestas al servicio y el bienestar de España, a la que, desde el comienzo de la guerra, hizo entrega entera del alma.

Destacó la importancia de los estudios históricos para lograr un perfecto conocimiento de los valores hispánicos y, tras rendir un homenaje al Ejército glorioso, que tantos hombres extraordinarios ha sabido dar, animó a todos para que estuvieran dispuestos a cumplir los designios inmortales de nuestra misión providencial en la Historia.

En medio de atronadores aplausos y de una exaltación y fervor patriótico sin igual, cantáronse los himnos y tras contestar a los gritos de ritual, dados por el Sr. Ibañez Martin, dióse por terminado este memorable acto.

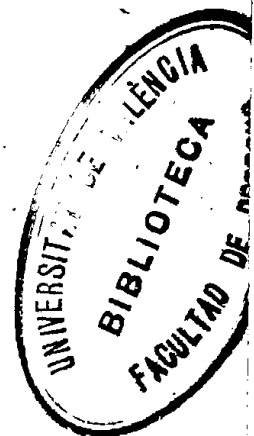


PENSAMIENTOS

DE

JUAN LUIS VIVES

COMENTADOS POR ESTUDIANTES DE LA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DE SU VALENCIA



CONCURSO DE COMENTARIOS SOBRE PENSAMIENTOS

DE

JUAN LUIS VIVES

EN EL AÑO DE SU IV CENTENARIO

1941

Trabajos premiados

CUATROCIENTOS años después de su muerte, en esta su Valencia, un grupo selecto de estudiantes sabe unirse al más preclaro filósofo español en comunión espiritual íntima y estética, y vibrar agitados por las mismas ideas, sentimientos y creencias que conmovieron el alma de aquel gran valenciano, sabio, bueno y humano.

COMENTARIO A LOS COMENTARIOS
DE LOS ALUMNOS PREMIADOS

POR EL DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Ilmo. Señor

DR. D. FRANCISCO ALCAYDE Y VILAR

DEDICADO

Al Alcalde de Valencia

Excmo. Sr. D. Joaquin Manglano y Cucaló de Montull

Barón de Cárcer y de Llaurí

que además de Excmo. sabe ser *excelente* Alcalde

COMENTARIO

POR EL ILMO. SEÑOR

DR. D. FRANCISCO ALCAYDE VILAR

I.—LOS TEMAS ELEGIDOS

AL elegir un hombre un pensamiento, nos pone de manifiesto sus predilecciones; éstas nos descubren sus aspiraciones y apetencias; y estas, a su vez, iluminan su espíritu con la luz requerida por la intuición eidética para ver objetos metafísicos y nos muestran su alma tal como ella es. ¡Qué objeto tan singular el alma! Esa misma alma, que con tanto deleite se refocila enfangada en los groseros placeres sensuales, sabe también desligarse asqueada de la sensualidad, remontarse a las regiones ideales y habitar en ellas como en su propia casa, con tanto regusto y complacencia que, al volver a la vida ordinaria, siente la nostalgia de su patria ausente. Intuídas así, las almas de estos ocho alumnos premiados se nos presentan enamoradas de las verdades eternas y de las cosas más preclaras; es decir, como almas selectas, distinguidas y aristocráticas.

Estudiantes jóvenes con espíritus selectos. ¡Qué auténtica juventud! ¡Qué pujanza de retoños nuevos en primavera! Miradlos. En medio del desquiciamiento mundial, de la confusión

anárquica de concepciones políticas contradictorias, de la crisis aniquiladora, de la inestabilidad actual y del incierto porvenir; saben dirigirse a la verdad con la misma decisión con que los retoños nuevos de un árbol viejo y caduco se dirigen a la luz en medio de un bosque enmarañado. La luz del sol es para esos retoños su vida; la luz de las verdades eternas es para estas almas, su vida. Como auténtica y verdadera juventud, buscan su vida con fuerza avasalladora, con energía cósmica.

II.—LOS COMENTARIOS

Pero estos comentarios, además de mostrarnos su cultura y el desarrollo de su inteligencia, nos indican algo mucho más importante: su posición ética—práctica—en la vida.

La posición, la postura que adopta un hombre en la vida, nos presenta a ese hombre tal cual es. Ni su cultura, ni su desenvolvimiento intelectual nos lo dejan conocer. Y esto no es una paradoja, pues aún en el caso de que la postura adoptada sea fingida, o acomodaticia o ventajosa, eso mismo nos muestra al hipócrita, acomodaticio o ventajista.

Es decir, al hombre que por haber perdido la valentía, pierde la sinceridad (la auténtica sinceridad de mostrarse tal como uno es) y se oculta tras de la ficción. Estos jóvenes estudiantes—cuyas almas ya conocemos—son sinceros y han aprendido a tener una sinceridad escandalosa en los tres años de guerra civil pasada.

Como son muy jóvenes y la vida aún no les ha empequeñecido, son magnánimos y por serlo, son sinceros, ya que la insinceridad o ficción es pequeñez o sentimiento de falta de grandeza y de fuerza.

Esta sinceridad transparente transformó estos comentarios en objeto psicológico digno de estudio. Podrá apreciarse o despreciarse su valor como comentarios; pero su valor como objeto de estudio para un investigador espiritual quedará siempre incommovible. Y al estudiarlos así descubrimos lo común a todos ellos: el anhelo, el afán, el trabajo por conocer la verdad.

Quien auxilia al hombre que trabaja por la verdad, ayuda a la verdad y actúa de servidor de Dios, fuente de toda verdad.

De esta manera, nuestro alcalde, Barón de Cárcer y de Llauri y los concejales doctor Barcia Goyanes y Martín Domínguez, han sabido espiritualizar la misión de nuestro Ayuntamiento, creando becas para que los alumnos selectos elegidos puedan seguir trabajando por la verdad, al terminar su carrera. De esta manera actúan de servidores de Dios, nuestro alcalde y estos dos concejales que con su aliento de juventud y su elevación espiritual han logrado vivificar a nuestro Ayuntamiento, animándolo, es decir, poniéndole un alma.

Y poniéndole un alma le han devuelto la vida que perdió ahogado en el materialismo y con esa nueva vida han surgido las necesidades de esa alma; las necesidades espirituales, sin las cuales no puede vivir ninguna sociedad formada por hombres si no quiere convertirse en una reunión de animales, para regir a animales y no a hombres.

Y esas necesidades que siente ahora ¡por fin! nuestro Ayuntamiento producen, a su vez el afán, el deseo de proteger los intereses espirituales de Valencia ya que, en esencia, ellos son las realidades vitales de las que penden todos los bienes.

Y esto no es una chifladura de un profesor de filosofía. La prueba o demostración de su verdad me la suministra la misma corporación municipal valenciana. En los tiempos indignos en que desdeñando lo espiritual, sólo atendía a lo material, acabó

por perder también lo material. Déficit, a nadie pagaba, sin crédito, y su papel despreciado.

Hoy en día, en cambio, que se preocupa de los intereses espirituales, también van en aumento las ventajas materiales. Superávit, a todos paga, tiene crédito y su papel apreciado.

¿Está clara esta demostración?

Pues yo, como hombre enamorado de la espiritualidad y como decano de la Facultad que al cultivo de esos intereses espirituales y morales está dedicada, yo en nombre de los estudiantes universitarios que por primera vez reciben beneficios materiales de esa corporación municipal, doy las gracias a nuestro Alcalde para perpetuar en los Anales de la Universidad esta aristocrática actuación de nuestro Ayuntamiento y para que sirva de estímulo a las asociaciones provinciales y bancarias y a los particulares poderosos. El dinero que a ello dediquen será el mejor empleado; pues con él realizarán el negocio de su vida más fecundo, beneficioso y útil.

Trabajos premiados sobre Luis Vives

Primer premio.—D. JAIME FAUS y FAUS

Pensamiento elegido

FRASE DE VIVES: «Os presento, aunque tierno, un bruto; hacédmelo hombre.»

(*Opera omnia*, Tomo I, 287).

COMENTARIO

MARAVILLOSA SINTESIS PEDAGÓGICA

Esta frase de Vives, metafórica y efectista, pero que era necesario emplear, para poner de manifiesto gráficamente dos estados contradictorios y opuestos: el sujeto carente de educación, y el sujeto que la posee, encierra a mi modo de ver, la síntesis pedagógica más completa y breve, que hasta el momento presente haya podido formular pedagogo alguno.

QUÉ ES EDUCAR

Equipara Vives los vocablos EDUCACIÓN y CREACIÓN, los hace sinónimos, para poner de realce, la trascendente e importante función que realiza la primera en la vida del hombre. Educar, viene a decir, es crear; es producir de una cosa inferior una superior; es sacar de un ser irracional un ser racional, es hacer de un bruto, un hombre. Pero tras esta afirmación aparente—sofisma

hábilmente empleado, que busca el contraste para adueñarse de la atención—se deja entrever, la idea madre que informa a Vives como PEDAGOGO, la idea directriz que ilumina a Vives como EDUCADOR, la primera gran verdad, que de esta frase vivista se desprende; el certero, claro y profundo concepto que tiene Vives de la Educación. Educar, en su mente, ES TRANSFORMAR: transformar en actual, lo que existe en potencia, transformar una inercia en actividad, y una actividad en inercia; educar es despertar algo que está dormido, y adormecer algo que quiere despertar; educar es formar caracteres, es crear voluntades, es hacer, como muy agudamente dice Vives, HOMBRES: hombres de cuerpo y hombres de alma; educar es—añadimos nosotros—infundir la virilidad, al cuerpo y al alma del varón, y la feminidad al cuerpo y al alma de la mujer.

CÓMO SE HA DE EDUCAR

Esa TRANSFORMACIÓN fundamental, ese tránsito de bruto a hombre, no ha de ser—dice Vives, veladamente en su mencionada frase—empírico, ni rutinario, porque así no se crea, así no se forma, así vamos camino de exclamar de nuevo aquel grito lastimero de Jouffroy: «Ya no hay hombres», que es la negación de todo el pensamiento de Vives, de toda Pedagogía y de toda Educación; sino que, ese cambio, esa mutación, ese tránsito, ha de estar sujeto a normas y regido por principios e informado por leyes: pensamiento e idea ésta de Vives, que son los primeros gérmenes de la moderna Pedagogía Científica, de la que fué, a no dudarlo, su más inmediato precursor.

HASTA CUÁNDO SE HA DE EDUCAR

Por último, en la citada frase de Vives, descubrimos, interpretando fielmente su pensamiento, otra verdad pedagógica de todos los tiempos y lugares: que la labor educativa sólo se extingue cuando desaparece la persona humana: siempre se es capaz de ser más hombre, de perfeccionarse... y Vives consecuente con esa idea, quiso enseñar y educar, dar consejo y dirección, dictar

normas y preceptos a todos los componentes de la sociedad, y así trató del niño en «DE RATIONE STUDII PUERILIS» y «DE TRADENDIS DISCIPLINIS», de la mujer en todos sus estados en «DE INSTITUTIONE FEMINAE CRISTIANAE», del marido y de los padres en «DE OFFICIS MARITI», del anciano, del sabio y del gobernante en «DE ANIMA SENIS», «DE SABIEN-TE», «OPERA OMNIA...» A todos quiso, sabiamente, dirigir y encauzar este gran Pedagogo y profundo Humanista, GLORIA DE VALENCIA Y ORGULLO DE ESPAÑA.

JAIME FAUS FAUS.

Segundo premio.—D. SANTIAGO GINER

Pensamiento elegido

195.—Mientras vivas no pongas fin al estudio de la sabiduría; con la vida habrá de terminar. En estas tres cosas debe meditar el hombre, siempre, durante su vida: en saber bien, en decir bien y en hacer bien.

(LUIS VIVES, *Introducción a la Sabiduría*).

COMENTARIO

Una de las cualidades o que nos constituye en seres específicamente humanos, es la capacidad de perfección de que carece cualquier especie animal. Esta capacidad de progreso o perfeccionamiento constante tiene sus raíces en una cualidad innata al hombre: el deseo de saber. Todos los hombres buscan con mayor o menor entusiasmo la verdad de las cosas; en todos está latente el deseo de saber.

Este deseo de saber es el origen de la ciencia, pues gracias a esta inquietud por conocer lo ignorado—que en los especialmente predispuestos al estudio se convierte en una verdadera ansia de saber—se buscan una tras otra nuevas verdades, se descubren más y más incógnitas. Es así como aquel hombre primitivo de las épocas prehistóricas fué saliendo de un estado de vida tan rudimentario para convertirse en el hombre complejo de hoy, autor de una no menos compleja civilización; sin esta curiosidad no hubiera sido posible encontrarnos con este mundo que nos rodea, ni la vida del espíritu se hubiera desarrollado y elevado.

Pero no todos los hombres cultivan este natural deseo de

saber. Forman legión los que en países civilizados y en contacto con las más altas conquistas de la técnica, de las ciencias o de la filosofía, pasan indiferentes ante ellas, dejan transcurrir la vida y pasar el tiempo sin inquietud intelectual alguna, sin enterarse de nada, como se diría con frase gráfica, aunque vulgar. No les interesa el problema religioso, no se han planteado o les tienen sin cuidado la existencia de Dios y de una vida futura, ignoran cualquier problema trascendente de filosofía: ¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué es el mundo que nos rodea y qué el universo? Todo se reduce en ellos a las necesidades meramente corporales, a la rutinaria profesión ejercida sin entusiasmo y sin amor, y si algún problema hay en su existencia, suele ser el de ganar dinero y el de gozar un poco más de las cosas materiales.

La verdadera vida no es esa vida anodina y sin finalidad que arrastran, más que viven, estos hombres vulgares. Vivir es conocer, vivir es pensar (recordemos a Descartes: *cogito, ergo sum*); vivir es estudiar, tener inquietudes trascendentes, tender a un fin alto despegado de lo puramente material, sentir el vértigo del infinito ante la visión del cielo estrellado. Los sabios y los hombres que sienten esta zozobra, este acicate por resolver los problemas del mundo y del hombre, viven una vida incomparablemente superior y más intensa que aquellos otros adocenados que vegetan en un plano de vida inferior, por lo cual viviendo mucho, viven poco.

Bien es verdad que no todos pueden ni sirven para aplicarse al estudio, ni ello es posible dentro de la pluralidad de actividades que requiere el desarrollo de la civilización, pero sí puede cualquier hombre—y aquí de la aplicación de las palabras de Vives—hacer compatible su profesión o actividad habitual con una mayor espiritualidad de la vida, para esto no tiene otro camino que cultivar su inteligencia y sus sentimientos: «mientras vivas no pongas fin al estudio de la sabiduría; con la vida habrá de terminar». Cuando más estudiemos, tanto más nos elevaremos sobre lo meramente material a la Verdad, es decir, a Dios.

Las palabras de Vives adquieren una significación acusada aun dentro de doctrinas modernas, como la filosofía de los valores de Max Scheler. Según éste la vida del hombre no es un fin

último, sino un medio al servicio de fines más altos: los valores. El fin del hombre sobre la tierra es «realizar» esos valores eternos a los que está llamado y obligado. El hombre al realizar los valores, es un colaborador de Dios en la obra de la creación; merced al conocimiento y a la libertad, el hombre es «recreador» de sí mismo. Dios creó al hombre, pero luego lo que éste haya de ser depende de él. Pues bien, Vives al aconsejarnos el estudio de la sabiduría, nos da el medio de ir descubriendo valores en el mundo y en las cosas y, por ende, la posibilidad de realizarlos.

Esta primera parte del pensamiento vivista, nos lleva de la mano a la segunda. El saber bien tiene su relación con el hacer bien; la sabiduría con la bondad. Cuando más sabe el hombre, tanto más condicionado se halla para realizar el bien, pues conoce el fondo de las cosas, discierne mejor entre el bien y el mal, y «el bien cuando se conoce no puede menos de ser amado» (Sócrates). Esta es la razón por la cual los hombres cultos suelen ser mejores. Por otra parte, en los procesos o estados psicológicos «la inteligencia no actúa sola, sino unida al sentimiento y a la voluntad, por lo que el perfeccionamiento de alguna de estas facultades trae como consecuencia el perfeccionamiento de las demás, es decir, el mejoramiento integral de la persona».

Y aún podíamos señalar—desde otro punto de vista—el papel de lenitivo o sedeante que representa el estudio, en medio del ajetreo del mundo que nos aturde; otros buscan en el estudio un refugio contra las adversidades o sinsabores del mundo. He aquí cómo el estudio es de capital importancia y aún necesario para el hombre, según escribió Vives, cuya fama se renueva y actualiza a través de la vivencia de sus palabras.

S. GINER.

Tercer premio.—D. FAUSTO SORIANO TORREGROSA.

Pensamiento elegido

Pensamiento de Luis Vives: «Ni hay que llamar vida al tiempo que se emplea en el sueño, porque la vida, vigilia es.»

COMENTARIO

Leyendo su obra *Introducción a la Sabiduría*, tropecé con el pensamiento arriba escrito, e inmediatamente, paré mientes en él; y no porque me pareciera mejor que los demás, sino porque me atrajo la atención el vivo contraste que ofrece con el de Calderón. El uno dice que la vida es vigilia, y el otro sueño, y me planteé el problema siguiente: ¿De quién es la razón, del humanista o del clásico? Y tanto más me llamó la atención cuanto que, según Unamuno, poeta y filósofo son una misma cosa, y he aquí que ante mi vista se demostraba lo contrario.

Tengo por costumbre acudir a personas más autorizadas que yo cuando tengo que resolver alguna duda o problema como el presente y, consecuente con ella, me dispuse a consultar a quienes me pudieran ofrecer alguna luz sobre la cuestión planteada. El primero que me vino a la memoria fué Don Quijote, El Caballero de la Triste Figura, es el punto más alto de nuestra vertical, de la vertical que representa al español, según López Ibor, en contraposición a la horizontal representativa del hombre fáustico, y a él me dispuse a consultarle en primer término. ¿Qué opinará Don Quijote?—me dije—. En el capítulo XX de la obra cumbre de Cervantes óigole decir encarándose con Sancho: «¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros?

Duerme tú que naciste para dormir; que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión». He aquí, pues, un soñador enemigo del sueño, que pasa la vida en vigilia casi constante... y, sin embargo, en constante sueño. Me pareció que Don Quijote no me solucionaría nada, y que, de seguir consultándole acabaría tan majareta como él. Pero... ¿acaso no se puede soñar despierto? ¿Y no es esto lo que hacía Don Quijote? Don Quijote vivía su sueño como lo vivió el príncipe Segismundo, Vivir soñando..., soñar despierto... Pronto caí en la cuenta; el sueño y la vigilia son todo lo contrario una cosa de la otra, pero no es posible que exista contradicción tan grande entre dos personas, como Calderón y Vives, de buen seso reconocido y probado y, haciéndome las reflexiones que quedan escritas, llegué a la conclusión de que ambos veían la vida con igual claridad, si bien desde sus distintos puntos de vista, distintos, pero no contrarios, sino complementarios el uno del otro, de la misma manera que en un individuo, un ojo se complementa con el otro para así poder apreciar las cosas en su justo relieve y colorido. Agradecí a Don Quijote el haberme resuelto tan importante duda y, al mismo tiempo que mi agradecimiento, le envié mi admiración, por darse en él la retina perceptora que venía a recoger a un tiempo las dos visuales lanzadas por el filósofo y el poeta. Con Don Quijote, Luis Vives y Calderón ya me atrevo a decir, que vivir es soñar despierto, es decir, a lo español, no panza arriba a estilo horizontal, sino erguido, firme, vertical, en vigilia, como Don Quijote. La vida, pues, es sueño, como dijo el clásico, pero en vigilia, como dijo el humanista.

* * *

Y por haberme sugerido las reflexiones que anteceden, fué que elegí el referido pensamiento de Luis Vives.

FAUSTO SORIANO TORREGROSA.

Cuarto premio.—D. VICENTE PANIAGUA SOLA

Pensamiento elegido

La Naturaleza nos muestra las cosas necesarias, que son pocas y a nuestro alcance. La necedad ha inventado las superfluas, que son infinitas y difíciles.

(Introducción a la Sabiduría, núm. 102).

COMENTARIO

Es enorme en todos sus pensamientos la figura de Luis Vives. Tiene ideas tan luminosas y de tan honda raigambre filosófica que no hay más remedio que acudir a ellas en la vida para encontrar ese lenitivo, que botica alguna lo expende y con dificultad encontramos en los libros, tan oportuno, lacónico y bien dicho.

Uno de esos pensamientos cumbre, es el que nos ocupa: talismán de felicidad, sésamo maravilloso que abre las puertas de la dicha... al que quiere ser dichoso; alivio del desposeído, sonrisa eterna y graciosa que no ha de velar sus dientes porque son bonitos a fuer de naturales, como la verdad misma.

Es un axioma aquello de que no es más dichoso el que más tiene, sino el que menos necesita. Pródiga es la naturaleza en las cosas que nos son necesarias, y que la necedad ha inventado las superfluas, lo vino a decir Selgas cuatro siglos más tarde, a tenor de nuestra idea, de que son las feas las que se pintan e inventan las modas y a éstas se someten las bonitas porque sino darían mucho que decir.

En cuanto a infinitas, son como el número de los que cita Salomón en sus Proverbios y de tan difícil adquisición como es todo lo inútil.

VICENTE PANIAGUA SOLA

Alumno de 2.º Curso de Filosofía y Letras.

Quinto premio.—D. MANUEL GEJEDOR FERNANDEZ

Pensamiento elegido

«Este es el mayor galardón del trabajo del literato, cuyo verdadero fruto consiste en que el grande y bello acopio de tantas cosas no sirva para su ostentación vana y admiración nuestra, sino más bien, para que contribuya en beneficio de la vida y, antes que a nadie, aproveche a su poseedor, etc.»

J. L. VIVES: *Introducción a la Sabiduría*; capítulo VIII, De los Afectos.

COMENTARIO

Toda innovación, por intrascendente que sea, tiene sus panegiristas en el campo de la Literatura. Esto, que fué verdad siempre, lo sigue siendo hoy, a pesar del avance de los tiempos.

Y la actual orientación lleva tras sí, como majestuosa corte, gran cantidad de escritores encomiásticos. No podía suceder de otra forma. Clara muestra de esta corriente son algunos trabajos aparecidos en las publicaciones periódicas.

La alabanza tiene una frontera apenas imperceptible. Al pasar de ella, deja de serlo, para convertirse en adulación. Y si la primera es, para la actividad y el triunfo, verdadero estímulo, la segunda es, el más nocivo de los venenos.

Perjudica al adulado, que ve las cosas—a través de aquel prisma tentador—muy diferentes de cómo en la realidad se presentan.

El autor conquista méritos que, sin embargo, de no ser suyos, le embriagan de vanidad. Se ha dañado así mismo. Sus elogios,

además de no ser provechosos, encerrarán, a veces, gran falsedad; y otras serán, quizás, contrarios al propio sentir.

Y, finalmente, el que lo leyere juzgará todo aquello inútil, privado de condiciones educativas y de formación o lleno de chabacana falsedad.

Con oportunidad inusitada encontramos hoy la frase de Vives. Es una manifiesta condenación de tanta fraseología, de tanto florilegio como algunos cultivan actualmente, con pretensiones de hacer valer las cosas; cuando en verdad, lo que inconscientemente consiguen es desvirtuarlas. Y, con franqueza, los problemas son realidades. No ofuscaciones literarias, ni palabrería hueca que oculten las verdaderas soluciones.

Y, sobre todo, que el decir y el obrar estén en lógica y resuelta concordancia. Lo contrario se llama hipocresía. Y el nombre espanta por sí mismo.

No pretendemos agotar el tema. Tan sustanciosas son las palabras de Vives, que merecen otra pluma que no sea la de un principiante.

Si esto es una frase sola, ¿qué diremos de su *Introducción a la Sabiduría*, de donde está sacada?

Toda su producción no puede menos de anonadarnos.

Teniendo en cuenta lo que antecede y para que seamos, precisamente nosotros, los primeros en llevar a la práctica la frase que nos ocupa, vamos a proponer un plan que se encarguen de realizar, si lo encuentran aceptable, personas autorizadas.

La emisión, a cargo de universitarios, de una hoja periódica. Su finalidad sería la publicación de artículos basados en frases del ilustre hijo de Valencia. Así mismo, toda clase de trabajos destinados a conocer y compenetrarse con el tan virtuoso ciudadano como profundo escritor.

Y esto que aportaría enormes beneficios a la cultura vivista, sería de gran provecho para las costumbres, dada la excelente y ejemplar moralidad que rebosan sus escritos.

Contando con que, además, sería un valioso complemento de las publicaciones de la Cátedra «Luis Vives».

MANUEL TEJEDOR FERNÁNDEZ

Alumno del Curso 1.º de Filosofía y Letras.

Sexto premio.—D. RAFAEL SOLER BENAVENT

Pensamiento elegido

«Muchos en toda su vida, por larga que sea, no son otra cosa que dialécticos.»

(LUIS VIVES, en el libro III, *De causis corruptarum artium*).

COMENTARIO

He recogido esta frase: 1.º, como elogio del escrito en una cuartilla; 2.º, como una autolección a la vanidad del «yo», raíz última de toda dialéctica, y 3.º, como un oráculo del pasado para los arquitectos del presente y del mañana.

Como elogio del escrito en una cuartilla. «Escuetamente como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo.» Gravedad castellana del decir. Estilo recortado y preciso, cláusulas cortas de El Cid y del Lazarillo. Hondo lirismo de este estilo grave y de saltos épicos, que más que estilo es flecha que se clava sin dialécticas en el corazón.

Como una autolección a la vanidad del «yo» (pecado original, espíritu de poder). Mi primera intención fué la originalidad. Buscar un pensamiento entre las obras no traducidas. Leí hojeando más que ojeando, pero un regusto de sencillez, de hondo sentido práctico, eje diamantino de la raza desde Séneca a nuestros días, pasando por Ganivet, me llevó mágicamente a esta frase de Vives, sacada del prólogo de D. Juan Sentandreu (Presente) al libro de *Introducción a la Sabiduría*. Ella era un ejemplo a mi vanidad, vaciada en los moldes de lo original. Vanidad que psicológicamente es el nervio íntimo del movimiento

liberal-democrático, cuando en el Parlamento y en todas partes reinaban estos versos de J. Benavente: «En el mitin de la Humanidad, todo el mundo grita: YO, YO, YO.» Degeneración del YO, del Renacimiento; del YO, de la Reforma, y del YO, de la Revolución Francesa. Reinado corrosivo de largas vidas en que no se ha sido más que dialécticos. Escogí, pues, esta frase como autolección, que puede hacerse extensiva a todos los que todavía no se han desprendido del lastre del individualismo frente a la integración del «yo», en la comunidad misional de la unidad de destino.

Como oráculo del pasado para los arquitectos del presente y del mañana. Sobre la frase de Vives, unas palabras de Nietzsche arrojan nueva luz: «Las sentencias del pasado son como oráculos y sólo como arquitectos del futuro y sabedores del presente podréis entenderlas.» Recogí este pensamiento de Vives para lanzarlo sobre y contra los dialécticos de café, y para que los que se creen optimistas arquitectos de la Nueva España, puedan gustar de la pura emoción que crea el contemplar en la lejanía del pasado—como en oráculo—el antecedente del espíritu antidialéctico-democrático de F. E. T., encarnación del sentido permanente ante la Historia y la vida de que nos habló José Antonio. Ratificado incontrovertiblemente por Franco: «Queremos milites soldados de la fe y no politicastos y discutidores.»

ORACIÓN

Señor, haz que el sentido ecuménico universal de la *Verdad absoluta* y misionera de España, que brota de este pensamiento de Luis Vives, nos una por encima de todas las dialécticas personales y sea aviso, norma y guía nuestra, para gloria Tuya y honor de la Patria. Amén.

RAFAEL SOLER BENAVENT.

Séptimo premio.—D. FELICIANO CONDE CONDE

Pensamiento elegido

«Sepa por esto cualquiera que posee los dones de la naturaleza, que si hace participante de ellos a su hermano necesitado posee con derecho y por voluntad, institución, intento y disposición de la naturaleza misma; pero si no, es un ladrón y robador convicto y condenado por la ley natural, porque ocupa y retiene lo que no crió la naturaleza para él sólo.»

VIVES, *De subventione pauperum*. Parte primera, párrafo «Que lo que Dios da a cada uno, no lo da para él sólo.»

COMENTARIO

Difícilmente se podrá expresar con mayor fuerza y concisión así el concepto cristiano de la propiedad como el del deber del socorro al necesitado. Lo que la naturaleza «por la cual quiero se entienda a Dios» (Vives) nos ha dado, es para que de ello participen los demás; lo contrario es faltar a la justicia distributiva en lo cual la Etica cristiana va harto más lejos que el *Jus romanum* que admite como legal el *Jus abutendi*.

En el sentido cristiano la propiedad responde a un criterio más elevado; el dueño es un depositario, un administrador que tiene el deber de compartir con los demás lo que cubiertas sus necesidades le sobra. Todo despilfarro es un robo que cometemos respecto al necesitado.

Luis Vives, humanista, esto es hombre integral, lleva muy lejos

estos principios. Llama él «bienes o provechos de la naturaleza»; el primer lugar «la virtud, que es el único y verdadero bien; después está el ingenio y la prudencia. De más de esto... la salud robusta y las fuerzas...; finalmente los dineros, las posesiones, haciendas y alimentos». De todo esto quiere que hagamos partícipes a los demás enseñando, aconsejando, ayudando y socorriendo. Vives pasó la vida comunicando su ciencia con sus escritos y enseñanzas. Tal doctrina concuerda perfectamente con la evangélica que dice: «Luzca tu luz delante de los hombres.»

El dar y el recibir tiene sus normas. Vives fustiga así a los ricos avaros y despilfarradores, como a los pobres viciosos que hacen de la mendicidad un oficio lucrativo. Admirables son las normas que señala así a la caridad pública como a la privada. Se diría un vidente, pero es más bien un gran sociólogo, pues en el fondo todas las sociedades se parecen. En la obra de donde se ha sacado este pensamiento. «Del socorro de los pobres», trata de resolver el paro obrero, la vagancia profesional, encauza el trabajo de ciegos, mutilados y niños... y proclama la discreción en la limosna como una de las condiciones de eficacia de la misma.

Sus doctrinas han plasmado en el sistema de Beneficencia moderna y particularmente en nuestra Patria en el AUXILIO SOCIAL con sus comedores, guarderías infantiles, hospitales, asilos, orfanatos, socorro a familias necesitadas, etc., etc. Favorecer estas obras es cumplir con discreción y eficacia el gran deber de la caridad cristiana.

FELICIANO CONDE CONDE

Alumno del Curso 3.º de Filosofía y Letras.

Octavo premio.—D. FRANCISCO DELGADO SANZ

Pensamiento elegido

«Si quis haec aliter (res externas), ut
a populo videlicet intelliguntur, discutiat
ac expendat, reperiet inepta, vana, noxia
ess». (1).

Luis Vives.

COMENTARIO

Es el anterior pensamiento, a mi modo de ver, una expresión diáfana de la profunda vocación filosófica de Luis Vives. Por eso, en la noche de la inexperiencia, es como una antorcha viva que luce en la senda por la que camina la razón, como esplendente estrella polar, que orienta nuestra práctica hacia el norte seguro de una filosofía sana, como un aviso, en fin, de que nuestra misión intelectual en este mundo de materia no puede estar ligada a las cosas «como comunmente se entienden», sino elevarse por encima del cieno, en alas de una penetración honda, a fuerza de sondear en la corteza engañosa que las recubre.

¡Qué profundo es el sentido del citado pensamiento y cuán verdadera la hipótesis, para desventura de los mortales! Tan profundo es y tan cierto, que no dudaré en exclamar con D. Valentín Serrano (2), que «el no poder pasar la corteza de las cosas para

(1) *Introductio ad Sapientiam*, Caput III, v. 32. — Publicaciones de la Cátedra de «Luis Vives». Universidad de Valencia, 1930.

(2) *Violetas y Pensamientos*, pág. 105.

conocer su esencia, su naturaleza íntima, ha sido para mí un gran dolor». Esa falta de sentido metafísico que informa a la gran comunidad de los hombres, esa indiferencia ante lo que pudiéramos llamar aspecto trascendente de las cosas, es lo que hace tergiversar su verdadero sentido, hallándolas, según la mente del gran filósofo valenciano, «muy fuera de propósito», y por lo mismo, «vanas y dañosas».

Pero además, otro motivo ha hecho que me decida a glosar la frase viviana que encabeza este pobre ensayo: el intenso atractivo pedagógico de Vives, de que se halla rebosante aquella reliquia de un sentido didáctico propio de gran maestro, cosas ambas necesarias para alentar la penuria de doctrinas hondas y relevantes, que se ha enseñoreado del corazón del mundo moderno.

FRANCISCO DELGADO SANZ.

APORTACION

DE

D. SALVADOR CARRERES ZACARÉS

A LA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS, EN EL AÑO DEL

IV CENTENARIO DE JUAN LUIS VIVES

PORTADA

POR EL ILMO. SEÑOR

DR. D. FRANCISCO ALCAYDE VILAR

EL delicioso trabajo titulado «La Valencia de Juan Luis Vives», que nuestro buen amigo D. Salvador Carreres Zacarés ha tenido la gentileza y la generosidad de dar para su publicación en este tomo de los ANALES dedicado a Luis Vives en su IV Centenario, no puede salir al público sin unas palabras mías, a modo de prólogo o más bien portada, ya que se trata de entrar en una ciudad, para contemplarla tal como era hace cuatro siglos, portada que deben pasar los que quieran penetrar en ella.

La primera reflexión se refiere al autor. Es D. Salvador Carreres Zacarés el cronista de nuestra Valencia, un erudito, investigador y propulsor de todo trabajo del espíritu que se refiera al estudio de su ciudad y de todo lo que con él se relacione. Tiene el buen gusto y la elegancia —cualidades auténticas del valenciano— de no ser fanfarrón ni pedante. Es una cualidad tan genuinamente nuestra y la llevamos tan al extremo, que muchas veces se convierte en un defecto que nos perjudica más de lo que creemos. Es lo cierto, que aquí es raro quien sepa *darse tono*, presumir, hacer ostentación de lo que tiene; y si alguien sabe hacer esas cosas, bien pronto se destaca y todo el mundo le conoce y le toma por un *estrafalari*. Basta para ello que a uno le guste lucir sus uniformes o hacer alarde de sus condécoraciones en actos públicos aunque sean solemnes.

Y esto es una de las cualidades que más nos perjudican, como particulares y como colectividad. Esto, que en su origen psicológico es elegancia—la elegancia suprema de huir de la pedantería y fanfarronería—y que hace del valenciano el ciudadano más cabal y de nuestra ciudad, la ciudad menos cursi que he conocido, conduce a un extremo opuesto tan vicioso como aquel de que huía. Porque a fuerza de querer buscar la naturalidad, llegamos a la campechanería y desembocamos en la chabacanería. Por huir de ir al teatro vestido como fanfarrones, llegamos a ir al teatro en mangas de camisa. Y este tono de plebeyez, de ordinariéz, ha invadido a nuestra ciudad. Es necesario reaccionar contra

esta manera de ser natural nuestra, si queremos que nuestra ciudad recobre el tono elegante que tuvo en sus mejores tiempos.

El Sr. Carreres Zacarés es un intelectual de primera fila. Sus publicaciones son de todos conocidas por sus excelencias. Trabaja con tenacidad desde muchos años estudiando la historia nuestra, nuestras costumbres y tradiciones. Es un impulsor infatigable de toda manifestación de la cultura valenciana.

Todas estas excelentes cualidades van acompañadas de la cualidad principal que he señalado: la de creer que *todo eso* no tiene importancia. Con ello sigue la tradición de todos los grandes eruditos, investigadores, publicistas que ha habido en Valencia. Asombra el contemplar la labor enorme de un Sanchis Sivera, de un Roque Chabás, y aún asombra más pensar qué desapercibidos han pasado. Pero ¿qué consiguen los trabajadores intelectuales valencianos con esa actitud de encogimiento, de desvalorizar ellos mismos sus investigaciones, sus estudios y sus descubrimientos? Consiguen que llegue a no apreciarse su labor meritísima. Y así vemos que en Madrid y Barcelona hay entidades, sociedades, centros, institutos, en que se cobijan todos los investigadores y en los que se recompensa su trabajo, porque se aprecia. En ninguna ciudad existe un número mayor de trabajadores de esta especie como en Valencia, que trabajen gratis. Se pasan años y años de labor constante, unos en los archivos, otros en plena naturaleza, otros recorriendo los museos, sin recibir más recompensa que su satisfacción íntima de investigadores y hasta algunos hay que sacrifican su patrimonio particular por atender a su trabajo desinteresado. En este caso está Carreres Zacarés y otros tantos que ya citaré en una publicación que pronto quiero sacar a luz. Pero ya que no para otra cosa, que nos sirva, por lo menos, para proclamar la enorme espiritualidad de Valencia y para afirmar que es tan espiritual como la más espiritual ciudad de España.

Este trabajo de Carreres Zacarés que hoy presento al público, es un botón de muestra de la erudición que posee y de la labor que ha realizado nuestro Cronista de la ciudad. Un estudio como éste no se puede improvisar: son necesarios muchos años de estudio y mucha investigación para realizarlo. No en vano ha pasado más de 20 años, día por día, en nuestro Archivo municipal, del que tiene 6 tomos de notas (1). Y yo preguntaría

(1) La publicación de la «Crónica del III Congreso de Historia de la Corona de Aragón» se le debe a él, Secretario del Centro de Cultura Valenciana desde su reforma en 1928 y Director de ANALES.

En Acción Bibliográfica ha dirigido la publicación y prologado todas sus publicaciones menos el «Vich», «Orellana» y *Dietari del Capellà*.

a mi buen amigo: ¿qué le ha producido a usted ese trabajo? Seguramente gastos. Y la misma respuesta obtendría de otros investigadores de esta ciudad.

Leído con detenimiento el trabajo de D. Salvador Carreres Zacarés, quiero destacar los hechos esenciales que caracterizan a la Valencia de la época de Luis Vives.

Primero: Creación de la Universidad de Valencia por Alejandro VI en 1501, con los mismos derechos y privilegios que las de Roma y Bolonia.

Segundo: Construcción de la Lonja de la Seda y del puente de Serranos.

Tercero: Creación del Hospital general.

Cuarto: Edificación de muchos conventos y casas de religiosos, etc.

Y quinto: Fiestas, fiestas, muchas fiestas y regocijos públicos, descritas con gran detalle y documentalmente en los que se gastaron grandes cantidades y que sin duda sirvieron para hacer las delicias de nuestros paisanos y paisanas de aquellos lejanos tiempos, que eran, a juzgar por las descripciones de festejos que nos hace Carreres Zacarés, tan festeros como lo somos los valencianos actuales. Condición ésta que nos asemeja a los griegos, sin que por eso quiera yo deducir que es heredada de ellos, como suele decirse de toda tendencia o manera de ser de nuestro pueblo. Cuando descubrimos una característica nuestra, empezamos a buscar de quién la hemos heredado, como si fuese una cosa necesaria para su existencia y como si nosotros no tuviésemos bastante personalidad para adquirir por nuestra cuenta esas cualidades que nos caracterizan, o como si de la semejanza de suelo, de mar, de clima, no pudiesen engendrarse condiciones semejantes de vida y costumbres en los hombres al mismo tiempo en Valencia, que en Atenas.

Lo cierto es que nuestros paisanos y paisanas del tiempo de Luis Vives se divertían en grande o por lo menos armaban diversiones y fiestas con cualquier motivo y de esto sí que podría hablarnos con gran extensión y numerosos y sabrosos detalles Carreres Zacarés (1).

(1) Es autor de:

«Tratados entre Castilla y Aragón. Su influencia en la terminación de la Reconquista»: Val. 1908.

Les Falles de Sant Josep. Val. 1909.

«Fiestas y torneo en Valencia con motivo del casamiento de Carlos II con María Ana de Neuburg». Val. 1922.

«Exequias regias en Valencia (1276 1410)». Val. 1924. «Ensayo biblio-

De todos los hechos que he señalado sólo quiero detenerme en los dos primeros por lo que tienen de transcendentales en la dignificación de nuestra Valencia y por ser ellos los que le prestaron el tono y le dieron la prestantia de gran ciudad.

Primero: Alejandro VI crea la Universidad de Valencia. Y la crea con los mismos derechos y privilegios que las de Roma y Bolonia. No se podía hacer más por el prestigio de Valencia; por su esplendor, por su dignificación, por su grandeza. Ni se pudo hacer nada mejor hecho. Atender a los verdaderos valores humanos, a la vida espiritual, y para ello dotar a su ciudad del órgano apropiado, dotándolo de todo prestigio, prestantia, dignidad y honor. Esto hizo Alejandro VI y de este hecho salen dos consecuencias tan lógicas como morales. Primero: todo valenciano debe agradecer al Pontífice este beneficio inapreciable que convirtió para siempre a nuestra ciudad en una ciudad de primer orden. Segundo: todo valenciano debe tomar ese hecho como un modelo y preguntarse: ¿qué hago yo para elevar o al menos sostener el tono espiritual de mi ciudad? Los intelectuales deben contribuir trabajando y así lo han venido haciendo desde Alejandro VI hasta hoy. La serie interminable de destacados hombres de ciencias y letras salidos de nuestra Universidad son una confirmación de lo que afirmo. Pero ¿y los poderosos de bienes materiales? Estos también deben contribuir con su desprendimiento y su generosidad al sostenimiento de centros en los que se cultive la ciencia pura y el arte, si no quieren que decaiga nuestra ciudad y se convierta en un

gráfico-mariano en la advocación de Nuestra Señora de los Desamparados». Valencia 1925.

«Ensayo de una Bibliografía de libros de fiestas celebradas en Valencia y su antiguo Reino». Valencia 1926 (dos tomos).

«Estudio preliminar a la Relación de las fiestas celebradas en Valencia con motivo del Casamiento de Felipe III que escribió Felipe de Gauna». Valencia 1926.

«Fr. Dionisio Fabregat y Salvador». Apuntes biobibliográficos. Valencia 1927.

«Cruces terminales de la ciudad de Valencia». Val. 1929.

Libre de memories de diversos sucesos e fets memorables e de coses senyalades de la ciutat e Regne de Valencia (1308-1644). Valencia 1930-35. (dos tomos).

Notes per a la història dels Bandos de Valencia. Val. 1930.

«Índice Almanaque de *Las Provincias*». Valencia 1933.

«Vinatea». Valencia 1936.

Els casillics dels ponts del riu de Valencia. Valencia 1935 (en colaboración con su hijo).

«La Valencia de Ferrer». Valencia 1935.

«La Virgen de los Desamparados bajo el dominio rojo». Val. 1939.

«Los Portales de las murallas de Valencia» (en preparación).

poblachón, perdiendo el rango a que Alejandro VI la elevó. Pero, hay que decirlo, esta clase de valencianos poderosos no ha cumplido su deber. Para cumplirlo y contribuir a la dignificación y refinamiento de Valencia, deben ayudar a los que trabajan con la inteligencia y sobre todo a los que se dedican al cultivo de la ciencia pura. Si algún poderoso siente el orgullo de imitar a Alejandro VI en este sentido, yo le puedo orientar y le orientaré y le indicaré el medio de hacer obra grata a Dios y a la Patria con su dinero. Desde luego, le enseñaré a hacer obra grande, como la hizo Alejandro VI. Hoy en día, Valencia puede enorgullecerse de tener una de las universidades más antiguas de España. Y esto sí que es aristocracia y distinción auténticas, que no podrá adquirir con dinero ninguna otra ciudad moderna por rica que sea.

Este primer hecho de la época de Luis Vives: la creación de la Universidad, tiene el valor de haber ido empapando a lo largo de los años en un tono aristocrático a nuestra ciudad.

El segundo hecho que he entresacado del trabajo de D. Salvador Carreres Zacarés, es nada menos que la Lonja de la Seda.

Ya he dicho antes que nuestra ciudad es una de las más espirituales de España y me fundaba en la gran cantidad de estudiosos e investigadores que aquí se producen sin disfrutar de ningún auxilio económico. Decía yo que aquí los investigadores y hombres de ciencia tienen que ser héroes. Pues otra prueba de la gran espiritualidad de nuestro pueblo nos la da la Lonja de la Seda. Los comerciantes valencianos hacen, en la época de Luis Vives, una Lonja. No son raquíticos, ni tacaños. Son grandes y generosos y dando una prueba de su espiritualidad, no se limitan a hacer unos depósitos vulgares, sino que hacen la Lonja de la Seda, que es uno de los monumentos góticos más finos, más graciosos, más femeninos y atractivos que existen. Me atrae como una mujer bonita, se puede decir de ella. Y cuando los comerciantes de una ciudad hacen una obra así, es indudable que esa ciudad está saturada de fina espiritualidad. Esto es en tiempo de Luis Vives.

Así como de la fundación de la Universidad se sacan lecciones provechosas para los intelectuales de hoy y de los poderosos, también para ellos, pero sobre todo, para los comerciantes, se desprenden enseñanzas de la construcción de la Lonja. Piensen—pensemos todos—la distinción, el rango, la categoría de gran ciudad que nos comunica nuestra Lonja. Pensemos que no hay libro de Arte en que no aparezca reproducida, con lo cual, el nombre nuestro se pasea por el mundo entero como el de una ciudad artística. Los comerciantes actuales valencianos, que no son en nada inferiores a sus compatriotas de la época de Luis Vives, deben

tomar como ejemplo esa construcción magnífica. También ellos sienten el Arte y la llama divina de la espiritualidad les ilumina; pero por la cualidad señalada por mí en la primera parte—por no aparecer como fanfarrones ni pedantes—muchas veces tuercen su verdadero instinto y dejan de hacer obras de arte. Y otra vez resulta que por ser naturalmente elegantes y querer huir de la ostentación, caen en el extremo opuesto, que es mucho peor. Y así, por no hacer alarde de sus riquezas no construyen un edificio que representase hoy lo que la Lonja en la época de Vives, con lo cual perpetuarían nuestra época y embellecerían la ciudad con obra perenne.

Y no se diga que en nuestra época el comerciante se preocupa de ganar dinero, porque también en la época de Vives se preocupaban de eso y así debe ser. Pero aún creyendo que el comerciante no quiere emplear su dinero más que en cosas útiles, yo les diré que nada hay de tanta utilidad como el arte.

A pesar de los accidentes episódicos, en el mundo están los valores artísticos en alza permanente. La actividad artística más desinteresada es socialmente la más útil. Todas las obras que se nos presenten como artísticas y sin utilidad alguna, resultan las que más utilidad han producido. Imaginemos que en lugar de la Lonja hubiesen edificado un caserón vulgarote. Hoy ya no existiría y el dinero gastado sería perdido. Comparemos ahora el precio de coste de la Lonja, Torres de Serranos, Torre Santa Catalina, con su valor actual, con el que tendrían hoy si se quisieran reproducir y veremos cómo en toda la historia de la economía valenciana no hay operación financiera tan feliz. Y esta operación se ha hecho construyendo una obra de arte.

Pero además, para hacer una Lonja de la Seda o una obra semejante artística, se necesitan muchas cosas y se da vida a todas las artes y los oficios. Se necesita movilizar todos los oficios, trabajar y preparar toda clase de materiales, orientarlos y ordenarlos por un pensamiento único; y animarlos por una misma fe y un mismo entusiasmo.

Así creado un monumento como la Lonja, admirable por su grandeza, su unidad y su proporción, no es nunca una fanfarronería ni un alarde vano de riquezas ni una ostentación de la que tenga que huir las personas de buen gusto, sino que es en realidad legar a las generaciones venideras una arquitectura modelo que propague eternamente nuestro buen gusto, nuestro pensar y nuestro arte; es construir una de las más grandes obras de nuestra historia que esté para siempre pregonando nuestro genio, nuestra cultura y nuestra espiritualidad. En cuanto a los siglos que no dejan nada tras de sí, la historia los olvida y este olvido acaba por hacer-

los desaparecer. Y la arquitectura es, según creo, la que mejor refleja las tendencias espirituales de una sociedad en perpetuo cambio.

En resumen: de la época de Luis Vives ¿qué nos queda? Edificios prácticos y muy útiles construidos sólo para llenar las necesidades del momento; riquezas materiales; industrias; sistema monetario; concepciones políticas; todo ha desaparecido. Únicamente quedan la Universidad, como centro intelectual y la Lonja como manifestación artística; el cultivo del espíritu y las obras de arte sobreviven a todo y son el honor y el orgullo de Valencia y de España entera. Nos queda, sobre todo, la filosofía de Juan Luis Vives, portentosa concepción de la vida humana, creada por un valenciano tan sabio como bueno, y tan bueno como humano, y hoy en día admirado y estudiado en el mundo entero. Filosofía que nos enseña que los valores espirituales son los verdaderos y auténticos valores útiles.

Me dirijo ahora a los comerciantes de Valencia porque sé que se dejarán convencer, ya que son los mismos que sus antepasados de hace cuatro siglos, así como nosotros somos tan *festeros* como lo eran los contemporáneos de Luis Vives. Sé que estos comerciantes de ahora llevan en su alma tanto amor a la belleza y son tan entusiastas del arte como aquéllos. Y por eso les voy a decir lo siguiente. Vamos a suponer que por creerlo superfluo, no se hubiese construido La Lonja, ni las Torres de Serranos, ni el campanario de Santa Catalina, ni el Palacio de la Generalidad. ¿Sería nuestra ciudad la misma? Evidentemente, no. Y seguiría teniendo las mismas naranjas y cebollas y arroz; pero en lugar de tener el rango de gran ciudad artística, quedaría reducida a un conglomerado de casas de labor y almacenes para guardar las cebollas.

Hagamos otra suposición. Vamos a imaginar que en Valencia hay diez edificios del porte de La Lonja, diez palacios de la magnificencia del de la Generalidad; diez campanarios tan decorativos como el de Santa Catalina; diez puertas, en la ronda, de la severidad y esbeltez de las Torres de Serranos, etc. Imaginemos el aspecto de maravilla que de pronto adquiriría nuestra ciudad; el renombre universal que obtendría y el río de forasteros de todo el mundo que vendrían ansiosos de contemplar tales maravillas reunidas en una misma población. Y no por eso dejaríamos de tener las mismas naranjas, cebollas y arroz.

¿No es un ensueño que llena de satisfacción y noble orgullo a los comerciantes, mis paisanos? Pues piensen, pensemos todos, con qué poco dinero se hubiera podido realizar en los tiempos pretéridos esas obras imaginarias y podrán calcular, ellos tan aficionados a los números, el aumento casi infinito de valor que habrían experimentado. Desde luego no han hecho todos ellos un negocio tan productivo ni fantástico como

ese empleo del dinero en las obras de arte. Al amparo de la Arquitectura ¡qué desarrollo hubieran adquirido todas las artes y los oficios! ¡Qué gran cantidad de menestrales y artesanos con trabajo constante! Este poner en movimiento a todas las artes auxiliares, es otra utilidad que proporciona la Arquitectura y de los mayores. Es la manera de conservar la artesanía, tan española, tan valenciana. Y debemos mantener los bellos oficios que dan al obrero la alegría de la creación y la recompensa de la realización de la obra. El menestral artista, el artesano, es en realidad, el único obrero que da más de lo que se le pide. Le pedimos un objeto útil y él nos da ese objeto útil pedido, y además lleno de belleza. También es él el único obrero que trabaja por placer, por el placer de satisfacerse a sí mismo y es feliz en la misma medida que es artista. Debemos tender a preparar la *política de la cualidad*—lo más opuesto al marxismo o comunismo— protegiendo y desarrollando este gusto del bello trabajo que hace de cada obrero un enamorado manual, un poeta.

Este es también el concepto humano de la filosofía vital y humana y cristiana de Juan Luis Vives.

Después de todo lo dicho ¿seguiremos escatimándolo todo cuando se trate de hacer un edificio público? Sirvanos de ejemplo la Valencia de Juan Luis Vives, tan bien descrita por el erudito cronista de la ciudad y buen amigo D. Salvador Carreres Zacarés.

Estas son las reflexiones que han ocupado mi pensamiento después de la lectura de tan deliciosa descripción de nuestra ciudad de hace cuatro siglos. La he leído a la sombra de un convento de franciscanos oculto en la sierra valenciana, perfumada por los tomillos y romeros en flor, en el silencio armonioso de los montes cuajados de pinos que embalsaman el ambiente apacible; silencio que es el misterioso lenguaje con que la naturaleza nos eleva el alma y la pone en condición para ofrecernos la paz, la serenidad y el reposo; silencio en el que se disuelve, poetizándolo, el claro tañido de la campana del convento humilde, que nos llama a la oración con la misma voz clara con que hace cuatro siglos llamaba también a Luis Vives y a sus contemporáneos.

Convento del Santo Espíritu.—GILET.

La Valencia de Juan Luis Vives

POR

SALVADOR CARRERES ZACARÉS

de la Asociación de Amigos de Luis Vives y Cronista de la Ciudad

NACIÓ Juan Luis Vives el día 6 de Marzo del año 1492, de feliz recordación para todos los españoles, en la calle de la Taberna del Gall (1).

De todos es conocido el enigma de la ascendencia paterna de Vives; Bonilla (2), dice, si sería su padre un Luis Vives, mercader, que vivía por los años de 1476 y cuyos bienes le fueron confiscados por delitos de herejía; pero en el *Repartiment real entre los veins de la ciutat*, del año 1513 (3), figura en la parroquia de San Martín un «En Luis Vives, mercader, y son germa» que pagan cuarenta sueldos, ¿sería éste el mismo juzgado por la Inquisición o sería otro?, lo cierto es que en el citado *Repartiment* no se encuentra rastro alguno de la familia de Vives, lo cual parece corroborar la presunción de que se ausentara de Valencia con motivo de alguna de las pestes sufridas y no volviera.

(1) Conocida también con los nombres de Rivelles, Soledad, Torno viejo de Santa Tecla, Portería de Santa Tecla, En Solanes y actualmente de Luis Vives.

(2) *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*. Madrid. Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1903.

(3) Archivo Municipal de Valencia.

Era regida la ciudad en dicho año por los jurados moss. Perot de Mompalau y moss. Nicolau Torres, caballeros; En Bernat Juliá, En Dalmau de Flores, En Bertomeu Martínez y En Jaume Martí, ciudadanos; eran Justicia criminal, moss. Galvany Alegre, caballero; Civil, En Luis Lorach, y de Trescientos sueldos, En Bernat Sent Feliu, ciudadanos.

Ejercía el cargo de Virrey don Luis de Cavanilles y Villarrasa, hijo segundo de don Luis de Villarrasa y de Castellana de Cavanilles, que por haber sido el heredero de su madre, vino obligado a tomar su apellido en primer lugar. Había sido nombrado a la muerte del primer Conde de Oliva don Francisco Gilabert de Centelles, según privilegio expedido en Cáceres a 14 de Abril de 1479, jurando el cargo, que desempeñó durante veinte y dos años, el 20 de Junio siguiente (1); y justamente a los pocos días de nacido Juan Luis Vives, el 10 de Marzo, por Privilegio dado en Granada, se nombraba a don Juan de Lanuza, Justicia mayor de Aragón, Lugarteniente general del Reino de Valencia, y el 25 de Abril dirige el Rey una comunicación a Cavanilles suspendiéndole en su cargo sin nota de infamia, lo mismo que a su lugarteniente don Luis Ferrer, asesor Jaime Rosella, y regentes Pedro Miguel y Juan Ardilles.

El sábado 5 de Mayo entraba en Valencia el nuevo Lugar-teniente general acompañado del caballero mallorquín Bartolomé de Veri «regent la Cancilleria», el cual juró su cargo, el mismo día, en la Catedral, acordando los Jurados darle solamente el título de «spectable, per ço com lo senyor Rey li havia donat lo titol»; empezando a regir la suspensión acordada el día 9 y en «tot aquell dia nos posa calendari en alguna escritura, ni treta alguna lletra fins dijous a deu del dit mes, que lo Loctinent general per lo senyor Rey en la present ciutat y Regne, a la hora acostumada, apres de levat Déu en la Seu, vengue a seure en la Cadira de la Governacio e ab ell Mr. Berthomeu de Viri» (2).

De resultas de esta suspensión fueron después estos oficiales,

(1) Fr. Luis Fullana. *Los Virreyes de Valencia*, Valencia s. a.

(2) S. Carreres Zacarés. *Libre de Memories*, Valencia. Imp. Hijo de F. Vives Mora, 1930-35.

trienales, si bien tanto Cavanilles como Ferrer obtuvieron diferentes prórrogas, y al retirarse don Luis de Cavanilles, en atención a sus relevantes servicios, le concedió el Rey, para mientras viviese, los honores y preeminencias que tenía por razón de su cargo, nombrándole, además, de su Real Consejo.

¿Cómo era Valencia en la época de Vives? Su aspecto urbano como el de todas las ciudades, en esta época, debía ser muy deficiente; rodeada de murallas, con acequias y valladares descubiertos, calles muy estrechas y dificultando aún más el tránsito «les eixides i els embans», no es de extrañar que las pestes causaran tantos estragos; pero en nuestra ciudad estaban en parte contrarrestados estos inconvenientes no sólo por la bondad del clima, sino también por los jardines que había, como el de la Ciudad plantado de limoneros, naranjos, cidros y palmeras con variadas figuras hechas con mirto y naranjos; los del Real con los mismos elementos decorativos, acueductos y piscinas, y otros de diversos nobles y caballeros, de tal manera arreglados que se creía uno estar en el Paraíso, además de muchas casas particulares soberbiamente edificadas con bellos patios y jardines (1).

Los Jurados valencianos mantienen en este período una rigurosa política de urbanización de la ciudad; en 1499 acuerdan ya que se arranquen todas las cadenas que había en las esquinas de muchas calles para interceptar el paso en caso de riñas o reyertas entre los antiguos bandos (2), se tapiaban las entradas de muchos azucats y se mandan derribar *les eixides* de muchas casas como las de las calles de los Castellvins, Alcover, Zaragoza, moss. Perot Crespí, Valeriola, plaza dels Pavesos, calles de Bertomeu Cruilles, Aliaga, Abaxadors, micer Roqua, Freneria, moss. Luis de Sent Angel, Cordellats, Babtista Burgarini y otras muchas; se prolonga la calle de Zaragoza hasta la Catedral

(1) S. Carreres Zacarés. *Itinerarium Hispanicum Hieronimi Monetarii* (Valencia en 1494). Almanaque de *Las Provincias* para 1924. D. Julio Puyol publicó la traducción de todo el Viaje por España y Portugal del citado Munzer. Madrid. Tip. de la Rev. de Arch., Bib. y Museos, 1924.

(2) *Sòtsobreria de Murs e Valls*, núm. 90 d.³.

en 1495 (1); en 1499 se ensanCHA la plaza del Vizconde de Chelva con parte del cementerio de la parroquia de San Salvador (2); en 1502 se expropia, para ensanche, la manzana de la Cordonería que estaba delante de la parroquia de Santa Catalina; en 1506 se acuerda que, por *Claveria*, se den quince libras a «mestre Agosti Monyos per subvenir en la plaça ques fa davant casa de mossen Ausias Crespi» (3); en 1508 se expropian dos casas para hacer la plaza de Calatrava (4); en 1510 se hace la de San Bartolomé con el solar resultante del derribo de la Abadía de dicha Parroquia y varias casas contiguas (5), y por no citar más, en 1511 se acuerda «sien derrocats tots los banchs, taules e cavalcadors e taulells de tots los carrers» en el plazo de diez días (6).

Todos estos acuerdos y otros muchísimos más que constan en los *Manuales de Consells* y en los libros de *Sotsobreria*, hicieron que la ciudad de Valencia fuera adquiriendo cierto aspecto urbanizado que la embelleció notablemente y que empezara a extenderse por todas partes la fama de ser la ciudad más bella y populosa de España (7).

Munzer dice, «era Valencia ciudad mucho mayor que Barcelona, bien poblada y habitada por muchos condes, barones, algún duque y más de quinientos nobles caballeros» (8), contribuyendo

(1) *Manual de Consells*, núm. 48, A.

(2) *Manual de Consells*, núm. 49, A.

(3) *Manual de Consells*, núm. 53, A.

(4) *Manual de Consells*, núm. 54, A.

(5) *Manual de Consells*, núm. 54, A.

(6) *Manual de Consells*, núm. 55, A.

(7) Recuérdese a este propósito el dicho vulgar referente a las tres capitales de la Confederación: Zaragoza la harta, Barcelona la rica y Valencia la bella. Y respecto al número de sus habitantes, citaremos únicamente dos cartas dirigidas por los Jurados, una, de 13 de Octubre de 1518, al Rey en la que le dicen: «Aquesta vostra ciutat de Valencia per ser tan populosa com vostra Real Magestad no ignora...», y la otra de 15 de Abril del año siguiente: «Aquesta sua ciutat de Valencia es molt populosa e tant que en ninguna sua ciutat Despanya huy ha tan gran poble com es lo poble de aquesta.....» (*Letres missives*, núm. 41 g.³).

(8) S. Carreres Zacarés. *Itinerarium Hispanicum*. Almanaque de *Las Provincias* para 1924.

a ello también la grandiosidad de los edificios públicos, pues los Jurados atentos siempre a todo lo que redundara en beneficio de la ciudad, no sólo construyeron nuevos, sino que también mejoraron notablemente los que ya había, y así vemos que conservan y reparan cuidadosamente los portales de las murallas, embelleciendo algunos de ellos y colocando retablos en la mayoría como el que se puso en 1504 en el portal de la Trinidad, pintado por el «venerable mestre Nicolau Falquo», al que se dieron ciento cinco sueldos (1), o el que se reparó en 1540 en el portal del Real, por el que cobró el pintor Juan Cardona sesenta y tres sueldos; siendo la obra más importante que en este período se hizo, en la muralla, el nuevo portal del Mar, pues según acuerdo tomado en 26 de Agosto de 1496 había de ser «hun bell portal ab ses belles torres de la fayço e manera que per los Obres de les obres de la Ciutat sera devisada» (2), construyéndose al efecto una maqueta por el *mestre* Agustín Muñoz que trabajó en la misma durante un mes ayudado por dos peones (3).

Por este mismo motivo habiendo la avenida del Turia de 27 de Septiembre de 1517 destruido los puentes Nuevo, de Serranos y del Real, en 22 de Junio del año siguiente reunida la *Fabrica nova del Riu* acuerda «provehir circa la dita necessitat e reparo dels dits ponts, e per ara senyaladament hon es la maior e mes urgent necessitat per lo molt benefici de la dita ciutat e honra de aquella, que es lo dit pont del portal dels Serrans, com sia lo mes util, millor e mes principal cami e entrada de la present ciutat, e encara per satisfer a les moltes instancies e requestes que tots los dessus dits senyors e officials, heretes e poblats en lo cami de Murvedre e altres en llurs cases e heretats, en sos comercis e negociacions reben, que no poden comodament venir a la dita ciutat, ne a llurs cases dengun vol anar sino a molt destent e treball, fent moltes instancies als senyors de Jurats e Hobres e Officials que lo dit pont sia hobrat e reffet com stava, e perque lo

(1) S. Carreres Zacarés. *Noticia de algunos retablos e imágenes en los portales de Valencia*. Almanque de *Las Provincias* para 1941.

(2) *Fabrica de Murs e Valls*, núm. 4, l. 1.

(3) *Sotsobrera de Murs e Valls*, núm. 88 d. 3.

reparo del dit pont es tant util e necessari es stada feta convocacio de tots los mestres de hobra de vila e pedrapiquers per haver lo parer e consell de aquells per millor veure y entendre quin pont ni de quina forma se haura de fer, e axi tots los senyors de Officials y Hobrers ab los dits mestres de vila y pedrapiquers son stats al dit pont e als altres e han hoyt lo parer de cascun dels dits mestres e encara, per mes deliberadament fer y entendre en la factura del dit pont, es stada donada comissio als dits magnifichs En Gaspar Phelip Cruylles, generos, e an Guillem March, ciutada, altres dels dits magnifichs Jurats, que ensemps ab los dits noble e magnifichs Hobrers tornassen al dit pont dels Serrans perque millor se pogues deliberar lo fahedor de la fabrica del dit pont.

E com essent aquells davall lo dit pont dels Serrans la experiencia los haia mostrat que essent dargamassa, com stava, e tornantlo a fer en la dita forma enbiguat e los peus baxos e strets e les arcades curtes, lo dit riu los ha sobrepuiat e derroquat e no es obra perpetua com deu esser de huna tant principal ciutat, e per ço lo pont de la Trinitat qui ha tengut les arcades mes amples e largues e de pedra no ha rebut tant gran dan ni es caygut del tot com lo dit pont dels Serrans.

Per totes les dites consideracions e moltres altres que evidentment apparen e per tots clarament es vist, lo dit pont deu esser refet e tornat a hobrar en tal forma que axi en lo benefici de la dita ciutat com en la honra de aquella ne sia ben reputada, e per donarhi bon principi e fi tots concordantment e dengun no discrepant provehiren que lo dit pont dels Serrans sia hobrat e hedificat e refet de nou tot de pedra, de peus, voltes, arquades ab grans fonaments e llit per la seguretat del dit pont e sia si e segons es huy lo pont de la Trinitat perque correspongua al Portal e torres tant principal e de tant bell edifici, e de la mateixa amplaria del dit pont de la Trinitat e encara si mes ample apparra deures fer que sia fet mes ample e les arquades mes altes e largues, en tal forma que per molt gran riu e diluvi que vingua no li faça empatg ni dan laygua que en aquell vingua ni la fusta que aquell porta e acostuma portar liberament puixa passar com fa et vist ara en lo dit diluvi que la fusta e la lenya que lo dit riu ha portat per lo empaig que ha tengut en les arcades esser baxes e

stretes ha derroquat aquells; cometents als dits noble e magnífich don Galceran Carroç e an Miquel Roig, hobrers de les dites Obres de Murs e Valls, que en la obra e fabrica del dit pont se done la mes diligencia ques puixa donar per la necessitat que la dita ciutat te de aquell.....» (1).

Hemos transcrito esta larga deliberación, porque ella revela muy claramente el espíritu que guiaba a los Jurados en todos sus acuerdos: el beneficio de sus administrados y el honor de la ciudad. Y como la obra era tan necesaria, se empezó a trabajar a los pocos días, previo acuerdo entre los Obreros de *Murs e Valls* y el «mestre Johan Corbera, mestre de la Ciutat e de la dita obra» que la piedra picada se pagaría a razón de 6 dineros el palmo y no a jornales (2), dirigiendo la construcción los maestros albañiles Miguel Moscardó y Jaime Daroca (3); acordándose también gastar 40.000 sueldos cada año.

Otro de los edificios públicos de este periodo que ha llegado hasta nosotros es la Lonja de la Seda, cuyas obras empezaron en 1482 y terminaron en 1498 dirigidas por Pedro Compte; los Jurados hicieron honor al acuerdo tomado de que fuera *molt bella* y gastaron sin tasa; Martín Girbes, pintor de la Ciudad, fué el encargado de dorar las claves y pintar unas orlas en las arcadas.

La Ciudad continuó embelleciendo la Lonja; en 1518 se acordó plantar naranjos en el patio, convirtiéndolo en jardín, dándose dos ducados de oro a Jaime Climent «per fer la mostra del hort de la Longa nova» (4); al año siguiente se acuerda traer agua de la acequia de Favara por una conducción hecha con «alcadufs», para cuya obra se cargaron 10.500 sueldos (5), pero, días después, se acuerda que hasta que esto se realizase se podía traer agua de la acequia de Rovella, cargando para ello hasta 500 ducados.

Pero como ninguno de los dos acuerdos dió resultado alguno

(1) *Fabrica de Murs e Valls*, núm. 5, l. 1.

(2) *Sotsobreria de Murs e Valls*, núm. 101 d.³.

(3) *Sotsobreria de Murs e Valls*, núm. 111 d.³.

(4) 24 Diciembre. (*Man. de Consells*, núm. 58, A.).

(5) 4 Abril 1519. (*Man. de Consells*, núm. 58, A.).

y el jardín no se podía regar a pesar del dinero gastado, «considerant que del embelliment de dita Lonja redunda honra e decoracio a la dita ciutat, la qual entre totes les altres ciutats es molt nomenada», acuerdan en 27 de Noviembre de 1529 se haga una noria para regar el huerto, y sabiendo que estaba vacía una casa de la viuda de Antonio Aliaga «la qual sta juncta e part della hedificada en un carrero açucach que solia haver entre la dita casa e un altra casa del pare del dit Anthoni Aliaga, lo qual carrero sta a les hespatles de la casa den Pere Lobet, notari, que sta davant lo dit hort de la Lonja, la qual casa de la dita viuda ab lo dit carrero es molt comoda e disposta per a fer dita cenia e artiffici de aquella perque de alli pora venir laygua per lo dit carrero, davall la casa del dit Pere Lobet, ab poch treball e despesa» (1), se acuerda comprar dicha casa y que se construya la noria para sacar agua suficiente con que alimentar la fuente que se había proyectado para el centro del citado jardín y poderlo regar (2), cargándose para todo esto 15.000 sueldos en 22 de Diciembre del mismo año.

(1) *Manual de Consells*, 63, A.

(2) En 24 de Diciembre de 1533 se firmaron los siguientes capítulos entre el magnífico En Honorat Benet Vidal, ciudadano, regente de Racional; y mestre Anthoni Jou, artiller.

«E primerament es pactat e concordat que lo dit mestre Anthoni Jou haia de fer e faça la dita font de bronzo ab les peces següents: ço es una peanya, la qual ha de tenir dos palms de altaria e tres palms de amplaria, en mig de la qual peanya haia de fer hun secret ques puga tancar e obrir pera poder donar gran colp de aygua tota hora que sera mester pera regar lort.

Item, hun balagost que pujara de la dita peanya fins al baci major, lo qual balagost ha de tenir quatre palms de altaria.

Item, lo dit baci major, lo qual tinga set palms de amplaria, a totes bandes, e palm e mig de altaria ab huyt grifons entorn.

Item, hun altre balagost que pugara del baci major fins al baci chich, lo qual ha de tenir del fondo del baci major fins a la vora del dit baci chich cinch palms de altaria poch mes o menys.

Item, lo dit baci chich lo qual ha de tenir tres palms y mig de ample, a totes bandes, ab quatre chorrolls.

Item, una ymatge de dona o de altre ab les armes de Valencia en la ma dreta, la qual ha de tenir tres palms de altaria ab sos chorrolls per les

Al mismo tiempo los Jurados procuraron urbanizar los alrededores; en 1519 se prohibió vender la hierba «del canto de la dita Loga, de les barres, fins al canto de la torre», habiéndolo de hacer «del canto de la torre de la dita Longa fins al canto del carrer dels Cordellats» (1), como igualmente años después se prohíbe que se dejaran las caballerías atadas a todo lo largo de la pared del Consulado (2).

Posteriormente se acabó la parte correspondiente al *Consolat de mar* (3) que primitivamente estuvo en el «carrer qui va de la Argenteria als Apuntadors, en la cantonada del dit carrer qui gira al Tall del drap y sisa» (4), a cuya casa se trasladó el Mustaçaf al acordarse en 1510 ceder la «longeta» del mismo para capilla de la Virgen de la Paz (5); en 1505 estaba en la capilla de la

parts hon millor parra y que alguns de aquells donen en lo baci pus alt.

De forma que tota la dita font ab la dita ymatge, quant tot junct sera assentat, tendra del payment de baix fins al loch pus alt de la dita font quatorze palms de altaria poch mes o menys.

Item, que la gruxa dels balagosts de la dita font haia de correspondre proporcionadament a la altaria de aquella e a les altres peces damunt dites juxta forma del dit patro de aquelles.

Item, es pactat e concordat que la dita Ciutat sia tenguda e obligada donar e pagar al dit mestre Anthoni Jou, axi per les mans e treballs de fer la dita font com per totes les haveries que seran mester axi en lo fer com en lo assentar de aquella en lo dit ort exceptat lo coure y lestany que sera mester pera buydar e fer la dita font, lo qual li ha de donar la Ciutat y ell hi ha de posar tot laltre y perço hi ha de dar la Ciutat noranta lliures pagadores en tres eguals pagues, ço es, la primera de continent ans de posar ma en dita obra, la segona a la migania de la obra e laltra en esser buydada la dita font e assentada ab tot compliment en lo dit ort.

Item, es pactat e concordat que la dita Ciutat haia de dar al dit mestre Anthoni lo dit coure a pes e ell sia obligat a tornarlo a pes deduhides les minves ques acostumen de dar en lo buydar de les peses de bronzo que son deu per cent...» (*Man. de Consells*, núm. 66, A). -

(1) 1 Diciembre. (*Man. de Consells*, núm. 58, A.).

(2) *Querns de provisions*, núm. 33, B.

(3) Se acordó reanudar las obras en 16 de Junio de 1506. (*Man. de Consells*, núm. 52, A.).

(4) *Manual de Consells*, núm. 54, A.

(5) Teixidor. en sus *Antigüedades de Valencia*, dice que la Corte del Mustaçaf estuvo en el mismo sitio hasta 1504 en que la Ciudad en 3 de

Lonja (1) y allí estuvo durante algunos años hasta que fueron habilitándose los locales del nuevo cuerpo, pues en 1518 ya se tomó el acuerdo de que se dijera misa en la citada capilla (2) para la que se compró en 1522 un «damunt altar de cuyro vermell» (3), y en 1541 ya utilizaban los Jurados las ventanas del Consulado para ver las fiestas (4) que se celebraban en el Mercado aunque la comunicación interior entre la Lonja y el Consulado aún tardó algunos años en establecerse (5).

Desde antiguo existía en la playa de Valencia un embarcadero de madera, construido a expensas de Antonio Juan, el cual y sus sucesores cobraban ciertos derechos concedidos por la Ciudad; como éste era insuficiente para las crecientes necesidades del comercio valenciano, a fines del siglo XV se pensó en la conveniencia de construir un muelle para que fuera más fácil la carga y descarga de las mercancías. En 1493 el Rey, desde

Diciembre acordó comprar la casa de Juan Bta. Palau que tenía puerta en la calle de la Argenteria, pero en 23 de Julio de 1510 se había tomado el acuerdo citado en el texto.

(1) En 5 de Febrero se acuerda «que lo administrador de la Lonja nova faça fer hun rextat de ferro en la capella de la Lonja nova hon de present sta lo Consolat.....» (*Man. de Consells*, núm. 51, A.).

(2) 25 de Febrero. Se acuerda se diga misa desde el día 1 de Marzo siguiente. (*Man. de Consells*, núm. 57, A.). Según el *Libre de memories*, se dijo la primer misa en 26 de Mayo de 1500.

(3) 7 de Noviembre, se acuerda pagar a «moss. Nofre Pinya, prevere, vint sous, ij diners, moneda reals de Valencia» por dicho cubre altar. (*Manual de Consells*, núm. 60, A.).

(4) 18 de Julio. «Considerant que fins a huy los dits magnífichs Jurats no han tengut comoditat de mirar les justes en la Lonja nova de la dita ciutat e per ço tenien llogades del magnífich En Honorat Benet Vidal, ciutada, unes finestres de una casa de aquell construida en lo Mercat de la dita ciutat, pera mirar dites justes, per preu e loguer cascun any de set lliures, e com al present tinguen molt bona comoditat e disposicio pera mirar dites justes en la dita Lonja, per ço revoquen e han per revocada la provissio feta de lloguer de les dites finestres.....» (*Querns de provisions*, núm. 26, B.).

(5) 7 Diciembre 1548, «proveheixen que mestre Miquel Percar, pedrapiquer, faça hun portal de la capella del Consolat pera poder passar al estudi nou conforme a una trassa que aquell ha donat.....» (*Man. de Consells*, número 76, A.).

Barcelona, escribe a los Jurados diciéndoles: «Reebut havem vostra letra acerca la fabrica fahedora del moll de la platja de aqueixa ciutat e per letres del Lochtinent general e Batle general havem compres la oportunitat e comoditat per a la fabrica de aquell, axí en lo sol com de pedra com de altres coses que nons par reste sino de hon se fara, e per lo ornament e incomparable beneffici que a aqueixa ciutat se espera seguir, fet lo dit moll, es nostra inmutable voluntat aquell se faça...» (1).

No parece que los Jurados estuvieran todos de acuerdo, especialmente en el medio de arbitrar recursos para la citada obra que había sido proyectada por un veneciano llamado Joan Caboto Montecalunya, y sea porque éste no les inspirara confianza o por la cuestión económica, es lo cierto que a pesar del interés demostrado por el Rey que les escribió varias cartas, de alguna de las cuales fué portador moss. Jaime de Santàngel, baile de Orihuela (2), parece que por entonces no se llevó a efecto dicha obra.

(1) *Manual de Consells*, m. 47, A.

(2) 27 Septiembre 1493. «Cambrer e Batle general. Per part de Johan Caboto Montecalunya, venecia, som stats informats que ha be dos anys que ell arriba en aqueixa ciutat e que en aquest temps diligentment hi entes en veure si en la platja de aqueixa ciutat se poria fer hun port, e havent trobat que ab molta facilitat se poria fer lo dit port, axi en terra com en mar, los ha traçats e pintats e aquells ha portat a nos e havent los vists e hoyt lo dit Johan Caboto nos ha paregut que si lo dit port e moll se podia fer en la mar axi com ell lo ha portat aci pintat que seria cosa de que redundaria gran beniffici a la cosa publica de aqueix Regne, e com sembla que lo que ell diu appar que porte alguna raho, havem delliberat que per lo Lochtinent general e per los Jurats e per vos sien elegides algunes persones que tinguen entelligencia en semblants coses e que aquells examinen diligentment si lo que diu lo dit Johan Caboto es axi com ell ho aci recitat y esta pintat en la pintura quens trametem ab En Gaspar Rull, mercader de aqueixa ciutat, perque si les dites coses se podien fer ab la facilitat que ell diu, nostra voluntat es ques...» (rotos los folios siguientes).

«Molt alt e molt poderos Rey e Senyor. Una letra de vostra Real Senyoria reebi de xxvij de setembre propossat per la qual vostra Alteza mana que lo Lochtinent general, Jurats e yo anassem sobre veure sis pora fer port en la platja desta ciutat, e per la qual Vostra Alteza mana li donen noticies destes coses, totes necesaries pera fer lo dit port.

Primerament veure si lo aferrador e platga del Grau de aquesta ciutat

Así mismo hemos de hacer constar la fundación, en este período, de muchos conventos y casas de religiosos, que demuestran la esplendidez y devoción de nuestros antepasados, entre los que debemos citar el de Jerusalén, fundado en 1496, por

es dargila e fanch e de tal sort que lo git de les pedres que en la dita platga se lançaran, pera fer lo dit port, troben tal disposicio e fermetat que sobre aquelles segurament se puga edificar lo dit port.

Segonement veure si lo fons de la dita platga en los braços que En Johan Caboto Montecalunya, venecia, diu, responen axi en lo principi del dit port com en les entrades de aquell de la manera que es mester axi per a la entrada de les naus grosses com per lo estar de aquelles en lo dit port.

Tercerament veure la pedra que ha de servir per al dit port sis pora haver del cap de Cullera de la manera que lo dit Johan Caboto diu.

Quartament que si los pontons que han a portar la dita pedra en lo estiu, en lo qual temps se ha de fer lo dit levar, si en los embats que en lo dit temps seguen en aqueixa platga poran navegar e portar la dita pedra al loch hon se ha de fer lo dit port.

Quintament fer anar al cap de Cullera pedrapiquers pera que tallen una pedra de la mesura que lo dit Johan Caboto dira e que vaia una barqua pera portar la a la dita platja per veure p'och mes o menys que costara una pedra mesa en lo loch hon se te a fer lo dit port, perque havent noticia dels fons del loch hon se te a fer lo dit port, se pora comptar quantes pedres seran mester per a la fabricacio de aquell e poras haver alguna noticia del que lo dit port e moll costara.

Setenament vist que totes les dites coses ixen en perfeccio mirar de hon se poran traure diners pera obrar lo dit port.

E axi, Senyor molt excellent, aqui se son fets molts colloquis tots ajustats, ab tot que ja ans de reebre la letra de Vostra Alteza per mi fonch tot praticat per esser cosa tant util y be de aquesta ciutat e he hagut molts pares sobre sis devia fer lo port o no e si redundaria en benefici de les regalies de Vostra Alteza e del be comu de aquesta vostra ciutat, e molts sont stats de parer que fentse lo dit port seria ennoblir e enrrequir aquesta ciutat y encara a tot lo Regne, e perque los parers de tots lo Lochtinent general larguament los ha scrits a Vostra Alteza e per sta no sera mester recitarlos, solament dire a Vostra Alteza que en les cinch coses primeres que es veure lo loch aferrador e argila pera fer lo dit port e de la pedra hon se te a fer e fer veure la pedra pera levar lo compte de quant costara fer lo dit port, tot ses fet e ses trobat tal qual es mester pera fer lo dit port y en toca certificar verdalterament (sic) que en lo fet de la pedra es tal e tan bona de carreguar e de tallar que persona non poria tamben demanar com ella ses trobada pera anantar en lo preu y despesa de la dita obra; quant a la sisena part que es el comunicar de hon se poran traure los diners pera fer lo dit

el Gobernador D. Luis Cabanilles, según bula de Alejandro VI, y que para construir su iglesia los Jurados compraron dos casas por las que pagaron, en 1499, ciento setenta y cinco libras; el de la Encarnación, en 1502, por el caballero valenciano Pedro Ramón

port, de aço fins ara no ses parlat, empero En Gaspar Rull, portador de la present, que va ensemps ab lo dit venecia a Vostra Alteza, li diran a boca alguns expedients pera traure diners pera fer lo dit port, hoynt Vostra Magestat aquell veura qual es lo que mes li satisfia e mes sens carrech de Vostra Alteza e dan de aquesta ciutat, e axi mateix es aqui lo Thesorer general e Scriva de racio de Vostra Alteza que son persones que saben molt en les coses de aquesta ciutat e Regne. Dels quals Vostra Alteza pora haver plena relacio de hon podran exir los diners perque si aci per lo Lochtinent general e Jurats se haura de veure de hon haien a exir los diners may se acordarien, per ço Vostra Alteza pot millor mirar lo que mes satisfia a son servey e allo manar e posar en execucio... De Valencia a xxv de Octubre, any Mcccclxxxiiij.

Al noble magnifich amat conseller e cambrer nostre don Diego de Torre, batle general en lo Regne de Valencia.—Lo Rey.—Batle general reebut havem vostra letra, resposta de altra nostra acerca lo moll faedor en la platga de aqueixa ciutat e hans plagut molt entendre se sia trobada tanta oportunitat en lo sol y en pedra y en les altres coses necessaries per a la fabrica de aquell, segons de vostra letra e per relacio den Gaspar Rull, al qual vos remetrem, havent compres en tant que nous par reste sino expedient de traure peccunies per a la dita fabrica e per que nos poria prou estimar lo ornament, util e benefici de aquest moll, essent acabat, tenim a cor en tota manera se faça e axi es la voluntat nostra e scribim al Lochtinent general nostre manantli torne a convocar a vos e altres de nostre consell e ab los Jurats torne a practicar de la oportunitat, comoditat e disposicio per a la fabrica del dit moll, e sent de aço concordades non caldra mes practicar, e en discordia ne torne practicar, e concordat e discordat agite, tracte e pratique de algun expedient, forma e manera per via de composicio de dret o drets o en altre modo per traure peccunies pera la despesa del dit moll, e en cars de concordia o discordia, tant en la hu com en laltre, nos hen done noticia per tal que Nos, vista vostra concordia o discordia e los vots e parts de cada hu, millor pugam delliberar e fer conclusio del faedor, e perque mes larguament ho havem parlat a nostre criat moss. Jacme de Sentangel, batle general de Oriola, de la present portador, dareuli fe e creencia com a nostra propria persona, lo qual vos comunicara lo que per ell nos han trames e dit los Jurats de aqueixa ciutat.

Dat. en la ciutat de Barchinona a xxvj dies del mes de Febrer del any Mcccc Lxxxiiij. Yo el Rey. (Arch. del Real, núm. 596. Arch. general del Reino).

Dalmau, con el título de la Purísima Concepción de María, título que se tuvo que cambiar por el de la Encarnación del Hijo de Dios, por reclamación de la Comunidad de la Puridad, convento que desgraciadamente ha hecho desaparecer la furia roja durante su dominación. El del Socorro, por el caballero también valenciano D. Juan Eixarch, en 1500; el de la Esperanza, en 1509, por D. Baltasar Gallach, regente de la Audiencia de Valencia; el del Remedio, en 1504, ampliado años después por el obispo de Tarazona y canciller del Rey D. Guillem Ramón de Moncada, a cuyas expensas se concluyó la obra en 1516 y en cuyo presbiterio hizo construir tres magníficos sepulcros, admiración de propios y extraños, para sus padres, para su hermano el Virrey de Nápoles y para don Gastón de Moncada; el de Santa Catalina de Sena, en 1491, en lo que fué cementerio de los judíos; a propósito del cual Munzer dice en su citado Viaje: «No lejos de esta capilla está el dicho Monasterio, que es un gran edificio rodeado de bellísimos huertecitos, y al cual está añadida cierta capilla que la Reina Isabel hizo construir magníficamente, y en la que todas las paredes, desde la base hasta el techo, están cubiertas con los vestidos de los *marranos* que hicieron penitencia, y también de aquellos que fueron quemados, que son muchos, y en cada vestido está escrito el nombre de su dueño; creo que serán más de mil, sin contar los que son quitados continua y ocultamente» (1); el de San Sebastián, en 1533, muy favorecido de las hermanas del Duque de Calabria, D.^a Julia y D.^a Isabel. Y aún podríamos mencionar otras fundaciones como la Capilla de la Sangre en lo

(1) El P. Tomás Güell en su Historia ms. de los Prioratos de los P. P. Fr. Jaime Meseguer y Fr. Francisco Vidal dice a propósito de sambenitos lo siguiente: «No es fácil que quiten los sambenitos de la Cathedral de Valencia, los antiguos todos quedan, los que han añadido de reconciliados y relaxados en los Autos de Fe celebrados en dicha ciudad desde el año 1720 en adelante están muy asegurados de que los quiten; pues los han colocado en lo alto de la pared, sobre la puerta del Micalete, donde los encontrara quien quiera leerlos, y menos el de un frances, reconciliado de luterano, y un judaizante de Lisboa, todos son de los apestados de Castilla que en estos tiempos miserables han venido a Valencia y continúan en llenarla de hijos». (Biblioteca de la Universidad).

que fué Hospital de la Reina, comprado por su Cofradía en 1538, el Beaterio de San Francisco, en 1528, en la calle de Renglons que al construir el arzobispo Mayoral su Casa de la Enseñanza, lo trasladó a la acera de enfrente, donde aún perdura reedificado en nuestros días, etc.

Igualmente es de esta época la advocación de Ntra. Sra. de los Desamparados, título que se agregó al de los Inocentes según Privilegio de Fernando el Católico dado en Barcelona el día 3 de Junio de 1493, bendiciéndose en Febrero de 1495 la nueva iglesia construída por dicha Cofradía en los *patis d' En Brú*, en la que empezó a cantarse todos los sábados la salve a la Virgen (1).

Pero además de estas fundaciones nuevas que acabamos de reseñar, se mejoraba continuamente las existentes de tiempos anteriores con nuevas construcciones y obras de arte, recordaremos el altar de plata de la Catedral hecho por el alemán Agustín Nicos, el valenciano Francisco Cetina y el italiano Bernabé de Tadeo de Piero de Pone de Pisa, que vino a sustituir al quemado en 21 de Mayo de 1469 (2) y que estuvo completamente terminado antes de 1505; pues en 11 de Julio de dicho año se acordó fuera reconocido por los mayores de los plateros y los marcadores para que vieran si estaba hecho con arreglo a la marca o ley de Valencia (3); la capilla de la casa de la Ciudad que se empezó en 1517 (4); la capilla del Real que se mejoró notable-

(1) Rodrigo Pertegás. *Historia de la A. y R. Cofradía de Ntra. Sra. de los Inocentes Mártires y Desamparados...* Val. Imp. del Hijo de F. Vives Mora. 1923.

(2) Chabás. *El altar de plata de la Catedral de Valencia.* Val. Imp. de F. Vives Mora, 1896. Munzer en su citado Viaje da a entender que únicamente el maestro alemán es el que trabajaba en dicha obra.

(3) Fué reconocido por March Castrellenes, En Joan Berenguer, Jaume Sentaffe, Jeroni Martí y Guillem Casanova. (*Man. de Consells*, número 52, A.).

(4) 17 de Julio, «provehexen que la capella de la Sala de la dita ciutat se faça, ço es de la cambra del Consell secret al apartament de la cambra questa al costat del archiu del mag. Racional, en axi que ab hun arc e ab los peus de pedra blanca y rextat corresponga a la dita cambra de consell secret, e que sia feta molt bella, de volta y tal qual cove a tant insigne ciutat,

mente en 1512 y en donde comenzó el culto de las Cuarenta Horas, poniendo de manifiesto al Señor los cuatro primeros días de Enero.

Y si de las fundaciones piadosas pasamos a las benéficas, hemos de recordar la constitución del Hospital general en el que vinieron a fundirse todos los existentes en Valencia menos los de San Lázaro, Pescadores, Peregrinos y Pobres Sacerdotes que continuaron subsistiendo independientemente y el de Pobres Estudiantes fundado el año de la muerte de Juan Luis Vives.

Igualmente son dignas de recuerdo las instituciones civiles creadas en este tiempo a medida que lo exigían las necesidades de la población, como la Escopetería que estaba en la actual plaza del Rintor Pinazo; el Consolat de Mar, de tan antigua raigambre y gloriosa historia en nuestra ciudad que se creyó conveniente por los Jurados edificarle suntuoso edificio adosado a la Lonja, cuyas obras se reanudaron en 1506, como ya hemos dicho, y tardaron bastantes años en terminarse (1); la Taula de Valencia que fundada a principios del siglo XV y desaparecido en 1416, volvió a constituirse de nuevo en 1519.

El proceso de su reconstitución fué el siguiente: el día 12 de Febrero de 1517, reunidos los Jurados, Racional y Subsindico, acordaron proponer al Consejo: «Item mes, Senyors molt magnífichs per privilegis dels senyors Reys, de eterna recordacio, a suplicacio de la present Ciutat, es dispost y ordenat que la present ciutat e magnífichs Jurats de aquella puxen fer y ordenar Taula general, en la qual totes persones puxen tenir sos diners segurament e que tots los deposits ques deposaran en poder de qualsevol official e jutge delegat nos puxa depositar sino en la dita Taula,

e que la despesa ques fara sia pagada per lo mag. administrador de la Longa nova de la dita ciutat que huy es y per avant sera fins sia acabada ab tota perfectio ab rexes e pintada ab totes les coses que necessaries seran menester». (*Man. de Consells*, núm. 57, A.).

(1) En 7 de Diciembre de 1548 acordaron los Jurados que «mestre Miquel Porcar, pedrapiquer, faça hun portal de la capella del Consolat per a poder passar al estudi nou conforme a una trassa que aquell ha donat. (*Man. de Consells*, núm. 76, A.).

sobre los quals privilegis, ja en temps passat, per lo Consell general hi ha hagut diverses provisions en que la dita Taula se fes, es posas en execucio, per ço se proposa quey sia deliberat».

Reunido al día siguiente el Consejo, acordó que se estableciera nuevamente la *Taula* con arreglo a los privilegios otorgados a la Ciudad, concediendo además poder a los Jurados, Racional y Abogados de la Ciudad para que ordenaran todo lo referente a la misma, y una vez hechos los correspondientes estatutos, los refiriesen en Consejo para que se pudiera deliberar sobre ellos (1). Pasó un año sin que se tomara ningún acuerdo, y en el Consejo de 22 de Febrero de 1518 se vuelve a tomar otra vez el mismo acuerdo (2).

Esta vez sí que se llevó a la práctica, pues en el Consejo de 3 de Marzo siguiente el «jurat en cap» Francisco Gil expuso que, en virtud del poder anteriormente conferido para que ordenasen todo lo referente a la *Taula* que la Ciudad quería restablecer, la cual, según manifestó «se fa per honra, reputacio, seguretats y benefici de la cosa publica, la qual servira per als deposits y comandes», habían hecho unas ordenanzas que sometían al Consejo para su aprobación.

En éstas, como en las primitivas, el Consejo asegura la *Taula* y promete y jura ante su escribano, que restituirá y pagará cualquier cantidad o joya que en la misma se hubiera depositado, tan pronto como se reclamen, y manda que sólo en la misma se puedan hacer los depósitos, prohibiendo que en adelante se pudieran consignar en las cortes del Gobernador, Baile, Justicias, Cónsules de mar, sus lugartenientes o en poder de cualquier otro oficial de la Ciudad bajo las penas establecidas en los Privilegios Reales.

Mas cuando ya estaban hechos todos los preparativos y acordado que la *Taula* se inaugurara el 1 de Abril, el día 29 de Marzo se recibió una carta de S. M. fechada en Barcelona a 24 del mismo mes, en la que participaba a los Jurados que habiendo sabido su acuerdo de poner una *Taula* al estilo de la de Barcelona

(1) *Manual de Consells*, núm. 57, A.

(2) *Manual de Consells*, núm. 58, A.

y aunque suponía que lo hacían con buen fin, «pero porque la cosa es ardua y trae mucha costa a essa dicha ciudad», les mandaba que sobréseyeran en su ejecución hasta que él viniera, que sería muy pronto, y en postdata añadía que si tenían alguna razón en contra, podían escribir a su Canciller, pero de todos modos que hasta recibir su respuesta «no se passe adelante en poner la dicha tabla».

El día 30 se volvieron a reunir los Jurados, acordando contestar a la carta del Rey y que ocho días después de partir el correo se convocara el Consejo sometiendo a su deliberación la carta Real y la contestación de los Jurados (1).

Cumpliendo este acuerdo, el 9 de Abril se reunió el Consejo en el que después de leerse la carta Real y la contestación de los Jurados, dada el día 31 de Marzo, en la que se le hacía saber que teniendo esta ciudad autorización, por privilegio concedido por el Rey don Martín, de poner «una Taula de cambi assegurada per la Ciutat e Consell de aquella» en la que se pudieran depositar dinero y joyas, como estaba permitido por Fueros del Reino a cualquier particular, y como creían que esto era útil y conveniente, después de madura deliberación y largo examen, habían decidido poner dicha *Taula*, haciendo el Consejo las obligaciones necesarias para la seguridad de la misma y ordenando los capítulos correspondientes para su buen régimen, gobierno y administración, y como suponían que de haber estado bien informado S. M. no hubiera escrito mandándoles sobréseyeran en la ejecución del citado acuerdo y quedara sin efecto obra tan útil y provechosa para el comercio de la ciudad y aun del Reino, le suplicaban no les ordenara cesar en su ejecución; pues era acuerdo del Consejo que ellos no hacían más que cumplir

El Consejo, por mayoría, acordó «que la Taula se pare segons ja fonch provehit en lo Consell passat, tenint confiança en la clemencia de Sa Maiestat que per benefici de la ciutat y pobladors de aquella ho tendra per be».

Por fin, resueltas todas las dificultades y sin hacer caso de la regia orden, el día 14 de Abril, reunidos en la Lonja los Oficiales

(1) *Manual de Consells*, núm. 58, A.

de la *Taula*, en presencia de los Jurados, Racional, Abogados de la Ciudad, Síndico y mucho público, juraron ante Franci Jofre, que hacía las veces del Justicia civil, desempeñar bien y fielmente sus cargos, entregándoles el Síndico las llaves de las cajas.

Se instaló la *Taula* en la Lonja, entre la puerta que da al jardín y la de subir a la torre, poniéndose a la otra parte, hasta la puerta de la citada Lonja, la *Taula del Contrast*. En esta segunda época de su existencia, resuelta la cuestión de los cambios por los Reyes Católicos, fué la *Taula*, únicamente, un banco de depósitos para corporaciones y particulares y una oficina donde se concentraron todos los pagos y cobros de la Ciudad, y de este modo empezó a funcionar la *Taula* que duró en este segundo período de su existencia hasta 1649.

Y siguiendo esta breve reseña de lo que fué Valencia en la época de Vives, vamos a ocuparnos de otro aspecto muy destacado de la misma en el que ha sobresalido siempre hasta el punto de que por algunos autores han sido considerados los valencianos como únicos, nos referimos a sus fiestas.

Precisamente en el año del nacimiento de Vives es erigida nuestra Catedral en Metropolitana por bula de Sixto IV, de 9 de Julio, y elegido Papa en Agosto del mismo año su primer arzobispo Rodrigo de Borja, son sus inmediatos sucesores en este período César, Juan y Pedro Luis de Borja, Alfonso de Aragón, Erardo de la Marca y Jorge de Austria, en cuyo tiempo se hizo el primer arreglo parroquial de la Diócesis.

Con gran júbilo se recibió en Valencia la grata nueva de la elección de Alejandro VI. Llegó la noticia el 20 de Agosto, celebrándose inmediatamente una procesión alrededor de la Catedral; la Ciudad, en honor de tan preclaro hijo que por no haber dejado nunca de sentirse español ha sido víctima preferida de la leyenda negra antiespañola, también celebró fiestas durante los días 10, 11 y 12 de Septiembre, en los que hubo luminarias, serenatas por los juglares y un día de toros; fiestas en las que por cierto se gastaron bastantes libras de pólvora y muchas gruesas de cohetes, no siendo mayor la fastuosidad con que se celebró esta elección por deseo expreso de Fernando el Católico que quiso fuera la misma que cuando la de Calixto III.

Y no fueron éstas las únicas celebradas en este período: en 1493 se solemniza la recuperación de Perpiñán y de los condados de Rosellón y Cerdaña; al año siguiente se festeja la llegada del infante de Aragón D. Enrique, duque de Segorbe, que se hospedó en casa del Conde de Oliva y fué obsequiado el día de S. Dionisio con varios banastos repletos de mazapanes y turrónes, fiestas que se repitieron al venir como Lugarteniente general; se festejan igualmente, en 1505, las paces entre Fernando el Católico y el Rey de Francia.

Dos años después la venida del Rey Católico con la Reina Germana es objeto de grandes festejos en los que la Ciudad gastó más de 77.000 sueldos. Llegaron los Reyes el 20 de Julio atracando la galera real a un puente de madera expresamente construído para este acto por el célebre escultor Damián Forment, y en los días que duraron hubo fiesta por los Oficios, acompañados de muchos juglares; el 1 y 2 de Agosto, corro de toros en el Mercado, corriéndose treinta y seis, de los que fueron alanceados y muertos cuatro; juego de cañas en el que tomaron parte muchos caballeros valencianos; justas en las que se llevó el primer premio, consistente en un plato de plata de mil reales de coste, Franci Joan Dartes, y un rubí mosén Juan Mercader, por haber salido el *pus galant cavaller*.

El egregio D. Gerubi de Centelles organizó otro juego de cañas, en el que tomaron parte treinta y seis caballeros, que salieron ricamente vestidos de *brocat, chapats y brodats*, y por la noche recibió la Reina en audiencia a las señoras de Valencia en casa del Baile general. Aún hubo otro *rench de real* en el Mercado, mantenido por Jaime de Aguilar, jurado *en cap*, y en el que se llevaron los premios de mejor justador mos. Luis Crespi de Vallaura, y de más gentil caballero, otra vez, D. Juan Mercader, señor de Buñol. Todas estas fiestas fueron presenciadas por la Reina, a la que se dieron mil ducados en vez de la consabida vajilla de plata, desde un *carafal*, para construir el cual se derribaron unas casas.

Así mismo se solemnizaron la toma de Bujia y Trípoli; la llegada del Emperador a España y su coronación; la venida de Doña Germana, como Gobernadora general, a la que salieron a

recibir los Jurados en Buñol; ésta descansó en Cuarte, en una casa alhajada a costa de la Administración de la Lonja nueva, y al llegar a la Cruz de Mislata fué recibida por todo el clero catedralicio con el Obispo a la cabeza, dirigiéndose directamente a la Seo, donde se cantó un *Te Deum*, jurando después los Fueros y retirándose luego al Palacio Arzobispal, donde fijó su residencia. Al día siguiente, como la otra vez, paseó por nuestra ciudad, admirando sus tiendas arregladas para dicho día.

La noticia de la victoria obtenida por el ejército español en los campos de Pavía, con la prisión del rey de Francia Francisco I, no tardó en llegar a Valencia. El 13 de Marzo de 1525 (1), por la noche, la reina D.^a Germana participó tan grata nueva a los canónigos, que estaban congregados en la sacristía de la Catedral, cantándose esa misma noche, a las ocho, un *Te Deum*. Al día siguiente, reunidos los Jurados en Consejo, acordaron celebrar tres días de luminarias generales, procesión a la Virgen de Gracia y *fochs y balls per los carrers* en demostración de alegría por dicho triunfo, que Valencia saboreó más que otras ciudades; pues el 29 de Junio del citado año llegó una escuadra compuesta de 20 galeras y 4 bergantines al mando del Virrey de Nápoles y de D. Fernando Alarcón, conduciendo al regio prisionero, que desembarcó a la madrugada siguiente, siendo recibido por el Gobernador, Baile y muchos caballeros que le acompañaron hasta la Atarazana del Grao, donde le visitaron los Jurados, en cuyo nombre Baltasar Granulles, *jurat en cap*, puso a su disposición la Ciudad y Reino, contestándole Francisco I que era prisionero de su primo el Emperador, y que Dios hiciera les pudiese pagar algún día tanta merced, y después, de recibir la visita del Conde de Oliva, se retiró a descansar. Por la tarde, acompañado de los Jurados y Oficiales Reales y escoltado por unos 200 soldados se dirigió al Real.

Al día siguiente visitó a la reina D.^a Germana, retenida en Palacio Arzobispal, donde residía, por la enfermedad de su marido el Marqués de Brandemburgo, que murió a los pocos días y

(1) Sanchis Sivera. *Llibre de Antiquitats*. Editorial Diario de Valencia, 1926.

al que se tributaron exequias nunca vistas en Valencia, e inmediatamente fué conducido al castillo de Benisanó, donde estuvo hasta el 21, en que salió para Castilla, acompañado del Señor de dicho Castillo y gobernador general de Valencia D. Jerónimo de Cabanilles, del Conde de Albaida y de un caballero de la casa del Conde de Oliva, escoltado por 40 soldados de caballería y 400 infantes hasta Requena, donde lo entregaron a los que habían de conducirlo a Madrid.

Con el mismo respeto y consideración fué recibido el Cardenal Juan de Salviati, legado de Clemente XI, al que salieron a recibir hasta Alfafar el Obispo de Gracia acompañado de más de 60 capellanes, todos a caballo; días después de su llegada paseó por nuestra ciudad montado en una mula, paramentada de grana, y la guarnición *tota chapada de or fi*, llevando a sus lados al Gobernador y al Jurado *en cap*, precedido de su macero, crucero y maestro de ceremonias, y seguido del Arzobispo de San Severino, varios obispos, jurados, canónigos y muchos caballeros.

Este mismo día fué obsequiado por el Cabildo con un rico presente compuesto de dos terneras del Brosquil, 40 gallinas, otros tantos pollos, ánades y palomos, todo colgado en unas barras de madera, 12 *presents de cansalada*, 12 *fogaces* de Mallorca, carne de membrillo, *almesclada* excelente, tres platos con confituras, que costaron treinta y cinco ducados, 20 cahices de cebada, 6 toneles de vino y una carga de antorchas y velas.

Igualmente se festejaron en Valencia sucesos tan gratos para toda España como el casamiento del Emperador y el nacimiento del Príncipe D. Felipe. La venida del Emperador a jurar los Fueros en 1528 se solemnizó con varios días de fiestas, en las que se acordó gastar hasta 100.000 sueldos, regalar al Emperador 100 marcos de plata dorada, que se hiciesen fiestas y luminarias, procesión como la del día del Corpus, fiesta a cargo de los Oficios, que fuera una representación de la Ciudad a recibirle a Siete Aguas, llevando instrucciones concretas el Síndico sobre lo que le había de manifestar al Emperador de parte de la Ciudad, especialmente el deseo de que se guardaran en la entrada las prácticas seguidas de antiguo, las que fueron rigurosamente observadas.

El 28 de Abril pernoctó el Emperador en Requena y el 2 de Mayo en Cuarte, dirigiéndose a Valencia al día siguiente, después de comer, acompañado de los Duques de Calabria, Segorbe y Gandía, Condes de Cocentaina, Albaida y Almenara, el almirante D. Alonso de Cardona, D. Pedro Maza y otros muchos caballeros, llegando hasta el convento de San Sebastián, donde fué saludado por los Jurados, teniendo que resolver antes de su entrada por el Portal de Cuarte una cuestión de etiqueta surgida entre el Mestre Racional y el Lugarteniente de Gobernador, que zanjó el Monarca haciendo se retiraran los dos bordones objeto de la cuestión, de manera que a la derecha fueron cinco y a la izquierda siete. De este modo, precedido del Virrey, del Duque de Segorbe y otros Grandes, del Gobernador D. Jerónimo de Cabanilles que llevaba el estoque, entró el Emperador a caballo, cuyas riendas llevaban D. Jerónimo Vich y D. Galcerán de Castellví, señor de Carlet, bajo palio, entre los dos Jurados *en cap* y seguido de los demás Jurados, Oficiales de la Ciudad y muchísimos caballeros, expresamente convidados para este acto, y se dirigió por el trayecto de costumbre a la Catedral, entrando por la puerta del Campanar y, después de orar breves momentos, salió por la puerta de los Apóstoles, dirigiéndose al Real, donde fué recibido por la Reina D.^a Germana acompañada de muchas damas.

Durante la estancia de Carlos I en Valencia se celebraron varias y suntuosas fiestas en su honor, alguna, como la de los Oficios, de triste recuerdo por las desgracias que ocurrieron. Jugó un día a cañas haciendo honor a la destreza de los valencianos, presentándose vestido con «capus y sayo de vellut carmessi, tot com hun filat de or de gusanillo, ab hun barret de carmessi, ab plumall blanch, lo cavall blanch molt rich de cordons».

Se celebró también la procesión del Corpus con Rocas y otros muchos entremeses, como se acostumbraba hacer en su día propio, presenciando su paso el Emperador y su corte desde la Diputación, y como la procesión había salido muy tarde, al llegar a la esquina de la plaza de Calatrava regresó a la Catedral. Los Diputados obsequiaron al Rey y su acompañamiento con una espléndida colación de más de setenta platos.

Hubo unas justas reales mantenidas por los dos Jurados

en cap y en las que tomó parte el Duque de Calabria que salió «chapat de or de martell y cosa que fon molt llohat per los castellans de gentil cavaller de la brida y de gran justador»; una justa de guerra mantenida por D. Juan Aguiló, que rompió diez lanzas y la mantuvo todo el día, de cuya vista tuvo gran placer el Emperador, y una recepción en la Sala de la Casa de la Ciudad a la que asistieron más de 180 damas, y según un cronista contemporáneo «dellas avia tan hermosas que no se puede mas decir, y todas a una mano tan dulces para tractar en ellas que no parecen cosa humana sino mas adelante. Dançarian por maravilla setenta dellas, y duro la fiesta desde las cinco de la tarde hasta la media noche».

Durante una de las primeras noches de su estancia en Valencia, fué el Emperador obsequiado con «molts plats de pastes reals y de marçapans y de coses de sucre fetes de bulto y citronat, y de carabaçat y plats de torrons, y molts cabasos, pintats de les armes de Valencia, plens de torrat, cohets y tronadors», además de la correspondiente pólvora, encerrada en rica- caja dorada, de todo lo cual envió S. M. a la Emperatriz.

Aún debemos registrar en este período otras fiestas celebradas por la toma de la Goleta y de Túnez; el tercer centenario de la Conquista que como en anteriores conmemoraciones tuvo un marcado carácter religioso: se trataba de dar gracias al Señor por el señalado favor de reducir a la fe cristiana nuestra ciudad; y otras menos importantes y que no describimos (1).

No obstante queremos hacer constar una modalidad de las mismas que adquirió carta de naturaleza en este período, nos referimos a los paseos que daban los Reyes y demás visitantes ilustres por las calles de Valencia, cuyo itinerario había sido previamente fijado y anunciado para que las tiendas estuvieran arregladas exhibiendo sus mejores mercancías, y seguramente recuerdo de estos paseos es el dado por los caballeros valencianos Centelles, Borja y Cavanilles, que Vives nos describe en su diálogo *Leges ludi*.

Por cierto que en una de las últimas fiestas mencionadas, la

(1) Véase nuestra *Bibliografía de Libros de Fiestas*.....

de la toma de Túnez, se rompió la campana Miguel (1); se ofreció a fundirla de nuevo el campanero valenciano Luis Trilles, pero no habiendo llegado a un acuerdo todos los componentes de la *Fabrica de Murs e Valls*, se acordó por mayoría que la hiciera el citado Trilles «per dos respectes: lo hu que ja ha fet altres campanes, les quals son exides bones, y assegura la dita Fabrica que si la dita campana no exira bona vinga a carrech de aquell e l'altra porque es fill de la ciutat e mes val la fassa aquell que no hun foraster, puix es mestre ja practich y assegura que, si no la fa bona que vinga a carrech de aquell».

Se fundió «en la plaça vulgarment dita del Campanar de la Seu», debiendo estar hecha por Julio de 1539, procediéndose a su peso el día 22 de Diciembre por Pedro de Martos, pesador del peso del Rey, del siguiente modo: «que per En Baltazar Andres e Jaume Lagostera, fusters, es stat posat sobre hun pilar de fusta hun madero com a braç de pes, a compas y mesura sens frau y engan, e a la hun canto de dit madero eo braç es stada ligada ab cordes de canem la dita campana e al altre canto de dit madero eo braç es stada posada una balansa eo graelles de fusta ab cordes de canem ben ligades e en dita balansa eo graelles son stats posats tants troços de plom fins tant la dita campana e contrapes de plom e balansa son stats eguals e afinats com a dos balanses de pes sens frau e engan, e en apres per lo dit Pedro de Martos, presents tots los dessus dits, fonch y es stat pesat lo dit contrapes eo troços de plom ab dites graelles e cordes ab les quals estaven lligades, e per lo pes del dit plom, graelles e cordes se troba la dita campana pesar setcentes sis arroves, quatorze lliúres, pes gros, valent la arrova trenta y sis lliures»; cobró Trilles por su trabajo 17.000 sueldos, poniéndose la campana en su sitio en los primeros días de Febrero del año 1540 (2).

La misma solemnidad de las fiestas profanas desplegaba la Ciudad en las exequias regias que siempre se celebraban con gran

(1) Sanchis Sivera, en *El Miguelete y sus campanas* menciona otras dos roturas en esta época: la de 1519 por un rayo que incendió la *gabia*, cayendo la campana y la de 1532.

(2) *Llibre de provisions de la Fabrica de Murs e Valls. 1529-1576.*

pompa y aparato, citaremos sólo las del Príncipe D. Juan en las que se gastaron 1.364 libras, 17 sueldos y 7 dineros; las de Fernando el Católico que se celebraron el 4 de Febrero de 1516 y para cuya celebración se tomaron los siguientes acuerdos: que fuera «crídat per els andadors de la confraria de S. Jacme, S. Arcis y S. Jordi»; que la oferta fuera de veinte florines de oro y cuatro cirios que habían de ofrecer Francesc Vives de Boyl, señor de Bétera, moss. Jaume de Pertusa, el Racional y Onofre Çaera, ciudadano; se habían de decir mil misas y hacerse un paño de brocado, que bordó Vicente Ferrandiz (1), que se regalaría después a la Catedral; los cirios en número de mil serían negros con las armas de la Ciudad; se designó al dominico Fr. Juan de Salamanca para pronunciar la oración fúnebre; se nombraron cuarenta convidados, entre ellos, el Señor de Bétera, Jaume Pertusa, Onofre Çaera, Franger Ladro, Gaspar Mascó, Jeroni Carroç, Francesc de Artes y Melchor Claramunt; se dieron más de trescientas gramallas de luto y se participó la muerte del Rey a Játiva, Orihuela, Alicante, Alcira, Cullera, Penáguila, Villajoyosa, Bocariente, Onteniente, Caudete, Jijona, Liria, Alpuente, Sagunto, Burriana, Castellón, Morella, Castellfabib, Ademuz, Alcoy, Villarreal y Peñíscola; a los Condes y Barones del Reino, Infante D. Enrique, Duque de Segorbe, Duque de Gandía, Marqués de Adzaneta, Condes de Oliva, Cocentaina y Albaida, D. Alonso de Cardona y D. Pero Maça de Lizana. Finalmente habían de hacer *la andana*, las cofradías de la «Verge Maria, S. Arcis, S. Jordi, Betlem, S. Jaume y la de la Verge María dels Inocents y Desamparats», pero por la cuestión que había entre las de la «Verge María y S. Jaume», se acordó no acudieran ninguna de las dos, mas la última, no acatando la orden, acudió.

Para todo esto y para el catafalco que construyó el carpintero Miguel Juan por cincuenta y dos libras y media, se acordó cargar a censo cuarenta y dos mil sueldos.

Solemñísimas fueron también las hechas por el Marqués de Brandembargo; murió éste el 9 de Julio de 1525 y las honras fú-

(1) Se le pagaron 85 libras «de fer les armes en lo drap de brocat del rey don Fernando». (*Man. de Consells*, núm. 50, A.).

nebres se celebraron el día 31 a la usanza alemana y para ello el Emperador mandó un Rey de armas.

Según el *Llibre de Antiquitats* (1), al empezar la misa «vingueren tots los officials y cavallers ab xij banderes y dos escuts y hun elm de guerra y altre de iusta y huna çota de damunt les armes e lo mateix cavall ab altre parament daltres collors, y entraren per la porta del Bisbe e lo cavall resta a la porta, y les dites coses portaven les diversos cavallers y nobles, cascu sa cosa, e posarenho en lo cadafal del capell entorn de la tomba, en sos forats quey havien fet. E a la hora del offerir levarense los cavallers y cascu cobra lo que portava y oferiú al peu del altar al Sr. Bisbe, y darrer de tots entraren lo cavall y essent davant la capella prengues a relinchar e passaren lo de larch per la porta dels Apostols; y feta la oferta, lo Rey darmes feu posar totes les banderes dalt damunt lo capell, y fet lo sermo per frare Jayme de Leon, del orde de Jesus, y acabada la missa feren les obsequies acostumades fer en les remembrances».

Pero no se crea por ello que sólo se registraron sucesos favorables. Desastrosos fueron para Valencia los primeros años del siglo XVI. En 1503, con el pretexto de la escasez de pan, se amotinó el pueblo contra los Jurados, hecho insólito en los anales de nuestra historia local; poco después estalla la guerra de las Germanías, episodio de triste recuerdos en nuestra historia, y por si esto no fuera bastante, en 1517, una inundación arrastra los puentes Nuevo, de Serranos y de San José y arruina el del Mar; es azotada Valencia por varias pestes y hambres que aunque detuvieron momentáneamente su progreso no pudieron impedir, como ya hemos visto, que cuando pasaron estas circunstancias adversas mejorara notablemente la ciudad en todos sus aspectos.

Y fué debido a que los Jurados no dejaron de preocuparse de todo lo que pudiera redundar en beneficio de la misma, y así acuerdan en 1500 dar «cent solidos a Na Sperança Gil per una carta en la qual sta pintada laygua queste a portar axi de Castella com encara de la part del riu de Chuquer» (2); en 1502 se le

(1) Sanchis Sivera. *Llibre de Antiquitats*. Val. Imp. *Diario de Val.*, 1926.

(2) *Manual de Consells*, núm. 50, A.

dan varias cantidades a Alfonso de Mesa «mestre de mines» por sus trabajos para traer agua del Júcar para regar el llano de Cuarte (1), y que se trabajó bastante en esta ocasión da idea el que se pagasen a Jaume Cardona, de Alginet, 268 sueldos por seis quintales y media arroba de aceite para alumbrar a los que trabajaban en la mina de Thous (2); en 1529, con el mismo motivo prometen a «mestre Puig, obrer de vila, cinquanta ducats y aygua franca pera regar certa terra quan donaria com podria venir laigua del Xuquer fins lacequia de Quart» y «en virtud del dit acte de promesa lo dit mestre Puig es anat a livellar a ses despeses tres vegades, axi mateix es anat a livilla per Valencia dos vegades y en totes aquestes voltes ha trobat que laygua de Chuquer, prenintla al peu del castell de Tous a cara daygua, se troba ques mes alta que la cequia del Rey cxvij palms, y prenintse al peu de dit castell de Tous hay molt bona presa, axi fent gran açut com chich, y es lo millor loch de tot lo riu; frega tot lo terme [de] Antella, part de Alberich y Acosser, part del terme de Reçalany, part del terme de Montartal, tot lo terme de la Alcuia, la maior part de Carlet, part de Algemesi, tot lo terme de Alginet, tot lo que resta regar del terme de Cotes, tot lo terme de Benifaraig e lo de Almuçafes, Pardines, Albalat, Sollana, Silla, Spioca, Picacent y Alcacer, Beniparrell, Albal, Catarroga, Benitücer, Payporta, Picanya e Torrent, Alaquas, Aldaya, partida del terme de Quart, passa damunt la font de Spioca y junt Picassent, damunt lo Rafol, per damunt Torrent y puja Lxxxxvj palms damunt Sant Onofre de Quart que ve a ferir al aljup qui sta cami de Raquena e ve a entrar en lo riu de Valencia, y de hon sa de pendre fins a entrar en lo riu de Valencia tos temps ve sequia descuberta.

Aquesta sequia pot portar trescentes e cinquanta files de aygua y tots los lochs mencionats en lo present memorial tenen prou aygua, de cent y cinquanta files, restenne doscentes files, les quals se poden posar en lo riu de Valencia.

Lo pla de Quart se pot tot regar daquesta manera, prenint laygua a Pedralba per hon sa acostumava de regar lo pla de Quart

(1) *Sotsobreria de Murs e Valls*, núm. 92 d.³.

(2) *Sotsobreria de Murs e Valls*, núm. 92 d.³.

antigamente y laygua ab la qual se ha de regar lo dit pla de Quart se ha de pendre del riu de Valencia de aquesta manera, ço es, que les quatre sequies Benneger, Favara, Mislata e Rovella se poden girar al dit pla de Quart.

Les sobredites quatre cequies prenen aygua del riu de Valencia tant solament cent y quatorze files y la cequia que ve de Chuquer porta doscentes files sobrades, de manera que de les dites doscentes files ne poden pendre pera les dites quatre cequies les cent y quatorze files quels pendran per al dit pla de Quart y encara ne sobrarian Lxxxvj files, les quals poran donar raho y aygua en altres cequies si sera mester e aço es lo que lo dit mestre Puig diu ha Valencia per raho de la promesa li es stada feta ab lo dit acte» (1).

Como se ve este proyecto era mucho más amplio que el realizado con posterioridad por el Duque de Híjar al construir la llamada segunda sección de la Acequia Real y seguramente los Jurados ante la magnitud de la empresa no se atrevieron a realizarla.

Y no solamente fué del Júcar de donde trataron de traer agua para aminorar los daños producidos por las sequías y mejorar las cosechas, sino que en 1533 pagan 1231 sueldos, 11 dineros a miser Hieroni de la Torre, doctor en cascun dret; mestre Joan Dalacant, pedrapiquer; mestre Antoni de Xátiva y mestre Vicent Eximeno «per la anada que aquells han fet a terra de Moya pera livellar lo riu de Gabriel sis poria engravar en lo riu de Guadaluviar» (2).

No descuidaban tampoco los Jurados lo referente a higiene y sanidad; en 1520 establecen lugares higiénicos en la Lonja y posteriormente en la Casa de la ciudad y en otros edificios públicos; se expiden cédulas de sanidad a los que se trasladaban a otras partes (3); se presta gratuitamente los servicios médico y

(1) *Manual de Consells*, núm. 63, A.

(2) *Sotsobreria de Murs e Valls*, núm. 113 d.³.

(3) «A universes e sengles officials e altres qualsevol persones a qui les presents pervendran, los Jurats de la insigne ciutat de Valencia saluts e honor. Certificamvos com En Johan Vallori, catala, e En Pedro de Facto,

farmacéutico a los pobres apestados (1); como asimismo el reconocimiento de las mujeres del público; está reglamentada la mendicidad, no pudiendo nadie pedir limosna sin llevar una medalla de plomo al cuello expedida por el Síndico, ni entrar en las iglesias durante la celebración de la misa, teniendo que estar a las puertas (2).

Siempre se preocuparon los Jurados de la enseñanza y si en tiempos anteriores consiguieron que los valencianos pudieran alternar con catalanes y aragoneses en el Rectorado de la Universidad de Lérida, ahora dan cima a una aspiración hacia tiempo sentida con la creación de la Universidad Valencina por Alejandro VI, según bula de 23 de Enero de 1501 con los mismos derechos y privilegios que los de Roma, Bolonia y Lérida, y aprobación Real de 16 de Febrero de 1502.

En 1498 se había ya ensanchado el *Estudi general* y aunque por la descripción que nos da Vives (3) se ve dejaba mucho que desear, los Jurados procuraron ir mejorándolo para ponerlo a la altura de sus similares (4), y que no resultaron fallidas sus esperanzas lo pregonan los nombres de innumerables valencianos que descollaron en todos los ramos del saber, y las muchísimas subvenciones otorgadas para la impresión de obras diversas como, por ejemplo, a Alonso de Proaza, por sus *Lahors e en favor de la ciutat de Valencia*; a moss. Pere Domenech, por

messines, los quals fan son romiatge e peregrinacio al benaventurat sent Jaume de Galicia, parteixen de la present ciutat de Valencia, en la qual, per gracia de nostre Senyor Deu, ha molt bona sanitat. En testimoni de les quals coses los havem manat fer lo present testimonial sagellat ab lo nostre sagell menor. Dat. Val. nona die mensis Maij anno a nat. Domini millessimo quingentessimo decimonono». (*Letres missives*, núm. 41 g.³).

(1) Se manda pagar veinte libras a mestre Joan Beneyto «per obs de servir e vesitar los pobres ferits de pesta». (*Claveria comuna*, núm. 84).

(2) 11 de Enero de 1496. (*Manual de Consells*, núm. 48, A.).

(3) *Virginis Dei parentis ovatio. Opera omnia*, edición de Mayáns, t. VII.

(4) En 1544 se acordó no se pudieran dar grados de bachiller en cánones, leyes ni medicina a los que no supieran latín para que no se pudiera decir que «home que no sab lati sia bachiller en les dites Facultats de la dita Universitat». (*Querns de provisionis*, núm. 29, B.).

su *Injuris alfabetum*; a mestre Joan Gomis, por sus obras *De Concepcione* y una *Vida de S. Roc*; a moss. Pere Guiot, por su *Delit speritual de la anima*; a Hieronim Soves, por sus *Espechos de necios, locos, sabios y prudentes*, y muchas más que constan en las deliberaciones de los *Manualls de Consells*.

Y pregonan este florecimiento de la ciudad los edificios tanto oficiales como particulares que se construyen en esta época como el palacio de la Inquisición en la plaza de San Lorenzo, el Baluarte del Grao en 1534, el palacio de la Diputación para cuya construcción concedió autorización el Rey en las Cortes de Monzón de 1510 y las suntuosas casas de muchos nobles y caballeros valencianos; enriqueciéndose también algunos templos con magníficas obras de arte como la parroquia de San Martín con el Grupo escultórico de San Martín con el pobre, donación de Vicente Peñarroja en 1494.

Además, los frecuentes envíos que los Jurados hacían a los Reyes de lo que se producía en Valencia y que hacía que nuestra ciudad figurase en todo a la cabeza de las otras ciudades españolas: y así, entre lo enviado al Rey Católico en diferentes ocasiones, encontramos el envío de seis abanicos, cuatro *portadores de fruyta*, *certes aygues e confits*, melones, muchos dulces, varias pieles para borceguíes, dos pares de *pantofles* de terciopelo, forradas de grana, y unos sombreros para uso del Rey; una guarnición de terciopelo finísimo, bordada de hojas doradas; cierto cristal muy hermoso; oro y plata para un reloj que, con destino a la Reina, estaba haciendo mestre Robí; cuchillos, jabón de Chipre, *pa de lavamans*, peines, velos, alhajas de oro, chapines y *estorachs* para la dicha Señora y unas muñecas, que costaron trescientos noventa sueldos, para las Infantas.

Y como si esto no fuera bastante, demuestra el estado floreciente de Valencia en este tiempo, el auxilio económico repetidamente prestado por la Ciudad a los Reyes en sus apuros económicos, el lujo que reinaba y el bienestar que se disfrutaba, lo cual puede deducirse de la lectura del *Repartiment real entre los veíns de la ciutat*, en el año 1513 (1), en el que además de muchos

(1) Arch. municipal.

juristas, médicos, mercaderes y afiliados a los distintos gremios que existían entonces en Valencia, hay pintores, «ligadors d' horts, mestres de fer violes, netejadors de dens, naipers, spillers, mestres d' esgrima» y hasta una buñolera y una «botiguera dels afayts», viniendo estos detalles a corroborar que Valencia era la cabeza comercial de España y el lujo y ostentación de que se hacía gala; Munzer, dice, «los varones visten largo y hermoso vestido; igualmente las mujeres vestidas, pasean más de lo debido entre los demás, yendo escotadas hasta los pechos, todas se pintan y son muy aficionadas a los afeytes y aguas odoríferas.

Hay también costumbre de que el pueblo, todas las tardes y muchas noches, se pasee por las calles en tanto número como si fueran ferias, sin ofenderse nadie, de tal manera, que si no hubiese ido a verlo en compañía de los mercaderes de Rafensburg, no lo hubiese creído; las tiendas de comestibles permanecen abiertas hasta media noche, pudiendose comprar lo que se desee a cualquier hora; podría escribir mucho de estas cosas que omito por brevedad».

Pero no sólo fué Valencia la cabeza comercial de España, sino también intelectualmente rayó a gran altura, favoreciéndolo mucho la estancia de los Duques de Calabria; y para corroborarlo, copiamos de un conocido escritor valenciano (1). «Instalose la nueva Virreyna y su marido en el Palacio del Real, situado en las afueras de la ciudad y junto al famoso Prado, y durante el período de su mando esta histórica mansión volvió a estar tan animada como en tiempo de los reyes D. Juan I y D. Martín y de la regencia de D.^a María, la esposa de D. Alfonso III de Valencia. Los grandes y bien decorados salones del palacio fueron muy pronto el punto predilecto de reunión de lo más esclarecido de la nobleza valenciana, y de los artistas y literatos de mayor notoriedad. Eran frecuentes los festejos que se organizaban, y en ellos se ponía de relieve el buen gusto de los Virreyes y de las personas encargadas de su dirección. El salón mayor del Real solía habilitarse para las fiestas de carácter íntimo

(1) Martí Grajales. *Obras de D. Juan Fernández de Heredia, poeta valenciano del siglo XVI*. Valencia MCMXIII.

y las representaciones dramáticas, y en estas últimas se dieron a conocer, entre otras obras, el *Coloquio de las damas*, escrito por Fernández de Heredia, y *La Montería del Rey de Troya*, farsa original del celebrado músico y poeta D. Luis Milán, a quien también se debe la *Farsa de las Galeras de la Religión de San Juan*.

En los grandes jardines que rodeaban la regia mansión se hicieron fiestas brillantísimas y de mucho aparato, como la de *las leyes del amor* y la de *las fuentes del monte Ida*, y mascaradas tan artísticas como *la de Malfaras*, que minuciosamente y con gran copia de detalles describe D. Luis Milán en *El Cortesano*. Todas cuantas distracciones pudiera apetecer el más exigente, se daban en el Real, no faltando los suntuosos banquetes, los juegos de alcancias, las emocionantes cacerías de ciervos y jabalíes y los fastuosos bailes y saraos donde lucían sus galas, hermosura y donaire las más linajudas damas valencianas. A las veladas de carácter familiar solían concurrir con frecuencia las nobles D.^a Mencia Manrique, D.^a Violante Mascó, D.^a Castellana Bellvis, D.^a Ana Mercader, D.^a Juana Pallás, D.^a María de Robles, D.^a Angela de Aragón, condesa de Almenara; D.^a Isabel Beneyto y su hermana D.^a Jerónima, D.^a Francisca y D.^a Isabel Ferrer, D.^a Violante Almunia, la condesa de Oliva, la duquesa de Gandía y algunas más, no faltando las damas de D.^a Germana, que a la sazón lo eran D.^a Margarita de Peralta, D.^a Beatriz de Osorio, D.^a Juana de Dicastillo, D.^a Leonor Guálvez, D.^a Juana de Guzmán y D.^a Merina de Tobar. El elemento masculino estaba representado por el duque de Gandía, el conde de Oliva D. Serafín de Centelles; el almirante de Aragón, D. Alonso de Cardona, D. Luis de Cabanilles, D. Bernardo Despuig, gran maestre de Montesa, D. Rodrigo de Borja, D. Baltasar Mercader, D. Pedro Mascó, D. Luis Margarit y otros muchos, cuyos nombres harían una lista interminable. Con tales elementos no es aventurado asegurar que las horas transcurrirían sin sentir en el palacio del Real y que la alegría y el ingenio no tendrían punto de reposo. Añádase a esto la presencia de poetas tan conocidos como don Alonso de Cardona, D. Juan Fernández de Heredia, el conde de Oliva, D. Pedro Luis Sanz, D. Baltasar de Román, traductor de

Ausias March, D. Francisco de Fenollet, D. Diego Ladrón, D. Juan de Cardona, D. Luis Milán y D. Jerónimo de Vich, y sin disputa alguna puede afirmarse que la corte de la Reina D.^a Germana, nada tendría que envidiar a las más renombradas de su época y de otras más cercanas.

Sería curiosísimo un estudio que nos diera a conocer con todos sus pormenores lo que eran las tertulias literarias del palacio del Real durante los virreynatos de D.^a Germana. No se ha hecho y con la falta de antecedentes que en la actualidad tenemos, resulta muy difícil esta empresa. A nuestro conocimiento sólo han llegado las noticias que nos da Luis Milán, en *El Cortesano*, y las escasas referencias que se hacen en las obras de nuestro Heredia. Por ellas se deduce que estos dos ingenios valencianos, juntamente con D. Francisco Fenollet y D. Diego Ladrón, eran los poetas más asiduos y los que mayor predicamento tenían con la Reyna y sus esposos, D. Juan de Brandemburgo y D. Fernando de Aragón, duque de Calabria».

Y vamos a terminar esta rápida visión de lo que fué la Valencia de Luis Vives, haciendo constar que a pesar de su prolongada ausencia de su ciudad natal conservó indelebles los recuerdos que tenía de la misma y no sólo de los lugares próximos a su casa que podían serle más familiares, sino también de los apartados como el del pregonero que vivía en la calle del Gigante, y en el paseo que dan por Valencia, Borja, Centelles y Cabanilles no hay ninguna confusión, se les puede seguir paso a paso desde la plaza de los *Penyarrotges* a la calle de *Manyans*, a la de los confiteros, que es la actual del Trenc, que en el siglo XVI estaba ocupada por las confiterías valencianas, de allí al Mercado, etc., detalles todos que indican que su visión de Valencia continuaba tan exacta como el día que salió de ella en dirección de París.

Y estos recuerdos no los encontramos únicamente en los Diálogos, los hay en varias de sus obras como en *De institutione christianaefeminae*, en *De anima et vita*, en la Dedicatoria *De subventionepauperum*, *De concordia et discordia in humano genere*, *De officio mariti*, en *Virginis Dei parentis ovatio* y en *In somnium Scipionis*, donde hay un caluroso elogio de nuestro país.

Esta fué en rápida visión la Valencia de Luis Vives de la que un escritor nada sospechoso dijo (1): «Summa namque munditia magnaue verrendi solertia diligentiaque saluberrima semper est: demum equitum numero ac fulgentissima nobilitate est: mercatorum comerciis ditissima: mechanicis artibus cultissima: hortis plurimis amœnissima: hominum ingeniis clarissima; nam in spectaculis quidem celebrandis atque exhibendis, tum sumptibus, tum industria et ingenio unica profecto in toto orbe terrarum semper aptissima gens».

(1) Lucio Marineo Siculo. *De Hispaniæ laudibus*.

LÁMINAS



(ANVERSO)

Medalla conmemorativa del IV Centenario de Luis Vives, fabricada en Valencia según modelo del profesor D. Enrique Giner Canet, de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, por encargo de la Comisión Organizadora.

LÁMINA NÚM. 1



(REVERSO DE LA MEDALLA ANTERIOR)

LÁMINA NÚM. 2

JL^{no} Señor

Con mucho deseo espero cartas de v. s. por saber como le cōtento la muestra de los
títulos de los lugares q̄ le embic̄ yo como por otras e declarado a v. s. estoy aora muy
ajeno de esta especulatio. todo puesto en cosas q̄ aproneche a los otros y por ellos redunde
e muy algun biē Plarco Varro comienza sus libros de agricultura. Si homo vulta est.
quanto magis senex annus octogesimo admonet me, vt sarcinas colliga, anteq̄ disceda.
me vico atas nō admonet, sed morbi, & corpus imbecillū. Mucha diligētia yongo e
vna obra q̄ tengo entre manos de veritate fidei, pero es tā facunda q̄ la materia me cres
ce entre las manos y quando pienso ver pucto mēgolo. El año pasado copie e unas
oraciones y meditatioes para me recoger de otros pensamientos a los necesarios, y
pareciendo me q̄ todos tenemos dello necesidad, las hize empremir a Melchior
martinez e dado vn librito dellos para v. s. pluguiese a dios q̄ yo mesmo fuesse
el levador, por ver y gozar de voluntad tā amiga mia, como me certifica todos
q̄ es la de v. s. mis ermanas y otros mē escame el mucho fauor q̄ v. s. les mues
tra a mi respeto si las obras se paga cō obras siempre quedara v. s. mi creador.
nec vngnam ero soluendo si el amor cō su semejante, como es raro, se paga, no piero
deuenida a v. s. e lo demas yo soy cōtento de ser deudor suyo, q̄ sobre mojado
lluene, carga v. s. cabe lo q̄ quisiere. q̄ no se se podie estar maz obligado de lo q̄ dios
a estoy. e mi no cabe más obligatio, pero e v. s. cabe mas biē hazer segun su
cōdicio y facultad. en fin acoger me quiero a vn dicho de Pl. Tullio. est mge
mi ammy, cui multū debeas, cide plucum velle debere lo qual es mi cōforme
a natura, por q̄ es mas tolerable avno solo tener grande obligacio. que a much
chos mediana. Pero esto nolo quiero mas adelgazar. por q̄ no pareca mas
rhetorica y cumplimientos, q̄ fe y verdad, mayormente q̄ soy muy ajeno y
enemigo de cumplimientos de palabras, ni pienso q̄ ay cosa mas dañosa e la
vida por q̄ enebre las voluntades anose poder distinguir al amigo del moral
la qual cōfusio trae grandes incoenientes, por el error del yuzio.
A la duq̄ta mi. s. besa las manos N. s. dios prospere los buenos defectos
de v. s. de Anuers a 6 de Setiembre M. D. xxxv.

Carta de Juan Luis Vives en que
da cuenta, entre otras cosas, de estar
escribiendo su famosa obra "De ve-
ritate fidei".

LÁMINA NÚM. 3

Besa las manos de v. s.
su muy uerro seruidor

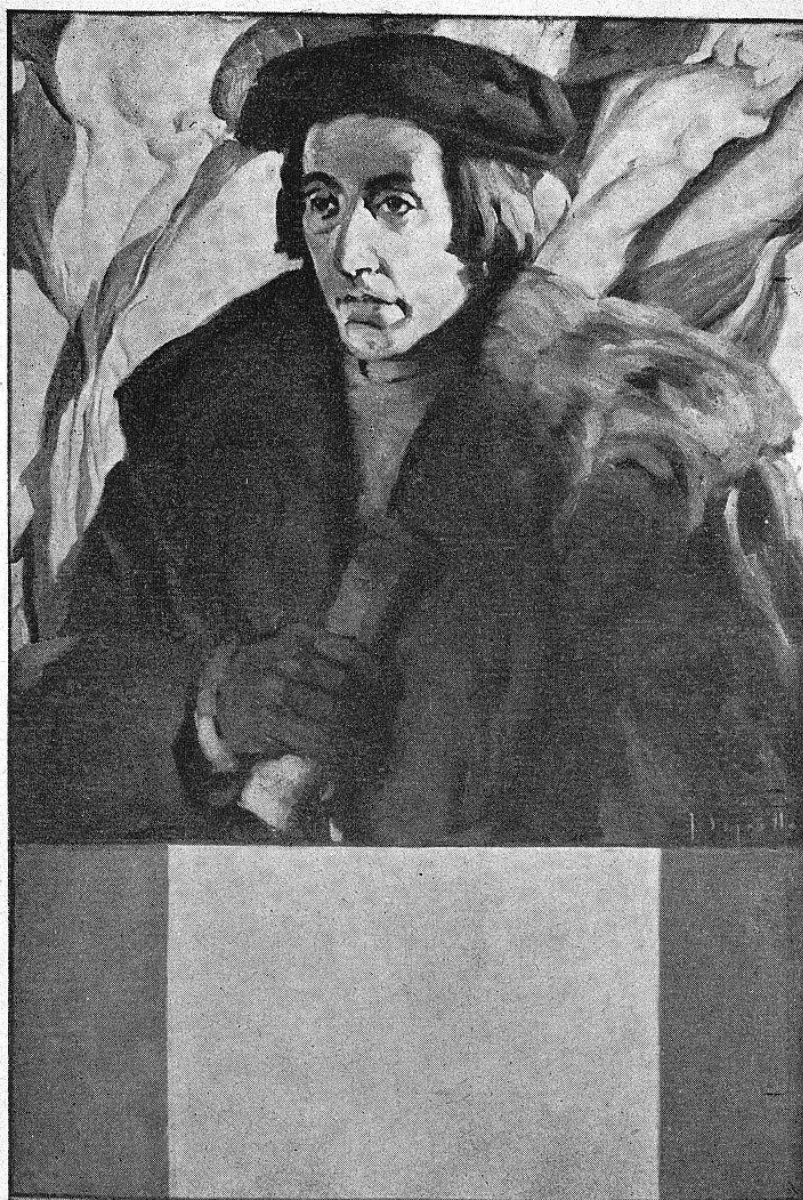
Juan Luis Vives



^ VNIVERSIDAD ^ LITERARIA ^
^ VALENCIA ^
^ IV ^ CENTENARIO ^ DE ^ LVIS ^ VIVES ^
^ MAYO ^ 1940 ^ MAYO ^ 1941 ^
^ ACTOS ^ CVLTVRALES ^
^ EXPOSICIONES ^ CONCIERTOS ^

Cartel conmemorativo del IV Centenario de Luis Vives, original del director de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, por encargo de la Comisión Organizadora.

LÁMINA NÚM. 4



Cartel conmemorativo del IV Centenario de Luis Vives, original del profesor de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, por encargo de la Comisión Organizadora.

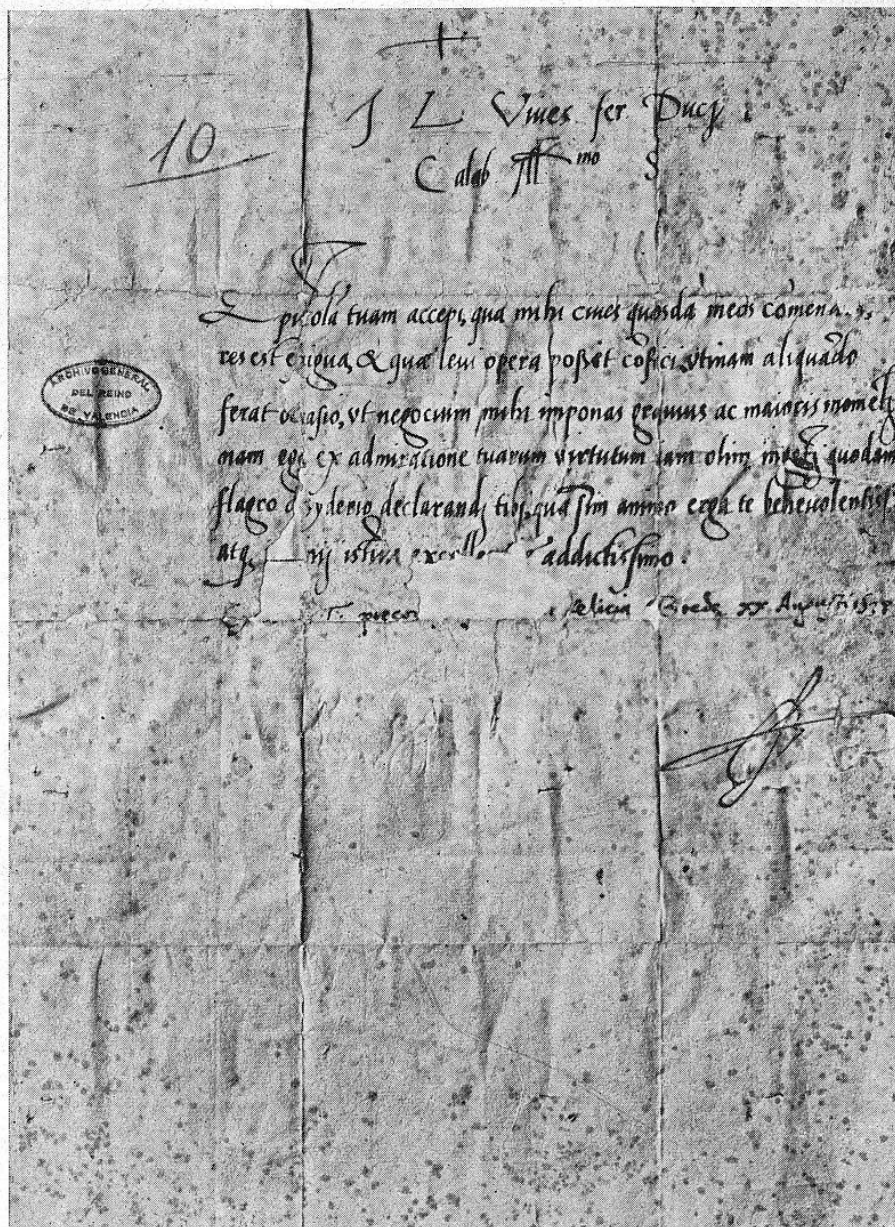
LÁMINA NÚM. 5



San Martín con el pobre

(Bronce, Parroquia de San Martín, portada.)

LÁMINA NÚM. 6



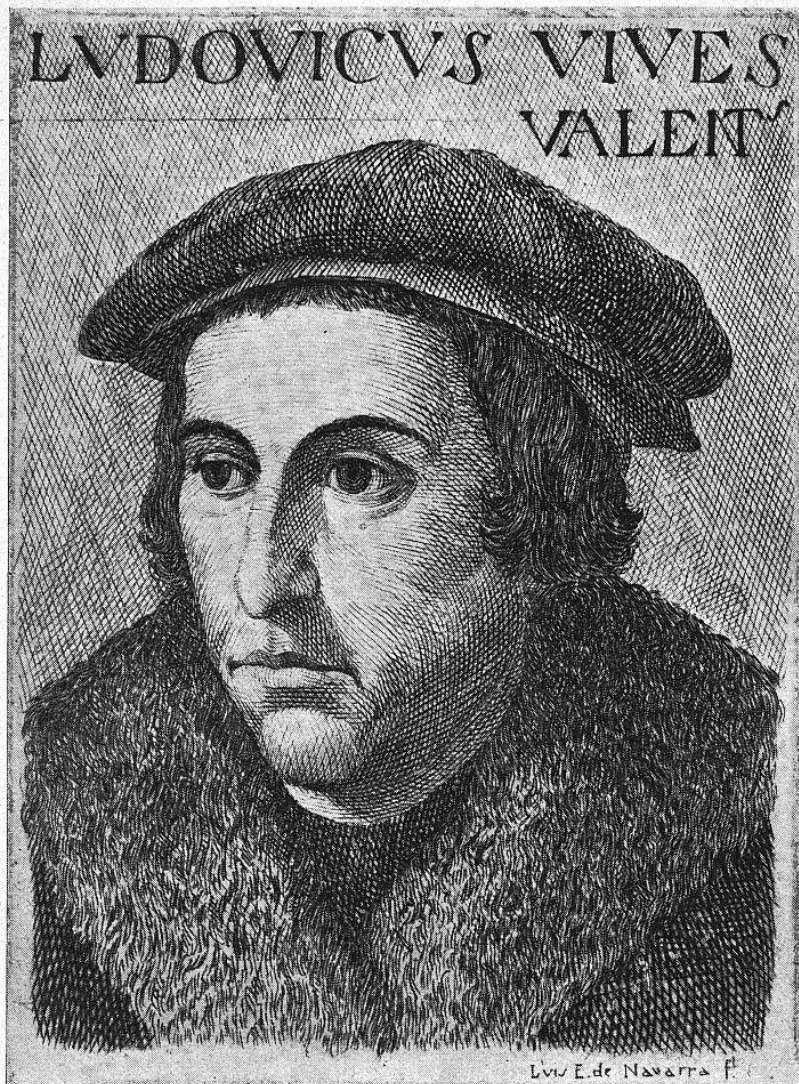
Carta de Juan Luis Vives al Duque de Calabria

(Archivo general del Reino, núm. 10, vitrina.)



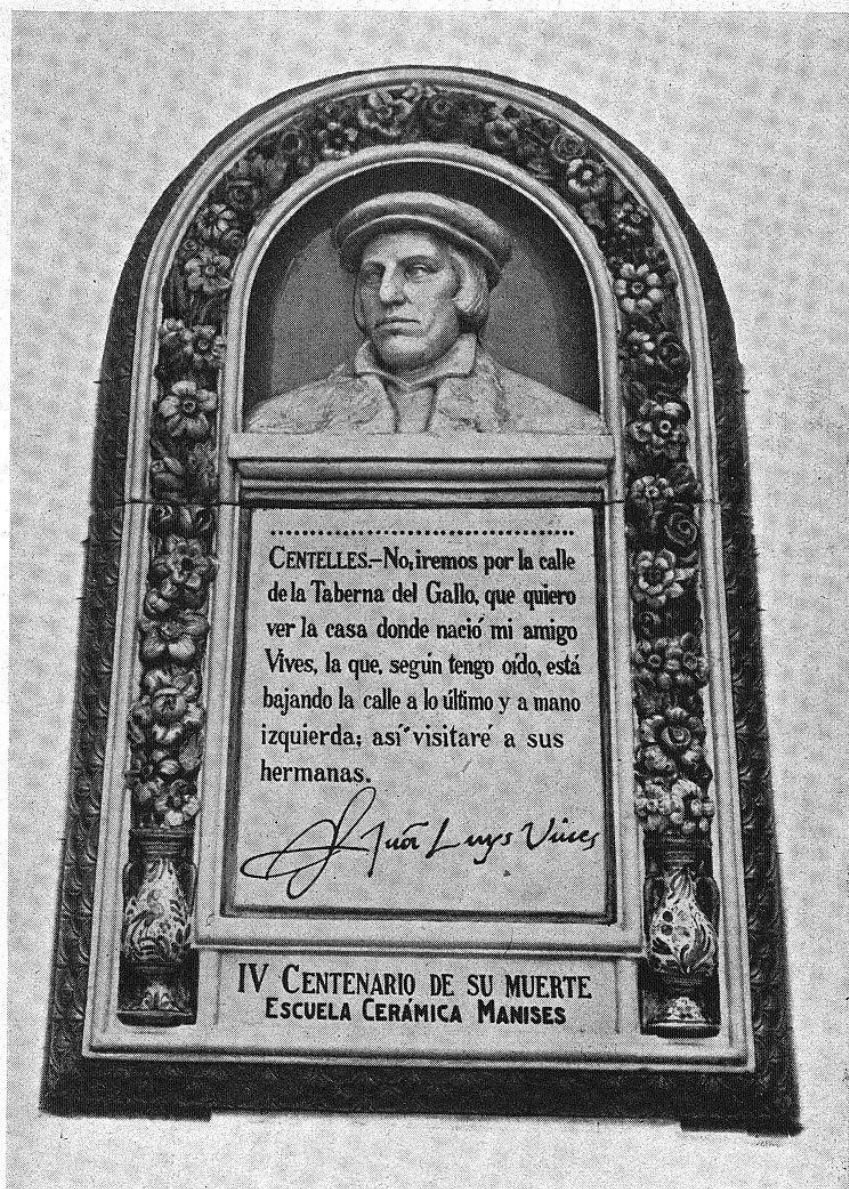
Sellos por el Sr. D. Ernesto Furió Navarro

LÁMINA NÚM. 8



Retrato aguafuerte por el Sr. Dr. Luis Enríquez de Navarra Galiano,
por encargo de la Comisión Organizadora

LÁMINA NÚM. 9



Placa de cerámica, por la Escuela de Manises, realizada
por encargo de la Comisión Organizadora

EL UTILITARISMO

DE

LUIS VIVES

POR EL

DR. D. FRANCISCO ALCAYDE VILAR

Y

DR. DE LANG

Utilidad de las pasiones

QUÉ ES LO ÚTIL

EL sentimiento natural de la propia conservación impulsó al hombre a distinguir lo ÚTIL de lo PERJUDICIAL. De esta observación nacieron los alimentos, medicinas, vestidos, cuevas y casas, aldeas, leyes, murallas, lenguaje.

Adquirido esto y satisfechas las necesidades con pocas cosas, fáciles de tener por su abundancia, la situación del hombre se hizo tranquila y pacífica. Pero en vez de encontrarse calmado y saciado, surgieron del cuerpo la voluptuosidad y del espíritu la Soberbia. La voluptuosidad del cuerpo se satisface con el placer, y la soberbia del espíritu, con la vanidad. Se puso el hombre a buscar los deleites sensuales para satisfacer el placer del cuerpo, y la ciencia para satisfacer la vanidad de su espíritu excitando la pública admiración hacia él, con el consiguiente aumento de su amor propio y soberbia.

Pero así como se satisface a las necesidades con pocas cosas y fáciles, son infinitas las cosas que exige la satisfacción del placer y de la vanidad. Porque después de un deseo, viene otro deseo; después de un placer, nuevo grado de placer; después de satisfecha una vanidad, otra vanidad mayor, a fin de conquistarse mayor opinión de grandeza. Así encontramos siempre la agitación sin que aparezca nunca el reposo definitivo, ni nada que tienda o acerque a él, sino más bien un alejamiento mayor cada vez.

Pero si no encontramos descanso ni goces puros, sólidos y duraderos, nada tan inútil como ese placer y esa ciencia vana que nos desvían del reposo y goce definitivo. Y nada más miserable que esa criatura animal, si no busca nada más que ese placer y esa vana ciencia.

* * *

Todo perfeccionamiento consiste en alcanzar el fin para el que cada ser fué creado. El hombre no lo ha sido para el mero sustento, vestido y habitación; ni para mecerse en las voluptuosidades del placer sensual; ni para bañarse en el mar de la vanidad haciéndose admirar por su sabiduría.

El hombre ha sido creado para participar de la eternidad y de la divinidad. Este es su fin y en alcanzarlo está su perfección. Este fin se nos pone de manifiesto en el amor que sentimos por la belleza y la ciencia pura; en la lucha que todo hombre superior sostiene por enseñorearse de su cuerpo, para afinarlo y perfeccionarlo; y sobre todo en la nostalgia que el alma siente por su verdadera patria al descubrir su posición inadecuada a su naturaleza en esta vida sensible de meras apariencias. La verdadera patria de nuestras almas no puede ser este mundo sensual de ilusiones, de limitaciones, de inquietudes, de necesidades físicas, de lucha por posesión de goces vanos, por esfuerzos dolorosos para descubrir algún rayo de verdad limitadísima y relativa, puesto que nuestras almas aspiran instintivamente a un mundo de realidades, sin limitaciones, ni inquietudes, ni necesidades físicas, ni lucha por posesión de goces vanos, sino por un deseo infinito de descubrir la verdad absoluta directamente, sin esfuerzo alguno, de la misma manera como ahora descubre nuestra alma las verdades de los axiomas lógicos y vitales, y sentimentales y religiosos, sin lucha por posesión de goces vanos y fugaces, sino por el deseo también infinito de sumergirse para siempre en el placer espiritual infinito capaz de satisfacer y calmar las ansias vitales de un alma humana.

* * *

La religión es la que nos retrae al origen del cual procedemos y al que nos dirigimos. La entera realización de una cosa es conseguir el fin para que se ha creado (un huevo de gallina dar otra gallina siempre, y nunca un pato o un palomo o un avestruz. Así siempre en todos los seres que alcancen su entera realización. El de un naranjo, producir excelentes naranjas que a su vez produzcan otros naranjos. Y la garrofera lo mismo). Y el alma humana no llega a su entera realización mientras no alcanza el fin para que ha sido creada. Y esto no puede conseguirlo mientras no se desligue de las ligaduras de la materia que la tienen encadenada a este mundo sensible de meras apariencias y sombras, y la tienen sumergida en el mal y olvidada de su origen divino. Mientras no se desligue de toda esta escoria, no podrá conseguir el fin para que fué creada, ni por tanto, su perfección, ni su entera realización, ni su total desarrollo. El alma humana está en este mundo en una posición, mejor aún, en una fase parecida a un insecto de metamorfosis complicada en el estado de ninfa u oruga. Con esto se conforman los defensores de la materialidad y mortalidad del alma.

La religión—y si queréis la experiencia religiosa como ahora está en moda decir—nos conduce, nos retrae al origen del cual procedemos y nos lleva al verdadero fin a que nos dirigimos. Y, como según he dicho, todo perfeccionamiento consiste en alcanzar el fin para que cada uno fué creado, resulta ser la religión el único medio de perfeccionarse el hombre, puesto que nos pone en comunicación con la divinidad y nos enseña el camino a seguir para alcanzar nuestro fin y por tanto nuestro total desarrollo y nuestra perfección y con ello nuestro bien y nuestro verdadero placer. De esto ya hablaré más adelante.

Por esto es la religión la cosa más ÚTIL y NECESARIA. Todo lo demás, todas las demás ciencias y disciplinas son «juegos de niños», comparados a ella. No quiere decir esto que despreciamos o desdeñemos, como otros hacen, esas ciencias y disciplinas, sino que los debemos poner en su justo lugar y apreciarlas en su preciso valor. Y así como no despreciamos a quien sabe esas ciencias *si al mismo tiempo es virtuoso*; pero si desdeñaremos al sabio que *no sea virtuoso*; así tampoco censuramos a quien descuella en la investigación científica o en la creación ar-

tística, si al mismo tiempo es hombre religioso; pero si despreciaremos y compadeceremos a quien teniéndose por SABIO tiene a gala carecer de toda idea de religión.

No sólo no las despreciamos a las artes y ciencias, sino que las consideramos de la mayor utilidad para la vida del hombre y, bien orientadas, como medios de perfeccionarse nuestras almas y ayudarlas a dirigirse hacia su fin, como vamos a ver. Qué artes son nocivas y en qué medida y cuáles son útiles y en qué medida, es el primer estudio que debe hacerse antes de ponerse a estudiar. Pero esto no lo puede decir una ciencia particular, ni un arte, ni todas ellas juntas. Esto sólo puede enseñarlo la Filosofía. Por esto la mejor introducción a toda ciencia es una introducción a la Filosofía o Sabiduría. Y verdadera sabiduría es estar de tal manera en las cosas, que a cada una tengamos por lo que ella es, no siguiendo lo vil y bajo como si fuese precioso, y desechando lo que es precioso como vil, ni vituperando lo que merece ser loado, ni loado lo que es digno de vituperio.

Distinguir lo útil de lo inútil no es cosa tan sencilla como parece. ¡Cuántas veces, como niños, no sabemos lo que es mejor y lo que más nos conviene! ¡Cuántas veces lloramos y nos desesperamos porque no nos dan lo peor! Tanto, que muchas veces no hay cosa que más daño nos haga, que cumplir nuestros deseos. A veces la felicidad de toda una vida depende de no haber conseguido aquello que con mayor afán y ansiedad hemos deseado. Otras vidas están llenas de dolor e infortunios por haber logrado sus más ardientes deseos. ¿Dudará alguien que en esos casos tan frecuentes, los hombres han tomado lo útil por perjudicial? ¿No se ilumina con esas experiencias el objeto de la verdadera sabiduría?

* * *

Si el hombre llega a conseguir su fin será feliz, puesto que en conseguirlo está su bien y su felicidad; pero si no llega a conseguirle, será el ser más fútil y desdichado. El fin último del hombre es Dios mismo. Para volver a Él, tendremos que seguir por el mismo camino que salimos de Él. Y como salimos de Él por el

amor, causa de nuestra creación, por el amor tenemos que volver a Él y realizar nuestro fin, último. Por tanto: Son útiles las artes que fomenten el amor e inútiles o perjudiciales las que lo apaguen. Debemos, pues, seguir las primeras y rechazar las segundas.

Pero como el amor es la pasión primitiva, de la que todas las otras se derivan y ellas son las que mueven e impulsan el alma para adquirir unas artes y rechazar otras, empezaré este trabajo por el estudio de las pasiones, y en la segunda parte ya trataré de mostrar la utilidad que para alcanzar nuestro fin, y perfeccionarnos tiene cada una de las artes y las ciencias.



¿QUÉ SON LAS PASIONES?

Los actos otorgados a nuestra alma por la naturaleza para seguir *el bien* y evitarnos *el mal*.

En esta definición de las pasiones, que yo acepto como la verdadera, va incluida ya su utilidad. Pero para que nadie pueda dudar, ni interpretar su definición de manera ambigua, nos dice: Es bien, *aquello que aprovecha*; es bien para cada uno lo que aprovecha a éste. Frente al bien se halla el mal, *que es lo que perjudica*. Y con esta aclaración ya no caben interpretaciones. Es tan claro que no se puede poner más claro y todo el que pretenda aclararlo, lo enturbiará.

No se refiere Vives al «Bien en sí», es decir; a aquello por cuya participación nos hacemos buenos y, en tanto, felices.

Con precisión advierte que tratando de las pasiones debe entenderse por *bien y mal*, no lo que realmente lo sea, sino lo que cada cual cree que es para él.

Sin esta concepción no es posible comprender qué son las pasiones; ni la diversidad y contradicción de los bienes para las diferentes personas y aún para una misma persona en diferentes circunstancias de su vida. El espíritu del joven tiene como preferible el placer; para el hombre maduro, son los honores; para el

enfermo, la salud; para el viejo, el sustento; para los soberanos, la gloria. Así resulta que las satisfacciones y placeres del cuerpo son el bien para el joven; la opulencia para el viejo; las riquezas materiales son el bien para otros; la fama, el prestigio y la gloria para otros. Pero todos aman esas cosas por creerlos bienes, es decir, lo que les es provechoso, lo que les es útil y por eso amamos a las personas que nos los pueden dar.

Por lo tanto, en último extremo todo depende del concepto que tengamos del bien y del mal. Esto orientará nuestra actuación en la vida y nuestra posición frente a todas las cosas. Pero como el concepto de bien y de mal depende a su vez, en última instancia, de la concepción filosófica o metafísica que tengamos del mundo y de la vida, resulta que es la metafísica la que nos dirige siempre, sin que de ello tengamos la menor sospecha, aun en los detalles más particulares y triviales y más alejados de ella. La metafísica es la que mueve al mundo y a cada uno de nosotros a través de nuestra peculiaridad fisiológica y social, que produce la diversidad momentánea de valoraciones de los objetos.

Así, el hombre que es generoso por estar sano y fuerte, ya que entonces se cree seguro de que no ha de faltarle lo que necesita, ese mismo hombre, cuando enfermo, tal vez guarde con avidez, como los inválidos, porque entonces teme que ha de faltarle lo necesario y de generoso se vuelve tacaño, hasta el punto de no querer alimentos saludables, ni las buenas medicinas si cuestan más de lo que pensaba, como yo he conocido a alguno, que no llamaba al médico que podía curarle, porque le parecía caro. Este hombre valoraba la riqueza en más que la salud; para él era peor ser pobre, que estar enfermo. Pues aún en casos tan materiales como éste, si ahondamos un poco, descubriremos la influencia de la metafísica. En efecto, ese hombre había hecho una valoración; para él el mayor bien era ser rico y el mayor mal ser pobre. Pero esta apreciación del bien y del mal, responde a una concepción del mundo y de la vida y esto ya es filosofía.

Cada uno de nosotros, hombres, tenemos una filosofía, aunque muchos inconscientemente. Y el estudio más interesante y seductor que podamos emprender, es el descubrir la manera peculiar como esa filosofía determina en cada uno las perspectivas

del universo y los caminos de la vida. La filosofía, entendida de este modo amplio y concreto a la vez, aparece como la manera peculiar de sentir y representarse cada cual, la presión, el empuje del universo.

Por ésto, la filosofía interesa a todo el mundo. Si se entabla una controversia filosófica en una reunión de gentes no dedicadas a ella, las veréis, sin embargo a todas ellas, intrigadas por la cuestión y deseando ver qué soluciones se dan al problema planteado.

Es que, gracias a sus resplandores, la filosofía, nos muestra el sentido profundo de la vida, las razones últimas de las cosas y el verdadero sustrato y unidad del mundo.

Por esto Vives, como buen psicólogo renacentista, sin olvidar nunca los amarres que todo acto psíquico tiene con la metafísica, no desatiende nunca la influencia que en las pasiones ejerce la fisiología.

Para él, todo el hombre entero, en su alma y en su cuerpo ha de tomarse en consideración, si queremos estudiarle y entender cada uno de sus actos o pasiones.

Así, nos dice, por ejemplo: «Los sobrios y avaros se vuelven generosos al sentir los efectos del vino.» Y en otro lugar: «Aquellos que tienen junto al corazón la sangre escasa, tenue y tibia, sienten *angustias* y *preocupaciones* y no en virtud de motivo alguno o de suposición de que padecerán necesidades, sino por el miedo que oprime su corazón.» Esto, quiere decir, que hay angustia producida por una enfermedad del corazón. Y esa angustia [o cualquiera pasión producida por un cambio orgánico] nos hace ver como bienes, lo que antes teníamos por males.

Pero aún en ese caso de pasión fisiológica [el más alejado de la metafísica] también podemos hacer de esa pasión el objeto de nuestro estudio y considerarla a ella misma como un valor, como un bien o como un mal, y esto no podremos decirlo si no es por medio de una concepción filosófica del mundo.



PARA QUÉ SIRVEN LAS PASIONES

«Habiendo el alma de habitar en el cuerpo, infundió Dios, artífice admirable, en el ser animal esta facultad de las pasiones *que sirviesen a modo de acicates para estimular su alma* y no yaciese inerte y agobiada por la masa corpórea, cual asno perezoso, con entorpecimiento perpetuo y se adormeciese en su bienestar, cesando la actividad que le era conveniente. Con las pasiones se excita de pronto, como quien recibe varios espolazos, o bien es contenida por un freno para que no caiga en el mal.»

Son, pues, las pasiones estimulantes del alma que una vez obran como espolazos y otras como frenos; unas veces para provocar la actividad y otras para contener el impulso que nos llevaría al mal. En los dos casos son útiles.

Cuando una pasión asalta mi alma, la agita, la hace vibrar, la saca de su indolencia y la pone en movimiento. Toma el alma una actitud, una orientación, se dispone a obrar. Esa disposición del alma agitada por las pasiones, siempre nos resulta de la mayor utilidad. Unas veces es una actitud de defensa; otras de repulsa; otras de atracción; otras de suspensión del ánimo o aislamiento; otras de acercamiento y unión, etc., etc.; pero en todos los casos sirven para beneficiarla.

No hay que considerar por lo tanto a las pasiones como los estoicos, esto es, como perturbadoras de la serenidad del alma y debilitadoras de la energía espiritual y por tanto como perjudiciales, como malas, ya que para la virtud y la felicidad se requiere la fortaleza del espíritu para dominar siempre con la razón todas las situaciones y no ser dominados por ellas.

No hay que tomarlas tampoco como los epicúreos como buenas por los placeres, que por su medio, nos procuramos. Hay que considerar cada pasión en sí misma y estudiar cómo preparan o predisponen a nuestro espíritu para enfrentarse con el bien o el mal y cómo suministran a nuestra alma las energías vitales necesarias para triunfar en esa lucha.

Este estudio tan fino, tan espiritual, tan propio de un verdadero psicólogo es el que realiza Luis Vives en su psicología y yo trato de poner en claro, separándolo del conjunto de su obra y mostrándolo solo. Desde luego, es necesario seguir el único método psicológico científico: la introspección. En nuestro interior descubriremos con evidencia inmediata estas maravillas referentes a las pasiones: su verdadera naturaleza; su esencia; y derivada de ella, proyectada en nuestra alma, su utilidad.

Este es el utilitarismo de Luis Vives, que he sido el primero en descubrir en él y que preside todas sus obras. Es un utilitarismo que podemos admitir sin reservas, los católicos, como sostenido por un filósofo tan católico como Luis Vives. Es, en realidad, el auténtico, el perfecto utilitarismo al que tienen que ir a desembo- car todos los otros utilitaristas cuando quieren dar un sentido metafísico a su sistema, es decir, cuando quieren que su sistema sea una filosofía, ya que toda filosofía es metafísica. Por esto Stuart Mill, después de sublimar, perfeccionar y espiritualizar el utilitarismo, acepta, como el ideal más elevado de su moral, la moral cristiana, y reconoce que su ideal coincide con el de los cristianos.



DEL AMOR PROVIENEN TODAS LAS PASIONES

Y en primer lugar, el odio que está determinado por el amor a la cosa contraria. Odiamos la enfermedad porque amamos, y en tanto amamos la salud; odiamos la pobreza en tanto que amamos la riqueza; odiamos la deshonra en cuanto amamos el honor. El odio supone—es en verdad—el amor a la cosa contraria. Por eso el que desconoce y por tanto no ama un bien, tampoco odia, ni aborrece, ni teme la cosa contraria. Así, las personas depravadas no aman la virtud y no odian sus vicios.

Del amor nace la malquerencia, el odio y la ira, cuando alguien daña a quien yo amo. Mi amor engendra en mí esas pasio-

nes con sus derivados. Del amor nace la rivalidad y la envidia; pues muchos desean lo que uno solo desea tener, como sucede con una amiga, con las ganancias, los honores, los cargos, etc.

Del amor nace la esperanza, el temor y la tristeza, pues al amar yo algo, deseo que venga y se engendra la esperanza; pero pienso que tal vez no llegue y nace así el temor, y si no llega, siento tristeza.

Por ello, todas las cualidades esenciales del amor han de encontrarse, aunque deformadas y disimuladas, en las demás pasiones. Por ello también empezaré por estudiar el amor.



EL AMOR

Una cosa es la utilidad que el amor me reporta, y otra muy distinta es el amor. Aunque él me reporte alguna utilidad, ésta es cosa diferente por completo del amor.

Pero hay una utilidad derivada de la naturaleza misma del amor que recibe quien se enamora sin perseguir ningún fin utilitario y sólo por vivir en el ser amado.

Por el amor fuimos creados, por él nos perfeccionamos, él nos hace dichosos. Esta dicha, este placer espiritual íntimo que brota naturalmente del amor, es la utilidad que recibe quien no busca ninguna utilidad en él. Y precisamente por eso es el que mayor utilidad obtiene, pues ninguna utilidad puede haber mayor que sentirse dichoso al recibir nuestra alma los efluvios vitales del amor.

Un amor puro y estético (desinteresado, sin ningún interés) proporciona un placer y una dicha y una alegría al espíritu que nos agrada y nos hace felices, al mismo tiempo que nos perfecciona tanto más cuanto mayor sea el bien amado. Y este placer, esta felicidad, este perfeccionamiento es la utilidad que nace espontáneamente de la misma naturaleza del amor y recibe como una

grata sorpresa, como un premio inesperado, aquél que no ha buscado en el amor, más que amor.

Además, quien se enamora de un ser (un bien), de esa manera desinteresada, tendrá, cuando consiga unirse a él, identificarse con él, todo el provecho que se derive de las cualidades que ese ser (ese bien) posea.

Y cuanto más excelsas sean sus cualidades, tanto más se perfeccionará quien las hace suyas y se las asimila por haberse identificado con él.

Esta utilidad auténtica, viva, real, vital, que se desprende de la naturaleza misma de la pasión primitiva (amor), al habitar en mi alma y también se deriva naturalmente de las cualidades del ser amado proyectadas en mi alma; esta utilidad que es perfección y es dicha y que sólo en la intimidad de mi alma podré encontrar, esa es la utilidad que Luis Vives, con prodigiosa penetración y verdadero método psicológico, nos descubre en el amor. Y por ser esta la pasión primitiva, de la cual pueden todas derivarse, también va descubriendo en cada pasión su utilidad, como voy a poner de manifiesto en este trabajo. De este modo aparecerá Luis Vives como el más grande de todos los utilitaristas, el más espiritual y más psicológico, como el verdadero y auténtico utilitarista.

Cuando hago un bien o una buena acción, mi recompensa, cierta y verdadera está en el deleite que siente mi alma. Mi utilidad siempre real y existente aunque insospechada e ignorada muchas veces, consiste en la perfección que mi alma adquiere por el hacer bien. Pero como hacer un bien o una buena acción es obra de amor, resulta que en última instancia es el amor quien me reporta la recompensa y utilidad.

Fué el amor la causa de nuestra creación, nos formó Dios para hacernos partícipes de su felicidad, no cabiendo prueba mayor de afecto que esa; nos apartamos de él, por amor, el de nosotros mismos; también por amor, el de Cristo a las criaturas, fuimos redimidos y regenerados; por amor últimamente habremos de volver a nuestro origen que es nuestro fin. Esto dice Luis Vives y no se puede conceder mayor utilidad al amor. Si es la causa de nuestra creación, a él debemos esta vida nuestra en la

que tenemos el medio de alcanzar la felicidad eterna, gracias a la libertad que, por amor, Dios nos concedió. Y ¿qué otra cosa hay de más útil que esta vida que yo tengo y que tú que estás leyendo tienes? Nada, pues toda utilidad que puedas tener o imaginar, no podrías tenerla si no tuvieras la vida.

Cuando el hombre se separó de Dios, por amor de sí mismo [en realidad por un falso o equivocado amor de sí mismo, puesto que es no amarse al separarse del «Bien en sí», de aquello por cuya participación nos hacemos buenos y en tanto felices] perdió el camino de su felicidad y se desvió por las veredas que nuestro orgullo sabe iluminar con deslumbradores y atractivos fuegos de artificio; pero que conducen siempre al desaliento, al escepticismo, al vacío del alma y a la carencia de amor. Fines del todo inútiles, peor que inútiles, ya que van debilitando al alma hasta dejarla sin vida, hasta matarla. Suprimido el amor todo es inútil.

Para sacar de ese terreno de muerte, de aniquilamiento al hombre, Cristo lo redimió y regeneró, con lo que le puso otra vez en los buenos caminos abandonados. ¿Por qué lo hizo? Por amor a las criaturas. Otra vez aparece el amor como causa de nuestra máxima utilidad.

Y una vez puestos en esos buenos caminos sabemos volver y queremos volver a nuestro origen, que es nuestro fin. Y esto ¿por qué? Por amor que tenemos a Dios. En este caso, no cabe señalar otra utilidad mayor que la que el amor me procura: volver a mi origen; que es el amor de Dios, con lo cual se cierra este ciclo maravilloso que empezando con amor, acaba en amor y en el que obtenemos la máxima utilidad que pueda soñar el más ambicioso soñador.

Con esta concepción del mundo y de la vida, que es el sistema filosófico de los católicos, resulta transparente la frase de Vives: por el amor fuimos creados, por él nos perfeccionamos, él nos hace dichosos. Nadie dudará que es útil lo que nos perfecciona y nos hace dichosos.



DOS CLASES DE AMOR

Distingue Vives dos clases de amor, de los que voy a poner de manifiesto su utilidad. El primero es el amor llamado concupiscencia, y el segundo el verdadero amor.

1.º Si apetecemos el bien (o las cosas) por nosotros mismos, para nuestro bienestar, y nuestro provecho particular.

2.º El que se tiene a las cosas por sí mismas, por su propia bondad, sin consideración alguna a nuestro provecho particular.

En la primera clase de amor, su utilidad es tan manifiesta, que no he de insistir en ello. Es la manera de amar las cosas que creemos útiles al alma, al cuerpo o a los bienes; y hasta muchos aman a Dios con esta clase de amor, por ser autor y dispensador de los bienes todos.

Es la manera como amamos a quien nos hace benéficos; a quien los hace a nuestros hijos y a nuestros amigos y llegamos hasta creer que no hace más que cumplir con su deber, puesto que con sus beneficios demuestra amor a lo que es más digno de amor, que según nuestra opinión somos nosotros mismos, nuestros hijos y nuestros amigos. En esta primera clase de amor, juzgamos buenas a las cosas porque nos aprovechan y por ello las amamos hasta que dejan de sernos útiles. Y también con esta clase de amor, amamos a las cosas o personas que no pueden perjudicarnos. Por eso la modestia, la moderación, la equidad, la humildad, de todos se hacen amar *por su misma condición inofensiva*. Yo amo a un hombre adornado con esas virtudes porque sé que es inofensivo, que no puede dañarme y esto ya es una clase de utilidad.

También con esta clase de amor, dejamos de amar a quienes tenemos por personas poderosas, si no sabemos que al mismo tiempo son buenas. Cuanto más poderosa es una persona—en riquezas, en política—más incapaz de ser amada se hace. Podemos envidiarle o temerle, pero rara vez amarle, si no lleva unida a su poderío la bondad, cosa muy poco frecuente y casi incompatible. ¿Y por qué? Porque puede hacernos mucho daño. La prueba

de esta afirmación, es que si ese poderoso es un buen amigo mío, ya no le temo, ya sé que no puede perjudicarme y entonces ya le amo, con esta clase de amor de concupiscencia, utilitario.

Esta clase de amor, en realidad no es amor a las cosas, sino amor a nosotros mismos. Este es el amor que tenemos a nuestras obras y a nuestros hijos. Amándoles a ellos nos amamos a nosotros mismos. Se trata aquí, siempre del amor verdad y no del fingido para obtener utilidad, pues el amor fingido, no tiene fuerza ni nervio, como «tampoco calienta el fuego pintado en un cuadro, ni se enfurece un león de mármol».

Amamos las cosas por su precio, pues estimamos en más los bienes más grandes y las mayores utilidades, prefiriendo la que nos parece de más valor y, por tanto es querido en primer lugar quien nos lo proporciona.

Esto que suscribiría Stuart Mill, es doctrina pura de Luis Vives y también, por lo tanto, puramente ortodoxa. Según sea la elevación y la perfección de nuestra alma, así nos parecerán de más valor ciertas cosas y para nosotros tendrán más precio, que para el depravado y hundido en la sensualidad y el degenerado. Para nosotros el bien mayor es Dios, por ser fuente de la auténtica y perenne felicidad.

Con esta clase de amor se unen los hombres en sociedad; hay matrimonios constituídos sólo con el amor en vista de los bienes que son comunes a los novios; los políticos de un mismo partido están unidos con amor en vista de que les son provechosas o nocivas las mismas cosas, para alcanzar las primeras y librarse de las otras. La prueba más manifiesta de ello está en los enojos y separaciones entre gentes del mismo partido cuando se estorban mutuamente para alcanzar el bien deseado; el amor al partido y a los correligionarios [que era un amor real y no fingido] se acaba o se transforma en odio.

Suprimida la utilidad de estar juntos, cesa la unión y el amor.

Los que se ven unidos instantáneamente por un amor repentino, cuando descubren que tienen enemigos comunes, de los que se librarán mejor juntando sus esfuerzos. Las alianzas y amores colectivos entre naciones amenazadas por otra más poderosa. Los que tienen sus intereses confiados en una misma empresa,

sienten una simpatía y hasta amor si ven en peligro esa empresa. En todos estos casos es el amor de la mayor utilidad.

En todo amor existe el deseo de unión, el querer juntarse con su bien, su objeto.—Este deseo se ha dado al hombre para que participe de las buenas cualidades que posee el ser amado, para que en contacto con lo amado, o sea con el bien, se haga bueno. Por esto el amante muere poco a poco en sí mismo, deja de pensar en sí y en cambio va viviendo cada vez más en el amado, piensa en él hasta que olvidado de sí propio está todo él en lo amado y lo amado en él. Esto es el *éxtasis* si el objeto es Dios y viviendo en El, somos partícipes de su eternidad.

No puede señalarse cosa más útil que ésta de ser partícipe de las buenas cualidades del ser amado, cosa que adquirimos por el deseo de unirnos a él, deseo que es la propiedad esencial del amor y es la que más directamente nos conduce a la utilidad, tanto mayor cuanto más excelente sea el bien amado hasta llegar a la máxima utilidad cuando el bien amado es el Ser supremo, Dios, que reúne en sí todas las perfecciones, de las cuales nos hacemos copartícipes por su amor, uniéndonos a él. Este amor a Dios es el más útil—en realidad de verdad el único verdaderamente útil—pues tanta diferencia hay en su utilidad y la utilidad que los otros amores nos reportan, como distancia existe entre Dios y los otros bienes objetos de nuestros amores. Además, el amor a Dios, está exento de todas las molestias, temores, cuidados, miedos, preocupaciones y ansiedad que los demás amores nos causan. En el amor a Dios no tenemos ninguna molestia, ni cuidado; en él no hay más que goces y dichas eternas.

En todo amor existe también el deseo de lisonjear, alabar, servir y regalar al amado. Este deseo se ha dado al hombre para que atraiga a sí al ser amado y pueda realizar la unión que es esencial al amor, como acabamos de ver.

Esas lisonjas, servicios, alabanzas y regalos que el enamorado realiza por instinto, por impulso natural y espontáneo, son los medios que el amor pone en juego para alcanzar su objeto, apoderándose del bien deseado.

Son, pues, necesarios y de la mayor utilidad para el enamorado.

Veamos ahora cuándo crece, cuándo disminuye y cuándo se le expulsa, y en esos casos veremos confirmada la utilidad del amor.—Expulsamos al amor cuando descubrimos en el ser amado un vicio opuesto y perjudicial a nuestros deseos. Por esto se desvanece el amor en un perezoso en cuanto descubre que lo amado le proporciona trabajos y molestias (cosas las más perjudiciales para el holgazán). Por esto el avaro expulsa radicalmente su amor si observa que el ser amado puede producir daño a su hacienda (cosa la más perjudicial para el avaro).

Crece el amor cuando descubrimos bienes inesperados.—Por esto si amamos a uno por bueno, crecerá nuestro amor a medida que sus bondades, sus buenas acciones van creciendo. Así la amistad entre las gentes buenas, es mucho más duradera que entre la gente mala.

«Cuanto más importante para mí y más frecuente es el bien que he recibido, con mayor vehemencia surge el amor.»

Disminuye, en cambio, cuando se suprime lo que esperábamos o descubrimos males insospechados.—Al descubrir una infidelidad en aquel que teníamos por leal; una astucia en el que creíamos sencillo; un latrocinio en quien pasaba por honrado; una inmoralidad en el que aparecía como intachable. En general disminuye nuestro amor al descubrir una deformidad al que creíamos hermoso y por hermoso le amábamos. No sólo debilitan al amor los males que descubrimos, sino hasta los bienes si son menores de lo que creíamos. Siempre, en todos estos casos, la causa profunda de la disminución de amor es el hecho de que ciertas cosas que creíamos de la mayor utilidad nos aparecen como inútiles o que siendo realmente útiles, resultan ahora inútiles para nosotros, por haber perdido su valor o haber desaparecido lo que con ellas podíamos adquirir.

* * *

La otra clase de amor es, según Vives, el que se tiene a las cosas por sí mismas, por su propia bondad, sin consideración alguna a nuestro provecho particular. «No es el amor puro y verdadero, dice, mientras no esté libre en absoluto de toda mira utili-

taria. > Como ejemplo, nos pone, el del padre al hijo, el maestro a sus alumnos, el autor a su obra.

Esta clase de amor parece que contradice la tesis utilitaria. Pero aún aquí hay que distinguir el hecho de que el amante no tenga ninguna mira utilitaria y el hecho de que nos sea de la mayor utilidad el amor, aún sin haberla buscado. El caso más brillante que puedo poner es el amor puro y verdadero a Dios. El amante, en este caso, está alejado de toda mira utilitaria; pero precisamente por eso; por desdeñar toda utilidad, consigue la máxima utilidad, cual es, participar de todas las cualidades divinas del objeto de su amor. Participar, en este caso, de la eterna bienaventuranza que comunica la identificación con la divinidad y recibir los beneficios de su amor en toda su pureza y transparencia, como las aguas puras y transparentes que brotan de un manantial limpio. Esa es la unión fructífera y ese el precio amplísimo del amor desinteresado por excelencia. Utilidad que no obtendrá nunca el que mezcle su amor con alguna mira utilitaria.

Pero por otra parte, si yo consigo incluir esta segunda clase de amor en la primera, todo lo que he dicho de la utilidad de aquél, quedará dicho de éste.

Para ello hay que demostrar que este amor es amor a sí mismo, y es lo que voy a hacer ahora.

Veamos el amor a los hijos, a los amigos, a los discípulos, a nuestras obras. Digo que este amor proviene del amor a nosotros mismos. La personalidad del hombre no termina en los límites de su cuerpo, sino que su mismo YO, su mismo ser, su misma persona, salta por encima de esos límites corporales y se ensancha, se agranda y se proyecta en sus obras, en sus hijos, en sus amigos como en partes o miembros suyos. Con la misma realidad que un dolor físico se proyecta en mi brazo o mi pierna. Una obra, un hijo maltratado, son como miembros de mi cuerpo maltratados. Un beneficio hecho a un hijo o a una obra mía, es a mi real y auténtica personalidad de hombre a quien se hace, que yo siento proyectada en esas partes que son miembros míos. Quien me cura un brazo o una pierna enfermos, es a mí a quien hace ese beneficio.

Siendo nuestros hijos, obras, amigos, etc., prolongaciones

reales de mi ser, auténticos trozos de mi persona, el amor a ellos es el amor que yo me tengo a mí mismo.

Por esto hay que interpretar como amor a sí mismo lo que Vives llama «amor puro y verdadero» y por lo tanto toda la utilidad que hemos descubierto en aquél, también aparecerá en éste.

Y cuando mayor perfección moral alcanza un hombre, tanto más se agrandará y extenderá su persona y sentirá como propios los beneficios y los perjuicios, las alegrías y las penas de mayor número de seres. A mayor perfección llegaremos si conseguimos llegar a considerar a todos los hombres como hermanos, según nos manda nuestra religión, y esto es ya un ensanchamiento de mi persona que sobrepasa los límites de los países. Así han considerado a todos los hombres, todos los santos, sin distinción de razas ni países. Así amó, no ya a todos los hombres, sino a todos los seres creados por Dios, a todas las criaturas de Dios, San Francisco de Asís, a los que llamaba hermanos. Su personalidad abarcaba a todo lo creado y le dolían los dolores de los hermanos en su inmenso corazón.

Pero aún podemos remontarnos más y pensar cómo sufre Jesucristo por nuestros males—nuestros pecados—ya que somos todos hijos suyos.



MISERICORDIA Y SIMPATIA

Trata Vives estas dos pasiones juntas y el solo hecho de unir las para estudiarlas a la vez, ya nos indica que las considera tan semejantes como derivación o desarrollo una de la otra. Si consideramos la simpatía en su sentido griego, etimológico, nos aparece idéntica a la compasión, es decir, la pasión que yo comparto con otro o que tengo en compañía de un ser semejante.

El dolor que yo siento en mí porque otro lo tiene, el placer que me alegra y la alegría que reconforta mi espíritu y que yo siento porque otro las tiene; eso es la simpatía, la compasión.

Esto no se admite generalmente porque en nuestro idioma empleamos estas dos palabras para designar dos aspectos de una misma pasión. Y la compasión la reservamos para designar nues-

tra participación en las penas. En verdad debíamos seguir empleando la simpatía para los dos aspectos, y así la emplea Luis Vives, cuando nos dice de manera bellísima y profunda: Es la simpatía a modo de contacto..... como pasa en dos cuerdas de diversas cítaras, puestas en igual tono, cada una de las cuales suena cuando se toca la otra. Esta es la auténtica simpatía. La semejanza trae la simpatía y ésta produce la misericordia.

Cuando yo golpeo con un martillo una campana, empieza a vibrar, produciendo un sonido. Pero otra campana alejada, a la que yo no he tocado, empieza a vibrar también reproduciendo el mismo sonido que su compañera.

Cuando un semejante recibe una excitación, también vibra y se siente invadido por un dolor o un placer. Pero otro hombre alejado, a quien aquella excitación no ha llegado, empieza también a vibrar y a sentirse invadido por el mismo dolor o placer que su semejante, aunque con distinta intensidad.

Esta es la simpatía: el dolor o placer que siento porque otro lo siente; la alegría o tristeza que en mí produce la alegría o tristeza de otro ser.

Claro está que cuanto mayor sea la semejanza, más disposición para la simpatía existe, como ocurre con los semejantes en edad, estudios, costumbres, etc.

He observado la simpatía que nace cuando un enfermo encuentra a otro de su misma enfermedad, y la misericordia que esa simpatía engendra. Podemos poner en un gráfico

Semejanza → Simpatía → Misericordia

en el que la primera es necesaria para la segunda y ésta para la tercera, no pudiendo existir la última sin las dos primeras.

Tres puntos trataré acerca de la misericordia. El primero se refiere a la pasión en sí misma y los otros dos a su utilidad.

1.º La misericordia es un sentimiento natural y esencialmente humano. Brota de la naturaleza humana como sentimiento tierno y suave del alma. Nada hay más propio, más en consonancia con la humana naturaleza que el apiadarse de los afligidos.

No se trata de socorrer al afligido, sino de condolerse de su

dolor, que es el socorro más eficaz, el que más se estima y más puede aliviar la enfermedad de su alma dolorida.

No se trata de socorrer al necesitado *echándole de comer como a un animal*; o *tirándole con indiferencia unas monedas*. Ni tampoco sólo socorrerle aunque con toda elegancia, dándole con finura todo lo que necesita materialmente. Esto se puede hacer y se hace cuando desaparece la misericordia. Esto se puede hacer y hasta lo aconsejan los estoicos cuando, siguiendo su sistema de despojarse de toda pasión nos dicen por boca de Séneca: «Yo puedo ayudar al afligido y socorrer al desgraciado sin que sea preciso ese dolor y tribulación del alma que llaman misericordia.» Esto lo dice Séneca como perfecto estoico, pues para ellos todas las pasiones producen una debilitación de la energía del alma, y son malas, ya que enturbian, alteran y agitan el espíritu y le privan de la imperturbable serenidad en la que, según ellos, consiste la verdadera fortaleza y felicidad del hombre.

Arremete Luis Vives contra los estoicos en esta frase magnífica: «Los estoicos quieren, en vano, convertirse en rocas, habiéndoles hecho hombres la naturaleza.» En estas breves palabras está la crítica más profunda y vital que se pueda hacer del estoicismo, puesto que si es una filosofía para hombres, a los hombres ha de convenir. Y ha de convenir, por lo tanto, a la naturaleza esencial del hombre, en la que encontramos la compasión brotando de su misma esencia. Es por tanto inhumano pretender despojar a los hombres de lo que constituye su humanidad. Y contradictorio que una filosofía, como la estoica que tiene que ser orientadora de hombres, no pueda aplicarse a ellos si no dejan de ser hombres. Aquí está la grandeza de Luis Vives y lo que constituye una de las notas esenciales, y tal vez la más característica de su filosofía: su humanidad. Ser una filosofía hecha para hombres y sacada del estudio íntimo y profundo del hombre y de la vida humana, de la psicología individual y de la convivencia social. Una filosofía, que lleva sus raíces hasta la entraña misma del ser humano para nutrirse de las esencias vitales, de las últimas realidades de la existencia. Una filosofía que se adapta a la sociedad y al hombre aislado, que le guía, que le orienta, que le ayuda a vivir, que le hace sentirse miembro, con sus hermanos, de la gran comunidad

humana. Una filosofía que es tan humana como divina; que recoge y estudia el dato, el acto fisiológico o psíquico más elemental si con ello puede enseñar y orientar y prevenir; que no desdeña los detalles más vulgares y ordinarios si le sirven de ejemplos que aclaren y hagan comprender a los menos doctos las doctrinas que enseña; que sabe remontarse como el más grande filósofo a las cumbres de la metafísica para recoger desde ellas, en visión de conjunto, todos los hechos particulares y descubrir sus causas profundas, los verdaderos motivos de sus cambios y el valor vital que les anima y les da una significación lógica, una justificación ética y una razón de existencia; que sabe volar, como los grandes místicos, a las sublimes regiones celestiales; pero enseñando el medio y el camino para seguirle porque quiere, desea llevar a todo el mundo a ese reino para que pueda gozar del Amor y juzga que son bien dignos de lástima los que están separados de él.

Toda esta diversidad de asuntos que reclaman la atención de Luis Vives, desde los más pequeños hasta los más sublimes, tienen de común que afectan al hombre, orientan su vida y justifican su existencia. Por esto es su filosofía la más genuina y auténtica filosofía humana, vital y existencial.

No hay que olvidar nunca esta significación de la doctrina vivista si queremos entender cada una de sus concepciones en materias particulares. En esta que estamos tratando de la utilidad de las pasiones, se manifiesta con toda evidencia.

Determinada ya esta pasión, la misericordia, que brota naturalmente de la semejanza y correspondencia de las almas entre sí, y cuya esencia consiste en apiadarse de los afligidos, y condolerse de su dolor, voy a señalar su utilidad. Mejor dicho: su doble utilidad; pues así como en las demás pasiones la utilidad tiene una sola dirección, en la misericordia creo que hay una utilidad doble: para los demás y para mí. Ya se supone que en las ocasiones en que yo forme parte de los demás, también será, entonces para mí.

Empecemos por la utilidad que a mí me procura. «Mucho se afecta el alma con los males ajenos, porque viéndolos cerca pensamos que también nos amenazan a nosotros.» Y este pensar, este vernos amenazados, es una advertencia, una razón para que

tomemos nuestras precauciones y ésta es la utilidad para mí. Y la prueba de que la amenaza es la que produce esa pasión, nos la suministra la vida misma. Mientras más semejanza haya, con más facilidad y empuje brota. Cuando más disminuye la semejanza, con más dificultad y desmayo se siente.

Al contemplar cómo una desgracia atribula a un hombre, se condolerá más de su dolor el que esté en situación parecida y expuesto más fácilmente a sufrirlo. Por eso se conduele más del dolor de un padre por la pérdida de su hijo único, aquel que tiene un hijo único. Por eso se apiada más de quien se examina, el que tiene que examinarse poco después. En cambio, el que no tiene hijo ni se ha de examinar, difícilmente se conmovirá.

Por esto se hace incompasivo aquel que se siente o se cree diferente del ser dolorido y esto puede ocurrir de dos maneras, que sirven para confirmar esta primera clase de utilidad que estoy describiendo.

Este alejamiento ocurre cuando uno goza de gran felicidad o sufre extrema desgracia. En ambos casos se hace incompasivo por creerse inatacable por el dolor que aflige a su semejante, ya que no está expuesto a él, por lo que no se duele de que un semejante tenga que sufrirlo. Tal sucede al multimillonario y al pobre de solemnidad. Ni uno ni otro suele condolerse porque una familia pierda su fortuna y quede en la pobreza. El primero por pensar en su opulencia y el segundo por pensar en su miseria, ninguno de ellos se siente afectado por el hecho en cuestión. Y en verdad, como en ninguno de estos dos casos, se ven amenazados por aquel mal ajeno, tampoco necesitan de advertencia, ni tienen por qué afectarse. Este es el aspecto útil más pequeño, más particular y menos importante; menos importante para el conjunto de la humanidad; pero más sensible, más inmediato para mí, porque se dirige a mí directamente, exclusivamente. La verdadera utilidad de esta pasión es la que aprovecha a nuestros semejantes, la que se dirige al que sufre el dolor, causa de mi misericordia, la recae en las almas atribuladas, la que consuela y reconforta a los espíritus entristecidos.

Aquí se muestra la verdadera utilidad de esta pasión en toda su amplitud y aparece también el concepto elevado y humano y

humanitario del utilitarismo de Vives. El nos lo dice en esta frase magnífica: Es la misericordia un sentimiento de gran mansedumbre concedido por Dios a los hombres por su bien para el mutuo auxilio y consuelo de las diversas vicisitudes que pasan en la vida, en las cuales suple la misericordia la falta de amor.

No se puede en esta frase suprimir ni una palabra.

¡Qué cosa más grata para el que sufre, que ver compartido su dolor! Es como si nos ayudaran a llevar nuestra carga. Nada más útil para aliviar las enfermedades del alma y consolarnos en nuestros males más graves, como la comunicación de mi dolor, el ver a otro condoliéndose de mi pena. Nada, por el contrario, más ingrato para el que sufre que verse aislado en su dolor. Es como si le dejaran solo para llevar su carga. El que va doblegado por el peso de su desgracia, agradece al que se arrima para ayudarle, el hecho material de librarle, en parte de su peso; pero con más intimidad agradece aún el hecho espiritual de verse acompañado en su dolor, de ver su pena compartida. El primer hecho, alivia a su cuerpo, a sus músculos, a su sensualidad; pero este segundo hecho alivia su alma, consuela su espíritu y ensancha su corazón.

Hablen aquí el amigo que perdió a su amigo íntimo; el solterón que ha de vivir entre gente asalariada; el padre que perdió su familia y todos aquellos que quedan en la vida sin tener en su intimidad a seres queridos que compartan con ellos sus dolores y les ayuden a llevar sus desgracias, en espíritu y asocien sus lágrimas a las suyas. Hablen y nos dirán si hay algo más triste y desesperado, y si habría algo de mayor utilidad que la misericordia para aliviar su alma abandonada.

LA ALEGRÍA

Si te place contemplar el mar desde la orilla, podrás ver cómo las olas, al deshacerse en la suavidad de la playa o al estrellarse contra la costa brava, se fusionan y entremezclan. A veces, una ola se suma a la anterior y forma con ella otra más grande; otras veces se contrarrestan y amortiguan, y hay ocasiones en que, al chocar dos de igual ímpetu, originan una empinada montaña de agua coronada por crestas de blanca espuma que muy pronto se desvanece, anulándose ambas.

En todas las pasiones y emociones también podemos observar esta triple fusión, si nos place contemplar el mar espiritual de nuestra alma. En la alegría tal vez lo veremos con mayor evidencia y ello nos servirá para descubrir los aspectos más finos y delicados de su utilidad.

Es tan útil para el alma como para el cuerpo esta pasión simpática y apetecible; que sólo puede traernos provecho y nunca perjuicios; que dobla los bienes recibidos; que compensa las amarguras de nuestro padecer y que tal vez por reunir esas cualidades únicas, es la pasión singular que todos los hombres buscan. Ninguna pasión es deseada con la absoluta unanimidad que ésta.

Un corazón alegre sirve de medicina. Es, en realidad, la alegría la medicina o el reconstituyente o bálsamo que Dios nos concede para reanimarnos, vivificarnos y sostenernos después de un padecimiento.

Cuando un hombre soporta el dolor o es víctima de una desgracia, pone toda su energía, su fuerza, su vitalidad para sobrellevarlos, y si es posible, vencerlos; pero ese esfuerzo para librarse del mal, le desgasta, le debilita, le agota. Mientras dura la lucha, la tensión nerviosa le tiene en pie, y engendra en él energías insospechadas para no dejarse vencer y seguir luchando. Pero llega el momento en que el hombre vence al dolor y separa de su camino la desgracia. En este mismo momento en que deja de luchar y padecer, se presenta en su alma, como por asalto, la

alegría. ¿Para qué?, si el sufrir ha terminado. ¿Qué falta hace la alegría?

Precisamente es el momento de su eficaz actuación. Terminada la lucha, aunque victorioso, como la tensión nerviosa ya no le anima, queda el luchador agotado, roto, desanimado, maltrecho y tal vez herido. Y para sacarle de ese agotamiento o levantar ese espíritu abatido o para restañar sus heridas, se presenta la alegría en su alma como un regenerador de sus energías gastadas, como un bálsamo, como un vitalizador; en una palabra: como medicina reconstituyente.

Pero ocurre que los reconstituyentes, tomados en gran exceso, pueden ser perjudiciales. Así también la alegría inmoderada puede dañarnos y hasta llegar, aunque en contadas ocasiones, a producir la muerte rápida. La repentina posesión de un gran bien deseado con vehemencia o la momentánea supresión de un mal que nos angustiaba y arruinaba, pueden producir una súbita alegría inmoderada que altera el alma y trastorna el organismo con grave riesgo para la salud. Un amigo mío cayó como muerto por la alegría, súbitamente, el día glorioso de la liberación de Valencia por las victoriosas tropas de nuestro invicto Caudillo Franco. En este caso se juntaron los dos motivos de alegría: supresión de un gran mal que nos angustiaba y arruinaba, y adquisición de un gran bien que con tanta vehemencia esperábamos. Por eso, en aquellos momentos parecía que todos nos habíamos vuelto locos y una alegría estrepitosa invadió a toda la Ciudad.

Pero estos casos son muy raros. Casi siempre la alegría se presenta en la medida necesaria para beneficiarnos, como un reconstituyente recetado por el mejor médico y preparado por el mejor farmacéutico que podamos imaginar.

Así, si nos invade después de un gran dolor, se entremezcla con él y forma la melancolía que es una fluctuación del alma, mezcla de placer y dolor. Es una alegría triste, la que con menos riesgos de dañar puede presentarse en un alma dolorida para animarla; es como una alegría vestida de luto que nos visita así para no lesionarnos ni ofendernos con su presencia; es como un reconstituyente preparado para que lo tolere el organismo enfermo.

Aún tiene otra utilidad esta pasión. Es lo que yo llamo: doblar los bienes recibidos. Veamos esto. Cuando yo recibo un bien, un beneficio, un provecho, un aumento en mi bienestar, tengo una utilidad; pero la alegría que me proporciona el recibir estos bienes, es otro bien—y el más importante—que recibo. De esta manera la alegría aumenta el valor de lo recibido y dobla mis bienes.

Por esto debemos acoger la alegría con verdadera delectación, abrirle de par en par las puertas de nuestra casa y retenerla el mayor tiempo posible como el huésped más útil y agradable. Debemos entregarnos a ella sin escrúpulos necios y sin reprimir sus manifestaciones, sobre todo la risa, pensando qué cosa tan humana es el reír, ya que el hombre es el único animal que ríe.

Hay gentes tan estúpidas que creen vulgar y *poco fino* exteriorizar la alegría cuando reciben algún bien. Son los que alardean de seres superiores, a los que les cuesta gran trabajo soltar una risa franca y sana y creen de buen tono y signo de distinción el ahogar esas manifestaciones exteriores.

Otros, por seguir el sistema filosófico de los estoicos, cierran las puertas a la alegría, como a todas las pasiones, para no perder la serenidad.

Unos y otros admiten, eso sí, los bienes; pero sin emocionarse, con indiferencia, y a eso llaman actitud elegante. ¡Desgraciados! Yo les digo que con ello violentan a su naturaleza humana; reducen los bienes a la mitad de su valor y desprecian el bien mayor que la naturaleza les ofrece.

Porque, vamos a cuentas: Si yo puedo tener los bienes y además la alegría de poseerlos ¿no es una estupidez que renuncie a ella? Dios, al darte un bien, te da, de regalo, otro bien mayor; es como un obsequio que graciosamente te ofrece y que avalora lo recibido. No seas necio. Tómallo; alégrate; riéte.



LA ESPERANZA

«La confianza de que ocurrirá lo que deseamos.» Esta es la definición de Luis Vives.

Por ser una pasión tan popularizada en la literatura, tan divulgada en los cantares populares y tan utilizada en la religión, voy a ceñirme y tratar escuetamente las cualidades esenciales y deducir de ellas su utilidad.

En primer lugar, esta es la pasión genuina del pretendiente; característica del aspirante. Pero ¿quién, en esta vida no es pretendiente o aspirante? Una señora de 90 años conoci que *esperaba* llegar a centenaria, *porque otras han llegado*. En este hecho y en esa frase está contenida toda la esencia de esa pasión, su fundamento y su utilidad, como voy a tratar de poner en claro.

No hay que recurrir a casos raros como el citado para encontrarla. Todo aquel que empieza una carrera, arte, comercio, industria; todo enamorado que pretende verse correspondido; todo opositor a una plaza; todo solicitante de un empleo; todo cristiano cuando reza a la Virgen; todo enfermo que desea la salud; todo prisionero que suspira por la libertad; todos ellos son seres en los que encontramos la esperanza como cosa agradabilísima y de primera necesidad en su vida.

Sin esa dulce y animosa compañera, que con tanta facilidad y con tan pocas pruebas logra persuadirnos de que llegará o ocurrir lo que deseamos, ninguno de nosotros tendría la constancia, la tenacidad, la voluntad de trabajo necesarias para conseguir el éxito, para ver realizados nuestros deseos. Es la esperanza la sustentadora de la energía del alma; la estimulante de nuestras aspiraciones y compañera animosa en nuestras largas e indecisas horas de espera.

Pero: ¿cómo me persuade la esperanza de que alcanzaré lo que deseo? No por razonamientos, ni por demostraciones, ni por ciencia. Precisamente la incertidumbre es una cualidad esencial de esta pasión. Si yo sé que tal día me pagarán o que no me pa-

garán, pero lo sé con toda certeza y seguridad, no tengo la esperanza de que me paguen o no me paguen. Tendré la esperanza cuando pierda esa seguridad y certeza. Y sin embargo, si no me proporcionara alguna persuasión, yo no esperaré. ¿En qué se funda esta persuasión? En las cosas más pequeñas, en los motivos más endebles, en los casos más extraños; pero, desde luego, en ninguna razón verdadera, ni lógica, ni científica. Causa asombro a veces descubrir en qué cosa tan baladí funda su persuasión quien espera. Pero precisamente en esto veo yo la verdadera, la auténtica esencia de la esperanza: poner mi alma en situación de adherirse a la más leve y nimia cosa y dejarse persuadir por tan liviano motivo. Sin ella ¡qué aspecto tan distinto tendría nuestra vida! ¡Cuántas aspiraciones morirían! ¡En qué estado tan pasivo, deprimido y desmayado nos encontraríamos sin ella, en medio de tantas miserias y de vicisitudes duras y trances amargos como hay en la vida!



EL MIEDO

La mejor definición es la de Luis Vives: «El miedo es el encogimiento del ánimo por algo que a uno *parece* malo cuando *se piensa* que va a venir.»

¡Qué finura y delicadeza de pensamiento encierra! Observemos que no dice: de algo malo, sino: de algo que a uno *parece malo*; no dice: del mal que va a venir, sino: del que *pensamos* que va a venir. Y efectivamente, puedo tener y realmente tengo miedo de cosas que no llegan nunca; pero que yo he creído que vendrían; tengo miedo de cosas que he creído malas y en realidad no lo son. Por ejemplo, cuando me informan mal de una persona a quien he de recibir y confiar asuntos míos importantes y luego, al tratarla y convivir con ella, veo que es buena. He tenido miedo a una cosa que no es mala. Cuando después de examinarme con un profesor que tiene fama de fiera, compruebo que no lo es, he

temido a algo que no es malo. ¡Cuántas personas temen a gobernantes a quienes creen hienas, siendo, en verdad, buenas personas! Todos estos ejemplos sirven para confirmar una de las notas contenidas en la definición de Vives: *que el miedo nace del pensamiento del peligro*. Por esto mismo, el que más teme a una intervención quirúrgica, es un cirujano; a un pleito, un abogado; a las medicinas, el farmacéutico; a una batalla, el general; al pecado, el virtuoso; a los contagios e infecciones, el higienista; a la justicia, el magistrado; porque cada uno de ellos piensa en peligros que pasan desapercibidos para los demás y que tal vez nunca se presenten; pero que pueden presentarse.

Por esto mismo, en ningún animal produce el miedo tanta confusión como en el hombre, pues ellos no ven todo el mal futuro con tanta amplitud ni imaginan los males presentes tan peligrosos.

También por esto tiene que temer a muchos aquel a quien muchos temen. Este es el caso de los déspotas y tiranos.

Es el miedo una de las pasiones en que más se manifiestan los efectos corporales; pero aunque Luis Vives los describe con bastante extensión, no quiero tratar aquí de ellos por dos motivos: 1.º, porque sólo me he propuesto descubrir la esencia de cada pasión y mostrar su utilidad; y 2.º, porque toda la doctrina fisiológica de Vives, es hoy insostenible. Aquí quiero hacer una manifestación para los médicos que lean su psicología. Los que, al leerla se burlen de su ignorancia fisiológica, no deben burlarse del genial filósofo renacentista, sino de los médicos y medicina de su época, que Vives recogió para aplicarlo al estudio de las pasiones. Y esto sí que es un valor y una característica del Renacimiento; este estudio de las influencias de lo psíquico en nuestro organismo, hecho hace cuatro siglos por el filósofo valenciano, es una ejecutoria de su modernidad y actualidad.

En cuanto a las teorías médicas, cada época ha despreciado las de épocas anteriores y en el porvenir se burlarán de la medicina actual. En cambio, la lógica de Aristóteles y la geometría de Euclides y la psicología de Vives, han sido aceptadas en todos los tiempos, como hoy en día y como lo serán en el porvenir. Terminó este paréntesis, que he creído necesario hacer para los no filósofos, y vuelvo a tratar de esta pasión.

Uno de los efectos más característicos del miedo, es perturbar y confundir los pensamientos. ¿Cómo ha de investigar, dice Vives, aquel que siempre está dominado por el miedo de la pobreza, de la esclavitud, de la muerte?

En verdad, quien está dominado por el temor de esos peligros, difícilmente podrá estudiar, pues no tendrá la tranquilidad de ánimo necesaria para dedicarse a la investigación. Es un absurdo pedir que se dedique al estudio al hombre amenazado por la carencia de lo necesario para vivir. Esto es lo que no debían olvidar los políticos cuando forman los presupuestos. Deben asignar sueldos decorosos que libren de la preocupación de la miseria a los intelectuales, si quieren obtener de ellos el rendimiento debido.

Tampoco deben olvidar esto los catedráticos al examinar. Piensen cuanto puede confundir y perturbar los pensamientos de los alumnos el miedo y comprenderán la necesidad de no atemorizarles demasiado, si quieren conocer el verdadero caudal de sus conocimientos. Es muy exacta la antigua frase: El pavor me arranca del alma toda la ciencia.

El miedo fortalece el ánimo frente a los males en muchos casos. Se pueden reducir a dos.

Primero: el miedo de un mal mayor me da ánimo para desdenar el mal menor. O, dicho de otro modo: como el mayor es el que más puede perjudicarme, a él es a quien he de temer, con él me tendré que enfrentar y para ello dejaré de tener miedo a lo menos perjudicial. Muchos casos que admiramos como de valentía, son modalidades de esta fortaleza del ánimo que el miedo proporciona. Muchas veces, la resolución y la valentía con que nos enfrentamos con el mal o el peligro, son productos del miedo a un mal o peligro mayores. Esta fortaleza del alma producida por el temor a desgracias mayores, es fácil observarla en la vida porque es abundantísima. Una nación que se levanta en armas para defender su independencia contra el invasor, acepta, con valentía la guerra, que era motivo de miedo. Esa fortaleza que ha transformado ese miedo en valor, es provocada por otro miedo a otro mal mayor: la esclavitud. Hay toreros que hacen ostentación de su valor en la plaza, y en el fondo ese *valor* que a veces entusiasma, es desdén de un peligro probable,

la cogida, ante la presencia de otro mayor y seguro, el hambre. Es célebre y exacta y resume todo este pensamiento la célebre frase: «Más cornás da el hambre», que contestó un torero muy inteligente a un amigo que le preguntó si no temía a los cuernos del toro. El miedo al trabajo duro y a la fatiga del estudio, se disipa ante la presencia del miedo a un mal mayor: la pobreza o la miseria para toda la vida. Y entonces se fortalece el ánimo y se emprende el estudio con valentía. Esto explica por qué triunfan en la Universidad mayor número de estudiantes pobres y es rarísimo el caso de que un millonario se afane y se mate trabajando, porque éste tan rico, no tiene el miedo al peligro mayor y por tanto no se desvanece en su alma el miedo a la molestia menor.

Por esto también al que más feliz es, más cantidad de penas nimias le hacen sufrir. El que tiene un dolor o una preocupación seria y realmente peligrosa, desdeña, no siente las contrariedades que tanto teme la persona feliz. Es frecuente oír lamentarse de nimiedades a personas que todo lo tienen. Para curarse de esos temores ridículos, no hay como un gran dolor, una auténtica preocupación, un verdadero peligro. Los habituados a sufrir males tienen como un callo en el alma que les hace insensibles a los males pequeños.

Segundo: si nos libramos de un mal, dispondremos de bienes mayores; En este caso, también, la valentía sustituye al miedo. La esperanza de un gran bien obra aquí esa transformación, convirtiendo al miedoso en valiente y enérgico. Ejemplos magníficos y brillantes tenemos en los enamorados. Toda la literatura está llena—y también la vida—de hazañas portentosas y extraordinarias de valor realizadas por el amante como condición impuesta por su amada para entregarle el bien que tanto desea.

No sólo en el amor, sino también encontramos acciones de esa clase en el deseo de grandes riquezas, de gloria, de vida inmortal. ¡Cuántas hazañas temerosas han realizado muchos comerciantes, guerreros y místicos, sin miedo, por el deseo de alcanzar esos bienes tan codiciados!

Antes he dicho que el miedo perturba y confunde los pensamientos. Esto produce la suspicacia y con ésta aumenta la importancia que se concede a las cosas que pueden perjudicarnos, y

nos hace ver el peligro más grande de lo que en realidad lo es.

Así resulta ser el miedo como un amplificador de los peligros, un exagerador de los males, un abultador de las desgracias. Esta es una cualidad de las más útiles del miedo. Los males y las desgracias, por lo mucho que nos pueden perjudicar, no deben pasar inadvertidas como inofensivas; pero si las viésemos más pequeñas de lo que son, o en su justo tamaño, las despreciaríamos y no procuraríamos evitarlas, ya que no las temeríamos; por eso el miedo las amplifica y abulta, para que asustándonos, las tomemos como cosa grande y nos pongamos en situación de evitarlas o desviarlas, siéndonos así de gran utilidad. Es, desde luego, preferible y más prudente y útil ser temeroso, que confiado. Muchas desgracias nos llegan por no haberlas temido cuando aún no habían penetrado en mi casa, por no haberlas visto como tales. Si se hubiesen presentado abultadas, amplificadas, el miedo me hubiera hecho tal vez evitarlas o disminuirlas. Por muchas precauciones que yo tome para precaverme contra una enfermedad contagiosa, nunca habré hecho más que cosa útil. Aunque con la mitad de precauciones hubiera podido librarme, nada he perdido estando mejor defendido.

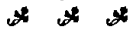
Es también el miedo muy útil si lo consideramos como anunciador de los males. En este caso es una advertencia, un aviso, una voz de alerta, una sirena de alarma, para que, al oírla, nos refugiemos en lugar seguro.

Pero de igual manera que el que quiere refugiarse en caso de bombardeo, se aterra, si no encuentra refugio, también se aterra el que ve desaparecer su amparo. La hija pequeña que ve morir a sus padres; todos aquellos que viven bajo la protección de un jefe o un superior, cuando les ven manifestar temor. Por esto el padre de familia, el que dirige una nave, no deben mostrar nunca temor, y si lo sienten, disimularlo ante sus familiares o pasajeros. Porque si el padre de familia o el capitán del barco, en momentos de peligro, empieza a temblar y manifestar temor ¿cómo temblarán y se aterrorarán los hijos y los viajeros? Lo mismo que tiemblan los polluelos al ver asustada a la llueca. Esto explica el aniquilamiento de un ejército cuando ve caer al general en quien todos tenían absoluta confianza y creían inviolable por su gran valor.

El Jefe político de un estado debe mostrar siempre fortaleza

y nunca temor; pues éste sería fatal para todo el pueblo. No quiero decir que no lo sienta; pues ya he dicho que es útil y debe sentirlo más que todos, para poder tomar las medidas necesarias para evitar el mal que el miedo le anuncia; pero que no lo manifieste para no hundir en el espanto a todo el país. Lo mismo el general en una batalla, etc., etc.

Todo lo dicho referente a la utilidad de esta pasión está resumido en esta frase de Luis Vives: «El miedo se ha concedido al hombre para precaverse de lo que ha de causarle daño antes que llegue a él.»



DE LA INDIGNACION

La raíz de la indignación es el juicio y el amor del bien. Empezamos a vivir nuestra vida de acuerdo con este juicio, ya espontáneamente, o por la educación que con palabras y ejemplos nos inculcan nuestros padres, y también por la influencia del ambiente en que vivimos. Cuando el juicio del bien se ha hecho consciente en nosotros, con mayor razón seguimos viviendo de acuerdo con los principios morales, por la costumbre adquirida, por necesidad espontánea, por convicción, por la paz interior y la satisfacción que nos proporciona y sobre todo porque reconocemos nuestro juicio del bien como excelente y saludable para todos los que tienen que vivir en comunidad. Consideramos, pues, natural y necesario, que todos acaten y respeten el orden moral, derivado del juicio del bien, así como lo hemos acatado nosotros y así como nos esforzamos en respetarlo, hasta cuando nuestro egoísmo está en pugna con él. Cada vez que alguien no respeta los principios morales, que consideramos inviolables, nos ofende en nuestro amor al bien. Así nos ofenden los vicios, las culpas, los deméritos, la maldad, quien no cumple con sus deberes, quien no respeta los derechos ajenos, etc.

Peró no todos los hechos que ofenden nuestros principios morales despiertan la indignación; la mayoría de las veces suscitan sólo nuestra reprobación. Para despertar la indignación es preciso, además, que tengan el carácter violento de un choque,

de un hecho inesperado que nos sorprenda, nos subleve, nos dé el deseo de reprochar, de castigar, de reparar la injusticia cometida. El mundo en que vivimos está lleno de personas que jamás han pagado sus malas acciones, de personas que jamás han logrado los bienes que merecían y deseaban, de personas indignas de los bienes que poseen, etc. Son casos que hemos conocido por referencia o que han ido desarrollándose día por día en presencia nuestra, a los que nos hemos acostumbrado, que consideramos como un mal sin remedio, a pesar de seguir desaprobándolos y de desear que la vida restablezca aquel orden moral que responde a nuestra íntima necesidad. Todos estos casos, aunque si un día nos indignaron, no despiertan ya en la actualidad indignación alguna en nosotros, porque hemos ido paulatinamente acostumbrándonos a ellos, porque les falta el elemento «sorpresa», indispensable para que tenga lugar la indignación.

Por ser la indignación una pasión de formación rápida y además de carácter violento, tiene forzosamente una duración muy limitada en el tiempo, pareciéndose en esto a la ira. Su manifestación exterior es inmediata; a la extrañeza que nos sorprende y al mismo tiempo nos hiere viendo a alguien obrar fuera de razón y justicia, sigue el deseo de «hacer justicia». Este deseo de hacer justicia es la característica de la indignación y nos revela su utilidad. Si podemos poner en acción este deseo, entonces obramos sin dudar, quitando al indigno el bien que no merece, reprochándole o castigándole si ha obrado mal, ayudando al perjudicado. En este último caso, a la indignación se une la pasión de la misericordia, que brota de la misma raíz del juicio y amor del bien. Esta pasión se une a la indignación siempre que una acción va en contra de nuestros principios morales y además perjudica materialmente o moralmente a otra persona. La indignación por la violación del orden moral y la misericordia por el perjudicado brotan contemporáneamente y coexisten en nosotros. Las dos pasiones se acoplan también en su finalidad: hacer justicia, castigando al culpable por una parte y compensando al perjudicado por otra. Pero el deseo de hacer justicia no siempre tiene su actuación inmediata como quisiéramos; unas veces porque las circunstancias no lo permiten, otras por el temor de perjudicar nuestros intereses

con una intervención personal directa. Entonces buscamos su actuación por otros caminos: comunicando nuestra indignación al mayor número de personas, con el doble fin de encontrar alguien que pueda actuar según nuestro deseo de justicia y de crear alrededor del culpable un ambiente hostil o por lo menos una disminución de la estimación en los de su ambiente, con el consiguiente perjuicio.

Alcanzada rápidamente su fase aguda, la indignación decae también rápidamente y se transforma, o en propósitos de una personal intervención cuando las circunstancias lo permitan, o cuaja en una desaprobación habitual, con fondo de amargura por nuestra impotencia en restablecer el orden moral. Tanto el primer caso como el segundo salen del ámbito pasional; no son manifestaciones directas de la indignación a pesar de tener su origen en ella.

En el deseo de «hacer justicia» estriba, como hemos dicho, la utilidad de la indignación. Nos indignamos por hechos que no rozan minimamente con nuestros intereses ni con nuestros bienes; basta con que perjudiquen a personas dignas, aunque no tengamos con ellas lazo alguno de cariño, o que favorezcan a seres indignos, aunque ellos no nos perjudiquen; por esto, bajo el impulso de la indignación intervenimos activamente, a veces en contra de nuestra razón que nos aconseja prudencia, y hasta en contra de nuestros intereses momentáneos. Bajo la sacudida violenta de la indignación, olvidamos el interés inmediato nuestro, porque sentimos la necesidad de defender el bien más grande que poseemos: el bien moral, el que más nos acerca a Dios. El deseo de «hacer justicia» propio de la indignación, es un deseo puramente desinteresado, que obedece a la necesidad de ver respetados los principios morales, fundamento de toda nuestra vida. Y puesto que es característico en la pasión de la indignación el comunicarse al mayor número de personas, resulta una unión y cohesión de voluntades, que aspiran todas al mismo fin: restablecer el orden moral. Por eso, dice Vives:

«Se ha dado al hombre la indignación para comunidad en la vida, a fin de que se establezca una distribución equitativa y recta de todos los bienes, y no vayan a parar a los indignos; esto es, a quien ha de usar mal de ellos.»

DE LA ENVIDIA

Según Luis Vives, existen cuatro distintas formas de envidia:

1.º ... cuando el bien de otros nos perjudica por aminorarse nuestros bienes.

2.º ... cuando sentimos que el bien ajeno no haya sido para nosotros.

3.º ... cuando no quisiéramos que los otros consiguiesen lo que nosotros deseamos o hemos deseado, sin haber podido alcanzar, o que se adjudique a otros lo que, según nuestra opinión, debería correspondernos propiamente.

4.º ... cuando el bien nos duele simplemente sin mira alguna de nuestras utilidades.

La envidia es una de las pasiones que más nos avergonzamos de padecer, que escondemos a los ojos de todos y hasta a nuestros propios ojos; también si sus síntomas son tan claros que ya no es posible engañarnos, los interpretamos como expresión de otras pasiones, negándonos a llamarla por su nombre. Este espontáneo disimulo deriva de la creencia, difundida entre casi todos, de que la envidia es una de las pasiones más bajas. La gente confunde los tres primeros grados de envidia, comprendiéndolas todas en su cuarta forma. La definición de la cuarta forma de envidia nos indica claramente que es la única que no haya sido concedida al hombre para que le sirviera para su bien. El sentido de utilidad va unido a los tres primeros grupos de la envidia.

Las distintas pasiones, que nos empujan a obrar en una sucesión espontánea e incesante, a lo largo de nuestro día y de nuestra vida, las consideramos como parte integral de la armonía de nuestro ser en su totalidad física y psíquica y obramos bajo su impulso sin pararnos para identificarlas, sin saber que gracias a ellas, tomamos parte activa en la vida. Sólo nos damos cuenta que, yendo hacia la vejez, las pasiones disminuyen en fuerza y número paralelamente a nuestras fuerzas vitales y que contemporáneamente el campo de nuestra acción va reduciéndose a menores límites.

Esta fuerza propulsora, propia de todas las pasiones, la encontramos también en la envidia y en mayor grado que en muchas otras pasiones; pues al deseo de conquista, propia de ella, se une siempre el elemento dolor en cuanto los bienes que admiramos están en poder de otros. A pesar de que la mayoría de las personas afirman no padecer de la envidia, es bastante echar una mirada a la clasificación de Vives, para comprender que todos estamos sujetos a esta pasión en una o en otra de sus formas. A veces, no nos damos cuenta que obramos bajo el impulso de la envidia, ya sea porque el ritmo rápido de la acción no deja lugar a análisis psicológicos, o bien porque raras veces sentimos la necesidad de averiguar el origen pasional de nuestros actos, y a veces porque atribuimos su ímpetu de conquista a otras pasiones. La identificamos como envidia cuando ya se sale de los límites normales, cuando nos hace sufrir; entonces atrae sobre sí nuestra atención como una enfermedad que necesita de nuestros cuidados. De aquí la equivocada opinión de que la envidia no presenta carácter alguno de utilidad; más bien es una pasión nociva al envidioso y al envidiado.

A todos nos ha ocurrido llegar a apreciar el valor de un bien cuando vemos las ventajas, el provecho, el goce que otra persona saca de él. Es como una revelación e instantáneamente sentimos el deseo de poseerlo también nosotros. Deseo natural, propio más bien del orgullo y que todavía no es envidia. Para que se verifique la envidia es preciso que al natural deseo de poseer el bien admirado, se una el padecimiento de ver que otro, en lugar de nosotros, lo disfruta. Especificando la tercera forma de envidia, Vives dice: «cuando no quisiéramos... que se adjudiquen a otros (los bienes)... cuando opinamos que deberían correspondernos propiamente». La frase «cuando opinamos que deberían correspondernos propiamente» significa que nos consideramos con bastantes cualidades, fuerzas, aptitudes, méritos para tener el derecho de poseer el bien deseado; que, si los distintos bienes deben ser la justa recompensa a los distintos valores del individuo, nuestros valores son iguales y hasta superiores a los de la persona envidiada. Hay desde luego en cada forma de envidia una amargura viendo a otros disfrutar de un bien que deseamos, amargura que en algunos individuos, desprovistos de fuerzas apropiadas, se cristali-

za en sentimiento definitivo, mientras que en otros se resuelve en voluntad de conquista. Ese elemento doloroso de la envidia, que desde luego tiene muchos puntos de contacto con la indignación, agudiza el afán de adueñarnos del bien. Pero, también, si en principio estamos convencidos que nuestros valores son iguales y hasta superiores a los de la persona envidiada, reconocemos, sin embargo, que necesitamos seleccionar, afinar, mejorar nuestras cualidades—medios de conquista—para adaptarlas al fin que nos hemos propuesto. Las cualidades de la persona envidiada son el modelo al que nos esforzamos por acercarnos para alcanzarlas y, a ser posible, superarlas. Es la emulación propia de la envidia, que nos trae como consecuencia un doble beneficio: el bien objeto de nuestro deseo y una superación de nosotros mismos.

Esta emulación de la envidia es muy extendida entre los que ejercen una profesión; pues en ellos la emulación es gimnasia constante del espíritu, un esfuerzo continuo para ensanchar, profundizar su cultura, hacer más sutil su sensibilidad intelectual, con el fin de alcanzar el nivel intelectual de la persona envidiada por su fama, por la admiración que despierta, por la riqueza que ha logrado, por los honores que se le tributan, etc. En las escuelas, la envidia es un poderoso medio, aprovechado por los maestros, para despertar la emulación entre los alumnos y obtener de ellos una mayor aplicación en el estudio. Entre los empleados de grandes organizaciones, donde el mérito es lo que decide del adelanto; la envidia, juntamente con la ambición, tiene un papel muy importante. Entre las mujeres, esta pasión es muy desarrollada y tiene por objeto, especialmente, la belleza, la elegancia, la gracia, etc.; cualidades que tienen un gran valor a los fines de la atracción sobre el sexo contrario. La moda, con todas sus aplicaciones en el comercio y en la industria, los laboratorios donde se elaboran los productos de belleza, los periódicos de moda y de estética, las escuelas de gimnasia rítmica, etc., se apoyan sobre la vanidad y la envidia de la mujer. En su esfuerzo para llegar a una superación de sí misma, la mujer logra poseer un tipo de belleza muy superior a lo que la naturaleza le ha concedido, una elegancia personal que puede hasta suplir la falta de verdadera belleza. Si en el ambiente donde ella vive se atribuye importancia

también a los bienes intelectuales, entonces tenemos el mismo caso de emulación y de esfuerzo en esta esfera. Todas las luchas de clase, con sus conquistas sociales y con sus revoluciones, tienen como base el deseo de mejora y la envidia. Estos ejemplos nos demuestran cómo el deseo de mejora propio del hombre, es a menudo fomentado por las numerosas ocasiones en que la envidia enfoca nuestra atención sobre los bienes ajenos.

Se podría objetar que la causa de nuestros esfuerzos para la conquista de nuevos bienes no es la envidia, sino el deseo de mejora y de conquista propio del orgullo. Sin embargo, la envidia tiene dos caracteres que la distinguen de las otras pasiones que igualmente nos empujan a la conquista de nuevos bienes, como son el orgullo, la ambición, la vanidad, la avaricia, etc.; 1.º, nace solo en presencia del bien ajeno; 2.º, el deseo de conquista nunca es puro, sino mezclado a padecimiento, en cuanto, como dice Vives: «... sentimos que no haya sido para nosotros».

La envidia es una de las fuerzas más poderosas que mueven el mundo. En cualquiera de sus tres primeras formas encontramos siempre su característica esencial, que es al mismo tiempo la razón de su utilidad, el poder de hacernos pasar de un estado de inacción a un estado de actividad enderezada a la conquista de nuevos bienes.

Muy a menudo, a la utilidad propia de la envidia, se une la utilidad de otra pasión que a ella se acopla. Así en la primera forma, a la utilidad de la envidia se une la utilidad de la indignación: el deseo de hacer justicia. Naturalmente, en este caso, el deseo de hacer justicia se apoya sobre un juicio que es demasiado personal y sugestivo por ser imparcial, pero aunque estemos equivocadamente convencidos de nuestros derechos, el poder de nuestra indignación no es menos eficaz a los efectos de nuestro interés. En la segunda forma, el dolor de saber el bien admirado en posesión de otros, aumenta el estímulo de acción propio de la envidia. En la tercera forma, a la utilidad de la envidia, se une la del orgullo. En la cuarta forma de envidia, el estímulo de conquista es inutilizado por la insuficiencia de nuestros medios o por la intervención de factores externos contrarios.

La imposibilidad de alcanzar el bien deseado nos lleva hasta desear toda clase de males a la persona envidiada; casi un justo

equilibrio entre la felicidad que la persona posee y nuestro padecimiento; es una especie de venganza; pues nos empuja a devolver el mal que sufrimos. Y si la envidia, en su cuarta forma, no llega al punto de ser arma ofensiva para los demás, se encona muchas veces en el alma de quien la padece ensombreciéndole el disfrute de los bienes que ya posee. No ofrece, en esta forma, carácter alguno de utilidad, al contrario, es nociva al envidioso y al envidiado.



DE LOS CELOS

En el capítulo precedente hemos analizado la parte activa de la utilidad en la pasión de la envidia, que fomentando en nosotros el deseo de los bienes ajenos, nos empuja a la acción. Pero este mismo principio de utilidad presenta otro aspecto, que podemos llamar pasivo, en cuanto no consiste ya en una acción de conquista, sino de defensa: la defensa de nuestros bienes frente a los deseos ajenos. De tal forma pasiva vamos a hablar en el presente capítulo, siendo la que a los celos más propiamente se refiere, y la consideramos como parte del mismo principio de utilidad, en cuanto los celos no son sino una forma de envidia y más precisamente la tercera, según la clasificación de Luis Vives, expuesta al principio del capítulo precedente.

Los celos tienen ante todo un carácter general cuando se extienden a una entera categoría de bienes que poseemos y «que no quisiéramos que otros consiguiesen»; y un carácter particular cuando su radio de acción se restringe a un determinado bien que por ninguna razón queremos que otro comparta con nosotros; en este caso el impulso a la defensa es más fuerte, más apasionado: vital.

Veamos ante todo el carácter general.

Es característico de la persona envidiosa el deseo de suscitar a su vez la envidia en los demás. Entre las pasiones que forman parte del complejo de la envidia, existe casi siempre la esperanza

de poder lucir un día el nuevo bien frente a los que no lo poseen. Es la parte placentera de esta pasión tan dolorosa; es como el revés de la medalla. Con la palabra «los demás», no se entiende la gente en general, cuya envidia nos dejaría indiferentes, o todo lo más nos halagaría muy superficialmente; se entiende la envidia de las personas que nos conocen, que pertenecen a la misma clase social o que viven en el mismo ambiente o que tienen los mismos gustos, las mismas aspiraciones, los mismos intereses, que pueden en fin apreciar el nuevo bien en todo su valor intrínseco y extrínseco. Una vez que nos hemos adueñado del bien, gozamos doblemente: de la satisfacción interior y del aplauso exterior, que muchas veces recogemos bajo la forma de la envidia ajena. La envidia ajena, por eso mismo que en el fondo significa una ratificación del bien adquirido, nos halaga y quisiéramos que fuese duradera: de aquí el deseo de que los otros no consigan lo que nosotros. A esta manifestación de la envidia se da el nombre de celos.

Pero los celos de esta primera categoría, tienen una causa todavía más honda y es por la que abarcan enteras categorías de bienes, también si (aparentemente) el objeto de los celos es un determinado bien. Cada bien, aparte de su valor intrínseco, posee además un valor de relación, en cuanto estamos acostumbrados a asociarlo a un conjunto de bienes que por lo regular pertenecen a una determinada forma de vida.

A causa pues, de este mismo valor de relación, cuando logramos un bien superior a nuestro standard de vida, tenemos la impresión de haber entrado en la esfera superior, objeto de nuestra ambición: nos consideramos a la par con los que antes envidiábamos. Y si a este bien vamos paulatinamente añadiendo otros de la misma categoría, afianzamos y consolidamos nuestra situación.

Así mismo, cuando alguien inferior a nosotros logra un bien perteneciente a la categoría de los bienes propios de nuestro ambiente, es como si se hubiese puesto ya a nuestra misma altura. La reacción nuestra, en la mayoría de los casos, no es seguramente de agrado o de satisfacción (a menos que se trate de personas que queremos o que apreciamos), sino que experi-

mentamos los celos pertenecientes al primer grupo. Si alguien, por ejemplo, logra comprarse un bonito coche gracias a su ambición y a su trabajo, en la mayoría de los casos suscita la envidia de los de su ambiente y los celos de los del ambiente superior. Celos y envidia, tiene por objeto inmediato el coche; pero se irradian a través de él a todos los otros bienes que constituyen las prerrogativas del ambiente superior. La prueba de que el objeto de los celos no es la realidad material del coche, es que si la misma persona se compra el mismo coche para dedicarse a chófer de taxi, ya no nos da celos, sino lástima, como alguien que ha bajado de su esfera social para entrar en otra inferior.

Después de la gran guerra europea del 14-18, un gran número de personas enriqueció en poco tiempo. La riqueza adquirida les puso de repente al mismo nivel de los que la poseían ya desde generaciones. Habían conquistado en fin, toda la categoría de los bienes materiales propios de la clase más rica. Sin embargo, los ricos de abolengo les cerraron sus puertas, dándoles a entender con su tácito desprecio, que la categoría de los bienes materiales no es bastante, pues existen otras categorías de bienes mucho más importantes, cual el refinamiento de modales, de gusto, de educación, la cultura, los títulos nobiliarios, etc. ¿Cuál era la verdadera causa de esta actitud? Les molestaba que una categoría de gente, juzgada inferior, se pusiera de repente a su misma altura y que, con las posibilidades que da el dinero, se adueñara poco a poco de todo el conjunto de los bienes estimados, hasta entonces, privilegios de su clase social. Con la barrera de su tácito desprecio defendían el orgullo de pertenecer al limitado grupo de la clase más elevada; el deseo de selección, su superioridad, el refinamiento de sus modales, de sus gustos, todos los privilegios en fin, que estaban acostumbrados a considerar suyos desde la infancia. Era la defensa colectiva y recíproca de toda una clase social.

Esta clase de celos la encontramos en todos los ambientes, grupos de personas, asociaciones, clases sociales, etc., siempre que, naturalmente, tengan un patrimonio de bienes para defender; sin embargo, no se manifiesta si estimamos profundamente a una persona por reconocerle cualidades superiores. Es muy corriente

el caso de funcionarios que tienen celos si alguien es destinado inesperadamente al puesto superior al que ocupan. Pero se resignan, si la persona goza de su incondicionada estimación o admiración. Así mismo, si alguien de una esfera social inferior consigue ponerse, por sus esfuerzos o por una extraordinaria capacidad, al mismo nivel nuestro, no sentimos celos, más bien lo consideramos como una justa y legítima recompensa a sus destacadas cualidades, honra el cargo y avalora la situación nuestra con la entrada de personas de primera categoría. Cuando la aristocracia cerró sus puertas a los nuevos ricos de la guerra del 14-18, lo hizo con la plena convicción de que no poseían la educación y el refinamiento y las demás cualidades aptas para colocarse de repente en la clase social más distinguida y seleccionada; pero esta misma aristocracia abrió y sigue abriendo sus puertas a las personalidades del mundo intelectual, sin dar importancia a su origen. Hay, pues, en esta clase de celos un sentido de justicia, ya que obstaculizamos la conquista de los bienes de nuestro ambiente, únicamente a los que juzgamos indignos. Con esto defendemos los bienes, patrimonio de nuestra clase social, orden, asociación o grupo, contra su vulgarización, que equivaldría a la pérdida de su valor, y más todavía si fuese a manos de indignos. Consideramos una honra poseer un bien que pertenece a pocos y seleccionados; si el número de personas que lo disfruta aumenta, disminuye su carácter de selecto, de superior, de raro. Un ejemplo evidente de esto lo tenemos en las condecoraciones. Cuanto más raras y depuradas son las personas que las poseen tanto más ambicionadas son. Así la utilidad de esta clase de celos, rebasando los límites de la limitada satisfacción personal de disfrutar de la admiración o de la envidia ajena (que desaparecería si los demás disfrutaran de los mismos bienes), se ensancha en una utilidad mucho mayor que redundaría en beneficio de toda una colectividad.

Se podrá objetar que el celoso no tiene la suficiente serenidad de mente y de espíritu para reconocer el justo valor de una persona que suscita sus celos. Creo, al contrario, que por ser los celos una pasión defensiva, agudizan nuestra facultad de juzgar al adversario, en lugar de entorpecerla. Hablamos siempre de pasiones sanas, como nos fueron dadas, a fin de que nos sirvie-

ran en la vida y no de sus deformaciones que, invadiendo toda el alma y la vida de una persona, llegan a transformarse en verdaderas enfermedades morales. Como en el caso extremo del miedo y como en la cuarta forma de envidia, también los celos, en sus manifestaciones extremas pierden todo sentido de utilidad. Esta clase de celos puede llevarnos todo lo más, a una severidad de juicio, que no tendríamos si fuéramos desapasionados, pero tal severidad no quita nada a la utilidad de esta pasión, más bien la aumenta en cuanto hace la selección todavía más rigurosa.

Consideramos ahora los celos cuando se refieren única y exclusivamente a un determinado bien que no queremos compartir. Luis Vives los define así: «cuando no quisiéramos que se adjudiquen a otros los bienes que según opinamos, deberían correspondernos propiamente». El deseo de no permitir que otros sean copartícipes de nuestro bien, no se limita ya sólo al deseo de que quede reducido al disfrute de una minoría con carácter de privilegio, o a la vana satisfacción de vernos admirados o envidiados, sino que tiene toda la fuerza de una necesidad, la vehemencia de algo casi vital. Y es así, en efecto, en cuanto el origen de los celos del primer grupo se apoya sobre el valor de relación; es decir, sobre categorías, rangos, órdenes relativas a nuestra vida social, mientras que el origen de los celos del segundo grupo, se apoya sobre el valor intrínseco del bien mismo. Es la fuerza viva de nuestro instinto de conservación que interviene, con el fin de seguir disfrutando de bienes que consideramos indispensables para nuestra felicidad y a veces para nuestra vida misma. Si desapareciera la sociedad, así como está hoy constituida, desaparecerían los celos del primer grupo, pero los del segundo, seguirían subsistiendo siempre donde existiera vida en común. Estamos, pues, delante de la genuina pasión de los celos en toda su plenitud, sin interferencia de otros factores que puedan modificar, atenuar o variar su carácter general. Estos celos pueden ser de tres clases: de placer, de propiedad y de honra.

El móvil de los celos, a cualquiera de las tres clases que pertenezca es siempre y ante todo el egoísmo. El bien es «mío» y quiero conservarlo para «mí». El círculo es, pues, cerrado: «mío» «mí»; no entra en él ninguna otra persona. ¡Cuántas veces hemos

oído repetir la frase «tengo celos porque la quiero»! Pero este amor que ponemos como razón fundamental, primera y única de nuestros celos, es secundario y derivado; pues en realidad de lo que tenemos celos es de nuestra propia felicidad. En cuanto nos place y nos hace felices amamos nuestro bien y a veces este amor es tan fuerte que lo interpretamos como el móvil de nuestros celos. Pero si verdaderamente el amor a la persona amada fuese más fuerte que el amor a nosotros, estimaríamos su bien más importante que el nuestro y por consecuencia los celos no existirían. Al egoísmo, elemento fundamental y común de las tres clases de celos, se añade, pues, en los celos de placer, el elemento amor. Conocemos todos esta clase de celos, sus fases, sus manifestaciones, sus consecuencias, ya por experiencia nuestra, ya por observación. Los celos de placer nacen del deseo de disfrutar un bien nosotros solos y en su totalidad, el compartirlo equivale a una disminución del disfrute que de él nos proviene o a su pérdida completa. Como dice Vives: «se aminora o se pierde por completo aquello de que participan otros». Quien quiere entrañablemente a un amigo con quien tiene comunidad de gustos, ideas, costumbres, ocupaciones, etc., no tolera que éste trabaje amistad con otra persona. Sus celos le ponen en guardia contra dos peligros: *el uno presente*: la disminución del cariño y del tiempo antes dedicados exclusivamente a él, y el otro remoto: la pérdida completa de la amistad, si el nuevo amigo posee cualidades más apreciables. Con el oponerse sistemáticamente a toda iniciación de una nueva amistad, sus celos consiguen salvarle de los dos peligros a la vez. Y más fuertes son sus celos, si ve que el amigo se enamora verdaderamente, porque presiente que el amor, por ser exclusivo, ocupará todo el tiempo, el cariño y el interés de su amigo, dejándole a él en la sombra. Por otra parte, la mujer a su vez, tiene celos del amigo o de los amigos del novio o del marido, porque le parece que le quitan algo del cariño a que tiene derecho en su totalidad y además tiene celos de aquellos gustos, placeres, opiniones, ocupaciones, que caracterizan y al mismo tiempo dividen el sexo contrario. Es una parte de la personalidad del marido que ella no conoce y por lo tanto no domina. Tanto la mujer como el amigo tienden con sus celos a la posesión exclusiva y

absoluta de la persona amada, exclusividad necesaria a fin de que la dicha sea completa.

En estos y en cualquier otro ejemplo de celos de placer: celos del enamorado, celos del niño por su madre, etc., las modalidades y características internas, como las manifestaciones externas se repiten invariablemente, y su utilidad es tan evidente, que no tiene necesidad de análisis: es la salvaguardia de nuestro bien afectivo en su íntegra totalidad.

La utilidad de los celos por propiedad, es la misma: la salvaguardia de nuestros bienes, que en este caso no son los afectivos, sino todos los bienes que por derecho nos pertenecen, en su íntegra totalidad. Aquí, también si el elemento amor entra a formar parte del complejo de los celos, es únicamente como pasión complementaria, ya que no queremos que el bien se comparta, no porque sea parte esencial de nuestra vida o de nuestra felicidad, sino únicamente porque es nuestro. El elemento más importante es el sentido de propiedad. Ejemplos de esta clase de celos está llena nuestra vida y la vida de los demás: niños celosos de sus juguetes, deportistas celosos de sus raquetas, de sus palos de golf, de su fusil, aficionados celosos de su aparato fotográfico, etcétera. El bibliómano no quiere prestar sus libros; si alguien le pide un ejemplar, su primer impulso es negativo, tiene miedo que se estropee o que se pierda o que le presten a otras personas. Si no tiene más remedio, lo entrega con muchas recomendaciones y cuando se lo devuelven mira en seguida si está en las mismas condiciones (por lo regular tiene siempre el convencimiento de que se lo han estropeado). Un jinete no presta el caballo que está acostumbrado a montar, aunque la persona que se lo pide cabalgue bien; teme que no lo traten con el necesario cuidado, que no lo aprecien como merece y no quiere además, prestarlo porque el placer de montarlo le pertenece como el caballo mismo. Está celoso no sólo del caballo en sí, sino también del placer de montarlo. No sólo para las cosas o animales, sino también para las personas sentimos esta clase de celos, que no tiene nada que ver con los celos de cariño. Nos sentimos con derecho de dueños sobre los que nos quieren (aunque no correspondamos a este amor) como algo a que tenemos absoluto derecho de propiedad.

Celos de posesión en la amistad se dan muy frecuentemente: «¿por qué va con aquella persona que yo no conozco?»; «¿por qué no ha confiado antes a mí sus proyectos?»; «ayer se fué al cine sin decírmelo», etc.; queremos controlarlo todo, estar enterados de todo, como si fuese un derecho que tenemos. Así se dan muy a menudo casos de mujeres celosas de sus maridos (y viceversa) únicamente por sentido de propiedad, en ocasiones, cuando no existe peligro alguno por su amor, por personas que ya no aman o que no han amado nunca. Todo lo que llamamos «mío» sean cosas, animales o personas, pueden constituir el objeto de los celos de propiedad.

Los celos de honra son los que experimentamos más a menudo. Con la palabra «honra», no entendemos aquí únicamente el tributo de respecto de los demás para nuestra conducta buena, elevada, virtuosa, sino también el buen concepto que tienen de las otras cualidades nuestras, además de las morales, y por eso comprendemos en los celos de honra, también los celos de vanidad, de amor propio, etc. Cuando creemos que alguien menoscaba la estimación que tenemos de nosotros mismos y que al mismo tiempo exigimos de los demás, surgen los celos de honra. Cuanto más alta es la estimación que tenemos de nosotros mismos, tanto más a menudo aparecen los celos del tercer grupo, así que podemos decir que a más orgullo, más celos. El orgulloso, por el muy firme concepto que tiene de su valor y de su dignidad, es excesivamente sensible y la mayoría de las veces padece sin motivo; sin embargo, los celos de honra no se encuentran sólo en el caso extremo del orgulloso, sino en la vida de todos. Se manifiestan a veces con enojos momentáneos, con irritaciones pasajeras, con extrañezas molestas, con deseos apenas formulados: contrariedades que la mayoría de las veces olvidamos, pasado el momento desagradable. Son celos de honra, por ejemplo, los que sentimos cuando nos molesta que alguien hable con admiración de una persona, a propósito de cualidades que también nosotros poseemos. Son igualmente celos de honra los que siente mucha gente (que desde luego, no ha viajado mucho y tiene un exagerado orgullo de patria) si alguien alaba con entusiasmo otro país. En los ambientes de un limitado número de personas, en las peñas de

amigos, en las pequeñas ciudades de provincia, donde cada uno está como encasillado en una categoría de valores establecidos y aceptados por todos, se dan muy a menudo los celos de honra. A la mayoría de las mujeres les molesta si el hombre que les acompaña en un lugar público se queda mirando a otra mujer; aunque el hombre en cuestión sea sólo un amigo o un conocido. Les molesta la admiración de su compañero, porque la atención se desvía de ella y de su conversación; pero les molesta también la satisfacción de la otra mujer por el triunfo momentáneo y les molesta en fin, que la gente que les rodea asista a su pequeña humillación. Si su orgullo no fuese tan susceptible, vería los hechos en su justa proporción; es decir, que el hombre no tiene ninguna intención de ofenderla, ni de establecer parangones, que la satisfacción de la otra mujer es muy superficial y que la gente, en fin, no se interesa lo más mínimo de su *pequeña tragedia*.

Todos estos casos de celos, de ambición, de vanidad, de orgullo, etc., no pasan de contrariedades momentáneas, pero he insistido sobre ellos porque llenan nuestra vida, mientras que los casos de celos de honra, en el sentido estricto de la palabra, se dan muy raramente, con síntomas tan claros que es fácil reconocerlos, y entonces no se limitan a reacciones pasajeras, sino que levantan verdaderas tempestades en nuestra alma y sus reacciones tienen más bien el carácter de venganza o de lucha con toda la vehemencia de que somos capaces. Los experimentamos cuando alguien atenta verdaderamente a nuestra honra con hechos o con habladurías o cuando creemos que se malogra el fin de nuestra ambición por alguien rival nuestro.

Hemos dividido los celos del segundo grupo en celos de placer, de propiedad y de honra; únicamente a fin de analizarlos mejor, ya que tal división no corresponde a la vida. En efecto, es muy raro que se presenten por separado, al contrario, coexisten tan estrechamente en el alma, que la mayoría de las veces nos resulta difícil precisar cuál de las tres formas de celos predomina. Como hemos dicho en el capítulo de la envidia, pasiones puras, aisladas, se dan muy raramente en la vida; casi siempre hay complejos de pasiones, las unas más fuertes, las otras más débiles. Lo mismo pasa en los celos. Es difícil que sintamos celos

únicamente de placer o únicamente de propiedad o de honra; lo más corriente es que coexistan dos o las tres formas a la vez, aunque una de ellas tenga un tono más fuerte. Así, por ejemplo, cuando un marido tiene celos de su mujer, padece de los celos de placer, pero al mismo tiempo de los celos de honra y de propiedad. Quien no quiere prestar su caballo, no lo hace sólo por los celos de propiedad, sino también por celos de placer y hasta de vanidad, si le molesta que el otro se luzca por medio de su caballo. La suegra que tiene celos de su hijo, es desde luego por cariño, pero también por sentido de propiedad. Este coexistir de distintas formas de celos al mismo tiempo y por el mismo objeto, acrecienta nuestra perspicacia en prevenir los peligros y redobla las fuerzas de nuestra defensa; pues al ser múltiples y contemporáneos los aguijonazos de esta pasión, la reacción es también compleja y por lo tanto más eficaz. Los celos son los centinelas avanzados del instinto de conservación de nuestros bienes. A veces nos ponen en alerta contra peligros que a penas se asoman; otras, contra peligros de mayor cuantía, pero siempre nos sirven para que los otros respeten, en su íntegro valor, el conjunto de nuestros bienes, ya sean ellos sociales, morales, materiales o intelectuales.



DEL ORGULLO

La naturaleza otorga a cada ser que nace un caudal de fuerzas. Son fuerzas en potencia que el ambiente, la educación y más tarde la voluntad misma de la persona, desarrollan y enderezan en una u otra dirección. Cada persona desea ser feliz y estas fuerzas son los medios que el día de mañana nos sirven para forjar nuestra propia vida, según un modelo ideal que escogemos en cuanto responde a nuestras aspiraciones, tendencias, deseos; es decir, que reúne todas las condiciones para proporcionarnos la felicidad. Pero, ni estas fuerzas son iguales en calidad y cuantía en todos los individuos, ni el ideal de felicidad es el mismo. De

aquí, que no sólo existen múltiples ideales de felicidad, sino que también si el ideal de felicidad es el mismo, los caminos para lograrlos son distintos, según las fuerzas de que dispone el individuo. Estas fuerzas, a las que se da el nombre de inteligencia, voluntad, energía física o moral, tesón, habilidad, belleza, etc., nos sirven para proporcionarnos los bienes que necesitamos o para defender los que poseemos, y entre ellas tienen un lugar relevante las pasiones.

El joven, sin haber todavía analizado el valor y la cuantía de cada una de sus fuerzas en potencia, es sin embargo consciente de este caudal, y en la mayoría de los casos, su estimación se aproxima mucho al valor real, descontada por supuesto la tendencia a la supervalorización tan natural en la juventud. En efecto, es raro el joven que no sueñe con un porvenir de riqueza o de gloria o de honores; que no se vea a sí mismo proyectado en el futuro como alguien que se destaca de la masa.

Esta supervalorización es muy natural, ya que se basa sobre un juicio establecido *a priori* y que por lo tanto carece de dos elementos indispensables: de la comparación, que sólo se logra con la experiencia y convivencia, y de la experimentación como acción y efecto. Pero una vez salidos ya del limitado ambiente familiar y escolar (donde los valores del individuo son juzgados según conceptos más limitados, y por muchos sentidos distintos que en la vida y donde el campo de la comparación y de la experimentación es más reducido), el exagerado aprecio de sí mismo va definiéndose en una segura y clara opinión más ajustada a la verdad.

Generalmente llegamos a enfrentarnos con la vida, cuando hemos formado ya un equilibrado juicio sobre el valor de nuestras propias fuerzas y sobre el valor de las fuerzas exteriores que no están en dominio nuestro, y consecuentemente cuando hemos establecido ya una aproximada proporción entre nuestros deseos y el valor de los bienes apetecibles. Lo que aún sobra de empuje y de presunción se irá perdiendo con los años. El hombre se propone siempre metas adecuadas a sus fuerzas, aunque en la vida se dan casos con mucha frecuencia, de personas que, por el concepto demasiado favorable que tienen de sí mismos, ambicionan bienes muy por encima de sus capacidades.

Esta auto-estimación es muy importante, porque el caudal de las fuerzas otorgadas por la naturaleza o adquiridas por el estudio o el aprendizaje, no sería suficiente sin la confianza en sí mismos: la seguridad en las decisiones, la soltura de quien pisa terreno firme, y sobre todo, la posibilidad de saber juzgar rápidamente y firmemente, cuándo y cómo debemos obrar; cualidades tan importantes como el caudal mismo de nuestras fuerzas.

El tímido, el temeroso, el cobarde, etc., son casos de estimación inferior al verdadero valor de las cualidades poseídas; el osado, el atrevido, etc., ejemplos de estimación superior al valor real. Los inconvenientes y desventajas de los dos casos son conocidas. La conciencia de nuestras fuerzas trae como consecuencia la satisfacción de poseerlas, de saber que están a la disposición de nuestra voluntad, siempre cuando las necesitamos: poderosos medios de defensa y de conquista. Y es una satisfacción que viene paulatinamente formándose desde la niñez, al ver los resultados positivos de nuestras fuerzas aplicadas a la realidad de los obstáculos exteriores que vencemos.

Es éste el primer grado del orgullo.

Pero esta satisfacción interior, no nos basta. Queremos también tener la satisfacción de que la buena opinión que tenemos de nosotros mismos, sea compartida por los que nos rodean. Ese reconocimiento del conjunto de nuestras cualidades por parte de los demás, es algo indispensable, vital, en cuanto tenemos la necesidad de sentirnos en plan de igualdad en la sociedad en que vivimos y con las personas con quienes tenemos trato de afecto, de trabajo o sencillamente de convivencia, de sentir que también nuestro «yo» es cotizado en medio de los valores ajenos. Al darnos cuenta paulatinamente de que la estimación de los demás es de primera necesidad en la vida de relación con nuestros semejantes, a la parte contemplativa del orgullo (que tenía su origen en la satisfacción de nuestras cualidades), se añade la parte activa. La utilidad del orgullo, en su parte activa, se manifiesta en forma doble: esforzándonos en lograr la estimación ajena y exigiendo que esta estimación, una vez lograda, sea respetada por todos.

Empezamos por primera vez y de una manera todavía oscura a darnos cuenta de la necesidad de hacer valer nuestra persona-

lidad, cuando entramos en el ambiente escolar, que presenta ya una variación respecto al ambiente familiar, en cuanto los límites de la convivencia se ensanchan y empiezan a incluir personas que nos desconocen totalmente. Es preciso, pues, darnos a conocer no sólo en la forma natural y espontánea que hemos tenido en el ambiente familiar, sino también de propósito, haciendo valer, sobre todo, las cualidades más cotizadas en aquel pequeño mundo (por ej.: fuerza y habilidad física, cualidades intelectuales y hasta cierto punto categoría social).

Esta conquista de la estimación ajena no se logra tan fácilmente, sino ganándola paso a paso, con esfuerzos, tropezando con dificultades internas y externas, a veces con luchas. Logramos así, sin saberlo, un doble fin: el que nos hemos propuesto; es decir, establecer en los demás el concepto que deben tener de nosotros y al mismo tiempo, de reflejo, conocer los límites y posibilidades de nuestras fuerzas. La convivencia y la experimentación, de que hemos hablado más arriba, empiezan a dar forma y confines a la primitiva e indeterminada conciencia del caudal de nuestras fuerzas.

Pero, como hemos dicho, el mundo escolar es un mundo de valores limitados y sólo cuando lo dejamos tras de nosotros y entramos de lleno en la vida, los límites de la convivencia se ensanchan, y otras categorías de bienes son requeridas por la gente que nos rodea. Sin embargo, el tránsito del ambiente escolar a la vida no es tan brusco, porque en cualquier ambiente, el medio para lograr la estimación ajena es siempre el mismo: dar a conocer las cualidades más apreciadas por el ambiente donde tenemos que vivir.

Nuestro «yo», es el conjunto de las cualidades físicas, morales, intelectuales que poseemos. Las físicas están a la vista de todos; las otras las manifestamos por medio de la cadena de nuestras acciones, que, aunque parecen independientes entre sí, tienen, sin embargo, una solución de continuidad, que constituye nuestra personalidad, por la que los otros nos juzgan.

El espontáneo deseo de ganarnos la simpatía de todos; el ser amables con los que nos presentan por vez primera, el prudente medir de nuestras frases para no herir involuntariamente a la per-

sona que acabamos de conocer; el ligero esfuerzo para escoger los argumentos de conversación y más tarde el vigilar nuestra forma de hablar y de obrar a fin de exteriorizar sólo nuestras buenas cualidades y esconder nuestros defectos, son esfuerzos del orgullo para ganarnos la simpatía primero y después la estimación de los demás.

La simpatía, la amistad, el aprecio, son bienes que necesitamos para vivir felices. Nos gusta que nos acojan con sonrisas de cariño, de simpatía, que nuestro nombre signifique el compendio de nuestras buenas cualidades; deseamos desenvolvemos en una atmósfera cálida de benevolencia y de aprecio.

Pero el esfuerzo para ganarnos la estimación ajena no obedece sólo al deseo de desenvolvemos en una atmósfera cálida de benevolencia, sino que responde a una necesidad. Al respeto que nos tenemos, debe forzosamente responder el respeto de aquellos entre quienes vivimos; sin lo cual nuestra propia confianza iría poco a poco desgastándose contra la muralla de incomprensión y de desdén de los demás; las dudas y el desaliento acabarían por paralizar nuestro empuje y atrofiar nuestras fuerzas; nos faltaría la ayuda moral y material de los demás, porque no se tiende la mano para ayudar a quien juzgamos de antemano un apocado. Y aún en el caso de que la conciencia de nuestras fuerzas se mantuviera firme sin la estimación ajena, nos volveríamos llenos de rencor, amargados por el propósito de demostrar a todos su equivocación.

Pero la estimación ajena no es un bien que se logra definitivamente. Hay que sostenerla, hay que seguir alimentándola y para esto es preciso, ante todo, que nuestra línea de conducta no salga de aquellos principios fundamentales que constituyen los rasgos de nuestra personalidad. Nuestra personalidad no es estática; evoluciona continuamente al compás de los acontecimientos que nos tocan de cerca, por experiencias que sufrimos, por convencimientos que adquirimos y por nuestros cambios fisiológicos. Pero la serie de nuestros sucesivos modos de ser es tan homogénea y nuestras progresivas modificaciones tan lentas y naturales, que nos damos cuenta de ellas cuando se han realizado ya, pertenecen al pasado, comparando nuestro estado actual con los anteriores.

Naturalmente, esta paulatina evolución se refleja en nuestra actuación exterior, pero es considerada como un fenómeno natural y no altera el concepto que los demás tienen de nosotros. Ya se sabe, que adelantando en los años, el hombre pierde la generosidad y la irreflexión de la juventud; obra con más sagacidad y precaución; es más egoísta: sus pasiones van disminuyendo en número, concentrándose más sobre limitados objetos. Pero el mudar que traen consigo los años, no altera ni los rasgos fundamentales de nuestra personalidad, ni por lo tanto, la estimación que los otros nos tienen. Para conservar esta estimación es preciso que no nos alejemos de los principios que siempre han informado nuestra vida y que constituyen casi nuestro rostro moral; que no realicemos actos en disonancia con nuestra conducta usual o abiertamente en contra de las opiniones y convicciones que siempre hemos expresado y profesado.

Además de fomentar y sostener la estimación ajena, es preciso también exigir de los demás el respeto para el valor de nuestras cualidades y de nuestros bienes. Eso no es un pleonasma, como parece a primera vista, porque también las personas que nos han estimado hasta hoy, mañana pueden, si su interés se lo pide, servirse del arma del menosprecio para herirnos o atacarnos.

Tenemos, además, que exigir el respeto de las personas que nos conocen sólo superficialmente y hasta de las que no nos aprecian. En este caso exigimos que no exterioricen su falta de aprecio o de simpatía en una forma ofensiva para nosotros. Nuestro orgullo interviene cuando alguien ofende el aprecio en que tenemos nuestras cualidades y nuestros bienes o trata de dañar la buena opinión que los demás tienen de nosotros, con palabras, hechos, habladurías (a veces basta un gesto, una sonrisa) y nuestra reacción varía según la gravedad de la ofensa, según el valor que concedamos a nuestros bienes y según el carácter de la persona.

Siendo muchas y variadas las categorías de los bienes que poseemos, sobrepasa los límites de este capítulo al enumerar todas las formas de ofensa y las infinitas reacciones. Podemos decir que cada bien, por el solo hecho de ser nuestro, está bajo el radio de nuestra protección y de nuestra defensa, y como «nues-

tros», entendemos los bienes intelectuales, morales, afectivos, sociales, etc., y además de los bienes exclusivos de nuestro «yo», los bienes de las personas que queremos: nuestros allegados, nuestros amigos, y todavía se extienden al círculo más amplio de nuestra ciudad, de nuestra patria, etc.

Hasta aquí, hemos visto cómo el orgullo, nacido de la conciencia de nuestras cualidades, nos es útil en cuanto nos proporciona la confianza y la seguridad de nosotros mismos, la estimación y el respeto ajeno. Veamos ahora su otro aspecto: el de conquista de las cualidades y de los bienes que no poseemos.

Hemos dicho que la naturaleza otorga a cada individuo un caudal de fuerzas; pero los componentes de este caudal no son los mismos en todos los individuos. Eso quiere decir que cada individuo posee determinadas cualidades, al mismo tiempo que carece de otras.

Por consecuencia, a la satisfacción que deriva de la posesión de nuestras fuerzas, hay que añadir el descontento por la carencia de otras fuerzas. Satisfacción y descontento hacen parte de la pasión del orgullo. Y si grande es la utilidad de nuestro orgullo satisfecho, todavía mayor es la utilidad del orgullo cuando nos hace sentir dolorosamente la falta de fuerzas ó de bienes que otros en cambio poseen. (Esta forma de orgullo, a la que damos el nombre de ambición, no hay que confundirla con la envidia. Las características que distinguen y diferencian las dos pasiones están expuestas en el capítulo de la envidia).

Este descontento no se limita por lo regular a una pasiva resignación, sino que se transforma, bajo el estímulo del orgullo, en el más poderoso medio de conquista y de perfeccionamiento que poseemos.

La conciencia de las fuerzas que nos faltan sigue en orden de tiempo a la conciencia de las fuerzas que poseemos; es decir, que se forma en nosotros cuando ya tenemos los pies asentados en la confianza de nuestras posibilidades. Esta confianza nos da la osadía necesaria para intentar la conquista de las cualidades y de los bienes de que carecemos. (Los casos de personas que adolecen de un complejo de inferioridad y que por lo tanto no poseen orgullo, o si lo poseen, es en grado insuficiente, no nos interesan,

ni nos interesan las personas que adolecen de un complejo de superioridad en cuanto su soberbia les impide ver sus defectos y sus inferioridades.)

Existen, desde luego, cualidades que nunca podremos lograr totalmente, a pesar de nuestros esfuerzos, tal, por ejemplo, la belleza (que tantos deseos despierta, especialmente entre las mujeres), la fortaleza física, la salud, la memoria, la agudeza de inteligencia y facilidad de penetración, porque es necesario haberlas recibido naciendo; pero podemos, sin embargo, lograrlas parcialmente, y existe, además, para nuestro deseo de conquista, un campo infinito de cualidades alcanzables. De aquí el esfuerzo para ampliar, cultivar, refinar las cualidades que la naturaleza nos ha otorgado, a fin de aumentar su potencialidad, de aprovecharlas como medios para lograr las cualidades que nos faltan, o si éstas son inasequibles a nuestros esfuerzos, alcanzar los mismos beneficios que tales cualidades proporcionan por otros caminos más asequibles a nuestras fuerzas.

Por esto pasamos la primera parte de nuestra vida, formando la estructura de nuestro «yo», guiados antes por la voluntad, la experiencia, la sabiduría de quien es responsable de nuestra educación y después por la nuestra. Esta educación se preocupa de la parte física en cuanto a la salud, a la higiene y a la belleza se refiere; de la parte intelectual, con el desarrollo de nuestras cualidades intelectuales y formación de nuestra cultura; de la parte moral, enseñándonos a conducirnos según las leyes divinas y humanas, a disciplinar nuestras pasiones, nuestros impulsos, nuestros apetitos. En esta primera fase de la vida—fase de formación—nos guía y nos empuja generalmente el orgullo de nuestros padres, al que sustituye más tarde nuestro propio orgullo.

Una vez salidos de la fase de formación, nos enfrentamos con el problema de construir nuestra vida según una determinada forma que responda mejor a nuestras aspiraciones, tendencias, deseos, a nuestro natural anhelo a la felicidad. Para esto es preciso ante todo y como primera condición, que la forma de vida que escogemos ponga en actividad y absorba nuestras mejores energías y aptitudes. Escoger un trabajo que nos gusta plenamente—sea intelectual o manual—es llenar nuestra vida de interés,

animación, entusiasmo, sentir que nuestras fuerzas y nuestros valores sirven para algo; crear algo, es dejar que la vida exterior entre en nosotros con todo su bullicio, enriquecernos y no quedarnos al borde de ella.

La segunda condición es que la forma de vida que escogemos nos dé además la posibilidad de lograr y de disfrutar de los bienes que más apreciamos. La apreciación de los bienes es puramente personal en cuanto varía según el sujeto y depende de muchos agentes: del caudal de fuerzas que se poseen, de los gustos y aspiraciones, de las tendencias, del carácter, del ambiente donde hemos nacido y nos hemos criado, de la educación e instrucción recibidas, del sexo, de la condición social, etc.

Por eso vemos, por ejemplo, que una determinada categoría de bienes considerada indispensable para la vida de unos, no tiene para otros más que una importancia secundaria.

Este distinto criterio con que evaluamos las distintas categorías de los bienes, es lo que caracteriza las diferentes formas de vida. Hay así formas de vida cuyo contenido esencial lo constituye la categoría de los bienes intelectuales (hombres de ciencias, de letras); otras, las categorías de los bienes religiosos (santos, ascetas); otras, los bienes materiales; otras, los bienes sentimentales (la mayoría de las mujeres); otras, los sociales, etc. Al contenido esencial añadimos otras categorías de bienes de menor valor, pero también necesarias en cuanto complementan nuestro ideal de vida feliz. El logro del conjunto de estos bienes, representa para nosotros una necesidad, y para satisfacer a esta necesidad nos fué concedida la pasión del orgullo.

La admiración que sentimos por los bienes que juzgamos excelentes y la necesidad de poseerlos, hacen nacer en nosotros el deseo de hacerlos nuestros, ya sea por la felicidad que su posesión supone, ya sea por exhibición (forma de orgullo a la que se da el nombre de vanidad). Pero este deseo no pasaría los límites de una posición pasiva, limitada a la contemplación de los bienes y a la resignación de su carencia o a la amargura por la injusticia de la suerte, sin el estímulo del orgullo. Es el orgullo quien transforma nuestro deseo de estático en dinámico.

Nacido de la conciencia de nuestras fuerzas, nos convence

que poseemos los medios para intentar la conquista del bien deseado, nos da la certidumbre que somos dignos de él, que lo merecemos, que una vez logrado sabremos guardarlo, nos da la esperanza, la osadía, el empuje necesario para la acción. Este estímulo, este empuje (forma de orgullo a la que se da el nombre de ambición) lo encontramos más o menos fuerte en todos los hombres. No nos deja descansar en la satisfecha contemplación de los bienes recibidos o ya logrados. Apenas conseguidos, crea en nosotros el ansia siempre renovada de conseguir otros mayores, sin parar, con un afán que nos acompaña a lo largo de la vida y que sólo se apacigua cuando, con la vejez, nuestras fuerzas vitales se adormecen, quitándonos así el apasionado deseo de conquista.

Por medio de la pasión del orgullo logramos así satisfacer a dos necesidades vitales: la de aumentar el valor de nuestro «yo», sublimando nuestras cualidades, perfeccionándonos y elevándonos, y la de conquistar las categorías de los bienes pertenecientes a la vida exterior.

La primera necesidad es la más importante, en cuanto tiene por objeto los bienes mayores y verdaderos, que aumentan el valor de nuestro «yo», y que, una vez logrados, nos traen como consecuencia los bienes exteriores, objeto de la segunda necesidad. El deseo, por ejemplo, de saber más, de aprender más, es una necesidad para la mayoría de las personas a cualquier clase social que pertenezcan; si podemos satisfacer a esta necesidad, dedicándonos al estudio, logramos refinar las cualidades intelectuales que la naturaleza nos otorga en bruto, lo que equivale al mismo tiempo al aumento de su valor en sí y de su valor como medio adquisitivo de los bienes exteriores, como la riqueza, los honores, etc.

Igualmente, la necesidad que sentimos de moldear nuestra vida según las leyes morales y religiosas que rigen el mundo en que vivimos, responde a la profunda necesidad nuestra de vivir según las leyes humanas y los preceptos divinos, lo que equivale a vivir en paz con nuestra conciencia, lograr aquella paz y armonía interior que sólo proporciona la rectitud moral y al mismo tiempo equivale conseguir el respeto, la consideración y la admiración de la gente que nos conoce.

Igualmente, la necesidad que sentimos de dominar nuestras pasiones, a fin de que sean útiles en lugar de perjudicar a nosotros y a los demás, el esfuerzo que hacemos para que nuestro egoísmo no limite los impulsos espontáneos y desinteresados de nuestro amor a los otros, nos trae como consecuencia una mayor perfección espiritual y al mismo tiempo la simpatía, el cariño, la devoción y el amor de aquellos entre quienes vivimos.

Estos pocos ejemplos nos demuestran que la necesidad de aumentar el valor de nuestro «yo», sublimando nuestras cualidades, trae como consecuencia la posibilidad de satisfacer también la segunda necesidad; es decir, la conquista de los bienes exteriores.

Siendo así, los hombres deberían ante todo sentir la urgencia de la primera necesidad y ampliar, cultivar, aumentar sus cualidades, luchando contra sus propias debilidades y contra los obstáculos exteriores, de forma que sus esfuerzos marcaran una línea ascendente en constante progreso hacia la perfección. Sólo en segundo lugar deberían sentir la necesidad de satisfacer la segunda necesidad, justa compensación exterior de las cualidades poseídas. Existiría así una profunda armónica proporción entre nuestros bienes internos y externos.

Sin embargo, la mayoría de los hombres desea su perfeccionamiento, ante todo, o sólo en cuanto representa el medio más seguro para lograr los bienes exteriores. Por lo tanto, tal perfeccionamiento, siendo limitado y además no siendo fin en sí mismo, sino sólo un medio, no vive en nosotros, no da a nuestra vida un valor trascendental, no nos proporciona aquella felicidad honda que tanto deseamos y que surge sólo cuando estamos satisfechos de nosotros mismos. Por eso Vives acaba su capítulo del orgullo con las siguientes palabras admirables:

«... aquella primera semilla del orgullo... era para que el hombre, creyéndose nacido en condición excelente, se amase y considerase digno de los bienes mayores y verdaderos; esto es, de los celestiales, para desearlos con toda su alma. Pero, caído en la ignorancia, se apartó mucho de aquel fin, hasta parar en el deseo de cosas viles y las más vanas, a las cuales llamó bienes y las puso en lugar de aquellos otros eternos.»

APORTACION

DEL

DR. D. JOSÉ M.^o IBARRA Y FOLGADO

A LA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS, EN EL AÑO DEL

IV CENTENARIO DE JUAN LUIS VIVES

Lo que era la Biblioteca Universitaria de Valencia en tiempo de Luis Vives

POR EL

DR. D. JOSÉ M.^a IBARRA Y FOLGADO

Director de la Biblioteca Universitaria
y Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras

HA circulado como verídica, durante muchos años, la versión de que en la Universidad Literaria de Valencia no hubo Biblioteca hasta la famosa donación del insigne Canónigo y famoso hebraísta Pérez Bayer. Otros, entre los que me cuento, opinaban que era casi imposible la existencia de una Universidad sin Biblioteca, porque si fué cierto el aforismo de los monjes medievales de que no era más fácil concebir un campamento sin armería, que un monasterio sin librería, *claustrum sine armarium quasi castrum sine armamentarium*; evidente es también que la existencia de una institución docente de altos vuelos, no se explica si carece del instrumento necesario de una dotación de libros.

El pleito, para fallarse en justicia, requería aportaciones documentales, convertidas en prácticamente imposibles; por las devastaciones e incendios de que Valencia y su primer centro cultural fueron objeto a través de los siglos, que destruyeron sus archivos. Pero la remoción de los textos del insigne polígrafo valenciano, suministra un testigo de tal calidad, que el fallo a favor de la preexistencia de la Biblioteca, se impone.

Desterrada, en mal hora, de España, la Compañía de Jesús,

ofrecióse a la Universidad de Valencia los libros procedentes del despojo. Mas, con mayor e indiscutible derecho, los obtuvo la Mitra valentina. Al quedar desilusionada del disfrute de tan rico tesoro nuestra *Alma Mater*, aprestóse Pérez Bayer a compensarla con el donativo de su riquísima librería, que fué sin duda ornato preciadísimo universitario, pero no el germen de su Biblioteca, ya existente tal vez en los *estudios* que gloriosamente precedieron a la institución de la Universidad, y ciertamente espléndida realidad en los tiempos de Luis Vives, a quien vamos a escuchar, atreviéndonos incluso a comentarle, en su *Diálogo de Tyro y Espu-deo*, traducido por Coret, edición de 1788.

ESP. ... *Entremos, yo os enseñaré la librería pública de esta Universidad. Esta es la librería, que según reglas de hombres grandes, mira hacia donde sale el sol en el estío.* (Tal norma de orientación la dió Vitrubio y viene a ser, en la situación geográfica de Valencia, hacia el N. E.).

TY. *¡Oh, qué libros! ¡Qué de buenos autores, oradores, griegos, latinos, poetas, historiadores, filósofos, teólogos y retratos de los autores!*

ESP. *Y en verdad pintados al vivo cuanto se ha podido hacer, y por eso son más apreciables; todos los cajones, y estantes de los libros, son de carrasca o de ciprés, con sus cadenillas; y los mismos libros, casi todos son de pergamino, y pintados de diferentes colores.* (Sabida es la fama que de incorruptibles e inatacables por carcomas y polillas tenían el ciprés y el alerce. Las cadenillas son reminiscencia de los «libros encadenados» medievales, y prueba de la antigüedad de los ratas de biblioteca. El ser casi todos los libros de pergamino y miniados, arguye su antigua procedencia; pues en la época de la fundación de la Universidad, año 1502, los libros eran en papel e impresos; luego la base, por lo menos, de los fondos de la Biblioteca, era muy anterior al comienzo del siglo XVI).

TY. *¿Quién es aquél primero, que tiene cara de rústico, y la nariz chata?*

ESP. *¡Lee los títulos!*

TY. *Sócrates es, y dice: «¿Por qué me ponen en la librería, si no he escrito cosa?»*

ESP. *Responden los siguientes, Platón y Jenofonte: «Porque tú con tus dichos, has dado que escribir a otros.» Sería nunca acabar ir mirándoles todos de uno en uno. (Preciosa indicación del gran número de volúmenes con que contaba la Biblioteca).*

TY. *¡Hola! ¿Quiénes son aquellos, desechados en aquel montón grande?*

ESP. *El Catolicón, Alejandro, Hugocio, Papias, los Sermónarios, Dialécticas, Físicas sofisticas; éstos son los que llamaba yo de poca estimación, o ruines.*

TY. *Antes bien, menguados y abatidos.*

ESP. *Ahí están libres todos; lléveles quien quiera, y nos libraré de una pesada carga.*

TY. *¡Ah, qué de jumentos eran menester para llevarles!* (Se recuerda aquí la locución «onus multorum camelorum», carga para muchos camellos, aplicable a ingentes conjuntos de libros, como debía ser el de que se habla).

ESP. *Yo me admiro de que no les hayan llevado, siendo tan grande la multitud, que en todas partes hay de jumentos. Algún día pararán en el mismo montón los Bartulos, y Baldos, y hombres de la misma harina.* (Interesante la alusión a la frase escrituraria del número infinito de los necios. Significativo y honroso para nuestra escuela el hecho de estar arrimados en montón los libros que en otro tiempo señorearon injustamente las aulas. Punzante la profecía del final que esperaba a los glosadores y comentadores del Derecho, como Bartolo y Baldo, arsenal fecundo para los leguleyos).

TY. *Antes bien, del mismo salvado.* (La justiciera ironía de Vives no consiente se califique de harina, flor de trigo, lo que es burdo residuo, salvado).

ESP. *Sería eso provechoso para la quietud pública.* (Nueva lanzada contra los pleitistas).

.....
 En otro *Diálogo*, el intitulado *El aposento y la vela*, en que interviene Plinio, Epicteto, Celso y Dídymo, hay también notas curiosas relativas a los libros de aquel tiempo.

PLI. ... *Traéme aquella capa de velar muy larga, afo-*

rrada de pieles. (Buena precaución para no enfriarse estudiando).

CEL. *Yo te encomendaré a tus libros. ¡Válgate Minerva!*

PLI. *¡Mas quiero que me valga San Pablo, o lo que debía decir, Jesu-Cristo, Sabiduría de Dios Padre!* (Hermosa reacción del hondo sentir cristiano de Vives, contra la ola paganizante del Renacimiento).

.....
PLI. *... Tráeme al Nacienceno.*

DI. *No le conozco.*

PLI. *Es un libro ligero, de tomo pequeño, encuadernado, cosido y cubierto de pergamino no labrado. Tráeme también el sexto libro.*

DI. *¿Qué título tiene?*

PLI. *Comentario de Jenofonte; es un libro pulido, bien encuadernado, cubierto de cuero, claveteado con tachones de cobre y manecillas de lo mismo.*

DI. *No le hallo.*

PLI. *Ahora me acuerdo, le puse en el cuarto cajón, sácale de allí. En aquel cajón no hay sino libros sueltos por labrar, cuales les traen de nuevo de la imprenta.*

DI. *¿Y qué tomo de Cicerón pides? Porque son cuatro.*

PLI. *El segundo.*

EPI. *Aún no le ha vuelto el librero que le encuaderna, a quien le dimos, según juzgo, cinco días ha.*

.....
Interesante para las costumbres estudiantiles el resto del diálogo, no lo es tanto para su relación con nuestra Biblioteca, pero no resisto a la tentación de referir algunas molestias estudiantiles y de poner como ejemplo de madrugadores a los contemporáneos de Vives, que ya sabían usar el tal útil como antipático artefacto, tormento de estudiantes, llamado despertador.

EPI. *Aquí pocos mosquitos he sentido; pulgas y piojos, muchos.*

PLI. *Mas yo me admiro, que tú, que así duermes y roncas, sientas cosa alguna.*

EPI. *Ninguno duerme mejor, que el que no siente cuán mal duerme.*

PLI. *Ninguno de estos animalicos, que en el estío nos atormentan en las camas y aposentos, me provocan tanto a vómito, como los chinches con aquel malísimo olor.*

EPI. *Bastante abundancia hay de ellos en París y Lovaina.*

PLI. *Hay en París una calidad de madera, que los cría, y en Lovaina los cría el barro. Ponme aquí el reloj despertador, y pón el fiador a las cuatro de la mañana, porque no quiero dormir más.* (Nada tiene de extraño que, desconocedor de teorías biológicas formuladas mucho más tarde, Vives, en lugar de afirmar que «todo viviente proviene de un huevo», creyese que aquellos animalillos eran producidos por madera o barro; tal vez le hizo pensar así la gran abundancia de ellos. En cambio, leemos su austera norma de hacer levantar a los estudiantes a las cuatro de la mañana, sin esperar al tiempo fatídico de los exámenes).

Tiene tal ambiente de realidad cuanto a Universidad y Biblioteca se refiere, está descrito tan gráficamente, que no hay duda de que Vives habla de lo que había visto. Y con su irrecusable testimonio, queda probado que existía, desde siglos antes del gran Pérez Bayer, Biblioteca Universitaria en Valencia. Así lo cree, quien, por tener hoy el honor de dirigirla, se considera como su primer servidor.

APORTACION

DE LA

ESCUELA SUPERIOR DE BELLAS ARTES
DE SAN CARLOS

EN EL

IV CENTENARIO DE JUAN LUIS VIVES

Aportación de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos



mediados de Febrero de 1940, se dirigió la Comisión organizadora del IV Centenario de Juan Luis Vives a la entonces denominada, Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado, de Valencia (hoy Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos), para interesar su colaboración en las actuaciones conmemorativas del Centenario.

Ya en las primeras entrevistas entre la Dirección de la Escuela y los comisionados vivistas (que fueron en ésta y otras reuniones los señores Comisario general D. Francisco Alcayde y Vilar, Secretario general del IV Centenario D. José María Giménez Fayos, Cronista de Valencia D. Salvador Carreres, Inspector D. Juan José Senent y Director de *Las Provincias* D. Teodoro Llorente), quedó delineada en sus trazos generales la modalidad de la aportación de la Escuela a las actuaciones conmemorativas. Se convino, en definitiva, que la Escuela contribuiría con unos carteles, unos modelos de sellos y una medalla, realizados por los respectivos profesores del Centro.

La labor investigadora y compiladora de la iconografía vivista, encomendóse al Secretario de la Escuela y Profesor de Historia del Arte, D. Felipe M.^a Garín Ortiz de Taranco, quien hubo de acudir al estudio sobre este tema publicado en *Cultura Valenciana*, por D. Jesús Gil y Calpe, años atrás, completándolo, por lo que a

las interpretaciones plásticas modernas—ochocentistas—se refiere, con las fotografías directas, cuya obtención se gestionó de las estatuas de Vives, en Madrid (escalinata del Palacio de Bibliotecas y Museos) y en Barcelona (vestíbulo de la Universidad); la primera debida a Valmitjana y la segunda a Carbonell. Se encargó de la gestión y dirección de la fotografía de Madrid, el académico don Julio Cavestany, Marqués de Moret; de la de Barcelona, el Catedrático D. Manuel Rodríguez Codolá.

También se obtuvieron del fotógrafo de Valencia, Sr. Sanchis, unas nuevas y ampliadas reproducciones del retrato en tabla de Vives, de la colección del Marqués de Santillana, fuente de tantas interpretaciones posteriores de la efigie del humanista.

Obtenidos estos elementos, a más del documento permanente que para todos estos trabajos suponía la vecindad inmediata del vaciado original en yeso de la estatua de Vives en el patio de la Universidad de Valencia debida a José Aixa, se distribuyeron y repartieron, incluso por turno, estos elementos iconográficos, quedando por fuerza a los artistas un plazo sobremanera breve y limitado para realizar sus trabajos.

Sin perjuicio de ello, puntualmente fueron aportando todos los encargados el resultado de su afanosa labor. El propio Director del Centro D. Rafael Sanchis Yago, Catedrático de Dibujo de estatuas y dibujante excelentísimo, presentó a la Comisión del Centenario un dibujo, para cartel académico, o de interiores, al lápiz sepia, consistente en una cabeza del filósofo, al claro-oscuro, elegantemente sintetizada. Encomendando la Comisión del IV Centenario a su propio autor la reproducción poligráfica de su trabajo, del que presentamos una reproducción fotográfica en la lámina número 4 de este volumen. El dibujo original, después de realizada la reproducción, fué dedicado por su autor, en nombre de la Comisión del IV Centenario, al ilustre vivista, gran propulsor de todos estos trabajos y de la colaboración artística de la Escuela en el Centenario, Ilmo. Sr. D. Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, entonces y ahora Director General de Bellas Artes, regente que fué durante varios años de la cátedra «Luis Vives» de la Universidad de Valencia, y actualmente catedrático de su Facultad de Filosofía y Letras.

Otro cartel, éste para exteriores, fué realizado por el profesor del Centro D. José Segrelles Albert, el gran ilustrador, de fama mundial; un maravilloso lienzo al óleo, en paleta libre, y que reproducimos una copia fotográfica en la lámina núm. 5.

La Escuela confió la ejecución de los sellos vivistas a su titular de Grabado calcográfico D. Ernesto Furió Navarro, dibujante y burilista experto como pocos, quien ejecutó unos proyectos o modelos en pequeñas acuarelas, en número de ocho, todos muy ajustados, de los que la Comisión de Centenario eligió dos: uno apaisado y otro vertical, grabándose este último, trabajo que realizó al buril el mismo profesor, en un bloque de acero, con limpieza y maestría consumada. Desgraciadamente, este trabajo no llegó a verse estampado en sellos de curso oficial, por dificultades hacendísticas insuperables. Una reproducción fotográfica de ellos aparece en la lámina núm. 8.

De la medalla conmemorativa fué encargado el profesor de la especialidad del Grabado en hueco, en la Escuela, D. Enrique Giner Canet, Dibujante seguro y modelador acertadísimo, especializado en la relivaria, que llevó su técnica el tema que se creyó más pertinente, y la leyenda en latín clásico que le fué dictada por los mismos organizadores y comitentes.

Tras los pasos previos del modelado original en plastilina, de 20 centímetros de diámetro, del vaciado en escayola, del baño galvánico y de la reducción pantográfica, recibió, este modelo, la acuñación en cobre asociado a una pequeña porción en zinc, en los talleres de Sanchis y Compañía de Valencia, sobre flanes o cospeles de 45 milímetros de diámetro y reproducida fotográficamente en las láminas núms. 1 y 2.

A esta multiforme conmemoración plástica del centenario vivista, se asoció cordialmente el alumnado de la Escuela, simbólicamente representado en el trabajo del brillante alumno de Grabado, ya titulado Profesor de Dibujo, D. Luis Enriquez de Navarra Galiano, que grabó una plancha al aguafuerte, retocándola al buril, de la que obtuvo interesantes estampaciones y que reproducimos en la lámina núm. 9.

En otro orden de cosas, más teórico, pero no menos interesante, se asoció también a la efemérides vivista la Escuela, dedi-

cando el día 10 de Mayo de 1940, a una lección sobre la vida y la obra del gran valenciano en relación con la esfera del Arte, que fué desarrollada por el ya citado profesor D. Felipe Garín Ortiz de Taranco; siendo tanto el interés demostrado por los jóvenes artistas, a consecuencia de dicha lección, por la figura y los escritos del gran Maestro que solicitaron y lograron tener en la Biblioteca del Centro algunas de las obras de Vives, entre ellas, «Introducción a la Sabiduría», en ediciones de lujo y corriente; «Discurso de Foster Watson» y de la «Ofrenda de los Amigos de Vives», o conjunto de lecciones de la Cátedra especial vivista de la Universidad de Valencia.

Se excusa decir cuánto han sido buscadas y leídas estas publicaciones por esta generación de alumnos y artistas, y cuánto, con ello, han ganado para su formación y educación.

APORTACION
DE LA
ESCUELA DE CERAMICA DE MANISES
EN EL
IV CENTENARIO DE JUAN LUÍS VIVES

La placa conmemorativa del Centenario

POR

D. MANUEL GONZALEZ MARTI

Director de la Escuela de Cerámica de Manises



los estudios concienzudos de gran riqueza eruditiva, trazados por doctas personalidades españolas conocedoras de la proteica personalidad del renacentista Juan Luis Vives; a los actos académicos de máxima solemnidad y resonancia, resaltados con la presidencia de elevadas autoridades; manifestaciones todas de trascendental cultura, con las que se ha conmemorado en Valencia el IV Centenario de la muerte de su hijo ejemplar, se les pone popular remate con la colocación en la calle en donde nació el singular humanista y filósofo, de una lápida, y en ella, consignado con caracteres claros y perfectamente legibles, aquel párrafo de sus DIÁLOGOS en donde con fiel, aunque lejano recuerdo—él parte de Valencia en 1509 y escribe los DIÁLOGOS en 1538—, evoca su país natal y hace constar la calle y situación de su casa natalicia; aquella en donde para orgullo de Valencia en todos los siglos, abrió por primera vez los ojos.

“CENTELLES. — No, iremos por la calle de la Taberna del Gallo, que quiero ver la casa donde nació mi amigo Vives,

que según tengo oído, está al bajando la calle a lo último y a la mano izquierda, así visitaré a sus hermanas" (1).

En la lápida va además el busto de Luis Vives en altorrelieve, y el conjunto formado por la figura y leyenda aparece con orla de flores, ofrenda perenne y simbólica de aquella otra alusión suya de que un mercado valenciano, más propiamente asemeja huerto escogido:

"¡Qué plaza tan capaz! ¡Qué distribución y orden de vendedores y de cosas vendibles! ¡Qué olor de las frutas! ¡Qué grande variedad, limpieza, hermosura! No se pueden imaginar huertos que igualen a esta plaza" (2).

El pueblo todo, el que sujeto por el trabajo diario en fábricas, talleres y oficinas no puede asistir a los actos solemnes y escogidos a los que acabamos de aludir; el que se asocia a los homenajes académicos y culturales tan sólo de una manera indirecta, con la lectura de las reseñas lacónicas y escuetas de la prensa diaria, como así también el forastero desconocedor de nuestro país, que al deambular por las calles de nuestra ciudad con curioso mirar va observando, frontispicios de iglesias y palacios en busca de la fisonomía característica de la población que visita, pronto será atraída su atención por el pequeño monumento conmemorativo del Centenario fijado en una pared y en el que realzadas con diversos elementos ornamentales se copian aquellas propias palabras de Luis Vives antes transcritas, y para significar que son palabras del gran humanista, a cuantos las lean y no estén iniciados en los estudios vivistas, se ha pintado al pie de la leyenda, la firma autógrafa del preceptor intelectual de la Infanta María, la hija del rey Enrique VIII, de Inglaterra.

Con propósito de que esta señalada ofrenda artístico-popular o callejera se halle envuelta por el prestigio alcanzado en todo el mundo por las lozas y azulejos valencianos de los años contemporáneos de Vives, la gran placa, por indicación del Sr. Alcayde Vilar, se ha interpretado cerámicamente, en barro cocido y esmaltado, por la Escuela Oficial de esta especialidad que funciona en

(1) Juan Luis Vives.—DIÁLOGOS—XXII. «Las leyes del juego.»

(2) Juan Luis Vives, obra y capítulo citado.

Manises y que modestamente dirijo. Una reproducción fotográfica aparece en la lámina núm. 10 de este volumen.

Concebido por mí el propósito de señalar al público, el por qué la calle en donde admira la lápida se denomina de Luis Vives, quise hacerlo constar con las propias palabras de aquel valenciano prestigioso y admirado por toda la ciencia europea, que noble y patrióticamente desea hacer copartícipe de la inmortalidad que presiente a la ciudad en donde nació, y aún particularizando más, a la calle y casa.

Así lo tracé en un primer boceto, en el que a la manera robbiana, sobre la leyenda, coloqué el busto de Vives en un nicho semicircular por la parte alta y horizontal por la inferior, encerrado nicho y plano para la leyenda por guirnalda floreada que sale y remata en dos jarritos colocados a derecha e izquierda de la parte baja de la lápida.

Este boceto fué entregado a los profesores de Escultura de la Escuela D. Luis Bolinches y D. José Roig, los que lo interpretaron en gran altorrelieve, corriendo la decoración a cargo de los profesores D. Abelardo Toledo y D. Antonio Bosch, secundados por el resto del Profesorado.

La obra mide en su totalidad 117 centímetros de altura por 83 de ancho.

Será esta cerámica alegre y brillante, una nota culta a pleno aire, saturada de ambiente ciudadano; con ella, la Universidad sale de la severidad de sus aulas, para asociar sus respetuosas mucetas simbólicas del estudio y la investigación, con el traje de la gente urbana; apea su lenguaje doctrinal y escogido para expresarse con el sencillo y ameno que llega al corazón del pueblo y le dice sirviéndose materialmente de una obra artística, como la que reseñamos; ejecutada con propósito de no desmerecer en el renombre que desde los siglos medievales nimba los alfares levantinos; con sus encendidos colores que valientes devuelven al sol los rayos recibidos con idéntica fuerza lumínica.

Esta calle—dice la Ciencia al Pueblo—se llamaba de la «Taberna del Gallo», pero como en ella según el testimonio del propio Luis Vives, había nacido él, se le cambió aquel nombre por el del gran humanista; no sólo para vanidad de la ciudad, sino también

para perpetuar la gratitud a quien viéndose en la cumbre del mayor prestigio humano, el del saber, se complace en consignarlo en sus obras importantes.

¿Quién sabe si la universal acogida de las producciones industriales valencianas, singularmente las cerámicas, fueron la causa eficiente o si no remota, de la marcha de Vives a los Países Bajos, y allí de la reputación tan sólidamente cimentada?; porque eran muchas las manifestaciones en las que florecía el espíritu sutil y comprensivo del hombre levantino de entonces; en todas, la perseverante inteligencia, domina la mecánica fabril, y la primorosa ejecución de la obra concebida, lucha y vence en competitiva oferta, con otras obras similares salidas de la producción extranjera: forjas, tejidos, guadamaciles, papel, vidrios, bordados, cerámicas... éstas últimas, por sobre todo, atraen las preferencias aristocráticas, y conquistan excepcionales privilegios en aranceles prohibitivos de algunos Estados; se fabricaban en alfares que los sarracenos habían construido en los arrabales de la propia ciudad de Valencia, también en Paterna, en Mislata, en Manises y en algunos otros lugares apartados de la capital; alfares todos, que más tarde, tras la redención cristiana del Levante Hispano por Don Jaime I de Aragón, se explotan por conversos y moriscos.

Eran tan bonitas aquellas cerámicas, que cuando ENCO-CIAES (embaladas a punto para el embarque) (1) las llevaban a

(1) Para el cobro de los impuestos con que el Municipio de Valencia gravaba estas mercancías, tenía establecidas en el Puerto del Grao unas oficinas con un recaudador del Comté del peatge, del derecho sobre la obra de tierra, que se recaudaba por el señor rey, y en él se anotaban, día por día, en cada asiento, el valor del peatge a razón de dinero por sueldo, a continuación el nombre del exportador y relación de la mercancía con expresión de la cantidad que se recaudaba.

Las cerámicas exigían un embalaje especial para la exportación, con objeto de proteger su fragilidad, para ello se utilizaban COCIOS o tinajas bizcochadas.

Las cerámicas se envolvían con paja de arroz, bien sujetas unas contra otras, dentro del COCIO, para que no pudieran golpearse y romperse con el ajetreo del transporte.

Por la lectura de contratos medievales, se desprende que para los embalajes se utilizaban igualmente: COCIOTS, COCIOLS, COCIOLETS, etc.

las playas del Grao, pronto las adquirirían con deseo y recelo los exportadores y patronos de barca que las ocultaban con extrema cautela en el fondo de los panzudos vajeles que junto a los artificiales muelles construídos con maderas, se mecían hasta toparse los unos con los otros; era cosa halagadora para un verdadero patricio valenciano contemplar cómo se hinchaban al viento tantas velas, latinas unas, orientales otras; luciendo banderas que ufanas cabriolaban en lo más alto de los mástiles, con diversas y extrañas combinaciones de todos los colores del iris; embajada comercial certificadora con variedad de lenguas, de la estimación con que las cerámicas moro-góticas eran recibidas por todo el mundo, y los subidos precios que por ellas se pagaban.

Preciosísimas piezas arqueológicas que en la actualidad pregonan en Museos y colecciones privadas, sus prestigios ancestrales.

Aquellas cerámicas, lozas y azulejos, se imponían en los mercados extranjeros, no sólo por el gusto original y depurado de sus valientes decoraciones, sino igualmente por los colores puros: azul y dorado, el último, cálido como el fuego, resaltando del blanco lechoso del barniz de estaño.

Prueba singular de tipo documental comprobante de tal estimación extranjera, que en estos momentos nos interesa aportar, es la de que «en 1400 se había otorgado en Inglaterra franquicia a quienes iban en las galeras de Flandes, del Estado Véneto, para la venta que realizaban sobre cubierta, de determinadas mercancías; entre ellas los objetos de vidrio y de barro vidriado».

Otra prueba es, la sentencia dada en 1441 a la ciudad de Brujas por el duque D. Felipe el Bueno, sobre qué mercancías podían venderse a bordo de los buques en toda la extensión del canal, sin menoscabo del privilegio de la ciudad; en ella se consigna la **VAISSELLE DE TERRE APELÉ EN FLAMENC VALENSCHWERCY**.

En lógica reciprocidad cultural y de Comercio, se señalan en Valencia grandes corrientes o preferencias hacia los gustos flamencos; y si, por ejemplo, en bibliotecas y centros de estudios se acojen los flamantes libros salidos de las recién inventadas prensas para imprimir instaladas en Bruselas, Brujas y Gante, y son lan-

zadas a la intelectualidad del mundo; los templos y los palacios y las casas Comunales, gastan grandes recursos de sus repletas arcas para la adquisición de pinturas religiosas de los mejores artistas de Flandes o de Brujas, de Gante o Bruselas, cuando no estatuas colosales en bronce como la que surmonta el pórtico principal de la Iglesia parroquial de San Martín, de Valencia, procedente de Flandes, fechado en 1504 y donativo de los feligreses parroquiales Hermanos *Peñarroches*, tan importantes como ciudadanos, que con su nombre se distingue la plaza en que habitan, recordada por Vives y aludida cuando escribe en sus DIÁLOGOS:

“BORJA.—*Muy en hora buena, vamos a pie; entra por este callejón a la plaza de los PEÑARROCHES*” (1).

¿Cuántas veces al examinar notales y protocolos medievales tropezamos en inventarios de objetos de una casa con la frase DRAPS DE BRUIGES, tapices de Brujas?

Del intercambio de productos se pasa al establecimiento de multitud de borgoñones mercaderes y artesanos, en Valencia, y de hijos de nuestro País en las principales capitales de allá.

Entre las familias valencianas establecidas en Brujas al comenzar el siglo XVI, aparece la de Valldaura, amiga de antiguo de la familia del humanista, y en ella piensa cuando en 1512, muerto su padre, que se esforzaba en ayudarle en su manutención, obtiene la reválida de doctorado en París; y se decide a abandonar la Capital francesa. Es acogido en Brujas familiarmente por los Valldaura, siendo los hijos de esta familia sus primeros discípulos.

La gratitud de Vives es tanta, que doce años después, en 1524, cuando reconocido el inmenso valer del docto humanista, llega a ocupar una cátedra en la Universidad de Oxford, utilizando un permiso que se le concede, va a Brujas, se presenta en casa de sus antiguos protectores y pide la mano de la hija Margarita Valldaura; queda su amor satisfecho, por que bien conoce el carácter de su prometida educada por él según sus inclinaciones; y paga así con todo cuanto puede, aquella desinteresada acogida

(1) Juan Luis Vives, obra y capítulo citado.

que recibiera de los Valldaura, en momentos difíciles para su porvenir intelectual, y también para las imprescindibles necesidades de la vida.

Apuntábamos antes las preferencias que en el círculo de Borgoña conseguían desde el siglo XV las cerámicas doradas valencianas, éxito que no pasaría inadvertido a nuestro paisano, y bien conocería como aquel gran artista nacido en Leyden, llamado Hugo van Der Goes, que vive la mayor parte de su vida en Brujas, ciudad en donde muere, las ama tanto, que copia UN TERRASET DE TENIR FLORS (1), en su famoso tríptico «La Adoración de los Pastores»; y también que otro gran pintor llamado Juan van Eyckn, nacido en una pequeña ciudad cerca de Maestricht que igualmente vive y muere en Brujas, después de su viaje por Valencia y admirar los bellos solados de azulejos que nuestros artistas pintan en sus cuadros, adopta esta característica para sus obras; y Vives satisfecho en su patriotismo por estos triunfos ancestrales, y nobles imposiciones de las industrias artísticas de su Valencia, renovadas en su vida, corresponde en intelectual intercambio de obras selectas, enviándole cuantos libros escribe y edita, acogidos con tal admiración y entusiasmo, que pronto se traducen y reimprime allí alguna, como INSTITUTIONE FEMINÆ CHRISTIANÆ, vertida al castellano por Juan Justiniano, que lleva la fecha de Valencia, 1528, y cuya edición llega a conocer el sabio humanista.

Terminaremos esta nota compañera de la reproducción de la placa cerámica, que ha de colocarse en la calle de Luis Vives, copiando el último párrafo de una curiosa carta que por primera vez se copia y transcribe en estos ANALES, carta que conozco por habérmela mostrado mi amigo y condiscípulo el abogado D. Rafael Ferrer Estellés, afortunado poseedor de la misma, quien a requerimientos míos, ha accedido a su reproducción.

La carta, toda autógrafa de Vives, lleva fecha de 6 de

(1) ITEM: TERRACES PERA TENIR FLORS AB DOS ANSES DAURADAS. (Carta de la Reina de Aragón doña María, esposa de Alfonso V, dirigida en 1454 a D. Pedro Boyl, conservada en el Archivo General del Reino de Valencia.)

Septiembre de 1535 y probablemente va dirigida al duque de Alba, su gran amigo y protector.

Dice así el párrafo: *"Pero esto no lo quiero mas adelgazar por que no parezca mas retórica y cumplimientos que fe y verdad, mayormente que soy muy ajeno y enemigo de cumplimientos de palabras, ni pienso que hay cosa más dañosa a la vida, por que encubre las voluntades anose poder distinguir al amigo del no tal, la cual confusión trae grandes inconvenientes por el error del juicio."*

APORTACION

DE

D. JOSÉ M.^a GIMÉNEZ FAYOS

SECRETARIO GENERAL DEL IV CENTENARIO

La verdadera y perfecta Sabiduría

POR

D. JOSÉ M.^a GIMENEZ FAYOS

Secretario general del IV Centenario de Luis Vives



Estudiar la personalidad de Luis Vives, lo que más admiración me produce, es su concepción cristiana de la vida humana. Es tan sincera, está tan penetrado de ella, que en todas sus obras se transparenta, y el mismo concepto de la ciencia es, para él, un concepto fundamentalmente cristiano.

Halla la explicación de todas las cosas, en la razón suprema de la existencia de Dios, y en su providente intervención en los asuntos humanos.

Véanse algunas de sus frases.

«En cuyo conocimiento (el de la Religión cristiana) consiste la verdadera y perfecta sabiduría, y en vivir como ella ordena consiste la perfección de la virtud; mas no alcanza nadie verdaderamente a conocerla, sino quien vive conforme a ella.» «Existe una sabiduría divina enseñada por Dios, en la cual se encierran todos los tesoros de la ciencia y del saber. Esta es la verdadera luz de los entendimientos; todas las demás comparadas con ésta, no son más que densísimas tinieblas, y, al fin, como cosas de hombres, puerilidades y burlerías.» «El lugar más alto entre todas las Letras y las Ciencias lo ocupa aquella filosofía que ofrece el remedio para las grandes enfermedades del alma.» «Toda la sabi-

duría humana comparada con la Religión cristiana es pura locura y ciego.»

Estas frases son de su *Introducción a la Sabiduría*.

En el *Tratado del Alma* nos dice: «... la vida racional es la que, siendo creada para conocer a Dios, y para amarle, tiene por fin la felicidad eterna adquirida por esos medios».

Y en el *Tratado de la Enseñanza* tiene frases como éstas: «... es la Religión el medio único de perfeccionarse el hombre»; «las ciencias y disciplinas, excepto la Religión, son como juegos de niños».

Hombre, Luis Vives, profundamente cristiano en sus ideas y sentimientos, fué consecuente con esos altísimos conceptos en su vida práctica, y a ellos ajustó siempre su infatigable y vibrante actuación, tanto en las circunstancias prósperas, como en medio de las grandes adversidades que tuvo que experimentar.

En eso consiste, como él dice la verdadera y perfecta sabiduría, y ello es lo que principalmente merece ser admirado e imitado en la gran figura de nuestro Juan Luis Vives.

COMENTARIO FINAL

DEL EXCMO. SEÑOR

DR. D. FERNANDO RODRÍGUEZ FORNOS

Rector de la Universidad de Valencia

COMENTARIO FINAL

DEL EXCMO. SEÑOR

DR. D. FERNANDO RODRÍGUEZ FORNOS

Rector de la Universidad de Valencia

HACE algunos años, un ilustre profesor de esta Universidad, decía que se comenzaba «la magna empresa de pagar la deuda de ingratitud y olvido contraída por la cultura valenciana, y española diría yo, con el más preclaro de sus representantes». Es cierto que hay que saldar esta cuenta rindiendo el honor merecido a la figura de Juan Luis Vives; pero no lo es menos la necesidad de hacerle vivir intensamente en nuestros estudios para que pueda servir de norte a los universitarios de hoy.

Convertir en hecho real aquella concepción de la Universidad como «reunión de hombres doctos, a la vez que buenos, congregados para hacer buenos y doctos a los que allí vayan por móviles de saber». Dualidad técnica y moral que repite constantemente el insigne humanista en su idea de aunar el concepto de preceptor y de escolar con el quizá más difícil de buen ciudadano.

Y si Luis Vives lo fué ejemplar fuera de la patria, tanto por su ideal como por los sentimientos que abrigó en su alma, en aquella Brujas, a donde llevó su cultura y ejemplo como pregón de España. ¿Qué menos nos queda a nosotros que conocerle bien e imitarle en su rectitud, ya que tan pura es su doctrina y

gozamos el bien que a él faltó de tener bajo nuestros pies el calor de la propia tierra?

Rindamos homenaje a tan gran maestro y pensemos con él.

«Mientras vivas no pongas fin al estudio de la sabiduría.

En estas tres cosas debe meditar el hombre, siempre durante su vida. En saber bien, en decir bien y en hacer bien.»

A Juan Luis Vives

en su IV Centenario

*A ti, de España luz y jerarquía,
voz de Occidente a renacer sonora...
A ti, de sol a brumas viajero,
único Vives...*

*A ti, palabra y gesto fulgurantes,
clarín y espada entre las nubes rayo,
y entre las nieblas nórdicas vislumbre
mediterránea...*

*Ascuá valiente del hogar hispano,
gema brillante en el azur de Europa...
de tu lejana siempre aureolado
clara Valencia...*

*A ti, divino alumbrador de almas,
España y tu Ciudad, en este otro
Renacimiento, férvidas te ofrendan
¡palmas de gloria!*

MANUEL MACHADO.



SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EL DÍA XXI
DE MAYO DE MCMXLI, VÍSPERA DE LA
FESTIVIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL
SEÑOR, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DEL HIJO DE F.
VIVES MORA, CALLE DE
HERNÁN CORTÉS, N.º 8,
DE LA INSIGNE Y CO-
RONADA CIUDAD
DE VALENCIA
L. ✠ D.